BIBLIOTECA CLÁSICA.

J. G. Moagrinon



SCHILLER

TEATRO

COMPLETO




UNIVERSIDAD
DE MURCIA
BIBLIOTECA
S
49

DRAMAS DE SCHÍLLER.

BIBLIOTECA CLASICA.

Doce reales cada tomo en toda España.

OBRAS PUBLICADAS.	Tomos.
HOMERO.—*La Iliada*, traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.......	3
CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*.......	2
HERODOTO.—*Los nueve libros de la historia*, traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou..........	2
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*............	1
VIRGILIO.—*La Eneida*, traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro............	2
— *Las églogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo....................................	1
MACAULAY.—*Estudios literarios*........................	1
— *Estudios históricos*.........................	1
— *Estudios políticos*..........................	1
— *Estudios biográficos*........................	1
— *Estudios críticos*...........................	1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*......	1
Traducción directa del inglés de M. Juderías Bénder.	
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*..................	2
CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina*.—*Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín..............................	1
TÁCITO.—*Los anales*, traducción directa del latín de don Carlos Coloma..	2
— *Las historias*, traducción del mismo..................	1
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos..............	5
ARISTOFANES.—*Teatro completo*, traducción directa del griego por D. Federico Baráibar......................	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS. —*(Teócrito, Bión y Mosco)*. Traducción directa del griego, en verso, por el Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico)....................................	1
MANZONI.—*Los Novios*, traducción de D. Juan Nicasio Gallego..	1
ESQUILO.—*Teatro completo*, traducción directa del griego, con notas, por D. Fernando Brieva Salvatierra.......	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*....................	1
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Nápoles*...............	1
CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto*..................	4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*..................	1
SCHILLER. — *Teatro completo*, traducción directa del alemán por Eduardo de Mier..	2
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*........................	2
XENOFONTE. — *Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*..	1
— *La Cyropedia* ó *Historia de Cyro el Mayor*............	1

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XLIX

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
SCHÍLLER

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE AL CASTELLANO

DE LA EDICION ALEMANA DE COTTA

POR

EDUARDO DE MIER

TOMO II.

MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1882

PRÓLOGO.

Las principales obras que he consultado, acerca de la historia de esta conjuración, son: *La Conjuration du Comte Jean Louis di Fiesque*, del Cardenal de Retz, *L'Histoire des Conjurations*, *L'Histoire de Génes*, y la tercera parte de la *Historia de Carlos V*, de Robertson. Si la libertad con que he manejado los sucesos ha sido afortunada, disculpará al dramaturgo hamburgués; si no, prefiero, á desnaturalizar los hechos, que lo sean mis propias invenciones. La catástrofe verdadera de la trama, hija de una funesta casualidad, en el momento mismo en que el Conde estaba á punto de lograr la realización de sus deseos, ha debido mudarse por completo, porque la índole del drama no consiente el influjo del azar, ni tampoco la previsión inmediata. Mi extrañeza, considerando que ningún poeta trágico había elegido este asunto, estaba justificada, sin duda, por el desenlace antidramático indicado. Los talentos más profundos ven volar por el firmamento los hilos más tenues de la urdimbre de cualquier hecho, y acaso

adherirse á los límites extremos de lo futuro ó de lo pasado, cuando la generalidad de los hombres tan sólo nota la existencia del mismo hecho, vacilante y aislado en el aire; pero el artista escoge sus materiales, teniendo en cuenta la vista débil de la humanidad, que intenta ilustrar, no esa perspicacia poderosa, su maestra.

Propúseme en *Los Ladrones* ofrecer al público la víctima de un sentimiento extraviado, y ahora lo contrario, una víctima de la intriga y de la astucia. No obstante, aunque el malogrado proyecto de Fiesco excite sobremanera el interés histórico, pudiera fácilmente no moverlo en el teatro. Si es cierto que el sentimiento sólo mueve al sentimiento, parecíame que un héroe político no se prestaba á las exigencias escénicas, con arreglo á las cuales ha de quedar el hombre olvidado, para personificar exclusivamente el heroísmo político. No me era permitido, por tanto, revestir mi fábula de ese calor y de esa vida que, á ser solo creación mía, no debieron faltarle; pero arrancar esa acción fría y estéril política del corazón del hombre, y enlazarla de nuevo al mismo corazón; presentar lo humano, haciéndolo pasar por la inteligencia de un hombre de Estado, y de la intriga inventada tejer situaciones dramáticas para la humanidad, era de mi especial incumbencia. Mis relaciones con la clase media me habían hecho conocer mejor el imperio de los afectos que los secretos de gabinete, y quizás mi ignorancia política se haya transformado en belleza poética.

LA CONJURACIÓN DE FIESCO.

LA CONJURACIÓN DE FIESCO.

ARGUMENTO.

En el palacio de Fiesco, Conde de Lavaña, en Génova, se celebra un baile de máscaras. Leonor, su esposa, testigo de las galanterías de su marido con Julia Doria, sobrina del Duque Andrés, huye del baile y se desahoga con sus doncellas, revelando sus celos, su ambición y el amor que le inspira Fiesco. Gianettino Doria, uno de los convidados, da cien cequines á un Moro asesino en pago de la muerte de Fiesco, fijándole el plazo de tres días para ejecutar su delito. Calcaño, joven enamorado de la Condesa, y Sacco, libertino lleno de deudas, exponen sus proyectos sediciosos contra la República, de acuerdo con sus intereses personales. Fiesco enamora á Julia y es correspondido por ella; Gianettino Doria, después de invitar á Fiesco á su palacio para la noche siguiente, se ausenta con Lomelino, pretendiente á uno de los cargos más elevados de la República, á fin de saciar su brutal lujuria en la hija del republicano Verrina, cuyo nombre y paradero ha averiguado Lomelino, obteniendo en cambio su puesto. Verrina,

mientras tanto, reconviene á Fiesco por su vida de placeres, indigna de un buen republicano; Borgoñino lo desafía por haber hecho llorar á su esposa, galanteando á Julia Doria, y ni hace caso del primero, ni consiente en batirse con el segundo. Sin embargo, la tentativa frustrada de su asesinato por el Moro, que ocurre en seguida, le anuncia ya, al perdonar al asesino y tomarlo á su servicio, la existencia de la tiranía y sus peligros, y lo arranca de su epicureísmo, aun ignorando la violación de Berta por Gianettino, los tormentos de su padre al saberlo, su vergüenza al confesarlo á Sacco y á Calcaño, y después á Borgoñino, en el momento crítico en que éste último viene á pedirla por esposa, y el juramento que los tres hacen de tomarse la justicia por sus manos matando al forzador, cuyas escenas llenan la última parte del primer acto.

Leonor, al comenzar el segundo, por la misma Julia, que la visita, sabe que Fiesco, su esposo, ha entregado á la última su retrato. Calcaño, que llega también á su casa en ocasión tan crítica y tan favorable á sus proyectos adúlteros, le declara su impúdica pasión, y es tratado por ella como se merece, y como era de esperar de su virtud y de su amor vehemente por Fiesco. Éste, que viene en seguida, y que ha visto salir á Calcaño, encarga al Moro que lo acompaña que averigüe lo sucedido entre aquél y su esposa; infórmase asimismo del Moro de lo que se dice en Génova de los Doria y de su aparente molicie é indolencia, y se confirma en su opinión de que él es tan popular y tan querido como odioso el Duque y su familia.

Procédese mientras tanto en el palacio de la Señoría á la elección de Procurador de la República, y Gianettino, decidido á que lo sea su amigo y agente Lomelino, se muestra tan insolente y comete tales ilegalidades, que algunos senadores abandonan el salón tumultuosamente, y el pueblo, al saberlo, se conmueve también por su

parte, lleno de indignación y de justa ira. Algunos patricios entran en la casa de Fiesco para contarle el suceso, y él les echa en cara su amor á las riquezas y su falta de patriotismo. A otros del pueblo, que le exponen sus agravios, valiéndose de un apólogo, les indica los inconvenientes del gobierno democrático y las ventajas del monárquico. Luego, para un objeto político, finge que el Moro ha intentado asesinarlo, puesto con él de acuerdo; y después de representar entre ambos esta farsa, lo entrega á la justicia para que lo sujeten á la tortura, y confiese que Gianettino Doria le ha pagado para que lo mate. Él se pasea á caballo por la plaza, y recibe las aclamaciones y enhorabuenas del pueblo, y perdona al cabo al Moro para aumentar su popularidad.

Gianettino Doria, después de recibir de su tío Andrés una fuerte reprimenda por sus excesos, confiesa á Lomelino que, si los ha cometido, es porque cuenta con la ayuda del Emperador Carlos V para ser nombrado Duque de Génova, deponiendo á su tío y asesinando á doce senadores, cuyos nombres escribe Lomelino, que son: Centurione, Calva, Cibo, Asserato y sus tres hermanos, Fiesco, Borgoñino, Sacco, Calcaño y Verrina; pero Fiesco, que no se duerme, descubre al Moro que dispone del auxilio de Francia, del Papa y de Parma, y que en breve han de entrar en Génova dos mil hombres á su servicio, como han entrado ya cuatro galeras con el mismo objeto. Por último, lo visitan Verrina, Borgoñino, Sacco, Calcaño y el pintor Romano para enseñarle el cuadro de la muerte de Virginia; derríbalo en tierra, les revela su propósito de acabar con el tirano, se ponen todos de acuerdo para lograrlo, y él, vacilando en un monólogo, la última escena de este segundo acto, entre su patriotismo y su ambición, se resuelve á ser sólo el más feliz ciudadano de Génova.

El acto tercero comienza con la solemne declaración,

hecha por Verrina á Borgoñino en un cementerio, de que Fiesco ha de morir. Despues aparece el mismo Fiesco en su palacio, á la hora del alba, y expresa sus deseos y sentimientos ambiciosos. Su esposa Leonor lo busca para quejarse de su desvío, y él le ruega que espere solo dos días para juzgar su conducta. El moro Hassán llega entonces, y le presenta una carta que ha arrancado á la fuerza al mensajero de Gianettino, que había de llevarla á Levanto para llamar en su auxilio á los españoles, la lista de los próceres que habían de ser asesinados al día siguiente en la Señoría, entre los cuales estaba Fiesco, sustraída á Lomelino por una prostituta, que la había dado al Moro, y le anuncia además que ha escondido dos mil hombres de los pagados por su amo en el convento de Capuchinos, que ha citado á otros cuatrocientos en el patio del palacio del Conde de Lavaña, que cuenta con cómplices en las puertas para asegurarse de los satélites que las guardan en nombre de Gianettino, que Julia Doria le ha suministrado unos polvos para envenenar á Leonor, la esposa de Fiesco, al darle un billete invitándole á su casa, y por último, que bajo su responsabilidad ha convocado á los principales cómplices de la conjuración á las diez en la casa de Fiesco. Vienen éstos en seguida, y acuerdan atacar y dar muerte á los tiranos, esto es, á Andrés y á Gianettino Doria, á viva fuerza y noblemente, obedeciendo en todo las órdenes de Fiesco. Verrina se encarga del puerto, Borgoñino de los soldados, Calcaño de averiguar la palabra de orden ó el santo y seña, y Sacco de rondar la ciudad.

Fiesco manda después al Moro que invite á una fiesta en su palacio á todas las personas indicadas en una lista que le entrega, ordenándole que, cumplida esta orden, se ausente de Génova. El Moro duda entonces si descubrirlo todo á Doria, y resuelve consultarlo con un sabio, mientras Fiesco se dirige al palacio de Julia á convidarla á la

comedia que se ha de representar en el suyo. Gianettino, mientras tanto, pregunta á su hermana Julia si Fiesco persiste en su capricho de cortejarla; Lomelino, que asiste también á la entrevista de los dos hermanos, se muestra inquieto por la suerte del emisario enviado á Levante, y se ve obligado á confesar á Gianettino que ha perdido la lista de los proscritos. Al salir Gianettino de la habitación de Julia, se encuentra con Fiesco. Ambos se reconcilian aparentemente, y Fiesco aprovecha esta ocasión para decir á Gianettino, que no extrañe el movimiento inusitado de gentes, que ha de haber en la ciudad y en el puerto, por la circunstancia de hacerse sus galeras á la vela para emprender la cruzada contra los turcos. La ceguedad de Gianettino es tan grande, que no hace caso alguno de las noticias que le comunica uno de los alemanes de su guardia, acerca de los preparativos que se observan para el buen éxito de la conjuración. Fiesco se lleva también á Julia á su palacio, so pretexto de que ocupará el puesto principal entre los asistentes á la comedia.

En el acto cuarto prosiguen los preparativos de la conjuración. Con arreglo á las órdenes de Fiesco, los centinelas de su palacio dejan la entrada franca á cuantos llegan, invitados á la comedia que se ha de representar aquella misma noche, y les impiden salir del patio. Todos extrañan tan singular comportamiento por parte del dueño del palacio, hasta que al fin se presenta éste y les revela la conjuración y su objeto. Dos de los Asserato, que no la aprueban, son presos; y cuando vuelven Borgoñino, Sacco y Verrina á dar cuenta del buen éxito de sus comisiones respectivas, que indicamos antes, se aparece Calcaño y les anuncia que el Moro ha delatado al Duque Andrés Doria la conjuración y los nombres de los conjurados. El efecto de esta nueva, desastroso para probar el valor de los cómplices de Fiesco, porque todos se acobardan, es

destruído por el artificio del mismo Fiesco, que finge haberla inventado para aquilatar el ánimo de sus cómplices. Llega entonces el Moro, que Doria envía atado á Fiesco, con una carta, en que le dice que no ha dado crédito á su delación, y que aquella misma noche dormirá sin guardia. Fiesco, vencido por su generosidad, acuerda entonces desistir de sus proyectos, y sólo persiste en ellos ante las reconvenciones de Verrina. Pone al Moro en libertad, y se apresura á realizar el nuevo plan que le ha sugerido el descubrimiento de la conjuración.

Al efecto, en una entrevista con Julia, que, como sabemos, se halla en su palacio, invitada á asistir á la comedia, la obliga á confesarle su pasión; y cuando lo hace así, ciega y llena de ardor, acuden su esposa Leonor y las doncellas de ésta y toda la reunión de convidados, y presencian la humillación de Julia, que, avergonzada y colérica, queda encerrada bajo la custodia de un criado en la cárcel de Fiesco.

Leonor se entera al fin de los propósitos de la conjuración; y atemorizada, porque teme perder á Fiesco si no triunfa, y si lo consigue, porque la ambición y el amor son incompatibles en el corazón humano, intenta disuadirlo de su empresa. Ya está á punto de lograrlo con su ternura y sus ruegos, cuando suena el cañonazo, que era la señal convenida de la rebelión, vienen los conjurados en su busca, y se ve obligado á seguirlos dejando á su esposa desmayada.

Por último, en el acto quinto, en plena sedición, Fiesco, disfrazando la voz, exhorta á Andrés Doria á que huya de su palacio, en cuyo patio, por orden del primero, y para corresponder á la generosidad del segundo, hay un caballo ensillado. Andrés se niega á seguir su consejo; Gianettino, su sobrino, muere á manos de Borgoñino, el amante de Berta, hija de Verrina; el Duque se escapa de Calcaño,

defendido por su guardia de alemanes; el Moro, que se aprovecha de la confusión para robar é incendiar, es ahorcado á la puerta de la iglesia de los jesuitas por mandato de Fiesco, que mata también á su esposa Leonor, por haber salido á buscarlo, y adornarse con el penacho y el manto escarlata de Gianettino, creyendo que era éste.

Cuando vienen por él los conjurados para acompañarlo al palacio de la Señoría, y todos lo felicitan, averigua su horrible yerro, y exhala su dolor y su desesperación en una escena de mucho efecto. Berta y Borgoñino, por acuerdo de Verrina, se embarcan juntos con cuanto poseen para Marsella; y el mismo Verrina, después de intentar vanamente que Fiesco deponga la púrpura ducal, lo induce á que dé libertad á los esclavos de las galeras, y á que lo acompañe en persona á declararlo. Así lo hace Fiesco, que, como Príncipe, pasa por la tabla que lleva á una galera antes que Verrina, y es lanzado á la mar por este feroz republicano, en donde perece ahogado en el momento en que se presentan sus cómplices á anunciarle que Andrés Doria ha vuelto á Génova, y que se fortalece su partido. Nada se dice de la suerte de Julia, la hermana de Gianettino.

LA CONJURACIÓN DE FIESCO,

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

ANDRÉS DORIA, Dux de Génova, anciano venerable, de ochenta años. Conserva restos de su ardor juvenil. Uno de los rasgos distintivos de su carácter, la perentoriedad y grave laconismo de sus órdenes.

GIANETTINO DORIA, sobrino del anterior, pretendiente al poder supremo, de veintiseis años, grosero y antipático en su lenguaje, aire y modales. Rústicamente orgulloso y sin educación. (Ambos Dorias usan vestidos de púrpura.)

FIESCO, Conde de Lavaña, cabeza de la conjuración, joven, esbelto, bello, de veintitres años, orgulloso con decencia, afable con dignidad, cortesano, flexible y malicioso. (Todos los nobles visten de negro. Su traje, en general, el antiguo alemán.)

VERRINA, conjurado republicano, de sesenta años, grave, formal y sombrío. Rasgos pronunciados.

BORGOÑINO, conjurado, joven de veinte años, noble y simpático, orgulloso, vivo y natural.

CALCAÑO, conjurado, libertino, de treinta años, de educación distinguida y de genio emprendedor.

SACCO, conjurado, de cuarenta y cinco años, hombre vulgar.

LOMELINO, confidente de Gianettino, cortesano perfecto.

CENTURIONE, CIBO, ASSERATO, descontentos.

ROMANO, pintor, franco, sencillo y vanidoso.

MULEY HASSAN, moro de Túnez, mahometano civilizado, conjunto original de perversidad y extravagancia.

Alemanes de la guardia del Dux, dignos, francos y de valor sereno.

Tres ciudadanos rebeldes.

LEONOR, esposa de Fiesco, de diez y ocho años, pálida y débil, fina y sensible. Muy simpática, pero poco brillante. En su rostro, negra melancolía. Vestida de luto.

JULIA, Condesa viuda de Imperiali, hermana de Doria, alta y gruesa, orgullosa, coqueta, bella, aunque afeada por sus rarezas, deslumbrando sin agradar, y revelando en su rostro pintado su carácter burlón y malévolo. Vestida de luto.

BERTA, hija de Verrina, doncella inocente.

ROSA y ARABELA, doncellas de cámara de Leonor.

Diversos nobles, ciudadanos, alemanes, soldados, servidores, ladrones.

El lugar de la acción, Génova. — La época, 1547.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de Fiesco. Oyese á lo lejos música y el bullicio de un baile.

LEONOR, con máscara.—ROSA Y ARABELA acuden desoladas á la escena.

LEONOR. (Quitándose la máscara.)—¡Nada más! ¡Ni una palabra más! Está claro como el día. (Déjase caer en una silla.) Esto me aflige.

ARABELA.—Señora...

LEONOR. (Levantándose.)—¡A mi vista! ¡una coqueta conocida! ¡delante de toda la nobleza de Génova! (Con pena.) ¡Rosa! ¡Bela! ¡ante mis ojos, llenos de lágrimas!

ROSA.—No le deis más importancia de la que tiene... mera galantería...

LEONOR.—¿Galantería?... ¡esas miradas de ambos! ¡ese interés con que espiaba todos sus pasos! ¡ese prolongado beso en su brazo desnudo, que dejó impresa la roja señal de sus labios! ¡Ah! ¡ese éxtasis profundo en que él cayó,

viva personificación del entusiasmo, como si el universo entero desapareciera, y sólo quedasen, en su espacio vacío, él y Julia! ¿Galantería?... Tú, pobre joven, que aun no has amado, ¿me enseñarás lo que es galantería y lo que es amor?

Rosa.—Tanto mejor, señora. Perder un esposo es ganar diez cortejos.

Leonor.—¿Perder? ¿un leve arranque de sensibilidad, y perder á Fiesco? ¡Véte, ponzoñosa habladora!... ¡jamás te presentes delante de mis ojos!... una broma inocente... quizás una mera galantería. ¿No es así, mi tierna Arabela?

Arabela.—¡Oh, sí! ¡seguramente es así!

Leonor. (Absorbida en sus cavilaciones.)—Pero ¿y si ella reinase en su corazón?... ¿y si su nombre interviniese en todos sus pensamientos?... ¿y si lo oyese á cada instante?... ¿qué es esto? ¿á dónde voy á parar? ¿Si el mundo entero, tan lleno de majestad y de belleza, será sólo el soberbio diamante en que su imagen... nada más que su imagen... estará grabada?... ¿y si la amase?... ¿y si amase á Julia? ¡Oh! ¡Dáme tu brazo... sosténme, Arabela! (Pausa; óyese otra vez la música; deteniéndose sorprendida.) ¿Oyes? ¿No era la voz de Fiesco, sobreponiéndose á todo? ¿Será capaz de reír, cuando su Leonor llora á solas? ¿Es verdad que no, hija mía? Era la voz vulgar de Gianettino Doria.

Arabela.—¡Así era, señora! Pero vámonos á otra habitación.

Leonor.—¡Tú palideces, Arabela! ¡tú mientes!... lo leo en tus ojos... en los rostros de los Genoveses hay algo... hay algo... (Ocultándose la cara.) ¡Oh, no hay duda! estos genoveses saben más de lo que pueden escuchar los oídos de una esposa.

Rosa.—Los celos todo lo aumentan.

Leonor. (Abandonándose á sus cavilaciones melancólicas.)—Cuando sólo era Fiesco... penetró en una calle de naran-

jos, en donde nos paseábamos las doncellas, como Apolo deslumbrador, con los rasgos bellos y varoniles de Antinoo. Penetró allí soberbio y orgulloso, no de otro modo que si llevase sobre sus hombros juveniles el peso entero de la ilustre Génova. Nuestros ojos lo miraban á hurtadillas, y se apartaban de él, como si cometieran algún sacrilegio, cuando encontraban los suyos dominantes. ¡Ay, Arabela, cuánto codiciábamos sus miradas! ¡cuánta era nuestra envidia, cuando se fijaban en alguna. La manzana de oro de la discordia eran para nosotras; los ojos más tímidos despedían rayos de ira, la tempestad rugía en los pechos más pacíficos, y la rivalidad había roto nuestra unión.

Arabela.—Lo recuerdo. Tan bella conquista había puesto en conmoción á todas las doncellas de Génova.

Leonor. (Con entusiasmo.)—¡Y ahora llamarlo mío! ¡Dicha temeraria y horrible! Mío el hombre más distinguido de Génova (Con afabilidad.), el que salió perfecto de las manos de la artista inagotable, el que junta en maravilloso consorcio todas las grandezas de su sexo... ¡Oid, doncellas; no puedo callarlo más tiempo!... ¡Oid, doncellas! deseo confiaros algo (Con misterio.), una idea... cuando estaba con Fiesco ante el altar... su mano apoyada en la mía... tuve un pensamiento, vedado á nuestro sexo... este Fiesco, cuya mano descansa ahora en la tuya... tu Fiesco... pero ¡silencio! que ningún hombre nos escuche, por grande que sea nuestra impaciencia de que sucumba esa superioridad... tu Fiesco... ¡Ah de vosotras, si este sentimiento no os enardece!... ¡nos librará... librará á Génova de tiranos!

Arabela. (Admirada.)—¿Y ha ocurrido esta idea á una mujer el mismo día de su casamiento?

Leonor.—¿Te admiras, Bela? ¿Una novia en medio de la alegría de su himeneo? (Con viveza.) Yo soy una mujer...

pero la nobleza de mi sangre no puede sufrir que ese linaje de los Dorias intente sobrepujar al nuestro. Ese Andrés benévolo... es una fortuna que sea hombre bondadoso... aunque fuese siempre Dux de Génova; pero Gianettino es su sobrino... su heredero... y Gianettino es vicioso y soberbio. Génova le tiembla, y Fiesco (Con tristeza.), Fiesco... deplorad mi suerte... ama á su hermana.

Arabela.—¡Pobre, desdichada señora!...

Leonor.—Id ahora, y veréis á ese semidiós de los Genoveses en un círculo vergonzoso de hombres sensuales y de rameras, regalando sus oídos con bromas indecentes y con cuentos de princesas encantadas... Y ¡ese es Fiesco!... ¡Ay de mí, hijas mías!... ¡no sólo Génova ha perdido su héroe!... ¡yo también mi esposo!

Rosa.—Hablad bajo. Alguien viene por la galería.

Leonor. (Asustada.)—Fiesco viene. ¡Huid, huid! Quizás mi presencia le aflija. (Refúgiase en un aposento lateral, seguida de sus doncellas.)

ESCENA II.

GIANETTINO DORIA, con máscara y una capa verde, y un MORO. Ambos llegan hablando.

Gianettino.—¿Me has entendido?

El Moro.—Sí.

Gianettino.—La máscara blanca.

El Moro.—¡Ya!

Gianettino.—Repito... que la máscara blanca.

El Moro.—¡Sí, sí, sí!

Gianettino.—¿Oyes? No dejarás de... (Señalándose al pecho.)

EL MORO.—Descuidad.

GIANETTINO.—¡Una buena puñalada!

EL MORO.—Quedaréis contento.

GIANETTINO. (Con perfidia.)—Que no sufra más el pobre Conde.

EL MORO.—Perdonadme... pero ¿cuánto podrá valer su cabeza?

GIANETTINO.—Cien cequines.

EL MORO. (Soplándose los dedos.)—¡Bah! Ligera es como una pluma.

GIANETTINO.—¿Qué gruñes ahí?

EL MORO.—Digo... que es trabajo ligero.

GIANETTINO.—Eso es cuenta tuya. Ese hombre es un imán. Todos los sediciosos le buscan. Oye, buena pieza ¡que no se te escape!

EL MORO.—Pero, señor... habré de huir en seguida de Venecia.

GIANETTINO.—Toma tu paga adelantada (Tírale un billete de banco.) Ha de perecer en el plazo de tres días. (Vase.)

EL MORO. (Cogiendo el billete del suelo.)—Esto se llama crédito. Mi palabra sólo, no mi firma, basta á este señor. (Vase.)

ESCENA III.

CALCAÑO, y detrás SACCO, con capas negras.

CALCAÑO.—Observo que sigues todos mis pasos.

SACCO.—Y yo, que tú me los ocultas todos. Oye, Calcaño: hace algunas semanas que en tu rostro se dibuja algo sombrío, que no se refiere, de seguro, á la patria... Pensaba yo, hermano, que podríamos confiarnos nuestros secretos mu-

tuos, ya que al cabo ninguno de los dos perdería en el cambio... ¿Quieres ser franco?

CALCAÑO.—Tanto, que si á tus oídos no place descender hasta mi pecho, mi corazón, en mi lengua, te saldrá al encuentro á la mitad de la jornada... Amo á la Condesa Fiesco.

SACCO. (Retrocediendo admirado.)—Nunca, por lo menos, lo hubiese adivinado, ni aun pasando revista á todo lo posible... Tu elección da tortura á mi ingenio; pero lo aniquila, si logras tu deseo.

CALCAÑO.—Se dice que es un modelo de la virtud más rígida.

SACCO.—Mienten. Es un libro entero sobre una materia insípida. Una de dos, Calcaño; renuncia á tu conquista, ó á tu anterior empresa.

CALCAÑO.—El Conde le es infiel. No hay Celestina tan perfecta como los celos. Un ataque á la Doria ha de parar al Conde, y facilitar la entrada en su palacio. Mientras ahuyenta al lobo del redil, la garduña penetrará en su gallinero.

SACCO.—¡Magnífico, hermano! Gracias. Líbrasme en un momento de avergonzarme. Ahora puedo decirte claro lo que, sólo pensado, me llenaba de rubor. Pordiosero han de llamarme si no se lleva el diablo á la constitución política actual.

CALCAÑO.—¿Tan grandes son tus deudas?

SACCO.—Tan monstruosas, que mi vida, ocho veces prolongada, no llegaría á pagar su décima parte. Un cambio político me vendrá bien. Y si no sirve para que yo pague á mis acreedores, les impide atormentarme.

CALCAÑO.—Comprendo... y, al cabo, si Génova se ve libre por casualidad, Sacco será bautizado padre de la patria. Que me relaten ahora cuentos asendereados sobre la honradez, cuando la bancarrota de un perdido y la lujuria

de un libertino pueden decidir de la felicidad de un Estado. ¡Pardiez, Sacco! Admiro en nosotros dos los inescrutables designios del cielo, que salva el corazón con las llagas de los demás miembros... ¿Sabe Verrina tu proyecto?

SACCO.—Tanto cuanto puede conocerlo un patriota. Génova, como te es notorio, equivale para él á un huso, en torno del cual giran sus pensamientos con férrea constancia. Sus ojos de halcón están fijos ahora en Fiesco. Espera, que tú has andado ya la mitad del camino, para entrar en un plan atrevido.

CALCAÑO.—Tiene excelente olfato. Acompáñame; vamos á buscarlo, y á enardecer, con las nuestras, sus ideas de libertad. (Vanse.)

ESCENA IV.

JULIA, sofocada; FIESCO, con una capa blanca, viene persiguiéndola.

JULIA.—¡Lacayos, correos!

FIESCO.—¿A dónde vais, Condesa? ¿Qué intentáis hacer?

JULIA.—Nada, nada absolutamente. (A los criados.) Que traigan mi carruaje.

FIESCO.—Permitid... no debe ser así. ¿Habéis recibido alguna ofensa?

JULIA.—¡Bah!... no hay nada de eso... ¡alejaos! Me habéis destrozado las blondas... ¿Ofensa? ¿Quién hay aquí que pueda ofenderme? Idos, pues.

FIESCO. (Poniendo una rodilla en tierra.)—No, hasta que me digáis el nombre del insolente...

JULIA. (Tranquila, con los brazos cruzados.) ¡Ah, bien, bien! ¡Digno de verse! ¡Lástima que no llame alguien á la Condesa

de Lavaña, para que asista á este encantador espectáculo!... ¿Cómo, Conde? ¿En dónde se queda el esposo? Esa postura sería propia y exclusiva de la alcoba de vuestra esposa, cuando, al hojear el calendario de vuestras caricias, tropezase con una falta en su cómputo. Levantaos, pues. Id en busca de otras damas, que conquistaréis más fácilmente. ¡Así, levantaos! ¿Ó quereis que vuestras galanterías expíen las impertinencias de vuestra esposa?

Fiesco. (Levantándose de repente.)—¿Impertinencias? ¿Contra vos?

Julia.—Ponerse en pie... retirar su silla... volver las espaldas á la mesa... á la mesa, Conde, en que yo estaba sentada.

Fiesco.—Es imperdonable...

Julia.—¿Nada más?... ¡Y qué gesto! ¿Tengo yo la culpa (Sonriendo.) de que el Conde vea?

Fiesco.—El crimen de vuestra belleza, señora, es que sus ojos no abarquen cuanto quisieran.

Julia.—Dejad á un lado los cumplimientos, Conde, cuando el honor habla. Yo exijo una satisfacción. ¿Me la dais? ¿ó se halla al abrigo del poder del Duque?

Fiesco.—En los brazos del amor, que os pedirá perdón de los extravíos de los celos.

Julia.—¿Celos? ¿Celos? ¿Qué desea, pues, esa cabecilla? (Haciendo monadas delante de un espejo.) Como si ella pudiera esperar mejor confirmación de su gusto, que su conformidad con el mío. (Con orgullo.) ¿Doria y Fiesco?... ¡Como si la Condesa de Lavaña no debiera envanecerse de que la sobrina del Duque envidiara su elección! (Con afabilidad, dando á besar su mano al Conde.) En el supuesto, Conde, de que así fuera.

Fiesco. (Con pasión.)—¡Cruel! ¿atormentarme así? Sé, divina Julia, que sólo debeis inspirarme respeto. Mándame mi razón que, como súbdito, doble mi rodilla ante la sangre

de los Doria, pero mi corazón adora á la bella Julia. Criminal es mi amor, pero tambien heroico, por su osadía en romper la barrera que le opone vuestro rango, y lanzarse volando en el sol devastador de la majestad soberana.

Julia.—Mentira grande, mentira grande de conde, tambaleándose en los zancos que la sostienen... Vuestra lengua me diviniza, y vuestro corazón late por otra imagen.

Fiesco.—Ó, mejor, señora, que palpita contra su voluntad, y ansía verse libre de ese peso. (Tomando el retrato de Leonor, que lleva colgado de una cinta azul, y entregándolo á Julia.) Poned vuestra imagen en este altar, y destruíd ese ídolo.

Julia. (Apoderándose del retrato gozosa.)—Gran sacrificio, por mi honor, que merece mi gratitud. (Cuélgale el suyo.) ¡Así, esclavo! Lleva la librea de tu señor. (Vase.)

Fiesco. (Con fuego.)—¡Julia me ama! ¡Julia! No envidio á ningún Dios. (Paseándose alegre.) Sea esta noche el Carnaval de los dioses, y llegue á su colmo la alegría. ¡Hola, hola! (Preséntanse muchos criados.) Que el néctar de Chipre riegue el suelo de mis aposentos, que la música despierte á la media noche de su sueño de plomo, y que millares de arañas encendidas eclipsen al sol del Mediodía... Haya contento general, y que las danzas báquicas, en bullicio ensordecedor, huellen con sus plantas el imperio de la muerte. (Vase apresuradamente. Allegro atronador. Descórrese la cortina del centro, y se descubre un vasto salón iluminado, en donde bailan muchas máscaras. En los dos lados hay mesas de juego y refrescos, ocupadas por los convidados.)

ESCENA V.

GIANETTINO, casi ebrio; LOMELINO; CIBO; CENTURIONE; VERRINA; SACCO; CALCAÑO, todos con máscara, y varias damas y nobles.

GIANETTINO. (A gritos.)—¡Bravo, Bravo! Estos vinos se deslizan soberbiamente; nuestras bailarinas saltan *á merveille*. Que cualquiera de vosotros divulgue por todo Génova que yo estoy gozoso, para que los ciudadanos se regocijen... ¡Por mi nacimiento! Señalarán este día en el Calendario, y escribirán debajo: «Hoy estuvo alegre el Príncipe Doria.»

LOS CONVIDADOS. (Levantando en alto sus vasos.)—¡A la República! (Suena una fanfarria.)

GIANETTINO. (Tirando un vaso al suelo con ira.)—¡He aquí sus restos! (Tres máscaras negras se acercan á él y lo rodean.)

LOMELINO. (Llevándose al Príncipe al proscenio.)—¿No me hablásteis ha poco, señor, de una mujer, que encontró vuestra Gracia en la iglesia de San Lorenzo?

GIANETTINO.—Sí, hombre, y es menester que yo la conozca.

LOMELINO.—Yo puedo proporcionárosla.

GIANETTINO. (Con viveza.)—¿Puedes? ¿Puedes? Recientemente, Lomelino, pretendiste la dignidad de procurador de la República. Será tuya.

LOMELINO.—Es, poderoso Príncipe, el cargo más importante del Estado, después del Supremo, y lo codician más de sesenta nobles, todos más ricos y más distinguidos que este humilde servidor de V. A.

GIANETTINO. (Interrumpiéndolo bruscamente.) — ¡Trueno y Doria! Tú serás procurador. (Las tres máscaras se adelantan.)

¿La nobleza de Génova? Que ponga todos sus antepasados y sus blasones en un platillo de la balanza, y un solo pelo de la barba blanca de mi tío elevará prontamente en el aire á toda la aristocracia genovesa. Yo lo quiero; tú serás procurador, y mi voluntad vale tanto como todos los votos de la Señoría.

LOMELINO. (Bajando la voz.)—La doncella es hija única de cierto Verrina.

GIANETTINO.—Es bonita, y, pese á todos los diablos, será mía.

LOMELINO.—¡Señor! ¡La única hija de un republicano fanático!

GIANETTINO.—¡Véte al infierno con tu republicano! ¡La ira de un vasallo y mi pasión! ¡Como si el faro hubiera de arruinarse, tirándole caracoles los muchachos! (Las tres máscaras negras se acercan inquietas.) ¿Ha recibido acaso sus heridas el Duque Andrés, peleando por estos republicanos, para que su sobrino haya de mendigar el favor de sus hijos é hijas? ¡Trueno y Doria! Renunciarán á ese placer, ó sobre los huesos de mi tío levantaré una horca, en la cual la libertad genovesa bailará hasta que muera. (Las tres máscaras se retiran.)

LOMELINO.—Ahora está sola esa joven. Su padre es una de esas tres máscaras.

GIANETTINO.—A pedir de boca, Lomelino. Llévame allá sin tardanza.

LOMELINO.—Pero buscáis una mujer inmoral, y esa es todo sentimiento.

GIANETTINO.—La fuerza todo lo vence. Guíame allá cuanto antes; quiero ver á ese perro republicano ladrando al oso de Doria. (Fiesco lo encuentra en la puerta.) ¿En dónde está la Condesa?

ESCENA VI.

Los mismos.—FIESCO.

FIESCO.—La he dejado en su coche. (Cogiendo la mano de Gianettino, y apretándola contra su pecho.) Lazo doble, oh Príncipe, nos une. Gianettino manda en mí y en Génova; en mi corazón reina su encantadora hermana.

LOMELINO.—Fiesco se ha transformado en un epicúreo perfecto. Mucho pierde el gran mundo.

FIESCO.—Pero Fiesco nada pierde en ese gran mundo. Vivir es soñar; ser prudente, Lomelino, es soñar cosas agradables. ¿Es mejor yacer bajo los rayos de una corona, en donde las ruedas del gobierno rechinan en los oídos, que en los brazos de una mujer apasionada? Que reine en Génova Gianettino Doria mientras Fiesco ama.

GIANETTINO.—¡Pronto, Lomelino! Es ya media noche. El tiempo pasa. Gracias, Lavaña, por tu reunión. Estoy satisfecho.

FIESCO.—Es cuanto puedo desear, Príncipe.

GIANETTINO.—Buenas noches, pues. Mañana se juega en casa de Doria, y se invita á ella á Fiesco. Vamos, Procurador.

FIESCO.—¡Música, luces!

GIANETTINO.— (Con arrogancia, al pasar junto á las tres máscaras.) ¡Plaza al nombre del Duque!

UNA DE LAS MÁSCARAS.— (Murmurando de mal talante.) ¡En el infierno! ¡En Génova, nunca!

LOS CONVIDADOS.— (En movimiento.) El Príncipe se va. Buenas noches, Lavaña. (Vanse con estrépito.)

ESCENA VII.

Las tres MÁSCARAS negras.—FIESCO. (Silencio.)

FIESCO.—Veo aquí convidados que no participan de la alegría de mi fiesta.

LAS MÁSCARAS.—(Murmurando entre sí con pena.) No uno sólo.

FIESCO.—(En tono conciliador.) ¿Será posible que, á pesar de mi buena voluntad, se vaya algún Genovés descontento? ¡Pronto, lacayos! Que el baile recomience, y se llenen de nuevo las copas. No quiero que nadie se aburra en mi casa. ¿He de distraeros con fuegos artificiales? ¿Queréis oir los chistes de mi arlequín? Acaso os solacéis hablando con las señoras. ¿Jugamos al faraón, y engañamos así el tiempo?

UNA MÁSCARA.—Estamos acostumbrados á emplearlo en cosas más serias.

FIESCO.—Respuesta varonil... y de Verrina.

VERRINA. (Quitándose la máscara.)—Más fácilmente encuentra Fiesco un amigo bajo una máscara, que sus amigos á Fiesco bajo la suya.

FIESCO.—No lo entiendo. Pero ¿qué significa ese crespón de luto en tu brazo? ¿Ha muerto algún pariente de Verrina, y nada sabe Fiesco?

VERRINA.—Tristes nuevas no convienen en las alegres fiestas de Fiesco.

FIESCO.—Pero si un amigo lo necesita... (Apretando su mano.) ¡Amigo de mi alma! ¿quién de vosotros dos ha muerto?

VERRINA.—¡Los dos! ¡Oh! ¡Es demasiado cierto!... Pero no todos los hijos lloran á su madre.

FIESCO.—La tuya murió ha largo tiempo.

VERRINA. (Con intención.)—Recuerdo que Fiesco me llamaba hermano, porque yo era hijo de su patria.

FIESCO. (Chanceándose.)—¡Ah! Ya comprendo. Era sólo una broma. ¡Luto por Génova! Verdad es que Génova agoniza. La idea es extraña y nueva. Nuestro primo comienza ya á dar señales de ingenio.

CALCAÑO.—¡Ha hablado formalmente, Fiesco!

FIESCO.—¡Sin duda, sin duda! Es lo mismo. Siempre tan seco y tan llorón. Las gracias pierden todo su mérito, cuando el que las dice se ríe primero de ellas. ¡Y con qué expresión tan verdadera de pena, como si viniese de un entierro! ¿Cómo había yo de creer nunca que el adusto Verrina, en su vejez, había de ser tan jocoso?

SACCO.—Ven, Verrina; nunca será nuestro.

FIESCO.—Pero vámonos de aquí, alegres compatriotas. Seamos, al parecer, como astutos herederos que siguen al féretro llorando, y se ríen tanto mejor bajo el pañuelo. Aunque nos espere cruel madrastra. Sea, pues, lo que fuere; dejémoslo gritar, y regocijémonos.

VERRINA. (Muy excitado.)—¡Cielo y tierra! ¿y no hacer nada? ¡A qué extremo has llegado, Fiesco! ¿Qué se ha hecho del gran enemigo de los tiranos? Recuerdo la época en que la simple vista de una corona te hubiera puesto enfermo... ¡Hijo degenerado de la República! Tú serás la prueba más convincente de que yo no doy un maravedí por mi inmortalidad, si el tiempo rebaja así á los hombres.

FIESCO.—Eres un visionario incorregible. Aunque guarde á Génova en un bolsillo y la malvenda á un corsario de Túnez, ¿qué nos importa? Nosotros beberemos vino de Chipre, y besaremos lindas mujeres.

VERRINA. (Mirándolo seriamente.)—¿Piensas así verdadera y formalmente?

FIESCO.—¿Por qué no, amigo? ¿Es un placer servir de pie á esa bestia pesada y huesosa, llamada República? Demos gracias á quien le presta alas y pone en movimiento sus piernas. Gianettino Doria será Duque. Los negocios políticos no llenarán de canas mi cabeza.

VERRINA.—Fiesco, ¿piensas así verdadera y formalmente?

FIESCO.—Andrés declara á su sobrino hijo y heredero de sus bienes, y es preciso estar loco para arrebatarle su herencia.

VERRINA. (Con visible descontento.)—¡Venid, pues, Genoveses! (Deja rápidamente á Fiesco, seguido de los demás.)

FIESCO.—¡Verrina!... ¡Verrina!... Este republicano es tenáz como el acero.

ESCENA VIII.

FIESCO.—Una MÁSCARA desconocida.

LA MÁSCARA.—Fiesco, ¿podéis disponer de un momento?

FIESCO. (Con afabilidad.)—¡Aunque sea de una hora!

LA MÁSCARA.—¿Tendréis la bondad de dar conmigo un paseo fuera de la ciudad?

FIESCO.—Son ya las doce de la noche, y cincuenta minutos más.

LA MÁSCARA.—Concededme esa gracia, Conde.

FIESCO.—Mandaré que preparen el coche.

LA MÁSCARA.—No es necesario. He enviado un caballo delante. Basta con esto, porque espero que sólo volverá uno de nosotros dos.

FIESCO. (Atónito.)—¿Y...

LA MÁSCARA.—Se os exigirá una satisfacción sangrienta por ciertas lágrimas.

FIESCO.—¿Qué lágrimas?

LA MÁSCARA.—De una cierta Condesa de Lavaña. Conozco muy bien á esta señora, y quiero saber por qué ha merecido ser sacrificada á una loca.

FIESCO.—Ya os entiendo. ¿Puedo conocer el nombre de tan singular provocador?

LA MÁSCARA.—Es el mismo que adoró un día á la señorita de Cibo, y que hubo de retirarse ante Fiesco, que la pretendió.

FIESCO.—¿Escipión Borgoñino?

BORGOÑINO. (Quitándose la máscara.) — Y el mismo que anhela, por su honor, reparar la afrenta recibida, cediendo á un rival de pensamientos tan ruines, que osa atormentar á la dulzura en persona.

FIESCO. (Abrazándolo con calor.) — ¡Noble joven! He de agradecer á los sufrimientos de mi esposa, que me proporcionen conocer á un mancebo de tanto mérito. Comprendo la noble delicadeza de vuestra conducta, pero no me bato.

BORGOÑINO. (Retrocediendo.)—¿Será el Conde de Lavaña tan cobarde que tema arriesgarse, sirviendo de blanco á los ataques de mi espada?

FIESCO.—¡Borgoñino! ¡Contra todo el poder de Francia, no contra vos! Respeto ese noble entusiasmo por un motivo tan honroso; una corona de laurel merece la intención, pero el hecho sería pueril.

BORGOÑINO.—¿Pueril, Conde? La mujer sólo puede llorar si la ofenden... Pero ¿y el hombre?

FIESCO.—Muy bien dicho, pero yo no me bato.

BORGOÑINO. (Volviéndole las espaldas, y en ademán de irse.)— Os despreciaré.

FIESCO. (Con animación.)—¡Por Dios, joven! No será así, aunque la virtud haya de perder su valor. (Cogiéndole la mano pensativo.) ¿Habéis sentido hacia mí antes algo que se llame... ¡cómo diré!... que se llame consideración?

BORGOÑINO.—¿Hubiese yo cedido ante ningún hombre, no mirándolo como al primero de todos?

FIESCO.—¡Bien, amigo mío! á un hombre, á quien yo hubiese estimado antes... no lo despreciaría tan fácilmente. Yo pensaría que la urdimbre tejida por un maestro debía ser tan artística, que no saltara desde luego á los ojos de un aprendiz cualquiera... Retiraos á vuestra casa, Borgoñino, y tomaos tiempo para reflexionar cuáles sean las razones que muevan á Fiesco á obrar así, y no de otra manera. (Borgoñino se va en silencio.) Anda, noble joven. Si estas llamas ardieran por la patria, los Doria habrían de afirmarse bien.

ESCENA IX.

FIESCO.—El MORO entra con recelo, y mira cuidadosamente alrededor.

FIESCO. (Observándolo fijamente.)—¿Qué quieres, y quién eres?

EL MORO. (Como arriba.)—Un esclavo de la República.

FIESCO.—La esclavitud es triste cosa. (Sin quitar de él los ojos.) ¿Qué buscas aquí?

EL MORO.—Aquí soy yo un hombre honrado.

FIESCO.—Procura llevarlo escrito en tu rostro, porque no será superfluo... pero ¿qué buscas?

EL MORO. (Que intenta acercársele, esquivándolo él.)—Señor, no soy ningún bribón.

FIESCO.—Bien está que añadas eso, y... sin embargo, no me agrada. (Con impaciencia.) Pero ¿qué buscas?

EL MORO. (Acercándose á él de nuevo.)—¿Sois, por ventura, el Conde de Lavaña?

FIESCO. (Con orgullo.)—Los ciegos conocen en Génova mis pasos... ¿Qué tienes tú que hacer con el Conde?

EL MORO.—Vivid precavido, Lavaña. (Se acerca más.)

FIESCO. (Retirándose prontamente.)—Así lo hago.

EL MORO. (Como arriba.)—Alguien no os quiere bien, Lavaña.

FIESCO. (Retirándose de nuevo.)—Ya lo veo.

EL MORO.—Guardaos de Doria.

FIESCO. (Acercándosele confiado.)—Amigo, ¿habré yo cometido contigo alguna injusticia? En efecto, temo ese nombre.

EL MORO.—Huidle. ¿Podéis leer?

FIESCO.—¡Pregunta importuna! Estás en la casa de un caballero. ¿Traes algo escrito?

EL MORO.—Vuestro nombre entre los de otros pobres pecadores. (Preséntale un billete, y se arrima más á él. Fiesco se coloca delante de un espejo, y observa por encima del papel. El Moro da vueltas á su rededor acechándolo, y al fin saca el puñal é intenta herirlo.)

FIESCO. (Volviéndose con rapidez, y sujetándole el brazo.)—Poco á poco, canalla. (Quítale el puñal.)

EL MORO. (Dando con el pié en el suelo.)—¡Diablo! ¡Perdón! (Intenta escaparse.)

FIESCO. (Que lo sujeta y grita.)—¡Esteban! ¡Drullo! ¡Antonio! (Agarrándolo por el cuello.) ¡Quédate aquí, amigo! ¡Perfidia infernal! (Llegan los criados.) ¡Quédate aquí y responde! Erraste el golpe. ¿A quién habías de pedir su pago?

EL MORO. (Resuelto, después de hacer esfuerzos inútiles.)—Más alto que la horca nunca podrán colgarme.

FIESCO.—¡No! ¡consuélate con eso! No en los cuernos de la luna, pero tan alto, sin embargo, que en la horca parezcas desde abajo un mondadientes. Sin embargo, tu propósito es tan político, que no puedo atribuirlo á obra exclusiva de tu ingenio. Dime, pues, ¿quién te paga?

El Moro.—Señor, podéis insultarme, llamadme bribón, pero no bruto.

Fiesco.—Tiene orgullo el animal. Bestia, dí, ¿quién te ha pagado?

El Moro. (Reflexionando.)—¡Jum! ¡Así no seré yo sólo el tonto!... ¿quién me ha pagado?... y al fin sólo eran cien cequines miserables... ¿quién me ha pagado?... el Príncipe Gianettino.

Fiesco. (Que se pasea afligido.)—¡Solo cien cequines por la cabeza de Fiesco! (Con ironía.) ¡Avergüénzate, príncipe de la casa real de Génova! (Corriendo hácia una cajita.) Aquí, bribón, hay mil, y dí á tu señor... que es un asesino tacaño. (El moro lo mira de pies á cabeza.) ¿En qué piensas, hombre? (El Moro coge el dinero, lo deja, vuelve á tomarlo, y contempla á Fiesco con admiración siempre creciente.) ¿Qué haces, bribón?

El Moro. (Que, resuelto, deja el dinero en la mesa:)—Señor, yo... no merezco este dinero.

Fiesco.—¡Ratero, estúpido! Lo que has merecido es la horca. El elefante iracundo aplasta los hombres, no los gusanos. Te haría ahorcar, si sólo bastara mi palabra.

El Moro. (Haciendo alegre una cortesía.)—El señor es demasiado bueno.

Fiesco.—¡Dios me guarde de ello! no contigo. Sólo me place, con arreglo á mi capricho, hacer de un bribón como tú lo que desee; y por tanto, véte en paz. Entiende bien lo que pienso. Tu torpeza es para mí celestial garantía de que estoy predestinado para alguna empresa grandiosa, y de aquí mi clemencia y tu libertad.

El Moro. (Con franqueza.)—¡Dadme la mano, Lavaña! Tanto vale un honor como otro. Si en esta Península hay algún cuello que os estorbe, mandadme, yo lo corto gratis.

Fiesco.—¡Vaya un animal cumplido! Intenta mostrarme su gratitud á costa del cuello de los demás.

El Moro.—Nosotros no recibimos nada sin haberlo ganado antes. Nuestra corporación tiene también su honra.

Fiesco.—¿La honra de los cortadores de cuello?

El Moro.—Es más fuerte contra el fuego que la de vosotros los hombres de bien, porque éstos quebrantan sus juramentos hechos á Dios, y nosotros guardamos puntualmente los que hacemos al diablo.

Fiesco.—Eres un bribón con gracia.

El Moro.—Me regocija agradaros. Ponedme á prueba, y veréis un hombre hábil en el ejercicio de su profesión. Examinadme. Puedo mostraros certificados en regla de todos los gremios de bribones, desde los más altos hasta los más bajos.

Fiesco.—¡Qué oigo! (Sentándose.) ¿Los bribones tienen también sus leyes y jerarquías? ¿Cuál es la inferior?

El Moro.—¡Quitad allá, señor! Esa es la gentuza de los dedos largos; trabajo miserable, que no produce ninguna persona de importancia, y que termina en el látigo ó el presidio... y todo lo más en la horca.

Fiesco.—¡Perspectiva seductora! Tengo curiosidad de conocer la aristocracia de esta gente.

El Moro.—Siguen luégo los espías y soplones, personajes importantes, á quienes escuchan los grandes, y de los cuales sacan ellos su omnisciencia, muerden las almas como las sanguijuelas, derraman veneno de su corazón y lo vierten en quien corresponde.

Fiesco.—Los conozco... Continúa.

El Moro.—Llegamos ahora á los sediciosos, envenenadores y otros, que acechan á su víctima largo tiempo, y la atrapan en sus lazos. Por lo común cobardes, pero gente al fin que pagan su deuda al diablo entregándoles su pobre alma. La justicia hace algo más por ellos; les rompe los huesos en la rueda, y planta en estacas sus astutas cabezas. Este es el gremio tercero.

Fiesco.—Pero, díme, ¿cuándo llega el tuyo?

El Moro.—¡Rayos! señor, ahora mismo. He pasado por todos los peldaños de la escala. Mi genio venció rápidamente todos los obstáculos. Ayer noche dí mi golpe maestro en el tercer gremio, y hace poco... mi caída en el cuarto.

Fiesco.—Compuesto de...

El Moro. (Con viveza.)—De hombres (Entusiasmado.) que buscan á su víctima entre cuatro paredes, se abren paso por medio del peligro, se acercan á ella, y con un solo saludo evitan repetir el segundo. Nosotros le llamamos el correo extraordinario para el infierno. Cuando se le antoja á Mefistófeles, hace sólo una señal, y se les sirve el asado caliente.

Fiesco.—Eres un bribón perfecto. Lo echo de menos hace tiempo. Dáme la mano. Quiero tenerte á mi servicio.

El Moro.—¿Hablais formalmente, ú os burláis?

Fiesco.—Con toda formalidad, y te daré mil cequines al año.

El Moro.—¡Tocad, Lavaña! Soy vuestro, y que la vida privada se vaya al diablo. Empleadme en lo que os agrade; de perro de muestra, de alano, de zorra, de serpiente, de alcahuete, de mozo del verdugo. Señor, pronto estoy para todo; no, ¡pardiez! para nada bueno, porque para esto soy torpe como plomo.

Fiesco.—¡No tengas cuidado! Cuando quiero regalar un cordero, no lo confío al lobo. Mañana recorre á Génova, é infórmate de la situación del Estado. Averigua lo que dicen del Gobierno y de los Doria, y sondea cómo juzgan los ciudadanos mi vida de placeres y mis amoríos. Inunda de vino sus cerebros, hasta que rebosen sus más secretos pensamientos. Aquí tienes dinero; gástalo con los mercaderes de seda.

El Moro. (Mirándolo con reflexión.)—Señor...

FIESCO.—No te apures... No se trata de nada bueno... Véte, que toda tu banda te ayude. Mañana oiré noticias tuyas. (Vase.)

EL MORO. (Siguiéndole.)—Fiaos de mí. Es temprano ahora; las cuatro. Mañana á los ocho oiréis de mis labios noticias suficientes para llenar la curiosidad de dos veces setenta oídos. (Vase.)

ESCENA X.

Aposento en casa de Verrina.

BERTA, recostada en un sofá, con la cabeza oculta entre las manos.—VERRINA entra con aire sombrío.

BERTA. (Levantandose asustada.) ¡Cielos! ¡Él es!

BERRINA. (Que se detiene, y la mira sorprendido.)—¿Mi hija se asusta de su padre?

BERTA.—¡Huid! ¡Dejadme huir! ¡Me espantáis, padre mío!

VERRINA.—¿A mi única hija?

BERTA. (Mirándolo con tristeza.)—¡No! Es preciso que tengáis una hija todavía.

VERRINA.—¿Te molesta acaso mi ternura?

BERTA.—¡Me mata, padre mío!

VERRINA.—¡Cómo! ¿Así me recibes, hija mía? Siempre, cuando llegaba antes á mi casa con el corazón oprimido, mi Berta salía saltando á mi encuentro, y su presencia disipaba la montaña que pesaba sobre mi alma. Ven, hija, y abrázame. En tu ardiente corazón ha de recobrar su calor el mío, helado junto al lecho de muerte de la patria ¡Oh, hija mía! Acabáronse hoy para mí todas las alegrías de la naturaleza, y (Muy afligido.) sólo tú me restas.

BERTA. (Apartando de él sus ojos con dolor.)—¡Padre desventurado!

VERRINA. (Abrazándola afligido.)—¡Berta, mi última esperanza!... ¡La libertad ha huído de Génova! Fiesco, ya... (La estrecha con emoción, murmurando.) Tú serás una mujer perdida...

BERTA. (Arrancándose de sus brazos.)—¡Santo Dios! ¿Sabéis acaso?...

VERRINA. (Que se detiene temblando.)—¿Qué?

BERTA.—Mi honor virginal...

VERRINA. (Furioso.)—¿Qué dices?

BERTA.—Esta noche...

VERRINA. (Frenético.)—¿Cómo?

BERTA.—¡Por la violencia! (Cae en el sofá.)

VERRINA. (Después de una pausa larga y horrible, con voz sorda.)—Una palabra tan sólo, hija... ¡la última! (Con voz entrecortada.) ¿Quién?...

BERTA.—¡Ay de mí! ¡No esta pálida cólera! ¡Socorredme, Dios mío! ¡balbucea y tiembla!

VERRINA.—¡Nada sabía, sin embargo... hija mía. ¿Quién?

BERTA. ¡Sosegaos! ¡sosegaos, padre mío querido!

VERRINA.—¡Por Dios!... ¿Quién? (Intenta arrodillarse ante ella.)

BERTA.—Una máscara.

VERRINA. (Retrocediendo, como si le asaltara una idea funesta.) ¡No! ¡No puede ser! ¡Dios no me inspira este pensamiento! (Sonriendo horriblemente.) ¡Viejo loco! ¡Como si todo veneno hubiere de salir de un sólo y mismo reptil! (A Berta más sereno.) Su estatura, ¿como la mía, ó más baja?

BERTA.—Más alta.

VERRINA. (Con rapidez.)—Los cabellos ¿negros, crespos?

BERTA.—Negros como el carbón y crespos.

VERRINA. (Separándose de ella vacilante.)—¡Dios! ¡Mi cabeza! ¡mi cabeza!... ¿La voz?...

BERTA.—Bronca, una voz de bajo.

VERRINA. (Con ira.)—¿De qué color?... ¡No! ¡No quiero oir más!... la capa... ¿de qué color?

BERTA.—La capa, según me pareció, verde.

VERRINA. (Que se sujeta la cabeza con las manos, y se deja caer en el sofá) ¡No tengas cuidado! ¡Es sólo un vértigo, hija mía! (Cayéndosele las manos, y poniéndose pálido como un muerto.)

BERTA. (Retorciéndose las manos.)—¡Dios misericordioso! ¡Este no es mi padre!

VERRINA. (Después de una pausa, con amarga sonrisa.) ¡Bien, bien, así, así! ¡Cobarde Verrina!... que ese malvado violase el santuario de las leyes... esa pretensión te atormentaba... el miserable debía profanar también el sagrado del hogar doméstico. (Levantándose.) ¡Pronto!... ¡llama á Nicolo! ¡pólvora y plomo!... pero, ¡detente! he pensado otra cosa mejor... Dáme mi espada, y reza un padre nuestro. (Llevándose la mano á la frente.) Pero ¿qué pretendo?

BERTA.—¡Tengo mucho miedo, padre mío!

VERRINA.—Ven, siéntate junto á mí. (Con intención.) Berta, cuéntame... Berta, ¿qué hizo aquel viejo romano, cuando también á su hija... como lo nombro ahora... que encontró así, tan amable, á su hija? Oye, Berta, ¿qué dijo Virginio á su hija violada?

BERTA. (Temblando.)—Yo no sé lo que digo.

VERRINA.—¡Qué necedad!... Nada dijo. (Coge su espada de repente.) Se apoderó de un puñal....

BERTA. (Precipitándose en sus brazos horrorizada.)—¡Gran Dios! ¿qué intentáis hacer?

VERRINA. (Tirando al suelo su espada.)—¡No! ¡Todavía hay justicia en Génova!

ESCENA XI.

SACCO, CALCAÑO.—Los mismos.

Calcaño.—¡Pronto, Verrina, prepárate! Hoy comienzan las elecciones en la República. Queremos asistir temprano á la Señoría, para elegir los nuevos senadores. Las calles están llenas de gente. Toda la nobleza corre en tropel al Consejo. Tú nos acompañarás, sin embargo, (Irónicamente.) para presenciar el triunfo de la libertad.

Sacco.—Una espada yace en el suelo. Verrina está sombrío. Berta tiene los ojos llorosos.

Calcaño.—¡Por Dios! También lo observo yo ahora... Sacco, alguna desgracia ha ocurrido aquí.

Verrina. (Ofreciéndoles dos sillas.)—Sentaos.

Sacco.—Tú nos aterras, amigo.

Calcaño.—Jamás te he visto así, Verrina. Si Berta no hubiese llorado, yo preguntaría: ¿ha sucumbido Génova?

Verrina. (Con acento sordo.)—Ha sucumbido... Sentaos.

Calcaño. (Asustado, mientras se sientan ambos.)—¡Hombre, yo te conjuro...!

Verrina.—¡Oid!

Calcaño.—¡Qué presentimiento el mío, Sacco!

Verrina.—Vosotros dos, Genoveses, conocéis la antigüedad de mi familia. Vuestros progenitores han servido á los míos. Mis padres han combatido por su patria. Sus esposas fueron modelos en Génova. Nuestro único capital era el honor, que heredaban los hijos de los padres... ¿Consta á alguno lo contrario?

Sacco.—A nadie.

Calcaño.—A nadie, tan verdad como Dios existe.

VERRINA.—Yo soy el último de mi linaje. Mi esposa murió. Esta hija es su único legado. Testigos sois vosotros, Genoveses, de la crianza que le he dado. ¿Habrá alguno que pueda presentarse, y acusarme de descuido en su educación?

CALCAÑO.—Tu hija es un dechado de virtudes.

VERRINA.—Yo soy anciano, amigos. Si pierdo ésta, no debo esperar más hijos. Mi familia se extingue. (Variando de tono horriblemente.) La perdí. El oprobio ha caído en mi casa.

LOS DOS. (Conmovidos.)—¡Dios nos libre! (Berta gime en el sofá.)

VERRINA.—¡No! ¡no te desesperes, hija mía! Estos hombres son valerosos y buenos. Si te lloran, la sangre correrá en otro lugar... ¡No os mostréis tan sorprendidos! (Lentamente, como midiendo sus palabras.) ¡Quien tiraniza á Génova, bien puede violar á una doncella!

LOS DOS. (Levantándose y tirando las sillas.) — ¡Gianettino Doria!

BERTA. (Gritando.)—¡Aplastadme, paredes! ¡Mi Escipión!

ESCENA XII.

BORGOÑINO.—LOS MISMOS.

BORGOÑINO. (Con animación.)—¡Alégrate, joven! ¡Una fausta nueva!... Vengo, noble Verrina, á recoger mi dicha de tus labios. Largo tiempo hace que amaba á tu hija, y no osaba pedírtela, porque toda mi fortuna bogaba desde Coromandel en leños frágiles. Mi ventura entra ahora bien conservada en el puerto, y me trae, según dicen, inmén-

sos tesoros. Soy un hombre rico. Dame á Berta, y la haré feliz. (Berta se cubre el rostro; larga pausa.)

VERRINA. (Pensativo, á Borgoñino.)—¿Tenéis, oh joven, el capricho de arrojar vuestro corazón en un cenagal?

BORGOÑINO. (Lleva la mano á la espada, y después la retira.)—El que ha hablado es su padre...

VERRINA.—Esto mismo ha de decir cualquier bribón de Italia. ¿Tomaréis de buen grado los restos del banquete ajeno?

BORGOÑINO.—No me hagas perder el juicio, anciano.

CALCAÑO.—Borgoñino, ese anciano dice la verdad.

BORGOÑINO. (Levantándose y lanzándose hacia Berta.) — ¿Es cierto lo que dice? ¿Será posible que una hipócrita me haya engañado?

CALCAÑO.—No tanto, Borgoñino. Esa joven es pura y angelical.

BORGOÑINO. (Que mira callado y sorprendido.)— Ahora bien, ¡y así sea yo dichoso! pura y deshonrada... No puedo entenderlo... Os miráis uno á otro, y enmudecéis. Algo horrible y extraordinario voltejea en vuestros labios temblorosos. ¡Yo os conjuro! No os moféis de mi razón. ¿Será pura? ¿Quién dijo pura?

VERRINA.—Mi hija no es culpable.

BORGOÑINO.—La fuerza, pues... (Coge la espada del suelo.) ¡Genoveses! ¡por todos los pecados del orbe! ¿en dónde... en donde puedo encontrar al forzador?

VERRINA.—Allí mismo, en donde encuentres al que roba á Génova su libertad. (Borgoñino se queda atónito; Verrina se pasea pensativo, y después se detiene.)

VERRINA.—Si yo entiendo tus señales, eterna Providencia, te propones redimir á Génova por medio de mi Berta. (Acércase á ella; separa lentamente de su brazo el crespón negro, y luego con solemnidad.) Hasta que la sangre del corazón de un Doria no haya lavado esta mancha infame de tu honor,

ni un rayo de sol ha de alumbrar tus mejillas. Hasta tanto... (Echa sobre ella el crespón.) serás ciega. (Pausa; los demás le contemplan admirados: con mayor solemnidad, poniendo su mano en la cabeza de Berta.) ¡Maldito sea el aire que te consuele! ¡Maldito el sueño que te reanime! ¡Maldita sea toda planta humana, que pueda agradarte en tu miseria! ¡Refúgiate en el rincón más oscuro de mi casa! Solloza, grita, abrevia el tiempo con tus lamentos. (Se estremece un momento, y prosigue.) Sea tu vida el esfuerzo convulsivo del gusano moribundo... la lucha tenaz y destructora del ser y del no ser... Que mis maldiciones pesen sobre tí hasta que Gianettino exhale el último aliento. Si no, arrástralas hasta la eternidad, hasta encontrar el punto en que se reunan los dos extremos de su círculo. (Silencio sepulcral; todos parecen horrorizados: Verrina mira á cada uno con firmeza é intensidad.)

Borgoñino.—¿Qué has hecho, padre cruel? ¿Has pronunciado maldiciones tan monstruosas y horrendas contra tu misma hija, tan desdichada como inocente?

Verrina.—¿No es verdad, tierno amante... que esto es horrible?... (Con energía.) ¿Quién ahora, entre vosotros, se atreverá á hablar de sangre fría y de dilaciones? El destino de Génova depende ahora de mi Berta. Mi corazón paternal garantiza en adelante el cumplimiento de mis deberes cívicos. ¿Quién de nosotros será tan villano, que aplace la liberación de Génova ahora, cuando este cordero inocente expía su debilidad con un dolor infinito?... ¡Por Dios! no era éste el lenguaje vano de un loco... Yo he pronunciado un juramento, y no me compadeceré de mi hija hasta que caiga un Doria; y aunque yo inventase los más refinados tormentos, como el ayudante del verdugo, y desgarrase esta víctima inocente en el caballete caníbal de la tortura... ¿Tembláis?.. ¿Me miráis pálidos como espectros? ¡Otra vez, Escipión! La considero como un estímulo para que mates

al tirano. De hilo tan tenue pende tu deber, los míos y los vuestros. Ó sucumbe el déspota de Génova, ó la desesperación es la dote de mi hija. ¡No, no me retracto!

Borgoñino. (A los pies de Berta.) ¡Y caerá... caerá en aras de la libertad de Génova! Tan cierto es que esta espada atravesará el corazón de Doria, como que mis labios imprimirán en los tuyos el beso nupcial. (Levántase.)

Verrina.—Primera pareja, bendecida por las Furias. Daos las manos. ¿Atravesarás con tu espada el corazón de Doria?... ¡Tómala, tuya es!

Calcaño. (Que se arrodilla.)—Aquí se prosterna otro genovés, y deposita su acero á los pies de la inocencia. ¡Ojalá que Calcaño encuentre tan fácil la senda, que ha de llevarlo á la dicha eterna, como esta espada la que ha de encaminarla á las entrañas de Doria! (Se levanta.)

Sacco.—No menos resuelto, aunque el último, se arrodilla también Rafael Sacco. Si este acero reluciente no abre las puertas del calabozo de Berta, que el Salvador cierre sus oídos á mi postrera súplica (Se levanta.)

Verrina. (Tranquilo.) — Os doy las gracias, oh amigos míos, en nombre de Génova. ¡Anda, hija, regocíjate! tú eres la víctima propiciatoria de la patria.

Borgoñino. (Abrazándola al salir.)—¡Véte! ¡Confía en Dios y en Borgoñino! Berta y Génova serán libres el mismo día. (Vase Berta.)

ESCENA XIII.

Los mismos, menos BERTA.

Calcaño.—¡Antes de proseguir adelante, escuchad una palabra, Genoveses!

Verrina.—La apruebo.

CALCAÑO.—¿Nosotros solos, cuatro patriotas, bastaremos para extirpar la tiranía, esa hidra poderosa de Génova? ¿No debemos levantar al pueblo, y atraer á nuestro partido á la nobleza?

VERRINA.—Ya comprendo. Oidme; ha ya largo tiempo que tengo á mi sueldo un pintor, ocupado en apurar su arte para representar la caída de Apio Claudio. Fiesco es apasionado de la pintura, é impresionable ante la sublimidad de ciertas escenas. Llevarémos el cuadro á su palacio, y haremos que lo vea. Quizás, ante él, su genio se despierte... quizás...

BORGOÑINO.—Lejos, lejos de nosotros. Que el peligro se duplique, no los auxiliares, dice el héroe. Mucho tiempo hace que yo siento algo en mi pecho, afán insaciable y desconocido... Ahora lo veo claro de repente. (Con heroísmo.) Ese algo es un tirano.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Antesala en el palacio de Fiesco.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR, ARABELA.

ARABELA.—¡Yo digo que no! No lo visteis bien. Los celos os prestaron sus ojos odiosos.

LEONOR.—Sí, era la misma Julia. ¡No me contradigas! Mi retrato pendía de una cinta celeste, y ésta era de vivo color de fuego. Decidióse ya mi suerte.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y JULIA.

JULIA. (Entrando con afectación.)—Ofrecióme el Conde su palacio, para ver el concurso que se ha de dirigir al Consejo. El tiempo se me hará largo; entretenedme, pues, señora, mientras se prepara el chocolate. (Arabela se aleja, y vuelve en seguida.)

LEONOR.—¿Queréis que llame aquí gente?

JULIA.—¡Qué tontería! ¡Como si yo viniese á buscarla en esta casa! Vos sola me distraeréis, señora (Paséase haciendo monadas.) Podéis hacerlo, porque no pienso ocuparme en nada.

ARABELA. (Con malicia.)—¡Qué criado negro tan lindo, señora! ¿No creéis que es una crueldad privar á los jóvenes elegantes de la perspectiva de una conquista tan codiciada? ¡Ah! ¿Y tantas perlas deslumbradoras, que hieren y fascinan?... ¡Dios omnipotente! ¿Habéis despojado á la mar de todas sus galas?

JULIA. (Delante de un espejo.)—¿Es esto algo insólito para vos, señorita? Pero escuchad: ¿servís también á vuestros amos con la lengua? *¡Charmant*. madama, eso de cumplimentar á las visitas por las criadas!

LEONOR.—Es una fatalidad, señora, que mi mal humor me prive del placer que proporciona vuestra presencia.

JULIA.—Y falta imperdonable de educación que parezcáis así, torpe y necia. ¡Pronto! ¡vivacidad y agudeza! No es ése el camino de encadenar á vuestro esposo.

LEONOR.—Conozco sólo un medio, Condesa: que vuestros modales sean á todos simpáticos.

JULIA (Fingiendo no oirla.)—¡Y qué conducta la vuestra, señora! ¡Quitad allá! Es preciso que os cuidéis más de vuestra persona. Apelad al arte, ya que la naturaleza os ha tratado como madrastra. Pintaos esas mejillas, ajadas por pasiones que roban sus colores. ¡Pobre criatura! Así, vuestro aspecto desdichado no encontrará un solo comprador.

LEONOR. (Con alegría, á Arabela.) — ¡Felicítame, Arabela! Imposible que yo pierda á mi Fiesco, ó, en otro caso, nada pierdo. (Traen el chocolate, sirviéndolo Arabela.)

JULIA —¿De perder habláis? Pero, ¡Dios mío! ¿cuál fué vuestra idea trágica al casaros con Fiesco? ¿Por qué colocaros á tanta altura, para llamar necesariamente la aten-

ción? ¿Para que os comparen con otras?... ¡Por mi honor, linda alhaja; sólo á la perfidia ó á la estupidez pudo ocurrir uniros á Fiesco! (Tomando su mano con lástima.) ¡Pobrecilla! Un hombre admitido en la buena sociedad no podía ser tu esposo. (Coge una taza.)

LEONOR. (A Arabela, sonriendo.)—Ó no debia desear ser admitido en esas casas de buen tono.

JULIA.—El Conde es de figura simpática... hombre de mundo... y de buen gusto. El Conde ha tenido la fortuna de contraer relaciones elevadas. El Conde es vivo, fogoso. Se aleja, todavía impresionado, de los círculos más elegantes; viene á su casa; su esposa lo recibe con su ternura ordinaria, apaga su ardor con un beso frío é insípido, y le sirve sus caricias como un posadero. ¡Mísero esposo! Allí un ideal lleno de encanto; aquí le aguarda una sensibilidad tan pobre como triste. ¡Por Dios, señora! Si no ha perdido el juicio, ¿qué ha de elegir?

LEONOR. (Ofreciéndole una taza.)—A vos, señora... si lo ha perdido.

JULIA.—¡Bien! ¡Que esta agudeza vaya derecha á tu corazón! ¡Tiembla por esta broma, ó antes de temblar, avergüénzate!

LEONOR.—¿Sabéis también esto, señora? Pero, ¿por qué no? ¿No es parte, el ponerse colorada, de una *toilette* de buen tono?

JULIA.—¡Qué cosas se ven! No hay como irritar al gusanillo, para que despida llamarada natural de su ingenio nativo. Basta por ahora. Era una broma, señora. Dadme la mano en señal de reconciliación.

LEONOR. (Que le da la mano con una mirada significativa.) —¡Viuda de Imperiali!... no temáis ya mi cólera.

JULIA.—¡Magnánima, sin duda alguna! Pero, ¿no puedo serlo yo también, Condesa? (Con lentitud y observando á Leonor.) Si yo llevo conmigo la imagen de una persona, ¿no

ha de deducirse que el original es para mí estimable? ¿Qué pensáis?

LEONOR. (Avergonzada y confusa.) ¿Qué decís? Yo espero que esta consecuencia es prematura en demasía.

JULIA.—Esa misma es mi opinión. El corazón nunca llama en su auxilio á los sentidos. Los sentimientos verdaderos jamás se amparan detrás de bagatelas de oropel.

LEONOR.—¡Gran Dios! ¿Cómo llegáis á la posesión de esta verdad?

JULIA.—¡Por compasión, por pura compasión!... Así veréis, pues, que esto es verdad, aplicándola á la inversa... y entonces conservaréis á vuestro Fiesco... (Dale su retrato, y se ríe malignamente.)

LEONOR. (Con la mayor amargura.)—¡Mi retrato en vuestro poder! (Déjase caer abatida en una silla.) ¡Qué indignidad!

JULIA. (Llena de gozo.)—Tomé mis represalias. Lo logré. Ahora, madama, no hay necesidad de preparar más alfilerazos. (En voz alta.) ¡Mi carruaje! Conseguí mi objeto. (A Leonor tomándole la cara.) Consolaos, hija mía. Dióme el retrato en un momento de entusiasmo. (Vase.)

ESCENA III.

Entra CALCAÑO.

CALCAÑO.—La Imperiali se aleja muy satisfecha, y vos señora, parecéis muy abatida.

LEONOR. (Con honda pena.)—¡No! ¡Esto es inaudito!

CALCAÑO.—¡Cielo y tierra! ¡No lloraréis!

LEONOR.—Un amigo de ese hombre cruel... ¡Quitaos de mi vista!

CALCAÑO.—¿Quién es ese hombre cruel? Me asustáis.

LEONOR.—Mi marido... No, Fiesco.

CALCAÑO. ¿Qué oigo?

LEONOR.—¡Oh! una indignidad, muy corriente entre vosotros los hombres.

CALCAÑO. (Cogiendo su mano con ardor.)—Mi corazón, señora, siente lo que vale la virtud afligida.

LEONOR.—Sois un hombre... nada para mí.

CALCAÑO.—Alma y vida para vos... lleno de vuestra memoria... Si supieseis cuánto... cuán infinitamente...

LEONOR.—¡Tú mientes, hombre!... tú prometes antes de probar con obras...

CALCAÑO.—Yo os juro...

LEONOR.—Un perjurio. ¡Callad! Cansáis la paciencia de Dios, harto de borrar vuestras promesas. ¡Hombres, hombres! Si vuestros juramentos fuesen otros tantos demonios, podrían asaltar el Cielo y hacer prisioneros á los ángeles de la luz.

CALCAÑO.—Soñáis, señora. Vuestra pena os hace injusta. ¿Todo nuestro sexo ha de ser responsable del delito de alguno?

LEONOR. (Mirándolo con dignidad.)—Hombre, si yo adoraba á vuestro sexo, personificado en uno sólo, ¿no debo despreciarlo á todo en él?

CALCAÑO.—Probad, Condesa... Os equivocasteis al entregar primero vuestro corazón... Quizás conociera yo el lugar, en donde pudiera reanimarse.

LEONOR.—Podríais, mintiendo, despojar al Criador de sus obras... No quiero oirte.

CALCAÑO.—Deberiáis, hoy mismo, revocar en mis brazos esa condenación.

LEONOR. (Con curiosidad.)—Acaba de hablar... ¿En tus...

CALCAÑO.—En mis brazos, abiertos para recibir á una mujer abandonada, é indemnizarla del amor perdido.

LEONOR. (Mirándolo fijamente.)—¿Amor?

Calcaño. (Prosternado ante ella y con calor.)—Sí, dicho está. ¡Amor, señora! La vida y la muerte penden de vuestros labios. Si mi pasión es culpable, los extremos de la virtud y del vicio se confunden, y el cielo y el infierno se juntan en la misma condenación.

Leonor. (Retrocediendo con desagrado y orgullo. —¿Y ese era el móvil de tu compasión, oh pérfido?... ¿Y huellas así, al echarte á mis pies, el amor y la amistad? ¡Huye de mi vista para siempre! ¡Linaje odioso! Había creído hasta ahora que sólo engañabas á las mujeres, é ignoraba que te hacías traición á tí mismo.

Calcaño. (Levantándose confuso.)—Señora...

Leonor.—No basta que rompa el vínculo sagrado de la confianza; este hipócrita empaña también con su hálito emponzoñado el puro espejo de la virtud, é intenta envolver en el perjurio á mi inocencia.

Calcaño.—El perjurio no sería sólo vuestro, señora.

Leonor.—Ya comprendo; mi pena había de sobornar mi sensibilidad en tu provecho. ¿No se te ocurría (Con grandeza.) que la sublime desdicha de romper con Fiesco, por sí sola, ennoblece el corazón de una mujer? ¡Véte! La vergüenza de Fiesco no realza á mis ojos á ningún Calcaño, sino... que rebaja á tu sexo por igual.

(Vase precipitadamente.)

Calcaño. (Que la mira confundido, y después se va dándose un golpe en la frente.) ¡Estúpido!

ESCENA IV.

El MORO, FIESCO.

FIESCO.—¿Quién era ese que salió ahora?

EL MORO.— El Marqués Calcaño.

FIESCO.—Este pañuelo se ha quedado por olvido en el sofá. Mi esposa estaba aquí.

EL MORO.—Cuando la ví parecía muy conmovida.

FIESCO.—El pañuelo está húmedo. (Lo examina.) Calcaño aquí... Leonor muy conmovida... (Al moro, después de reflexionar un momento.) Esta noche me dirás lo que ha pasado entre ambos.

EL MORO.—La señorita Arabela oye con agrado que se hable de sus rubios cabellos. Ella lo dirá.

FIESCO.—Treinta horas han transcurrido ya. ¿Has desempeñado la comisión que te encargué?

EL MORO.—Sin omitir ni una jota.

FIESCO. (Sentándose.)—Dime, pues, ¿qué se murmura por ahí de Doria y del Gobierno actual?

EL MORO.—Mucho, de una manera espantosa. Sólo el nombre de Doria produce escalofrío. Odian de muerte á Gianettino. Todos hablan mal. Los Franceses, según dicen, han sido las ratas de Génova; el gato Doria las ha devorado, y se ha reservado los ratones.

FIESCO.—Quizás no se equivoquen... ¿y no saben si hay algún perro para ese gato?

EL MORO. (Con ligereza.)—Se murmura en grande de cierto... de cierto... ¡Diablo! ¿Habré olvidado el nombre?

FIESCO.—¡Torpe! Tan fácil de recordar es como fué difícil de hacer. ¿Tiene Génova más de uno?

El Moro.—Tan no es así, como no tiene dos Condes de Lavaña.

Fiesco.— (Levantándose.)—Esto es algo. Y ¿qué dicen de mi alegre vida?

El Moro. (Mirándolo asombrado.)—¡Oid, Conde de Lavaña! Génova tiene formada de vos una opinión favorable. Parécele imposible que un caballero de la clase más distinguida... de capacidad y de talento... fogoso é influyente... poseedor de cuatro millones de libras... llevando en sus venas sangre real... un caballero como Fiesco, que con una leve señal de su cabeza se atraería todos los corazones...

Fiesco. (Volviéndose con desprecio.)— ¡Oir esto de un bribón!...

El Moro.—¡Que el hombre más grande de Génova se duerma mientras yace su Patria por tierra! Muchos lo deploran; muchos se burlan, y los más lo condenan. Todos se conduelen de la ciudad, que os ha perdido. Un jesuita, según dicen, ha olfateado una zorra bajo ese dormilón aparente.

Fiesco.—Una zorra huele siempre á otra zorra. ¿Qué se maldice de mi novela con la Condesa Imperiali?

El Moro. — Lo que yo me guardaré muy bien de repetir.

Fiesco.—No tengas miedo. Cuanto más desvergonzado seas, tanto más agradable para mí. ¿Qué se murmura?

El Moro.—Nada se murmura. En todos los cafés, billares, fondas, paseos... en el mercado... en la Bolsa... se dice á gritos...

Fiesco.—¿Qué? ¡Yo te lo mando!

El Moro. (Retrocediendo.)—¡Que sois un loco!

Fiesco.—Bueno. Toma tú esta moneda por la noticia. Me he disfrazado de arlequín para que se mofen de mí los Genoveses. Pronto me llenaré de trasquilones, para serlo

por completo. ¿Cómo han recibido mis regalos los mercaderes de seda?

El Moro. (Bromeándose.)—Señor loco, como pobres pecadores, que...

Fiesco.—¿Loco? ¿Has perdido tú el juicio, buen amigo?

El Moro.—¡Perdón! Se me antojaban más cequines.

Fiesco. (Le da uno sonriendo.)—¡Bien! como pobres pecadores, que...

El Moro.—Tienen ya puesta en el tajo la cabeza, y reciben la gracia de su indulto. Son vuestros en cuerpo y alma.

Fiesco.—Me alegro. Ellos remueven principalmente al populacho de Génova.

El Moro.—¡Qué escena aquella! Faltóme poco ¡así el diablo me lleve! para no tomar parte también en vuestros obsequios. Abrazábanme como maniacos, y las jóvenes parecían haberse enamorado del color de mi padre, según la afición que mostraban á mi negro rostro. Todo poderoso es Don Dinero, decía yo para mi capote, cuando hasta á los negros vuelve blancos.

Fiesco.— Tu pensamiento era superior al lodazal en donde crece... Las palabras tuyas son buenas, sin duda. ¿Lo serán también los hechos que anuncian?

El Moro.—Como el rayo destructor de tempestad, al parecer ligera. Las cabezas se juntan, se forman grupos, y cuando pasa algún desconocido, dicen todos: ¡silencio! Sorda fermentación bulle en todo Génova... esta malevolencia es para la República lo que el aire pesado antes de la borrasca... que sople el viento, y habrá relámpagos y granizo.

Fiesco.—¡Calla! ¡Escucha! ¿Qué murmullo confuso es ése que suena?

El Moro. (Despues de mirar por la ventana y de volver corriendo.)—Los gritos de muchos hombres, que vienen del Consejo.

Fiesco.—Hoy es la elección de Procurador. ¡Que preparen mi carruaje! Imposible que la sesión haya terminado. Saldré. Imposible que haya terminado. ¡Mi espada y mi capa! ¿En dónde está mi condecoración?

El Moro.—Señor, la he robado y empeñado.

Fiesco.—Me place.

El Moro.—¡Hola! ¿Volará también mi propina?

Fiesco.—¿Por no haber tomado también la capa?

El Moro.—Por haber descubierto al ladrón.

Fiesco.—Acércase el ruido. ¡Oye! No son aplausos de aprobación. (Con viveza.)—¡Pronto! Abre las puertas del patio. No sé lo que me figuro. Doria es temerario. El Gobierno tiembla en la punta de una aguja. Apuesto á que en la Señoría no ha sido todo miel sobre hojuelas.

El Moro. (Gritando en la ventana.)—¿Qué es esto? Por la calle Balbi abajo... miles de personas... las alabardas brillan... las espadas... ¡Hola!... senadores... corren hacia aquí...

Fiesco.—Es una sedición. ¡Vuela allá!... ¡Nómbrame!... ¡Traelos hacia aquí! (El Moro baja en seguida.) El viento de la casualidad barre en un instante el montón reunido por la pobre hormiga.

ESCENA V.

FIESCO, CENTURIONE, CIBO, ASSERATO, entrando de tropel en el aposento.

Cibo.—¡Perdonadnos, Conde! la ira nos arrastra de tal modo, que entramos aquí sin anunciarnos.

Centurione.—Ofensa, mortal ofensa me ha inferido el sobrino del Duque delante de toda la Señoría.

Asserato.—Doria ha manchado el libro dorado, en cada

una de cuyas páginas está inscrito el nombre de un noble genovés.

CENTURIONE.—He aquí el motivo de nuestra venida. Toda la nobleza ha sido insultada en mi persona. Toda la nobleza se asociará, por tanto, á mi venganza. Para defender sólo mi honor no necesitaría yo de auxilio ajeno.

CIBO.—Todos los nobles comparten su cólera; todos despiden de sus ojos fuego y llamas.

ASSERATO.—Los derechos de la Nación han sido hollados. La libertad de la República ha recibido un golpe mortal.

FIESCO.—Excitáis mi curiosidad en alto grado.

CIBO.—Él era el número veintinueve de los electores, y había sacado una bola de oro para el nombramiento de Procurador. Veintiocho votos se habían ya recogido, catorce en mi favor y otros tantos para Lomelino. Faltaban el suyo y el de Doria.

CENTURIONE. (Interrumpiéndole.)—Faltaban esos todavía. Yo voto por Cibo, Doria... ¡qué insulto á mi honor!... Doria...

ASSERATO. (Interrumpiéndolo á su vez.) — No se ha visto otro caso igual, desde que el Océano besa las murallas de Génova...

CENTURIONE. (Muy agitado.)—Doria saca una espada que llevaba oculta bajo la púrpura, la clava en mi voto y exclama ante todos:

CIBO.—«Senadores, no tiene valor alguno. Está agujereado. Lomelino es Procurador.»

CENTURIONE.—«¡Lomelino es Procurador!» y arrojó su espada sobre la mesa.

ASSERATO.—Y gritó: «No es válido,» y arrojó su espada sobre la mesa.

FIESCO. (Después de un momento de silencio.)—¿Y qué pensáis hacer?

CENTURIONE.—La República está herida en el corazón. ¿Qué intentamos?

Fiesco.—Los juncos, oh Centurione, se doblegan por el viento. Las encinas desafían las tempestades. ¿Qué habéis resuelto? pregunto.

Cibo.—Creo que ha de inquirirse primero cuál es la opinión de los Genoveses.

Fiesco.—¡Los Genoveses, los Genoveses! ¡dejadlos á un lado! ¡palanca podrida, que se rompe al empuñarla! ¿Contáis con los patricios? ¿Porque ponen triste el rostro y se encogen de hombros, cuando se trata de los negocios públicos? ¡No hablemos de esto! Su ardor heroico se adhiere á los bultos de las mercaderías del Oriente, y sus almas no abandonan en su angustia la flota de las Indias.

Centurione.—Aprended á apreciar mejor á nuestros patricios... Apénas ejecutó Doria su acción insolente, unos ciento corrieron á la plaza con sus vestiduras desgarradas. La Señoría se disolvió.

Fiesco. (En tono burlón.)—¿Como se dispersan las palomas, cuando el buitre se arroja sobre ellas?

Centurione. (Con impetuosidad.)—¡No! Como barriles de pólvora, cuando una chispa los enciende.

Cibo.—El Pueblo está furioso. ¿De qué no es capaz un jabalí herido?

Fiesco. (Sonriendo.)—El coloso ciego é impotente, que al principio hace ruido con sus pesados huesos, amenaza devorar con sus vastos fauces, á lo alto y lo bajo, lo próximo y remoto, al fin... tropieza en una hebrilla de hilo. Pero en vano, ¡oh genoveses! Vuestra supremacía marítima pasó ya. Génova ha sucumbido bajo su propio peso. Génova se encuentra como la invencible Roma, cuando fué lanzada como un volante por la raqueta de Octavio, tierno adolescente. ¿Génova ser libre? Un Monarca puede sólo reanimarla. Génova necesita un Soberano y, por tanto, habéis de rendir homenaje á Gianettino.

Centurione. (Dejándose arrastrar de su pasión.) — Cuando

los elementos alborotados se reconcilien, y el polo Norte salte hacia el polo Sur... ¡Venid, compañeros!

FIESCO.—¡Deteneos, deteneos! ¿En qué pensáis, Cibo?

CIBO.—En nada, ó en una broma, que se llamará un terremoto.

FIESCO. (Llevándolos hacia una estatua.)—¡Mirad esta figura!

CENTURIONE.—Es la Venus de Florencia. Pero ¿con qué fin nos traes aquí?

FISECO.—Pero ¿os agrada?

CIBO.—Así es de creer, ó, en otro caso, seríamos malos Italianos. ¿A qué tal pregunta?

FIESCO.—Ahora bien; recorred el mundo entero, y buscad entre todos los modelos más perfectos de belleza mujeril el más bello, el que encierre todos los encantos de esta Venus soñada.

CIBO.—¿Y cuál será el premio de nuestro trabajo?

FIESCO.—Entonces convenceréis á la imaginación de charlatanería.

CENTURIONE. (Impaciente.)—¿Y qué ganaremos?

FIESCO.—Habréis aprendido á conocer el juego inveterado de la naturaleza con los artistas.

CENTURIONE. (Colérico.)—¿Y después?

FIESCO. —¿Después, después? (Se rie.) Depués... os habréis olvidado ya de que la libertad ha sucumbido en Génova. (Centurione, Cibo y Asserato se van.)

ESCENA VI.

FIESCO. (Auméntase el tumulto junto al palacio.) — ¡Bien, bien! La paja de la República arde. Las llamas llegan á casas y torres. ¡Arriba, arriba! El incendio será general, y el viento, con infernal alegría, aviva la obra de destrucción.

ESCENA VII.

FIESCO.—EL MORO, que entra corriendo.

El Moro.—¡Grupos y más grupos!

Fiesco.—Abre las puertas de par en par. Deja entrar á cuantos vengan por su pie.

El Moro.—¡Republicanos, republicanos! Arrastran su libertad bajo el yugo; gimen como bueyes de carreta, bajo el peso de su grandeza aristocrática.

Fiesco.—Locos son si creen que Fiesco de Lavaña ha de proseguir lo que Fiesco de Lavaña no ha comenzado. La sedición viene á pedir de boca. Pero la conjuración será mi obra. Suben ya las escaleras.

El Moro. (Fuera.)—¡Hola, hola! Entrarán en la casa comedidamente, rompiendo las puertas. (Entra el pueblo derribando las puertas.)

ESCENA VIII.

FIESCO.—Doce JORNALEROS.

Todos.—¡Venganza contra Doria! ¡Venganza contra Gianettino!

Fiesco.—¡Poco á poco, compatriotas! La visita, que me hacéis, prueba la bondad de vuestros corazones; pero mis oidos son delicados.

Todos. (Gritando.)—¡Mueran los Dorias! ¡Muera el tío y el sobrino!

FIESCO. (Que los cuenta sonriendo.)—Doce hombres componen lucido ejército...

ALGUNOS.—¡Fuera esos Dorias! ¡Debe variarse la forma de gobierno!

PRIMER JORNALERO.—¡Tirar por las escaleras á nuestros jueces de paz!... ¡A las escaleras los jueces de paz!

SEGUNDO JORNALERO.—Sabe, pues, Lavaña, que echaron por las escaleras abajo á los jueces de paz, porque se oponían á la elección.

TODOS.—¡Eso es insufrible! ¡Eso es insufrible!

TERCER JORNALERO.—¡Sacar la espada en el Consejo!...

PRIMER JORNALERO.—¡Una espada! ¡El símbolo de la guerra en el recinto de la paz!

SEGUNDO JORNALERO.—¡Venir al Senado vestido de púrpura, no de negro, como los demás consejeros!

PRIMER JORNALERO.—¡Recorrer la ciudad en carruaje de ocho caballos!

TODOS.—¡Un tirano! ¡Traidor á la Patria y al Gobierno!

SEGUNDO JORNALERO.—¡Comprar al Emperador doscientos Alemanes para su guardia!

PRIMER JORNALERO.—¡Extranjeros contra los hijos de la Nación! ¡Alemanes contra Italianos! ¡Soldados habiendo leyes!

TODOS.—¡Alta traición! ¡Rebelión! ¡La ruina de Génova!

PRIMER JORNALERO.—¡Llevar en su coche las armas de la República!...

SEGUNDO JORNALERO.—La estatua de Andrés en medio del patio de la Señoría...

TODOS.—¡Hagamos pedazos á Andrés! ¡Mil pedazos al de piedra y al vivo!

FIESCO.— ¿Para qué me decís todo esto, Genoveses?

PRIMER JORNALERO.—Porque no debéis consentirlo. Porque debéis enfrenarlo.

SEGUNDO JORNALERO.—Sois hombre avisado, y no os cum-

ple tolerarlo, sino emplear vuestro talento en nuestro servicio.

PRIMER JORNALERO.—Y sois mejor noble, y estáis obligado á hacérselo tragar, y á no consentirlo.

FIESCO.—Me lisonjea la confianza que os inspiro. ¿Puedo merecerla por mis acciones?

TODOS. (Tumultuosamente.)—¡Hiere! ¡Derriba! ¡Líbranos!

FIESCO.—¿Queréis escuchar, sin embargo, algunas palabras?

ALGUNOS.—¡Habla, Lavaña!

FIESCO. (Sentándose.)—En el Imperio de los animales, oh Genoveses, hubo ha tiempo una revolución popular, y los partidos combatieron entre sí, y un perro de presa se apoderó del Trono. Éste, acostumbrado á atormentar al ganado que se destinaba á la carnicería, trataba á sus súbditos á lo perro de presa, ladrando, mordiendo y royendo los huesos del Pueblo. La Nación murmuraba: los más osados se juntaron, y ahogaron á su canino Monarca. Celebróse entonces una junta solemne, para resolver la importante cuestión de la forma de mejor gobierno, que habría de adoptarse. Tres opiniones se sostuvieron. ¿Cuál es la vuestra, Genoveses?

PRIMER CIUDADANO.—¡Por el Pueblo! ¡Todos por el Pueblo!

FIESCO.—El Pueblo ganó al cabo. El gobierno fué democrático. Todo ciudadano tuvo voto. La mayoría decretaba. Pocas semanas transcurrieron, cuando el hombre declaró la guerra á la nueva República. La asamblea fué congregada. El caballo, el león, el tigre, el oso, el elefante y el rinoceronte se presentaron, y llamaron á todos á las armas. Cuando tocó la vez de hablar á los demás, el cordero, la liebre, el corzo, el asno, todos los insectos, las aves y los peces, temerosos del hombre, abogaron juntos por la paz. Observad, Genoveses, que los cobardes eran más numerosos que los valientes, los torpes que los discretos...

Los más vencían. El reino de los animales depuso las armas, y el hombre lo devastó después sometiéndolo. Su sistema de gobierno fué, pues, abolido. ¿Cuál preferiáis vosotros ahora?

PRIMERO Y SEGUNDO CIUDADANO.—¡El de las juntas! ¡Sin duda el de las juntas!

FIESCO.—Prevaleció esta opinión. La resolución de los asuntos políticos se hacía por diversas juntas. Los lobos cuidaban de la hacienda, y las zorras eran secretarios. Las palomas administraban justicia en lo criminal; los tigres desempeñaban los juzgados de paz; los machos cabríos los asuntos matrimoniales. Las liebres eran soldados; los lobos y los elefantes guardaban los bagajes; el asno era embajador, y el topo inspector general de la administración pública. ¿Qué os parece, Genoveses, de esta sabia distribución de los cargos del Estado? A quien no desgarraba el lobo, enredaba la zorra. El que escapaba de ésta, se encontraba con las coces del asno. El tigre degollaba á los inocentes; la paloma absolvía á los ladrones y asesinos, y al fin, cuando los empleados públicos dejaban sus destinos, el topo los declaraba libres de culpa... Los animales se sublevaron. ¡Elijamos un Monarca, gritaron unánimes, con talento y buenas garras, y un sólo estómago!... y todos rindieron pleito homenaje á un Soberano... á uno sólo, Genoveses... pero (Presentándose con dignidad ante ellos.) ese uno era el león.

TODOS. (Aplaudiendo y tirando al aire sus gorras.)—¡Bravo, bravo! Obraron cuerdamente.

PRIMER CIUDADANO.—Y Génova debe imitarlos, y Génova tiene también su Soberano.

FIESCO.—No quiero saber quién es. Idos á vuestras casas. Pensad en el león. (Vanse con grande algazara.) Todo va á pedir de boca. El Pueblo y el Senado contra Doria; el Pueblo y el Senado por Fiesco... ¡Hassán. Hassán!... Debo bo-

gar con este viento favorable... ¡Hassán, Hassán!... ¡Me importa aumentar ese odio! ¡Acrecer ese favor!... ¡Vamos, Hassán, hijo espurio del Infierno! ¡Hassán, Hassán!

ESCENA IX.

FIESCO y EL MORO, que llega.

El Moro. (Turbado.)—¡Todavía arde la suela de mis zapatos! ¿Qué hago?

Fiesco.—Lo que yo mande.

El Moro. (Con humildad.)—¿A dónde corro primero? ¿A dónde después?

Fiesco.—Por ahora puedes excusar las carreras. Serás arrastrado. ¡Prepárate! Voy á publicar que has querido asesinarme, y á entregarte atado á la tortura.

El Moro. (Retrocediendo algunos pasos.)—¡Señor, eso es opuesto á nuestro trato!

Fiesco.—No tengas miedo. No es más que una farsa. Lo importante en este momento, es que se haga público y odioso el atentado de Gianettino contra mi vida. Te preguntarán primero.

El Moro.—¿Confieso ó niego?

Fiesco.—¡Niégalo! Después te pondrán á la tortura. Resiste la primera prueba. Súfrela á cuenta de tu tentativa de matarme. A la segunda, confiesa.

El Moro. (Moviendo pensativo la cabeza.)—Un bribón es el demonio. Los señores jueces podrían reservarme para la hora de su comida, y ser yo atormentado por puro recreo.

Fiesco.—Te verás libre por completo. Por mi palabra de honor de conde. Me contentaré con que te condenen, y te perdonaré á la faz de toda la República.

El Moro.—¡Está bien! Me dislocarán los miembros. Esto me hará más flexible.

Fiesco.—Así, aráñame pronto el brazo con tu puñal, hasta que salga sangre... Yo fingiré que te cojo ahora mismo en flagrante delito. ¡Bueno! (Gritando horriblemente.) ¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Al asesino! ¡Cerrad las salidas! ¡Echad el cerrojo á las puertas! (Coge al Moro por el cuello: acuden corriendo los criados.)

ESCENA X.

LEONOR y ROSA vienen asustadas.

Leonor.—¡Al asesino gritan; al asesino! De aquí venía el ruido.

Rosa.—De seguro algún escándalo, de los que se promueven diariamente en Génova.

Leonor.—Gritaban al asesino, y la gente murmuraba con claridad Fiesco. ¡Mentira miserable! Quieren engañar á mis ojos, sin mirar que mi corazón presiente la verdad. ¡Pronto; corre; averigua lo que es, y dime adónde lo arrastran!

Rosa.—¡Cobrad ánimo! ¡Arabela ha ido allá!

Leonor.—Arabela contemplará su mirada agonizante. ¡Feliz Arabela! ¡Mísera yo, la causa de su muerte! Si Fiesco hubiera podido amarme, jamás se precipitara en el tumulto del mundo, ni se expusiera al puñal de la envidia... ¡Arabela viene! ¡Vamos! ¡No digas nada, Arabela!

ESCENA XI.

LOS MISMOS Y ARABELA.

ARABELA.—El Conde vive, y está bueno y sano. Lo he visto galopar por la calle. Nunca me ha parecido tan bello. Su caballo se enorgullecía con él, y con sus airosos brazos apartaba á la muchedumbre de su aristocrático jinete. Me vió al pasar, me sonrió con gracia, señaló hacia aquí y envió tres besos. (Con malicia.) ¿Qué hago con ellos, señora?

LEONOR. (Con alegría.)—¡Sempiterna habladora! Devuélveselos.

ROSA.—¿Veis, pues? Encarnada os ponéis como la escarlata.

LEONOR.—Entrega su corazón á mujeres pervertidas, y yo corro en pos de una mirada suya... ¡Oh mujeres, mujeres! (Vanse.)

ESCENA XII.

El palacio de Andrés.

GIANETTINO y LOMELINO entran precipitadamente.

GIANETTINO.—Que griten cuanto les plazca en favor de su libertad, como la leona por su hijuelo. Yo no varío de conducta.

LOMELINO.—¡Sin embargo, señor!...

GIANETTINO.—¡Véte al diablo con tu sin embargo, Procu-

rador de tres horas! No cedo ni el espesor de un cabello. Que las torres de Génova sacudan su cabeza, que la mar bramadora muja que nó. Yo no temo á las turbas.

LOMELINO.—El pueblo es sin duda la leña, pero la nobleza es el viento que atiza el fuego, una vez encendido. Toda la República está en conmoción, el pueblo y los patricios.

GIANETTINO.—Y yo, como Nerón, desde lo alto contemplo ese incendio burlesco...

LOMELINO.—Hasta que toda esa masa en fermentación encuentre un jefe de partido bastante ambicioso para recoger la cosecha.

GIANETTINO.—¡Farsa, farsa! Sólo conozco uno peligroso, y de cuya guarda me he encargado.

LOMELINO.—¡Su Alteza Serenísima! (Andrés se presenta; ambos hacen una reverencia.)

ANDRÉS.—¡Señor Lomelino! Mi sobrina va á salir.

LOMELINO.—Yo tendré el honor de acompañarla. (Vase.)

ESCENA XIII.

ANDRÉS.—GIANETTINO.

ANDRÉS.—¡Oye, sobrino! Estoy disgustado contigo.

GIANETTINO.—Dignaos escucharme, Serenísimo tío.

ANDRÉS.—Aunque fueras el más harapiento mendigo de Génova, si lo merecías. Nunca á un bribón, aunque se llamara mi sobrino. Soy bastante generoso, si en mí sólo ves á tu tío, que, en su lugar, al Duque y á la Señoría debieras sólo hallar.

GIANETTINO.—No más que una palabra, señor...

ANDRÉS.—Oye lo que has hecho, y defiéndete... Has derri-

bado un edificio, construído cuidadosamente por mí durante medio siglo... El mausoleo de tu tío... su única pirámide... el amor de los Genoveses. Andrés te perdona esa ligereza.

GIANETTINO.—Mi Duque y tío...

ANDRÉS. —No me interrumpas. Has deslustrado la obra política más bella, que con el favor del cielo he ofrecido á los Genoveses, costándome tantas vigilias, tantos peligros y tanta sangre. A la faz de todo Génova has manchado mi honor de Príncipe, no mostrando consideración alguna á mi trabajo. ¿Quién lo respetará, si mi propia sangre lo desprecia?... Tu tío te perdona esta sandez.

GIANETTINO. (Ofendido.)—Señor, me habéis educado para ser Duque de Génova.

ANDRÉS.—¡Calla!... Eres reo de alta traición para con tu patria, y la has herido en el corazón. ¡Observa, joven, lo que te digo! ¡Apellídase la docilidad!... Porque el pastor descanse de su faena por la noche, ¿crees tú que se desentiende de su rebaño? Porque Andrés tenga canas, ¿has de hollar tú las leyes como un criminal?

GIANETTINO. (Colérico.)—¡Poco á poco, Duque! También en mis venas circula la sangre de Andrés, terror de Francia.

ANDRÉS.—¡Cállate! ¡Yo lo mando!... Estoy acostumbrado á que la mar enmudezca, cuando yo hablo... En su mismo templo has escarnecido la majestad de la justicia. ¿Sabes tú, oh rebelde, cómo se castiga este delito?... Responde ahora. (Gianettino, mudo, fija en tierra sus ojos.) —¡Mísero Andrés! En tu propio seno has criado el gusano roedor de tus servicios... Levanté para los Genoveses una casa para desafiar los siglos, y arrojo yo mismo en ella la tea incendiaria... Da las gracias, insensato, á esta cabeza blanca, que anhela ser llevada á la tumba por las manos de sus parientes... Da las gracias á mi cariño, impío, de que no

entrego á la ciudad rebelada la cabeza del principal instigador de la sedición, y desde lo alto del cadalso. (Vase precipitadamente.)

ESCENA XIV.

LOMELINO, asustado y sin aliento.—GIANETTINO sigue al DUQUE con la vista, ruborizado, y en silencio.

LOMELINO.—¿Qué he visto? ¿Qué he oído? ¡Ahora, ahora mismo! ¡Huid, Príncipe! ¡Todo se ha perdido!

GIANETTINO. (Con enojo.)—¿Qué se había de perder?

LOMELINO.—¡Génova, Príncipe! Vengo de la plaza. Agolpábase el pueblo alrededor de un Moro, que llevaban maniatado. El Conde de Lavaña y trescientos nobles le seguían, dirigiéndose todos al Consejo, en donde se atormenta á los criminales. El Moro había sido preso en el momento, en que se disponía á asesinar á Fiesco.

GIANETTINO. (Dando con el pie en tierra.)—¿Cómo? ¿Se han soltado hoy todos los diablos?

LOMELINO.—Se le interrogó con insistencia quién le había pagado. Nada dijo el Moro. Púsosele á la primera prueba de la tortura, y nada confesó. A la segunda, dijo... dijo... ¿en qué pensábais, señor, confiando vuestro honor á un bribón?

GIANETTINO. (Con feroz desprecio.)—¡No me lo preguntes!

LOMELINO.—Oid más todavía. Apenas se oyó el nombre de Doria... ¡más quisiera que en esta ocasión fuese el mío el escrito en la cartera del diablo, no el vuestro!... se presentó Fiesco al pueblo. Ya conocéis á ese hombre, que manda cuando suplica y seduce los corazones de la muchedumbre. Todos los circunstantes lo contemplaban sin

respirar, formando grupos de estatuas, aterradas é inmóviles; él habló poco, enseñó su brazo lleno de sangre, y el pueblo batallaba en recoger sus gotas, como si fueran sagradas reliquias. Entregáronle el Moro para que lo castigase, y Fiesco... ¡una puñalada para nosotros!... lo perdonó. Al silencio solemne del pueblo sucedió una aclamación atronadora, y dando mueras á Doria y vivas á Fiesco, fué llevado en triunfo á su casa.

GIANETTINO. (Con risa estúpida.)—¡Que la rebelión amenace ahogarme!... ¡El Emperador Carlos! ¡Sólo con estas palabras la he de reprimir de modo que ni una campana sonará en toda Génova.

LOMELINO.—La Bohemia está lejos de Italia... Si Carlos se apresura, podrá tener tiempo bastante para asistir á vuestros funerales.

GIANETTINO. (Que saca una carta con un gran sello.)—¡Fortuna que esté ya aquí!.. ¿Se admira Lomelino? ¿Tan loco me creía, que hubiese irritado á los republicanos furiosos, si no estuvieran ya vendidos y juzgados?

LOMELINO. (Desconcertado.)—No sé qué pensar.

GIANETTINO.—Y yo pienso algo que tú ignoras. Mi resolución está ya tomada. Pasado mañana caerán doce senadores. Doria es proclamado rey, bajo el protectorado de Carlos... ¿Retrocedes?

LOMELINO.—¡Doce senadores! Mi corazón no es tan vasto, que pueda contener la sangre de doce hombres.

GIANETTINO.—Sucumben á los pies del trono, ¡pobre loco! Mira: he persuadido á los Ministros de Carlos que Francia tiene todavía en Génova decididos y numerosos partidarios, que, por segunda vez, se aventurarían acaso á entregársela, si el mal no se corta de raíz. La idea ha impresionado al viejo Carlos. Aceptó mi proposición... y tú escribirás lo que yo te dicte.

LOMELINO.—No sé todavía...

GIANETTINO.—¡Siéntate! ¡Escribe!

LOMELINO.—¿Y qué escribo? (Se sienta.)

GIANETTINO.—Los nombres de los doce candidatos... Francisco Centurione.

LOMELINO.—En premio de su voto va á la cabeza de esta pompa fúnebre.

GIANETTINO.—Cornelio Calva.

LOMELINO.—Calva.

GIANETTINO.—Miguel Cibo.

LOMELINO.—Un refresco para tus pretensiones al cargo de Procurador.

GIANETTINO.—Tomás Asserato con sus tres hermanos. (Lomelino se detiene insistiendo.) Con sus tres hermanos.

LOMELINO. (Escribe.)—Y...

GIANETTINO.—Fiesco de Lavaña.

LOMELINO.—¡Cuidado, cuidado! Podréis romperos la cabeza contra esa piedra negra.

GIANETTINO.—Escipión Borgoñino.

LOMELINO.—Para que celebre sus bodas en otra parte.

GIANETTINO.—En donde yo lo lleve al altar... Rafael Sacco.

LOMELINO.—Debiera yo trabajar en que se le perdonase, hasta que me pagara mis cinco mil escudos. La muerte lo librará de la deuda.

GIANETTINO.—Vicente Calcaño.

LOMELINO.—Calcaño... ¿escribo el duodécimo á mi riesgo, ó se ha olvidado nuestro mortal enemigo?

GIANETTINO.—El fin corona la obra. José Verrina.

LOMELINO.—La cabeza de la hidra. (Levántase, y le echa polvos; lee lo escrito, y lo presenta al Príncipe.) La muerte celebrará pasado mañana fiesta de gala, é invitará á ella á doce Príncipes genoveses.

GIANETTINO. (Que se acerca á la mesa y firma.)—Esto es cosa hecha... La elección del Dux es dentro de dos días. Cuando

esté reunida la Señoría, los doce, dada la señal con un pañuelo, caerán heridos de repente, y mis doscientos Alemanes se apoderarán por asalto del Consejo. En seguida se presentará allí Gianettino Doria, y recibirá el debido homenaje. (Llama con una campanilla.)

Lomelino.— ¿Y Andrés?

Gianettino. (Con desprecio.)—Es ya anciano. (Viene un criado.) Si el Duque pregunta por mí, díle que estoy en misa. (Vase el criado.) El demonio, que habita en mi cuerpo, sólo puede guardar el incógnito bajo una máscara piadosa.

Lomelino.—¿Pero y el papel, Príncipe?

Gianettino.—Tómalo tú y hazlo circular entre numerosos amigos. Esta carta, en correo extraordinario, á Levanto. Informa á Espínola de todo, y le dices que esté aquí mañana temprano á las ocho. (Hace ademán de irse.)

Lomelino.—Vuestro plan ofrece un inconveniente, Príncipe. Fiesco no viene ya al Senado.

Gianettino.—¿Crees que quedará en Génova un sólo rebelde?... De mi cuenta corre. (Vase por una puerta lateral, y Lomelino por otra.)

ESCENA XV.

Antesala en casa de Fiesco.

FIESCO con cartas y letras de cambio.—EL MORO.

Fiesco.—Así, han entrado cuatro galeras.

El Moro.—Han echado el áncora en la dársena con toda felicidad.

Fiesco.—Oportuna es su llegada. ¿De dónde vienen los correos?

El Moro.—De Roma, de Plasencia y de Francia.

Fiesco. (Abriendo las cartas y leyéndolas.)—¡Bien venidos, bien venidos á Génova! (Con mucha alegría.) Que se trate á los correos como á príncipes.

El Moro.—¡Hum! (Hace ademán de irse.)

Fiesco.—¡Aguarda, aguarda! Aquí se te prepara larga faena.

El Moro.—¿Qué mandáis? ¿Necesitáis la nariz del perro de muestra, ó las pinzas del escorpión?

Fiesco.—Por ahora el cimbel del pajarero. Mañana temprano entrarán en la ciudad dos mil hombres, para ponerse en secreto á mis órdenes. Que tu gente ronde las puertas, y vigile á los pasajeros que vengan. Unos se presentarán como peregrinos para visitar á Nuestra Señora de Loreto; otros como Franceses, ó Saboyanos, ó cómicos; otros como mercaderes ó músicos, y la mayoría como soldados con licencia, que se preparan á tomar servicio en Génova. Que pregunten á todos los extranjeros en dónde se hospedan. Si contestan «en la culebra de oro,» se les saluda amistosamente, y se les indica mi habitación. ¡Oye, hombre! Confío en tu discreción.

El Moro.—Señor, tanto como en mi maldad. Si se me escapa un mechón sólo de sus cabellos, cargad un arcabuz con mis dos ojos, y tirad con ellos á los gorriones. (Hace ademán de irse.)

Fiesco.—¡Detente! Algo queda todavía. Las galeras llamarán la atención pública. Ten cuidado con lo que se dice. Si alguien te pregunta, insinúa que crees haber oido murmurar, que tu amo se propone dar caza con ellas á los Turcos. ¿Entiendes?

El Moro.—Comprendo. Las barbas de los Circasianos ocultan la verdad. Lo que hay en el saco, el demonio lo sabe. (Quiere irse.)

Fiesco.—Poco á poco. Otro encargo. Nuevos motivos

tiene ahora Gianettino para aborrecerme y para desear mi muerte. Ve, observa á tus camaradas, y olfatea si se prepara alguno á asesinarme. Doria visita casas sospechosas. Traba íntimo conocimiento con esas jóvenes alegres. Los secretos políticos se esconden á veces entre las faldas mujeriles. Promételes parroquianos muy ricos... díles que les llevarás á tu mismo amo. Pon en juego todos tus recursos para que, sumergiéndote en esa ciénaga, encuentres al fin su fondo.

El Moro.—¡Bien, basta! Suelo visitar á cierta Diana Bononi, y he sido su mandadero cerca de cinco trimestres. Anteayer ví salir de su casa al procurador Lomelino.

Fiesco.—¡Soberbio! Justamente Lomelino es el agente principal de todas las locuras de Doria. Vé allá mañana temprano. Acaso sea él esta noche el Endimión de esa casta Diana.

El Moro.—¡Una pregunta, señor! Si los Genoveses me interrogan... y, como es mi dueño el demonio, lo harán de seguro... si me interrogan qué piensa Fiesco de Génova... ¿conserváis vuestra máscara más tiempo, ó qué respondo?

Fiesco.—¿Qué respondes? ¡Espera!... La miés está ya madura... Los dolores anuncian el parto... Génova yace sobre el tajo sangriento, y mi amo se llama Juan Luis Fiesco.

El Moro. (Muy alegre.)—Lo que haré para que charlen cuanto les plazca, ¡por mi honor de canalla!... ¡Y ahora, tranquilo á tu obra, amigo Hassán! Primero á una taberna. Mucho trabajo espera á mis pies... hay que guardar contemplaciones á mi estómago, para que lleve la voz de mis piernas. (Vase de prisa, y vuelve en seguida.) *A propos*. Ha poco he charlado también algo. ¿Deseábais saber lo ocurrido entre vuestra esposa y Calcaño?... Una negativa rotunda, y nada más. (Vase corriendo.)

ESCENA XVI.

FIESCO, solo.

Te compadezco, Calcaño... ¿Crees, acaso, que yo hubiese expuesto al peligro el delicado artículo de mi honor conyugal, si no estaba completamente seguro de la virtud de mi esposa, y de mi valor personal? Sin embargo, bien venida sea esta amorosa pretensión. Tú eres buen soldado. Tu brazo me servirá para contribuir á la ruina de Doria... (Paseándose agitado.) Ahora, Doria, pelearemos en el campo de batalla. Todas las máquinas de esta empresa aventurada están listas, templados todos los instrumentos de este concierto infernal. Falta sólo quitarnos las máscaras, y que Fiesco se presente á los patriotas de Génova. (Viene gente.) ¡Una visita! ¿Quién me molestará en este instante?

ESCENA XVII.

FIESCO; VERRINA; ROMANO, con un cuadro; SACCO, BORGOÑINO, CALCAÑO. Todos hacen una cortesía.

FIESCO. (Saliendo tranquilo á su encuentro.) — ¡Bien venidos, dignos amigos! ¿Qué negocio importante trae á todos vosotros á mi casa?... ¿Tú también, mi querido hermano Verrina? Casi hubiera llegado á desconocerte, si mis pensamientos no fueran más solícitos por tí que mis ojos. ¿No

ha sido el último baile la fecha, desde la cual me he visto privado de mi Verrina?

VERRINA.—No recuerdes ese suceso, Fiesco. Pesada carga ha abrumado desde entonces mi cabeza blanca. Hablemos de otra cosa.

FIESCO.—No basta eso á mi amistad recelosa. Ya me lo dirás todo cuando estemos solos. (A Borgoñino.) ¡Bien venido, joven héroe! Nuestro conocimiento es reciente, pero mi estimación por tí antigua. ¿Tenéis ya idea más favorable de Fiesco?

BORGOÑINO.—Estoy en camino de tenerla.

FIESCO.—Me han dicho, Verrina, que este joven caballero ha de ser tu yerno. Apruebo de todo corazón ese proyecto. Le he hablado una sola vez, y, sin embargo, me enorgullecería que lo fuese mío.

VERRINA.—Y esa opinión me enorgullece á mi vez por mi hija.

FIESCO. (A los demás.)—¡Sacco, Calcaño!... Apreciable y rara aparición en mi casa. Casi me avergonzaría yo de mi hospitalidad, si las personas más estimables de Génova pasasen por ella sin visitarla... Y ahora saludo á mi quinto huésped, desconocido para mí, á la verdad, aunque lo recomiende poderosamente á mi consideración la calidad de las personas que lo acompañan.

ROMANO.—Es sólo un pintor cualquiera, señor, llamado Romano, que vive robando á la naturaleza, y no posee otro blasón que su pincel, y que en este momento (Inclinándose profundamente.) está á punto de encontrar el grandioso perfil de la cabeza de Bruto.

FIESCO.—¡Vuestra mano, Romano! La pintura, vuestra maestra, está enlazada íntimamente con mi casa. La amo como á un hermano. El arte es la diestra del universo. Este hace seres animados, aquella traza hombres. Pero ¿qué pintáis, Romano?

ROMANO.—Escenas notables de la antigüedad. En Florencia está mi Hércules moribundo, en Venecia mi Cleopatra, en Roma el Ayax furioso; en Roma, en donde resucitan los héroes del tiempo pasado.

FIESCO.—Y ¿en qué se ocupa ahora vuestro pincel?

ROMANO.—Lo he abandonado, señor. La luz del genio es más instable que la de la vida. Llega á un punto, en que sólo enciende la pantalla de papel que la resguarda. ¡He aquí mi última obra!

FIESCO. (Con alegría.)—No puede venir más á tiempo. Me siento hoy contento con extremo; cierta calma heroica llena todo mi sér, á propósito para gozar de los encantos de la belleza. Veamos vuestro cuadro. Será para mí una agradable fiesta. Acercaos, amigos. Tributemos al artista nuestro homenaje de admiración. Veamos vuestra obra.

VERRINA. (Haciendo una señal á los otros.) ¡Atención ahora, Genoveses!

ROMANO. (Colocando bien el cuadro.)—La luz ha de venir de un lado. Descorred aquella cortina; echad esta. ¡Bien! (Sepárase á cierta distancia.) Es el episodio histórico de Virginia y de Apio Claudio. (Larga pausa; todos miran el cuadro.)

VERRINA. (Lleno de entusiasmo.)—¡Adelante, padre anciano!... ¿Tiemblas tú, déspota?... ¡Cuánta es vuestra palidez, oh romanos!... ¡el cuchillo brilla... seguidlo, ciudadanos!... ¡seguidme, Genoveses!... ¡abajo Doria! ¡Muera, muera! (Acércase colérico al cuadro.)

FIESCO. (Al pintor, sonriendo.)—¿Qué más podéis exigir? Vuestra habilidad transforma á este anciano en joven imberbe y entusiasta.

VERRINA. (Desalentado.)—¿En dónde estoy? ¿Adónde hemos llegado? ¿Desaparecieron como ampollas de jabón? ¿Tú aquí, Fiesco? ¿Aun vive el tirano, Fiesco?

FIESCO.—¿Ves tú? No notas muchas bellezas. ¿Te parece admirable esta cabeza de romano? No hagas de ella caso.

¡Mira esta doncella! ¡Qué expresión la de su rostro, tan dulce y tan virginal! ¡Cuánta gracia en sus pálidos labios! ¡Cuán seductores sus ojos apagados!... ¡Inimitable, divino, Romano!... Y ese pecho tan blanco, tan deslumbrador, ¡cómo se levanta con su postrer aliento! Pintad, oh Romano, otras ninfas como ésta, y me arrodillo ante vuestras creaciones, y digo adiós á la naturaleza.

Borgoñino.—¿Es este, Verrina, el soberbio resultado que esperabas?

Verrina.—¡Anímate, hijo! Dios ha desahuciado el brazo de Fiesco, y sólo cuenta con los nuestros.

Fiesco. (Al pintor.)—¡Sí, es vuestro último cuadro, Romano! Vuestro inspiración se ha agotado. Ya no manejaréis más vuestros pinceles. Pero, admirando al artista, olvido su obra. Podria quedarme aquí, y absorberme de tal modo en su contemplación, que no sentiría un terremoto. Llevaos vuestro cuadro. Todo cuanto Génova contiene no podría pagaros esa cabeza de Virginia. ¡Lleváoslo!

Romano.—Al artista se paga con el honor. Yo os lo doy. (Hace ademán de irse.)

Fiesco.—Esperaos un poco, Romano. (Paseáse majestuosamente, como si meditara algo importante. Mira á veces á hurtadillas á los demás, y clava en ellos sus ojos con insistencia; por último, coge de la mano al pintor y lo lleva delante del cuadro.) ¡Ven aquí, pintor! (Con orgullo y dignidad.) Tú estás envanecido por haber simulado la vida en esa tela muerta, y por perpetuar á poca costa un suceso grandioso. Tú te enorgulleces de tu inspiración artística, por haber creado ese juego de polichinelas sin alma, sin corazón, sin entusiasmo y sin actividad; tú derribas en el lienzo á los tiranos... y no eres otra cosa que un esclavo miserable... con tu pincel das libertad á las repúblicas... y no puedes romper tus propias cadenas. (Con energía y con imperio.) ¡Véte! Tu trabajo es una engañosa farsa... que la apariencia deje su

puesto á la realidad. (Con majestad, y derribando el cuadro.) Yo hago lo que tú... sólo pintas. (Todos se quedan atónitos; Romano se lleva precipitadamente su cuadro.)

ESCENA XVIII.

Los MISMOS, menos ROMANO.

FIESCO. (Rompiendo el silencio y la admiración general.) ¿Pensabais que el león dormía, porque no oíais sus rugidos? ¿Tan grande era vuestra vanidad, que os creíais los únicos Genoveses, que deploraban las cadenas de la patria? ¿Los únicos, que deseaban romperlas? Fiesco las había roto antes que vosotros oyerais su ruido desde lejos. (Abre una cajita, y saca un paquete de cartas, que echa sobre la mesa.) Aquí, soldados de Parma... aquí, dinero de Francia... aquí, cuatro galeras del Papa. ¿Qué faltaba todavía para arrojar al tirano de su nido? ¿Nada se os ocurre? (Todos se callan sorprendidos, y él se separa de la mesa, lleno de su propia importancia.) ¡Republicanos! Sabéis mejor maldecir al tirano que hacerlo saltar en los aires. (Todos, menos Verrina, se echan á los pies de Fiesco.)

VERRINA.—¡Fiesco!... Yo me inclino ante tí... no me arrodillo... ¡Tú eres un hombre grande!... pero... levantaos, Genoveses.

FIESCO.—Toda Génova se lamentaba de la molicie de Fiesco; toda Génova maldecía el libertinaje y las galanterías de Fiesco. ¡Genoveses! ¡Genoveses! mis amoríos han engañado al tirano receloso, mi locura ha ocultado á vuestra perspicacia una prudencia peligrosa. Entre los torbellinos del deleite se escondía la obra maravillosa de la cons-

piración. ¡Basta ya! Por vosotros me conocerá Génova. Mi deseo más audaz ha sido realizado.

BORGOÑINO. (Dejándose caer en una silla desalentado.) — ¿No sirvo ya, pues, para nada?

FIESCO —Pasemos pronto de los pensamientos á los hechos. Todas las máquinas están preparadas. Puedo asaltar á la ciudad por tierra y por mar. Roma, Francia y Parma me protegen. La nobleza es contraria á los Doria, los corazones del pueblo míos. He arrullado á los tiranos con mi canto, y los he dormido. La República está preparada para una refundición. La fortuna nos favorece. Nada nos falta... Pero ¿en qué piensa Verrina?

BORGOÑINO.—¡Paciencia! Conozco una palabrilla, que lo despertará de su letargo, más asustado que si oyese la trompeta del juicio final. (Acércase á Verrina, y le dice.) ¡Arriba, padre! Tu Berta está desesperada.

VERRINA.—¿Quién lo ha dicho?... ¡A la obra, Genoveses!

FIESCO.—Meditemos el plan, que hemos de seguir. La noche nos ha sorprendido en nuestra importante conferencia. Génova duerme. El tirano descansa, fatigado de sus excesos durante el día. ¡Vigilad á una y otro!

BORGOÑINO.—Antes de separarnos, que un abrazo selle nuestra unión heroica. (Abrázanse todos, formando círculo.) Aquí se juntan los cinco corazones más magnánimos de Génova, para decidir de la vida ó de la muerte de la misma Génova. (Se estrechan unos con otros.) ¡Aunque el universo se rompa en mil pedazos; aunque la justicia suprema desate todos los vínculos de la sangre y de la amistad, este tronco de cinco ramas heroicas durará siempre! (Sepáranse.)

VERRINA.—¿Cuándo nos reuniremos otra vez?

FIESCO.—Mañana, al mediodía, os consultaré de nuevo.

VERRINA.—Hasta mañana al mediodía. ¡Buenas noches,

Fiesco! ¡Vénte, Borgoñino! Algo extraño vas á oir. (Vanse los dos.)

FIESCO. (A los demás.) — Salid por las puertas traseras, para que no lo observen los espías de Doria. (Vanse.)

ESCENA XIX.

FIESCO, solo.

(Paseándose meditabundo.)—¡Qué tempestad ruge en mi pecho! ¡Qué rápida sucesión hay en mis pensamientos!... Como criminales conjurados dispuestos á la perpetración de un delito, que caminan de puntillas y escuchan temerosos, acercando á la tierra su inflamado rostro, así discurren por mi imaginación los fantasmas más seductores... ¡Deteneos, deteneos! ¡Dejadme miraros cara á cara!... Un buen pensamiento inspira energía al hombre, y desafía la luz del sol sin miedo alguno... ¡Ah! ¡Ya os conozco!... Traéis la librea del impostor eterno... ¡Huid! (Pausa, y después más animado.) ¿Fiesco republicano? ¿Fiesco dux?... Poco á poco... He aquí el horrible abismo, que marca el límite de la virtud, y separa al cielo del infierno... En él justamente han tropezado los héroes, y han caído, y por esto el mundo ha maldecido sus nombres... Aquí, también justamente, es en donde los héroes han vacilado, y al cabo se han mostrado resueltos, y han sido semidioses. (Con mayor animación.) ¡Míos son los Genoveses; por mí se deja Génova seducir y arrastrar!... ¡Oh pecado astuto, que delante del diablo pones siempre á un angel!... ¡Ambición desventurada! ¡Eterna prostitución!... los ángeles pendientes de tu cuello trocaban el cielo por tus besos, y de tu hinchado seno brotaba sólo la muerte... (Conmovido. y

estremeciéndose.) Con tu voz de sirena atraes á los bienaventurados, contándoles las bellezas de lo infinito... Con oro engañas á los hombres, con mujeres y coronas. (Después de un momento de reflexión, con firmeza.) Luchar por una diadema, obra es magnánima; despreciarla, divina. Resuelto.) ¡Sucumbe, tirano! Sé libre, oh Génova, y yo (En dulce éxtasis.) tu más venturoso ciudadano.

ACTO III.

Desierto espantoso.

ESCENA PRIMERA.

VERRINA Y BORGOÑINO llegan á este lugar de noche.

BORGOÑINO. (Deteniéndose.) Pero ¿á dónde me llevas, padre? El sombrío dolor, que te aquejaba al llamarme, se manifiesta siempre en tu respiración angustiosa. Rompe ese horrible silencio. ¡Habla! ¡Yo no ando más!

VERRINA.—¡Aquí es!

BORGOÑINO.—El paraje más desconsolador, que has podido hallar. Si lo que has de decirme, oh padre, es semejante á esta región, mis cabellos habrán de erizarse de espanto.

VERRINA.—Es un sitio risueño, si se compara con las tinieblas de mi alma. Sígueme á donde la podredumbre devora á los cadáveres, y á donde la muerte celebra su horrendo banquete... en donde los lamentos de los condenados regocijan al demonio, y las lágrimas estériles del dolor se deslizan por la criba de la eternidad... allí, hijo mío, en donde el universo se deshace, y la Divinidad hace pedazos sus blasones bienhechores... allí te hablaré en medio de la destrucción general, y tú me escucharás, rechinando de miedo los dientes.

BORGOÑINO.—¿Escuchar? ¿Qué? Yo te conjuro...

VERRINA.—¡Joven! Temía... ¡Joven! Tu sangre es color de rosa... tus carnes, flexibles y tiernas. Naturalezas como la tuya se dejan arrastrar de sentimientos humanos y benévolos, y en su llama se funde mi prudencia cruel. Si el hielo de los años; si la pena, pesada como el plomo, hubieran retardado el vuelo alegre de tu alma... si una sangre negra y espesa, efecto de los sufrimientos, hubiese inundado tu corazón, entonces podrías comprender mi lenguaje lleno de amargura, y admirar mi proyecto.

BORGOÑINO.—Lo oiré, y lo aceptaré.

VERRINA.—¡No, hijo mío!... Verrina te ahorrará ese trabajo. Insoportable fardo, oh Escipión, abruma mi ánimo. Una idea terrible, como es tenebrosa la noche... bastante monstruosa para desgarrar un pecho humano... Yo, yo solo quiero realizarla... aunque yo solo no pueda soportarla. Si fuese orgulloso, oh Escipión, diría que ser el único hombre grande es un tormento... La grandeza, carga pesada para el Creador, la ha confiado, en alivio, á los espíritus... Oye, Escipión...

BORGOÑINO.—Mi alma está pendiente de la tuya.

VERRINA.—Escúchame sin contestar. Nada, joven, respondas. ¿Oyes? Ni una palabra siquiera... ¡Fiesco ha de morir!

BORGOÑINO. (Atónito.)—¿Morir? ¿Fiesco?

VERRINA.—¡Morir!... Lo dije ya, á Dios gracias... Fiesco ha de morir, oh hijo; ha de morir por mi mano... Ahora, véte... Hay acciones superiores á los juicios de los hombres... El cielo su único juez. Esa es una de ellas. ¡Véte! No quiero que la censures ni que la apruebes. Sé lo que me cuesta, y basta. Oye, sin embargo... podrías extraviarte pensando en esto... Oye... ¿Lo observaste ayer, cómo se gozaba en nuestra admiración?.. El hombre, que con su sonrisa ha engañado á Italia, ¿sufrirá otro igual en Génova?

¡Véte! Fiesco hará sucumbir al tirano, ¡no lo dudo! Fiesco será otro tirano, aun más peligroso, de la república; ¡esto es más seguro! (Aléjase con rapidez; Borgoñino lo sigue con la vista, en silencio y estupefacto; despues se va con lentitud.)

ESCENA II.

Sala en casa de Fiesco. En el centro, una puerta grande de cristales, desde la cual se ve la mar y Génova. Es la hora del alba.

FIESCO. (Desde la ventana.)—¿Qué es esto? La luna ha desaparecido... la luz, llena de fuego, brota de la mar... Imágenes horribles han turbado mi sueño... todo mi sér gira dolorosamente en torno de un solo deseo. Quiero respirar el aire libre. (Abre la puerta de cristales; la luz de la Aurora ilumina al mar y á la ciudad. Fiesco recorre á grandes pasos el aposento.) ¿Que sea yo el hombre más grande de Génova, y que todas estas almas pequeñas no se agrupen alrededor de la grande?... Pero yo ofendo á la virtud (Deteniéndose.) La virtud... Los corazones magnánimos sienten otros deseos que los vulgares... ¿La virtud será común á ambos?... La armadura, que viste el cuerpo miserable del pigmeo ¿habrá de adaptarse al de un gigante? (El sol se levanta sobre Génova.) ¡Soberbia ciudad! (Dirigiéndose hacia ella con los brazos abiertos.) ¡Mia!... ¡y brillar en ella como el más espléndido sol!... ¡protegerla con mi poder soberano!... Mis ambiciosos cálculos... mi afán insaciable de mando ¿se sumergirian en ese Océano sin fondo?... ¡Seguramente! si el ingenio del ladrón no ennoblece el robo, el valor de éste ennoblece al ladrón, sin embargo. Vergonzoso es vaciar una bolsa... criminal hacer traición por millones... pero robar una corona es inmensamente grande. La vergüenza dis-

minuye cuando la maldad crece. (Pausa; después, con energía.) ¡Obedecer!... ¡Mandar!... abismo monstruoso, que da vértigo... Lanzad en él lo más precioso para el hombre... los conquistadores, sus triunfos... sus obras inmortales, los artistas... sus placeres, los epicúreos... sus mares y sus islas, los navegantes. ¡Obedecer y mandar!... ¡Ser y no ser!... Sólo el que conozca el abismo, que separa al último serafín del infinito podrá medir esa sima vertiginosa (Con ademán sublime.) Elevarse á esa altura horriblemente suprema... burlarse de ese torbellino arrebatador de la humanidad, en que se revuelve irónica la rueda engañosa de la fortuna... aproximar el primero sus labios á la copa del placer... llevar como con andadores á ese gigante acorazado, que se apellida la ley... herirla impunemente, y presenciar los arranques de su cólera impotente, al estrellarse contra el dique de la majestad soberana... refrenar las pasiones indomables del Pueblo, á modo de caballos fogosos, con el fácil manejo de las riendas.. confundir en el polvo con un soplo el rebelde orgullo de los vasallos, cuando el cetro creador del Monarca realiza hasta los ensueños de sus delirios... ¡Ah! ¿qué imagen es esta, que arrastra al espíritu suspenso más allá de sus límites naturales?... Ser príncipe un instante llena la ambición humana. No es el espacio, el fondo de la vida es lo que constituye su valor. Descomponed el trueno en sus aislados elementos, y los niños se dormirán al oirlos; pero juntadlos en una explosión repentina, y su estampido soberano conmoverá al eterno firmamento... ¡Estoy resuelto! (Se pasea con majestad.)

ESCENA III.

FIESCO y LEONOR, que entra con visibles muestras de inquietud.

LEONOR.—Perdonadme, Conde. Temo interrumpir vuestro descanso matinal.

FIESCO. (Retrocediendo atónito.)—Seguramente, señora, me sorprende vuestra venida con extremo.

LEONOR.—Nunca sucede así á los que se aman.

FIESCO.—Bella Condesa, exponéis vuestra hermosura al peligro del aire de la mañana.

LEONOR.—No sé tampoco si he de tener miramientos con el escaso resto que me queda, sólo para el dolor.

FIESCO.—¿Para el dolor, amada mía? ¿Deliraba yo hasta ahora, al creer que se conservaba el alma tranquila, no trabajando en revolver los Estados?

LEONOR.—Es posible... Siento, sin embargo, que mi pecho de mujer se desgarra con esta tranquilidad de ánimo. Vengo, esposo mío, á molestaros con una súplica insignificante, si os dignáis perder este tiempo. Siete meses hace que soñé ser la Condesa de Lavaña. Ese sueño pasó, dejándome tan sólo malestar en mi cerebro. Quisiera evocar de nuevo las alegrías inocentes de mi niñez, para ahuyentar de mi memoria estos fantasmas dolorosos ¿Consentiréis, pues, que vuelva á los brazos de mi buena madre?

FIESCO. (Con el mayor asombro.)—¡Condesa!

LEONOR.—Tan débil, tan tierno es mi corazón, que debe inspiraros lástima. El más leve recuerdo de ese sueño ofende á mi imaginación enferma. Devuelvo, pues, los úl-

timos vestigios de él, que todavía duran, á su legítimo poseedor. (Deja en un velador algunas joyas.) También este puñal, que atravesó mi corazón... (Sus cartas amorosas.) y éstas... y (Llorando.) sólo conservo las heridas.

FIESCO. (Corre conmovido hacia ella, y la detiene.)—¡Leonor! ¡Qué idea! ¡Por Dios santo!

LEONOR. (Cayendo en sus brazos sin aliento.)—Yo no he merecido el honor de ser vuestra esposa, pero esta esposa era digna... ¡Cómo silban ahora las lenguas de la calumnia! ¡Cómo me desprecian las señoras y doncellas de Génova! «¡Mirad cómo se marchita la necia, casada con Fiesco!» ¡Pena cruel de mi vanidad femenina! Cuando Fiesco me llevó al altar, yo había mirado á mi sexo con orgullo.

FIESCO.—¡No, en verdad, señora! Esta escena es extraña.

LEONOR.—¡Ah! (Aparte.) ¡A Dios gracias! ¡palidece y se llena de rubor! Ahora cobro ánimo.

FIESCO.—Sólo dos días, Condesa, y entonces me juzgaréis.

LEONOR.—¡Sacrificada!... ¡Casta luz! ¡No me dejes decirlo! ¡Sacrificada á una mujer inmoral! ¡No; mírame, esposo mío! En verdad que los ojos, ante los cuales tiembla Génova humildemente, no han de bajarse ahora ante las lágrimas de una mujer...

FIESCO. (Lleno de confusión.) —¡Basta, señora, basta!

LEONOR. (Con pena y alguna amargura.) —¡Desgarrar el débil corazón de una mujer! ¡Digna empresa de un pecho varonil! Yo me refugié en los brazos de este hombre. Con deleite puse toda la debilidad de mi sexo al amparo de su fuerza. Le abandoné toda mi gloria... Y este corazón generoso la abandona á su vez á una...

FIESCO. (Interrumpiéndola con viveza.)—¡No, Leonor mía!

LEONOR.—¿Leonor mía?... ¡Gracias al Cielo! Oigo de nuevo dulces palabras de amor. Debiera odiarte, falso... y recojo ávida las migajas de tu ternura... ¿Odiar? ¿Dije odiar,

Fiesco? ¡No lo creas! Tu perjurio me hará morir, no odiar. Engáñase mi corazón. (Se oye acercarse al Moro.)

Fiesco.—Accede, oh Leonor, á una súplica pueril mía.

Leonor —A todo, Fiesco, menos á tu indiferencia.

Fiesco.—Lo que queráis, cuanto queráis... (Con intencion.) Hasta que Génova envejezca dos días más, ¡no me preguntéis! ¡no me condenéis! (Llévala con dignidad á otro aposento.)

ESCENA IV.

FIESCO, EL MORO, sin aliento.

Fiesco.—¿Por qué vienes así, sin poder respirar?

El Moro.—¡Pronto, señor!...

Fiesco.—¿Ha caído algo en nuestra red?

El Moro.—Leed esta carta. ¿Estoy yo aquí verdaderamente? Creo que Génova se ha abreviado en doce calles, ó que mis piernas se han alargado otro tanto. ¿Palidecéis? Algunas cabezas se juegan con mis piernas, y la vuestra es una de las cartas. ¿Qué os parece?

Fiesco. (Que tira sorprendido la carta encima de una mesa.) ¡Por tu cabeza de moro y por todos los diablos! ¿Cómo te has apoderado de esta carta?

El Moro.—Al parecer... como os apoderaréis de la República. Un correo extraordinario debía llevarla á Levanto. Pude olerlo, y aceché al desdichado en una hondonada. ¡Zas! la marta cayó... y nos quedamos con el gallo.

Fiesco.—¡Que su sangre caiga sobre tu cabeza! No hay oro bastante para pagarla.

El Moro.—Me contentaré entonces con plata. (Serio y con aire de importancia.) ¡Conde Lavaña! Se me antojó vuestra

cabeza poco hace. (Señalando á la carta.) Aquí estaría otra vez... Ahora, según creo, el señor y el bribón viven en paz. Por lo demás, habéis de agradecerlo á mi buena amistad. (Preséntale otra carta.) ¡Número dos!

Fiesco. (Que coge admirado la carta.)—¿Estás loco?

El Moro.—¡Número dos! (Acercándose á él orgulloso, y tocándole con el codo.) ¿Tan torpe ha sido el león al perdonar al ratón.? (Con mucha malicia.) ¡Hola! ha sido astuto sobre manera, porque si no, ¿quién lo librará de la red, royendo sus mallas?

Fiesco.—¡Bribón! ¿Cuántos demonios te obedecen?

El Moro.—Para serviros... sólo uno, á quien mantiene un Conde.

Fiesco.—¡La misma firma de Doria!... ¿De dónde has sacado este papel?

El Moro.—Calentito, de las manos de mi Bononi. Estuve ayer noche en su casa, y repetí vuestras buenas palabras, é hice sonar vuestros brillantes cequines. Estos produjeron su efecto. Temprano, á las seis, pregunté de nuevo. El Conde estaba allí verdaderamente, como decíais, y pagaba con lo negro y lo blanco del papel el coste de un placer prohibido.

Fiesco. (Vivamente.)—¡Viles esclavos de mujeres!... Quieren acabar con la República, y no pueden callarse delante de prostitutas. Según dice este escrito, Doria y sus partidarios han formado el proyecto de asesinarme, juntamente con once senadores, y declarar á Gianettino duque soberano.

El Moro.—Así es: en la mañana fijada para la elección del Dux, el 3 de este mes.

Fiesco. (Con rapidez.)—Nuestra actividad durante esta noche hará abortar su mañana. ¡Pronto, Hassán! Nuestro plan está perfecto. Llama á los demás... les tomaremos una delantera sangrienta. ¡Corre, Hassán!

EL MORO.—Antes he de vaciar mi saco de noticias. Dos mil hombres han entrado con toda felicidad. Los he escondido en el convento de Capuchinos, en donde ni el más leve rayo de sol puede descubrirlos. Arden en deseos de ver á su capitán, y son gente que vale.

FIESCO.—Cada una de sus cabezas te produce un escudo... ¿Qué se murmura en Génova de mis galeras?

EL MORO.—He aquí mi golpe maestro, señor Conde. Más de cuatrocientos aventureros, que han desembarcado aquí á consecuencia de la paz entre España y Francia, cercaban á mis hombres rogándoles que se interesaran con vuestra señoría para que los enviase contra los infieles. Los he citado esta noche en el patio del palacio.

FIESCO. (Alegre.)—¡Me obligarás á abrazarte, bribón! ¡Soberbia jugada!... ¿Cuatrocientos dices?... ¡No hay salvación para Génova! Cuenta con cuatrocientos escudos.

EL MORO. (Cordialmente.)—¿No es así, Fiesco? Entre los dos vamos á poner á la república en tal estado, que se barrerán las leyes con la escoba... No os he dicho que entre los soldados de la guarnición los hay amigos míos, de toda mi confianza, tan seguros como lo es mi viaje al infierno. He ideado que por lo menos haya seis de ellos en cada puerta, los suficientes para engañar á los otros y anegar en vino sus sentidos. Si os aventuráis, por tanto, á tentar esta noche el vado, encontraréis á los centinelas dormidos.

FIESCO.—No hables más. Hasta ahora, sin humana ayuda, he puesto en conmoción esta masa monstruosa. Próximo al logro de mi fin, me avergonzaría de admitir en mi obra al personaje más insignificante. Tu mano, buen amigo. La deuda del Conde te la pagará el Duque.

EL MORO.—Además un billete de la Condesa Imperiali. Me hizo señas desde la calle; estuvo muy amable, y me preguntó, mofándose, si la Condesa de Lavaña no había su-

frido ningún ataque de ictericia. Yo le respondí que Vuestra Gracia sólo se interesaba en la salud de una persona...

FIESCO. (Después de leer el billete y tirarle.)—Muy bien dicho; y ¿qué replicó?

EL MORO.—Que, á pesar de todo, deploraba la suerte de la pobre viuda, y que estaba pronta á darle la satisfacción debida, prohibiendo en lo futuro las galanterías de Vuestra Gracia.

FIESCO. (Con ironía)—Que cesarán de seguro antes que llegue el fin del mundo. ¿No hay más, Hassán?

EL MORO. (Con malicia.)—Señor bondadoso, los negocios relativos á las damas están en contacto con los políticos...

FIESCO.—¡Oh! sin duda, y éstos sobre todo. Pero ¿qué pretendes con ese papelillo?

EL MORO.—Es una diablura mezclarlo con otros. Estos polvos me los dió la señora para verterlos diariamente en el chocolate de vuestra esposa.

FIESCO. (Retrocediendo pálido.)—¿Te los dió?

EL MORO.—Sí, señor; doña Julia, la Condesa Imperiali.

FIESCO. (Arrebatándoselos violentamente de las manos.)—Si mientes, canalla, te convertiré en vida en veleta de la torre de San Lorenzo, para que gires nueve veces en un instante... Los polvos...

EL MORO. (Impaciente.)—Doña Julia Imperiali me ordenó que los sirviese á vuestra esposa en el chocolate.

FIESCO. (Fuera de sí.)—¡Monstruoso, monstruoso!... ¿Esa amable criatura?... ¿Es posible que sea tan infernal el alma de una mujer? Pero me olvidaba, oh divina Providencia, de darte las gracias por haber frustrado ese proyecto, valiéndote de un astuto diablo. Inescrutables son tus designios. (Al Moro.) Prometiste obedecerla, ¿y te callas?

EL MORO.—Sin duda. Puedo hacerlo, porque me pagó al contado.

FIESCO.—Este billete me invita á visitarla... ¡Iré, pardiez!

Yo os persuadiré que me sigáis aquí. ¡Bien! Corre ahora cuanto te sea dable, y reune á todos los conjurados.

El Moro.—He adivinado esa orden, y los he citado aquí, bajo mi responsabilidad, á las diez en punto.

Fiesco.—Oigo pasos. Ellos son. Tú, belitre, mereces una horca superior á la de todos los hijos de Adán. Véte á la antesala hasta que yo te llame.

El Moro. (Al salir)—El Moro ha terminado su faena, y puede retirarse (Vase.)

ESCENA V.

Todos los CONJURADOS.

Fiesco. (Saliendo á su encuentro.)—La tempestad se aproxima. Las nubes se aglomeran. ¡Andad con cuidado! ¡Cerrad bien las puertas!

Verrina.—Ocho puertas he cerrado ya. La sospecha no puede acercársenos ni á los cien pasos.

Borgoñino.—Ningún traidor hay aquí, si nuestro temor no nos vende.

Fiesco.—El temor no es posible, después que se pasa el umbral de mi puerta. Bien venido sea el que es hoy lo que ayer era. Sentaos. (Siéntanse.)

Borgoñino. (Paseándose.)—No puedo sentarme, cuando sólo pienso en destruir.

Fiesco.—¡Genoveses, esta hora es por siempre memorable!

Verrina.—Tú nos exhortaste á trazar un plan para dar muerte al tirano. Interróganos; aquí estamos, prontos á responderte.

Fiesco.—Antes, sin embargo, una pregunta, que por

tardía acaso parezca extraña... ¿Quién ha de sucumbir? (Cállanse todos.)

BORGOÑINO. (Apoyándose en los brazos del sillón de Fiesco, con intención.)—Los tiranos.

FIESCO.—Bien dicho: los tiranos. Os ruego que fijéis vuestra atención en el significado de la palabra... ¿Quién es más tirano, el que finge acabar con la libertad, ó el que puede hacerlo?

VERRINA.—Odio al primero y temo al segundo. ¡Caiga Andrés Doria!

CALCAÑO.—¿Andrés, el anciano Andrés, que acaso pasado mañana pague su tributo á la naturaleza?

SACCO.—¿Andrés, ese anciano bondadoso?

FIESCO.—¡Temible es la dulzura de ese anciano, Sacco! El orgullo de Gianettino es sólo ridículo. ¡Que caiga Andrés Doria! Tu sabiduría lo ha dicho, Verrina.

BORGOÑINO.—De hierro ó de seda, cadenas son al cabo las nuestras. ¡Que caiga Andrés Doria!

FIESCO. (Acercándose á la mesa.)—La vara se ha roto, pues, contra el tío y su sobrino. ¡Firmad! (Todos firman.) Quiénes han de ser, está ya resuelto. (Siéntanse de nuevo.) Veamos ahora lo más importante: el cómo han de sucumbir. Hablad primero, amigo Calcaño.

CALCAÑO.—Hemos de ser soldados ó asesinos. Lo primero es peligroso, porque nos obliga á contar con muchos cómplices, y expuesto, por cuanto no tenemos todavía á nuestro favor los corazones de nuestros conciudadanos... Para lo segundo hay aquí cinco buenos puñales. Dentro de tres días se celebra misa solemne en la iglesia de San Lorenzo. Los dos Doria asistirán á ella. Cerca de Dios Omnipotente se aduerme el recelo de los tiranos. He dicho.

FIESCO. (Con disgusto.)—Horrible, oh Calcaño, es tu plan razonable... ¡Rafael Sacco!

SACCO.—Plácenme los motivos, en que se funda el plan

de Calcaño, pero su solución me repugna. Prefiero que Fiesco invite á un banquete al tío y al sobrino, en que ambos, bajo el imperio de la cólera de toda la República, hayan de escoger entre morir heridos por nuestros puñales, ó perecer bebiendo vino de Chipre. Esto, por lo menos, es más cómodo.

FIESCO. (Con horror.)—¡Sacco! ¿Y si la gota de vino, que ha de paladear su lengua moribunda, hubiese de ser para tí pez ardiente, de sabor anticipado del infierno?... ¿Es posible, Sacco?... Renunciemos á tu plan. ¡Habla tú, Verrina!

VERRINA.—Todo corazón noble ha de llevar alta la frente. El asesinato nos confundiría con los bandidos. El héroe se distingue porque esgrime en la mano su espada. Yo creo que debemos dar en voz alta la señal de la rebelión y excitar á la venganza, francamente, á los patriotas de Génova (Se levanta; imitanlo los demás, y Borgoñino se arroja á su cuello.)

BORGOÑINO.—¡Y armados nos conciliaremos los favores de la suerte! Así lo aconseja el honor, y tal es mi propia opinión.

FIESCO.—Y la mía. ¡Ánimo, Genoveses! (A Calcaño y Sacco.) Harto ha hecho ya la fortuna por nosotros; ahora nos toca trabajar por nuestra parte... ¡así, Genoveses, la revolución esta misma noche! (Verrina y Borgoñino se quedan sorprendidos, y los demás asustados.)

CALCAÑO.—¿Cómo? ¿Esta noche? Los tiranos son todavía muy poderosos, y contamos con pocos partidarios.

SACCO.—¿Esta misma noche? ¿Y nada se ha hecho aún, y el sol desciende ya en el horizonte?

FIESCO.—Fundados son vuestros temores; pero leed esta carta. (Preséntales el escrito de Gianettino, y mientras lo leen con avidez él se pasea sonriéndose.) ¡Adiós ahora, estrella propicia de los Doria! ¡Te mostrabas orgullosa y refulgente, como si poseyeras con derecho el cielo de Génova, y sin

notar que hasta el sol sólo recorre una parte del firmamento, y divide con la luna el imperio del mundo. ¡Adiós, pues, astro favorable á los Doria! ¡También murió Patroclo, y valía más que tú!

BORGOÑINO. (Después de haber leído la carta.) — ¡Esto es horrible!

CALCAÑO.—¡Doce de una vez!

VERRINA.—¡Mañana en la Señoría!

BORGOÑINO.—¡Dadme la carta! Yo recorreré con ella, como caballo aguijoneado por la espuela, toda la ciudad, de tal modo, que las piedras saltarán, y hasta los perros aullando denunciarán ese asesinato.

TODOS.—¡Venganza, venganza, venganza! ¡Esta misma noche!

FIESCO.—Ya os encontráis dispuestos como yo deseaba. En cuanto llegue la noche invitaré á una fiesta á los principales descontentos, sobre todo á los apuntados en la lista de Gianettino, y además á los Sauli, á los Gentili, á los Vivaldi y á Vesodimari, todos los enemigos mortales de los Doria, de quienes los asesinos, en su temor, se han olvidado. No, no dudo que acogerán mi plan con los brazos abiertos.

BORGOÑINO.—Ni yo lo dudo tampoco.

FIESCO.—Ante todo hemos de asegurarnos del mar. Tengo galeras y marinos. Los veinte buques de Doria están desarmados y sin tripulaciones, y fácilmente serán nuestros. Se cerrará la salida de la dársena, y no les quedará medio de huir. Si el puerto es nuestro, Génova quedará sujeta.

VERRINA.—Indudable.

FIESCO.—Después nos apoderaremos de los puntos estratégicos de la ciudad, y los fortificaremos. El más importante es la puerta de Santo Tomás, que lleva al puerto y sirve de vínculo á nuestro poder terrestre y marítimo.

Ambos Dorias serán sorprendidos y muertos en su palacio. Alboroto en las calles; las campanas, tocando á degüello, para convocar á los ciudadanos, que aumenten nuestras fuerzas, y demos la libertad á Génova. Si la suerte nos favorece, sabréis lo demás en la Señoría.

VERRINA.—El plan es bueno.

FIESCO. (Con intención.)—Vosotros, Genoveses, me habéis puesto voluntariamente á la cabeza de la conjuración; ¿obedeceréis todos mis ordenes?

VERRINA.—Sí, si son acertadas.

FIESCO.—¿Sabes tú, Verrina, cuál es la palabra capital de la ordenanza? Decidle, oh Genoveses, que se llama la subordinación. Si no puedo mandaros como me parezca... ¡tenedlo entendido!... si no he de ser el caudillo de la conjuración, ésta ha perdido uno de sus miembros.

VERRINA.—La libertad por toda la vida vale bien dos horas de servidumbre... Nosotros te obedeceremos.

FIESCO.—Dejadme ahora. Que uno de vosotros recorra la ciudad, y me informe del estado de resistencia ó de debilidad de los puntos estratégicos. Otro averiguará cuál es la palabra de orden. Otro tercero armará las galeras. El cuarto reunirá mis dos mil hombres en el patio de mi palacio. Yo, por mi parte, lo meditaré y dispondré todo, y si la dicha nos protege, haré saltar en los aires el banco de Faraón. Todos á las nueve aquí para oir mis órdenes.

(Llama.)

VEERINA.—Yo me encargo del puerto. (Vase.)

BORGOÑINO.—Yo de los soldados (Vase también.)

CALCAÑO.—Yo averiguaré cuál es la palabra de orden.

(Vase.)

SACCO.—Y yo haré la ronda de Génova. (Vase.)

ESCENA VI.

FIESCO, y después EL MORO.

FIESCO. (Que se sienta en la mesa, y escribe.)—¿Pues no se han sobresaltado al oir la voz insignificante de subordinación, como la oruga contra la aguja?... ¡Ya es tarde, republicanos!

EL MORO. (Que entra.)—Señor...

FIESCO. (Levantándose, y entregándole una carta.)—A todos aquellos, cuyos nombres van escritos en este papel, los invitas á asistir á una comedia esta misma noche.

EL MORO.—Probablemente para representar en ella algún papel. La entrada costará la vida.

FIESCO. (Con desprecio y extrañeza.) Después que hagas esto, no quiero que estés más tiempo en Génova. (Anda y deja caer una bolsa con dinero.) Este será tu último trabajo.

(Vase.)

ESCENA VII.

EL MORO. (Que recoge lentamente la bolsa del suelo, y la contempla admirado.) ¿Así estamos uno y otro? «No quiero que estés más tiempo en Génova.» Esto, traducido del cristiano al pagano, significa: «cuando yo sea Duque, haré colgar á mi buen amigo de una horca genovesa.» Teme, si llega á ser Duque, que, conociendo yo su trama, sea bastante indiscreto para deshonrarlo. Poco á poco, señor Conde; antes es preciso pensarlo.—Ahora, viejo Doria, tengo tu

vida en mis manos... Tu ruina es segura, si no te lo advierto. Si voy á buscarlo, y le denuncio la conjuración, salvo al Duque de Génova nada menos que de la muerte y de la pérdida de su ducado. Este sombrero lleno de oro, ó más, puede ser el resultado de su gratitud. (Se dispone á salir, y se detiene de repente.) Pero no te precipites, amigo Hassán, porque estás á punto de hacer una tontería. ¿Y si toda esta mortandad no tiene feliz éxito, y al fin resulta de ella algo bueno? ¡Vaya, vaya! ¿Qué influjo puede tener mi avaricia en esta treta infernal? ¿Qué será peor... que yo venda á Fiesco... ó que entregue á Doria al puñal asesino? ¡Por el diablo, que tal problema pone á prueba mi astucia!... Si Fiesco logra su objeto, Génova se levanta. ¡Quita allá! No puede ser. Si Doria escapa, todo queda como antes, y la paz reinará aquí... ¡Peor aún!... Pero ¿y el espectáculo que ofrecerán las cabezas de los rebeldes al caer en el cesto del verdugo? (Vase en dirección opuesta.) ¿Y la diversión de esta noche, cuando SS. AA. sean degolladas á la señal del Moro? ¡No! Que un cristiano salga como pueda de estas dudas. Para un pagano es demasiado... Voy á consultar á un sabio. (Vase.)

ESCENA VIII.

Salón en casa de la Condesa Imperiali.

JULIA en negligé.—GIANETTINO entra después asustado.

GIANETTINO.—Buenas noches, hermana.

JULIA. (Levantándose.)—Algo extraordinario sucede cuando el Príncipe de Génova viene á visitar á su hermana.

GIANETTINO.—Tú, hermana, estás siempre rodeada de mariposas, y yo de avispas. ¿Quién puede evitarlo? Sentémonos.

JULIA.—Casi me llenas de impaciencia.

GIANETTINO.—¿Cuánto hace ya, hermana, que te visitó Fiesco?

JULIA.—¡Qué cosa tan extraña! Como si semejantes bagatelas se conservaran en mi memoria.

GIANETTINO.—Me importa saberlo.

JULIA.—¡Bien!... Ayer.

GIANETTINO.—¿Y se mostró leal y franco?

JULIA.—Como siempre.

GIANETTINO.—¿Y persiste en su acostumbrado capricho?

JULIA. (Ofendida.)—¡Hermano!

GIANETTINO. (Con acento más enérgico.)—¡Escucha! ¿Y persiste en su acostumbrado capricho?

JULIA. (Levantándose indignada.)—¿Por quién me tomáis, hermano?

GIANETTINO. (Sentado; con ironía.)—Por una mujercita envuelta... envuelta en un manto grandioso de nobleza. Sea dicho esto entre nosotros, ya que nadie nos oye.

JULIA. (Con viveza.)—Entre nosotros... Eres un mono osado y loco, que explota el crédito de su tío... ya que nadie nos oye.

GIANETTINO.—¡Hermanita, ¡hermanita! No tengas mala intención. Sólo me alegro de que Fiesco persista todavía en su antiguo capricho. Esto deseaba saber. Adiós. (Hace ademán de irse.)

ESCENA IX.

Los MISMOS y LOMELINO, que entra.

LOMELINO. (Besando la mano á Julia.)—¡Perdonad mi atrevimiento, señora! (Volviéndose á Gianettino.) Ciertos asuntos, que no se pueden dilatar...

GIANETTINO. (Llevándoselo aparte. Julia, colérica, se sienta en el piano, y toca un allegro.) ¿Está todo preparado para mañana?

LOMELINO.—Todo, Príncipe; pero el correo, que salió hoy hacia Levanto, no ha vuelto todavía. Espínola no esta aquí. ¿Si lo habrán detenido?... Mi ansiedad es grande.

GIANETTINO.—¡No tengas cuidado! ¿Conservas la lista acaso?

LOMELINO. (Perplejo.)—Señor... la lista... No sé... la habré dejado quizás en el bolsillo del vestido, que llevé ayer.

GIANETTINO.—¡Bien! ¡Si estuviese aquí Espínola! Fiesco amanecerá mañana temprano muerto en su lecho. Ya está arreglado.

LOMELINO.—Producirá un escándalo espantoso.

GIANETTINO.—¡La llave de nuestra seguridad, torpe! Crímenes ordinarios encienden la sangre de los ofendidos, y el hombre es capaz de todo. Atentados horribles llenan el alma de espanto, y acobardan los corazones. ¿Conoces el cuento de la cabeza de Medusa? Su vista petrificaba... Lo que no se hace, compañero, hasta á las piedras anima.

LOMELINO.—¿Y habías indicado algo á la señora Condesa?

GIANETTINO.—De ninguna manera. Hay que guardar con ella miramientos, tratándose de Fiesco. Sin embargo, cuando saboree los frutos, no deplorará su coste excesivo.

¡Ven! Esta noche aguardo más tropas de Milán, y he de dar mis órdenes en la puertas de la ciudad (A Julia.) Y bien, hermana, ¿se te pasará pronto el enfado?

JULIA.—¡Idos! Sois una visita poco atenta. (Gianettino, al salir, tropieza con Fiesco.)

ESCENA X.

LOS MISMOS y FIESCO.

GIANETTINO. (Retrocediendo.)—¡Ah!

FIESCO. (Adelantándose con cortesía.) — Me libertáis, oh Príncipe, de una visita, que pensaba haceros ahora mismo.

GIANETTINO.—Nada más agradable para mí, oh Conde, que disfrutar de vuestra conversación.

FIESCO. (A Julia, besándole respetuosamente la mano.)—Estamos ya acostumbrados, señora, en vuestro palacio, á ver nuestras esperanzas más que colmadas.

JULIA.—¡No lo digáis! Si se tratase de otra, el cumplimiento podría parecer equívoco... pero mi *neglıgé* me asusta. Perdonad, Conde. (Intenta irse á su gabinete.)

FIESCO.—Quedaos aquí, noble y bella señora. Nunca está tan interesante una mujer, como al levantarse del lecho; (Sonriendo.) es su traje más propio... Esos cabellos en desorden... Permitidme que yo lo aumente.

JULIA.—Y vuestro hábito, oh hombres, es desarreglarlo todo.

FIESCO. (Con candor á Gianettino.)—¡Los cabellos y la República! ¿No es igual para nosotros?... también esta cinta se ha anudado en falso... ¡Sentaos, bella Condesa!... Vuestra Laura sabe engañar los ojos, no los corazones... Dejadme que yo sea ahora vuestra doncella de cámara.

(Ella se sienta, y le arregla su tocado.)

GIANETTINO. (Aparte á Lomelino.)—¡Pobre diablo, tan cándido!

FIESCO. (Ocupado en el atavío de Julia.)—Observad... cuán sabiamente oculto esto. Los sentidos han de ser siempre ciegos mensajeros, é ignorar cuanto pueden tramar juntas la imaginación y la naturaleza.

JULIA.—¡Qué frivolidad!

FIESCO.—No tanto. Ya veis que la nueva más importante pierde todo su precio en el momento en que se hace pública. Nuestros sentidos son como la sustancia principal de nuestra república interior. Por ellos vive la nobleza, pero siempre se eleva sobre sus aficiones vulgares. (Termina su *toilette*, y la lleva delante de un espejo.) ¡Ahora, por mi honor! Este peinado será mañana moda en Génova. (Con galantería.) ¿Podré llevaros así por la ciudad, Condesa?

JULIA.—¡Oh, cuánta astucia! ¡Con qué arte se propone seducirme para hacer su voluntad! Pero me duele la cabeza, y quiero quedarme en casa.

FIESCO.—¡Perdonad, Condesa!... Podéis hacerlo así, si queréis, pero no es ésa vuestra voluntad... Hoy, á las doce, ha llegado una compañía de cómicos florentinos, y me han propuesto representar en mi palacio... No me ha sido posible impedir que asistan á la fiesta las damas principales de la nobleza, lo cual me pone en el mayor embarazo, no sabiendo quién ha de ocupar el lugar preferente, de modo que no se ofendan las que asistan. (Haciendo una profunda cortesía.) ¿Seréis, señora, tan bondadosa?...

JULIA. (Que se ruboriza, y se va corriendo á su gabinete.)—¡Laura!

GIANETTINO. (Acercándose á Fiesco.)—¿Recordáis, Conde, cierto suceso desagradable, que ocurrió ha poco entre ambos?

FIESCO.—Deseo, en verdad, que ambos lo olvidemos... Nosotros, los hombres, obramos unos con otros como nos

place: ¿cuál es, por tanto, mi culpa, si mi amigo Doria no me conoce á fondo?

GIANETTINO.—Nunca, por lo menos, pensaré en él, sin pediros un perdón sincero...

FIESCO.—Y yo jamás sin perdonaros cordialmente. (Julia vuelve algo más ataviada.)

GIANETTINO.—A propósito, Conde: ¿no os proponéis emprender una cruzada contra los Turcos?

FIESCO.—Esta misma noche levantaremos las áncoras... Sobre este punto abrigo alguna inquietud, que la amabilidad de mi amigo Doria me ayudará á disipar.

GIANETTINO. (Con mucha cortesia.) ¡Con toda mi alma!... Contad con mi influencia.

FIESCO.—Este suceso producirá hacía la noche en el puerto y en mi palacio algún movimimiento, que el Duque, vuestro tío, podrá acaso interpretar mal...

GIANETTINO. (Con cordialidad.)—Yo me encargo de evitarlo. Alejaos de aquí, y os deseo en vuestra empresa la mejor fortuna.

FIESCO. (Con lisonja.)—Jamás olvidaré vuestra bondad.

ESCENA XI.

Los MISMOS, y UN ALEMÁN de la guardia.

GIANETTINO.—¿Qué hay?

EL ALEMÁN.—Al pasar yo por la puerta de Santo Tomás, ví numerosos hombres armados, que corrían hacia la dársena, y las galeras del Conde de Lavaña, que se aprestaban á hacerse á la vela...

GIANETTINO.—¿Nada hay más importante? Basta de esto.

EL ALEMÁN.—Bien. Gentes sospechosas circulan junto al

convento de Capuchiuos, y se deslizan en el mercado... Por su paso y por su aspecto, parecen soldados...

Gianettino. (Colérico.)—¡Qué exceso de celo el de este imbécil!. (A Lomelino, en confianza.) Son mis Milaneses.

El Alemán.—¿Ordena Vuestra Alteza que sean detenidos?

Gianettino. (Alto, á Lomelino.)—¡Id allá, Lomelino! (Con orgullo, al alemán.) ¡Véte ahora! ¡Está bien! (A Lomelino.) Haced entender á este buen alemán que se calle.

(Vase Lomelino con el Alemán.)

Fiesco. (Que, mientras tanto, bromeaba con Julia, y miraba á hurtadillas.)—Nuestro amigo está de mal humor... ¿Puedo saber la causa?

Gianettino.—No es extraño. ¡Tanta pregunta, tantas noticias! (Vase.)

Fiesco.—El teatro nos aguarda. ¿Osaré ofreceros el brazo?

Julia.—¡Paciencia! Antes necesito envolverme en mi abrigo. Pero nada de tragedias, Conde, porque me persiguen en sueño.

Fiesco. (Irónicamete.)—¡Oh! Al contrario, nos moriremos de risa, Condesa. (Vanse. Cae el telón.)

ACTO IV.

Es de noche.—El patio del palacio de Fiesco. Las luces están encendidas. Se introducen armas. Un ala del edificio aparece alumbrada.

ESCENA I.

BORGOÑINO, con SOLDADOS.

BORGOÑINO.—¡Alto!... Cuatro centinelas en la puerta grande del patio; dos en las demás del palacio. (Los centinelas se colocan en sus puestos.) Que éntre quien quiera, y nadie salga; muera el que se resista. (Entra en el palacio con los centinelas; los demás se pasean haciendo su guardia; pausa.)

ESCENA II.

LOS CENTINELAS; luego CENTURIÓN.

LOS CENTINELAS. (Gritando en la puerta del patio.)—¿Quién vive? (Llega Centurión.)

CENTURIÓN.—Un amigo de Lavaña. (Atraviesa el patio hacia la puerta derecha del palacio.)

EL CENTINELA. (Que lo recibe.)—¡Atrás!

Centurión. (Sorprendido, y dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.)—¡Oh!

El Centinela. (Que la guarda.)—¡Atrás!

Centurión. (Que se queda estupefacto y en silencio; pausa; después, dirigiéndose al centinela de la izquierda.)—Amigo, ¿por dónde se va á la comedia?

El Centinela.—No sé.

Centurión. (Paseándose primero con extrañeza; después, dirigiéndose hacia el centinela de la derecha.)—¿Cuándo comienza la comedia, amigo?

El Centinela.—No sé.

Centurión. (Paseándose atónito; observa las armas, y se asusta.)—Vamos, ¿qué significa esto?

El Centinela.—Lo ignoro.

Centurión. (Embozándose aterrado en su capa.)—¡Es extraño!

Los Centinelas. (Gritando en la puerta del patio.)—¿Quién es?

ESCENA III.

Los mismos y CIBO.

Cibo. (Al entrar.)—Un amigo de Lavaña.

Centurión.—¿En dónde estamos, Cibo?

Cibo.—¿Qué?

Centurión.—Mira alrededor.

Cibo.—¿Cómo? ¿Qué es esto?

Centurión.—Todas las puertas guardadas.

Cibo.—Aquí hay armas.

Centurión.—A nadie se permite salir.

Cibo.—¡Es singular!

Centurión.—¿Qué hora es?

CIBO.—Ya han dado las ocho.

CENTURIÓN.—¡Hace un frío terrible, diablo!

CIBO.—Las ocho... la hora convenida.

CENTURIÓN. (Moviendo la cabeza.)—Esto no me agrada.

CIBO.—Fiesco se propone quizás dar una broma.

CENTURIÓN.—Mañana es la elección del Dux... Cibo, esto no va bien.

CIBO.—¡Calla, calla, calla!

CENTURIÓN.—El ala derecha del palacio está iluminada.

CIBO.—¿No oyes nada? ¿Nada oyes?

CENTURIÓN.—Murmullo de gentes allá, y de vez en cuando...

CIBO.—Un roce sordo, como de armaduras, que tocan unas con otras...

CENTURIÓN.—¡Horrible, horrible!

CIBO.—¡Un carruaje se pára á la puerta!

LOS CENTINELAS DE LA PUERTA.—¿Quién es?

ESCENA IV.

LOS MISMOS, y los cuatro ASSERATO.

ASSERATO. (Al entrar.)—Un amigo de Fiesco.

CIBO.—Son los cuatro Asserato.

CENTURIÓN.—¡Buenas noches, compañero!

ASSERATO.—Venimos á la comedia.

CIBO.—¡Feliz viaje!

ASSERATO.—¿No venís á la comedia?

CENTURIÓN.—Nos paseamos antes. Queremos tomar el fresco.

ASSERATO.—Pronto empezará. ¡Venid! (Andan.)

EL CENTINELA.—¡Atrás!

ASSERATO.—¿Qué significa esto?

CENTURIÓN. (Riéndose.)—¡Que vayáis al palacio!

ASSERATO.—Aquí hay alguna equivocación.

CIBO.—Sin duda, y evidente.

(Suena la música en el ala derecha.)

ASSERATO.—¿Oís la sinfonía? La comedia empezará en seguida.

CENTURIÓN.—Me parece que ha comenzado ya, y que nosotros somos los graciosos.

CIBO.—Por lo demás, no siento calor. Me voy.

ASSERATO.—¿Armas aquí?

CIBO.—¡Bah! Trastos de cómicos.

CENTURIÓN.—¿Y hemos de permanecer en este sitio, como los locos á orillas del Aqueronte? ¡Vámonos al café!

(Vanse todos hacia la puerta.)

LOS CENTINELAS. (Con ira y en voz alta.)—¡Atrás!

CENTURIÓN.—¡Muerte y condenación! ¡Somos prisioneros!

CIBO.—Díceme mi espada que esto no durará mucho.

ASSERATO.—¡Envainadla, envainadla! El Conde es hombre de honor.

CIBO.—¡Vendidos por traición! La comedia era el cebo, y nosotros los ratones, que habíamos de caer en la trampa.

ASSERATO.—¡No lo quiera Dios! Tiemblo al pensar en lo que puede suceder.

ESCENA V.

LOS MISMOS.

EL CENTINELA.—¿Quién vive? (Entran Verrina y Sacco.)

VERRINA.—Amigos de la casa. (Entran otros siete nobles.)

CIBO.—¡Sus confidentes! Ahora se verá claro.

SACCO. (Hablando con Verrina.)—Como os decía, Lescaro es el encargado de la custodia de la puerta de Santo Tomás, el mejor oficial á las órdenes de Doria, y unido á él con estrechos lazos.

VERRINA.—Me alegro.

CIBO. (A Verrina.)—Venís, Verrina, en la ocasión más propicia para despertarnos de esta pesadilla.

VERRINA.—¿Cómo? ¿Qué es esto?

CENTURIÓN.—Hemos sido invitados á asistir á una comedia.

VERRINA.—Así iremos todos juntos.

CENTURIÓN. (Impaciente.)—A donde va á parar toda carne... Ya lo sé. ¿No veis que las puertas están guardadas? ¿Por qué razón?

CIBO.—¿Y esas armas?

CENTURIÓN.—Estamos aquí como debajo de la horca.

VERRINA.—El Conde vendrá en persona.

CENTURIÓN —Valiera más que se apresurase. Mi paciencia se va acabando. (Todos los nobles se pasean por el fondo.)

BORGOÑINO. (Desde el palacio.)—¿Y el puerto, Verrina?

VERRINA.—Todo va bien á bordo.

BORGOÑINO.—El palacio está también lleno de soldados.

VERRINA.—Las nueve no tardarán.

BORGOÑINO.—Mucho se hace esperar el Conde.

VERRINA.—Con demasiada rapidez camina esto para sus esperanzas. En hielo me convierto cuando pienso en cierta cosa.

BORGOÑINO.—No os precipitéis, padre.

VERRINA.—No hay precipitación, si no es posible la tardanza. Si no cometo el segundo homicidio, no me será nunca posible responder del primero.

BORGOÑINO.—Pero ¿cuándo ha de morir Fiesco?

VERRINA.—Morirá cuando Génova sea libre.

EL CENTINELA.—¿Quién va?

ESCENA VI.

Los MISMOS y FIESCO.

FIESCO. (Al entrar.)—¡Un amigo! (Todos se acercan á él, y los soldados le presentan las armas.) ¡Bien venido seáis, apreciabilísimos huéspedes! ¡Habréis murmurado sin duda de la calma del dueño de la casa!... ¡Perdonadme! (Bajo á Verrina.) ¿Se ha hecho todo?

VERRINA. (A su oído.)—¡Todo!

FIESCO. (Aparte á Borgoñino.)—¿Y tú?...

BORGOÑINO.—A nuestra satisfacción.

FIESCO. (A Sacco.) ¿Y tú?...

SACCO.—Todo va bien.

FIESCO.—¿Y Calcaño?

BORGOÑINO.—Falta.

FIESCO. (Alto, á los centinelas.)—¡Cerrad las puertas! (Quítase el sombrero, y se adelanta hacia la reunión con soltura y gracia.) Señores: Me he tomado la libertad de invitaros á una fiesta... pero no para divertiros, sino para que desempeñéis en ella papeles más importantes. Largo tiempo hace, harto largo tiempo, que sufrimos las insolencias de Gianettino Doria, y las pretensiones usurpadoras de Andrés. Si queremos salvar á Génova, oh amigos, es menester intentarlo cuanto antes. ¿Con qué objeto creéis vosotros que esas veinte galeras ocupan el puerto de nuestra ciudad? ¿Cuál es el fin, que preside en las alianzas de los Dorias, y qué se proponen concentrando en Génova tantas tropas extranjeras? Ahora no se trata ya de murmurar y de maldecir. Por salvarlo todo, es preciso atreverse á todo. A dolencia desesperada, remedio heroico. ¿Hay alguien entre vosotros bastante flemático, para aceptar como

soberano al que sólo es su igual?... Ninguno hay aquí, cuyos antepasados no hayan sostenido la cuna de Génova. ¿Cómo? ¡por lo más sagrado del mundo! ¿Qué razón hay para que esos dos ciudadanos levanten su vuelo sobre nuestras cabezas? (Murmullos de aprobación.) Cada uno de vosotros está solemnemente obligado á defender á la Patria contra sus opresores; ninguno de vosotros puede abandonar sus derechos, ni en lo más mínimo, sin hacer traición al Estado. (Movimiento tumultuoso del auditorio, que lo interrumpe; después prosigue.)... Si compartís estos sentimientos, como parece, nuestra es la victoria. Os he trazado ya la senda que lleva á la gloria. ¿Queréis seguirla? Pronto estoy á guiaros. Estos preparativos, que os aterraban ha poco, os inspirarán ahora nuevo heroísmo. Estos temores, que os asediaban, han de trocarse en celo memorable para uniros con los patriotas y conmigo, á fin de derribar á los tiranos. El éxito favorecerá nuestro proyecto, porque mi plan es bueno. La empresa es justa, porque Génova sufre, y nuestro propósito ha de inmortalizarnos, porque su grandeza corre parejas con su riesgo.

CENTURIÓN. (Con vivo entusiasmo.) — ¡Basta! Génova será libre. Este grito de guerra puede llevarnos al mismo infierno.

CIBO.—Y el que no despierte al oirlo, que bogue perpetuamente al remo, hasta que la trompeta del juicio final lo libre de sus cadenas.

FIESCO.—Así hablan los hombres. Ahora podéis saber ya cuáles son los peligros, que amenazan á Génova y á vosotros. (Dales los papeles traídos por el Moro.) ¡Alumbrad, soldados! (Los nobles se acercan á la luz de las antorchas, y leen.) Sucedió como pensaba, amigos.

VERRINA.—Pero no hables tan alto. He visto allá abajo, en el ala izquierda, que algunos rostros palidecían, y que algunas rodillas temblaban.

CENTURIÓN. (Con ira.)—¡Doce senadores! ¡Diabólico! ¡Empuñad vuestras espadas! (Todos se abalanzan hacia las armas, que yacen cerca, menos dos.)

CIBO.—Tu nombre está también entre ellos, Borgoñino.

BORGOÑINO.—Y hoy, si Dios quiere, lo escribiré en la garganta de Doria.

CENTURIÓN.—Dos espadas quedan ahí sin dueño.

CIBO.—¿Cómo? ¿Qué dices?

CENTURIÓN.—Hay dos, que no han tomado las armas.

ASSERATO.—Mis hermanos no pueden ver sangre. ¡Perdonadlos!

CENTURIÓN. (Con calor.) ¿Cómo? ¿Es posible? ¿No pueden ver la sangre de los tiranos? ¡Que mueran esos cobardes! ¡Expulsad de la República á esos bastardos! (Algunos se precipitan coléricos contra ellos.)

FIESCO. (Separándolos.)—¡Deteneos, deteneos! ¿Génova deberá su libertad á viles esclavos? ¿Este metal despreciable alterará el sonido puro de nuestro oro? (Los pone en libertad.) Vosotros, señores míos, preferiréis alojaros en mi palacio, hasta que nuestros asuntos se resuelvan. (A la guardia.) Vigilad á estos dos. Vosotros responderéis de ellos. Dos centinelas de vista á las puertas de su prisión. (Llévanselos.)

EL CENTINELA. (En la puerta principal.) — ¿Quién llama? (Llaman.)

CALCAÑO.—¡Abrid! ¡Un amigo! ¡Abrid por Dios! (Entra muy azorado.)

BORGOÑINO.—Es Calcaño. ¿Qué significa ese «por Dios?»

ESCENA VII.

LOS MISMOS, Y CALCAÑO, asustado y sin aliento.

CALCAÑO.—¡Perdido, todo perdido! ¡Huid! ¡Sálvese el que pueda! ¡Todo se perdió!

BORGOÑINO.—¿Qué se ha perdido? ¿Es su carne bronce, y cañas nuestros aceros?

FIESCO.—¡Prudencia, Calcaño! Una mala noticia, en tales momentos, sería imperdonable.

CALCAÑO.—¡Se nos ha hecho traición! ¡Verdad infernal! ¡Vuestro moro, Lavaña! ¡Bribón! Vengo del palacio de la Señoría. Le daba audiencia el Duque. (Todos los nobles se inmutan, y hasta el mismo Fiesco palidece.)

VERRINA. (Con entereza, á los centinelas de la puerta principal.)—¡Soldados! ¡Matadme con vuestras alabardas! No quiero morir á manos del verdugo. (Todos los nobles corren asustados en distintas direcciones.)

FIESCO (Reanimado.)—¿Adónde vais? ¿Qué hacéis? ¡Véte al infierno, Calcaño!... Es un miedo infundado, señores... ¡Mujer! ¡Decirlo delante de estos niños!... ¿Y tú, Verrina?... ¡Y tú también, Borgoñino!... ¿Adónde vas?

BORGOÑINO. (Con calor.)—A mi casa, á matar á mi Berta, y volver aquí.

FIESCO. (Prorrumpiendo en una carcajada.)—¡Quedaos! ¡Deteneos! ¿Este es el valor de los exterminadores de tiranos?... ¡Magistralmente desempeñaste tu papel, Calcaño!... ¿No habéis adivinado que esta noticia ha sido invención mía?... ¿No es cierto, Calcaño, decidlo, que yo os he dado la orden de poner á prueba estos Romanos?

VERRINA.—¡Sea en buen hora! Si tú puedes reir... he de creerlo, ó eres más que hombre.

FIESCO.—¡Qué vergüenza, señores!... ¡Sucumbir en esta prueba de niños!... ¡Empuñad de nuevo vuestras armas!... Habeis de pelear como leones llenos de rabia, para reparar esta falta. (Bajo, á Calcaño.) ¿Estabais allí en persona?

CALCAÑO.—Estaba entre sus guardias, para oir el santo y seña del Duque, con arreglo á nuestro plan... y, al retirarme, traían al moro.

FIESCO. (Alto.)—Así, el viejo está en su lecho. Al són del tambor lo obligaremos á levantarse. (Bajo.) ¿Habló con el Duque?

CALCAÑO.—Mi súbito terror, y la consideración del peligro inminente que corríais, apenas me permitieron estar allí dos minutos.

FIESCO. (En voz alta, y con animación.) — Observad, pues, cómo tiemblan todavía nuestros compañeros.

CALCAÑO.—No debíais haber precipitado tanto las cosas. (Bajo.) Pero, ¡por Dios santo! ¿Qué ventaja pensáis sacar de esta mentira?

FIESCO.—Ganar tiempo, amigo, y que pase este miedo repentino. (Alto.) ¡Hola! ¡Que traigan vino! (Bajo.) ¿Y se inmutó el Duque? (Alto.) ¡Vamos, camaradas, preparémonos para el baile de este noche! (Bajo.) ¿Observasteis si se inmutó el Duque?

CALCAÑO.—La primera palabra, que pronunció el Moro, fué «conjuración.» El viejo retrocedió, blanco como el papel.

FIESCO. (Confuso.)—¡Ya, ya! Astuto es el demonio, Calcaño... No ha hecho traición, hasta no ver la cuchilla sobre su cabeza. Ahora es, sin duda, su ángel salvador. El Moro es sagaz. (Se le trae una copa de vino, que presenta á la reunión, y bebe.) ¡Al buen éxito de nuestra empresa, compañeros! (Llaman á la puerta.)

El Centinela.—¿Quién es?

Una voz.—¡Una orden del Duque! (Los nobles, desesperados, se dispersan por el patio.)

Fiesco. (Precipitándose entre ellos.)—¡No, hijos! ¡No temáis! ¡No os asustéis! ¡Aquí estoy yo! ¡Pronto! ¡Ocultad estas armas! ¡Sed hombres, yo os lo suplico! Esta visita me prueba que Andrés duda todavía. ¡Entrad! ¡Reanimaos! ¡Abrid, soldados! (Todos se van, y la puerta se abre.)

ESCENA VIII.

FIESCO, como si saliese entonces del palacio; TRES ALEMANES, que traen al moro atado.

Fiesco.—¿Quién me ha llamado al patio?

Los Alemanes.—Buscamos al Conde.

Fiesco.—Aquí lo tenéis. ¿Quién pregunta por él?

Los Alemanes. (Saludándolo militarmente.)—Que Dios os guarde de parte del Duque. Su Gracia os entrega este Moro atado. Ha declarado horrores. Esta carta dice lo demás.

Fiesco. (Tomándola con indiferencia.)—¿No te predije hoy mismo las galeras? (Al Alemán.) Bien, amigo. Mis respetos al Duque.

El Moro. (A los Alemanes.)—Y los míos también, y decidle además... que si no hubiera enviado aquí á un asno, habría sabido que dos mil soldados están escondidos en el palacio. (Vanse los Alemanes, y vuelven los nobles.)

ESCENA IX.

FIESCO, LOS CONJURADOS Y EL MORO, entre ellos, con aire insolente.

Los Conspiradores. (Que retroceden asustados á la vista del Moro.)—¡Ah! ¿Qué es esto?

Fiesco. (Que ha leído el billete, refrenando su ira.)—Genoveses, el peligro ha pasado... pero la conjuración también.

Verrina. (Que exclama sorprendido.) —¿Cómo así? ¿Han muerto los Dorias?

Fiesco. (Muy conmovido.) —¡Por Dios santo! Todas las fuerzas reunidas de la República no me... pero no estaba preparado para esto. Ese débil anciano, con cuatro líneas, ha vencido á dos mil quinientos hombres. (Dejando caer las manos sin aliento.) Doria ha triunfado de Fiesco.

Borgoñino.—¡Hablad, pues! No entendemos esto.

Fiesco. (Leyendo.)—«Según creo, Lavaña, jugáis conmigo con desgracia... Pagan con ingratitud vuestros beneficios. Ese Moro me ha descubierto una conspiración... Os lo envío atado, y esta noche dormiré sin guardia.» (Deja caer la carta; todos lo miran.)

Verrina.—¿Y ahora, Fiesco?...

Fiesco. (Con nobleza.) — ¿Vencerme en generosidad un Doria? ¿Faltaba esa virtud en la familia de los Fiescos?... ¡No! Tan verdad como yo mismo lo soy... ¡Separaos, vosotros! Yo mismo iré, y se lo revelaré todo. (Intenta irse.)

Verrina. (Deteniéndolo.)—¿Estás loco? ¿Era algún juego de niños nuestro proyecto? ¡Detente! ¿No se trataba de la salvación de la Patria? ¡Detente! ¿Tu conjuración iba contra Doria, ó contra el tirano? ¡Detente, te digo!... Yo te hago prisionero como traidor al Estado.

Los Conjurados.—¡Atadlo! ¡derribadlo en tierra!

Fiesco. (Desarmando á uno, y abriéndose paso.) — ¡Poco á poco! ¿Quién será el primero, que se atreva á poner al tigre lazos? ¡Mirad!... Soy libre... pudiera muy bien ir á donde se me antojara... pero prefiero quedarme ahora, porque se me ocurre una idea...

Borgoñino.—¿Inspirada por vuestro deber?

Fiesco. (Con orgullo y altivez.)—¿Es posible, joven? Aprended primero vuestros deberes para conmigo, y no me habléis jamás de los míos... ¡Sosegaos, señores!... Todo se queda como antes.. (Al Moro, rompiendo sus ligaduras.) Tú eres el resorte de una acción memorable. ¡Huye!

Calcaño. (Colérico.)—¿Cómo, cómo? ¿Ha de vivir este pagano?... ¿Vivir él, cuando nos ha vendido á todos?

Fiesco.—Vivir después que á todos nosotros... ha asustado. ¡Fuera, bribón! Procura volver las espaldas á Génova, porque acaso intentarán probar su valor en tí.

El Moro.—Esto quiere decir que el diablo no abandona en el peligro á los malvados... ¡Vuestro muy humilde servidor, señores!... Veo que la cuerda, que ha de ahorcarme, no se ha hecho en Italia. He de buscarla en otra parte. (Vase riendo.)

ESCENA X.

UN CRIADO, que entra, y los mismos, sin EL MORO.

El Criado.—La Condesa Imperiali ha preguntado tres veces por Vuestra Gracia.

Fiesco.—¡Mil diablos! Preciso es, sin duda, que la comedia comience... Dile que la veré en seguida... ¡Detente!... Encarga á mi esposa que vaya al salón de la fiesta, y

que me espere detrás de los tapices. (Sale el criado.) He trazado en este escrito todos los papeles de personajes, que habéis de representar; si cada uno desempeña bien el suyo, nada hay que decir. Verrina irá al puerto; y, cuando se haya apoderado de los navíos, disparará un cañonazo, que será la señal de la sublevación... Me voy, porque me llama un asunto importante. Cuando oigáis el sonido de una campanilla, acudiréis todos juntos al salón... mientras tanto, entrad... y solazaos con mi vino de Chipre. (Vanse todos.)

ESCENA XI.

El salón de la comedia.

LEONOR, ARABELA y ROSA, todas inquietas.

LEONOR.—Fiesco había dicho que vendría á este salón, y no ha parecido... Las once han dado ya. No se oye en todo el palacio sino ruido espantoso de hombres y de armas, y no viene Fiesco.

ROSA.—Debéis esconderos detrás de los tapices... ¿Cuál será el proyecto de nuestro señor?

LEONOR.—Tal es su voluntad, Rosa, y sé que debo obedecer... Y no obstante, no obstante, Arabela, aunque no tengo miedo, mi corazón late aceleradamente. Que ninguna de vosotras, por lo más sagrado del mundo, se separe de mi lado.

ARABELA.—Nada temáis. Nuestra inquietud refrena por completo nuestra curiosidad.

LEONOR.—A donde quiera que se dirigen mis ojos, sólo encuentran rostros extraños, que se asemejan á espectros

descarnados y siniestros. Si llamo á alguno, tiembla y se refugia en el silencio más impenetrable, horrible albergue de la mala conciencia. Si me responden, es con voz velada por el misterio, como si balbucearan angustiosamente con sus labios temblorosos, dudando si ha llegado el momento de hablar sin reserva... ¿Y Fiesco?... No sé qué horrores se traman aquí. ¡Proteged sólo á mi Fiesco, (Juntando las manos con gracia.) poderes celestiales!

Rosa. (Asustada.)—¡Jesús! ¿Qué ruido es ese, que viene de la galería?

Arabela.—Es el soldado, que está allí de centinela. (Éste exclama: *¿Quién va?* y se le contesta.)

Leonor.—Viene gente. ¡Detrás de los tapices! ¡Pronto! (Todas se esconden.)

ESCENA XII.

JULIA y FIESCO, hablando.

Julia. (Muy agitada.)—¡Deteneos, Conde! Vuestras galanterías no llegan ya á oídos desatentos, sino ardientes... ¿En dónde estoy?... Nadie aquí, sino la noche con sus engaños... ¿Adónde habéis arrastrado mi corazón sin defensa?

Fiesco.—Adonde la pasión tímida se hará más osada, y sus arrebatos, más libres, se desplegarán sin obstáculos.

Julia.—¡Deteneos, Fiesco! No prosigáis, por lo más santo. Si la oscuridad no fuese tan completa, verías cuán grande es el rubor de mi rostro, y te compadecerías de mí.

Fiesco.—¡Al contrario, Julia! Mi amor se acrecentaría contemplando los signos de fuego del tuyo, y sería tanto más atrevido. (Besa su mano con ardor.)

JULIA.—Tu rostro, como tus palabras, oh hombre, respiran la fiebre del delirio. ¡Ay de mí! Fiebre también... ¡yo la siento!... me devora, y ciega y culpable. ¡Busquemos la luz, yo te lo ruego! Los sentidos rebeldes podrían dejarse arrastrar á las seducciones de las tinieblas. ¡Ay de mí! Y una vez en conmoción, pudieran, no temiendo la vergüenza del día, obedecer sus impías inclinaciones. Vamos adonde haya gente, vamos, ¡yo te conjuro!

FIESCO. (Con mayor insistencia.) —¿Por qué, oh amor mío, esos temores infundados? ¿Cómo es posible que una reina tenga miedo á sus esclavos?

JULIA.—Vosotros, hombres, sois la contradicción en persona. ¡Como si no fuera más peligrosa vuestra victoria, cuando tenéis cautivo á nuestro amor propio! ¿Debo confesártelo todo, Fiesco? ¿Que sólo mi virtud me preservaba del mal? ¿Que sólo mi orgullo me hacía despreciar tus artificios? ¿Que sólo esta defensa constituía toda mi fuerza? Has dudado de tu astucia, y has recurrido al ardor de Julia. ¡Déjame ahora!

FIESCO. (Con ligereza y osadía.)—Y aun así, ¿qué perderías?

JULIA. (Conmovida y con calor.) —Cuando yo te haya abandonado la llave de mi santo pudor, y puedas avergonzarme cuando quieras, ¿no lo habré perdido todo? ¿Quieres saber más, burlón? ¿Quieres además que te confiese, que toda la misteriosa sabiduría de nuestro sexo es sólo una precaución miserable para proteger nuestra flaqueza, á la que únicamente asedian vuestros juramentos, y la cual (lo digo con rubor) puede ser vencida con tanta mayor facilidad, cuanto que con frecuencia, al más leve descuido de la virtud, acoge traidoramente al enemigo? ¿Que todas nuestras astucias mujeriles se esfuerzan sólo en amparar á esta plaza sin defensa, como en el juego de ajedrez protegerían todas las piezas al desarmado Rey?... ¡Mate! y todo el ta-

blero se vuelve en sentido inverso. (Pausa; con formalidad.) He aquí el cuadro de nuestra ostentosa pobreza... ¡Sé ahora generoso!

FIESCO.—Y sin embargo, Julia... ¿en dónde podrás depositar mejor ese tesoro, que en mi pasión infinita?

JULIA.—Seguramente en ninguna otra parte estaría mejor, y en ninguna otra peor... Pero dime, Fiesco, ¿cuánto tiempo durará ese infinito?.. ¡Ay de mí! Yo he jugado ya con harta desdicha, para arriesgar al fin mi último recurso... Por cautivarte, oh Fiesco, puse en temerario movimiento todos mis encantos; pero no espero que sean bastante poderosos para encadenarte... Mas ¿qué digo? (Retrocede, y se cubre el rostro con las manos.)

FIESCO.—Dos blasfemias á un tiempo. Desconfianza de mi gusto, y crimen de lesa majestad contra vuestras gracias. ¿Cuál de las dos es más difícil de perdonar?

JULIA. (Cansada, pronta á sucumbir y con acento conmovido.)—Las mentiras son armas infernales... que Fiesco no necesita para vencer á su Julia. (Se deja caer en un sofá; larga pausa.) Oye, Fiesco, deja que te diga una sola palabra. Nosotras somos heroínas cuando sabemos que nuestra virtud está segura... niñas, cuando la defendemos... (Mirándolo fijamente.) furias, cuando la vengamos... Escucha, Fiesco, ¿y si tú me inmolaras á sangre fría?

FIESCO. (Con acento irritado.)—¿A sangre fría? ¿á sangre fría? Pero... ¡por Dios! ¿qué más pide la insaciable vanidad de una mujer, si duda todavía viendo á un hombre arrastrarse á sus piés? ¡Ah! Paréceme que despierto (Con voz desapasionada.) y que abro á tiempo los ojos... ¿Qué mendigaba yo hace poco?... Los favores más preciados de una mujer no pueden pagar la más leve humillación de un hombre. (Haciéndole una profunda cortesía, llena de frialdad.) Reanimaos, señora, ya estáis segura.

JULIA.—¡Qué mudanza, Conde!

FIESCO. (Con la mayor indiferencia.)—¡No, señora! Tenéis razón de sobra; ninguno de los dos podemos jugar con nuestro honor más que una sola vez. (Besándole la mano con finura.) Delante de todos tendré el placer de probaros el respeto que os debo. (Hace ademán de irse.)

JULIA. (Deteniéndolo.)—¡No te vayas! ¿Estás loco? ¡Quédate! ¿He de decir... he de decir yo misma lo que todos los hombres del mundo de rodillas... llorando... en la tortura... no hubieran podido arrancar á mi orgullo?... ¡Ay de mí! Hasta las tinieblas espesas, que me rodean, son impotentes para ocultar el ardor, que despiden mis mejillas... Fiesco... yo atravieso el corazón de todo mi sexo... que me odiará perpetuamente... ¡Yo te adoro, Fiesco! (Arrodíllase delante de él.)

FIESCO. (Que retrocede unos tres pasos, la deja arrodillada, y se ríe con aire de triunfo.) ¡Lo siento, señora! (Toca la campana, levanta los tapices y trae á Leonor á la escena.) Aquí está mi esposa... ¡Una mujer divina! (Se arroja en los brazos de Leonor.)

ESCENA XIII.

LOS CONJURADOS, que penetran en tropel; LAS DAMAS, que acuden por otra parte, y FIESCO, LEONOR y JULIA.

LEONOR.—¡Esposo mío! Esto es ya demasiado.

FIESCO.—No merecía otra cosa corazón tan perverso. Yo debía dar esa satisfacción á tus lágrimas. (Á la reunión.) ¡Señores y señoras! No estoy acostumbrado á dejarme abrasar de las llamas del amor, como un niño. Las locuras humanas me entretienen largo tiempo, antes que me arras-

tren. Ésta es merecedora de todo el rigor de mi ira, porque ha intentado envenenar á un angel. (Enseña los polvos á la concurrencia, que retrocede asustada.)

JULIA. (Reprimiendo su rabia.) — ¡Bien, bien! ¡Muy bien, caballero! (Quiere irse.)

FIESCO. (Que la obliga á volver.)—Tendréis paciencia, señora... Aun no hemos terminado... Quizás esta reunión quisiera saber la causa, que me impulsa á renegar hasta tal punto de mi razón, puesto que he representado esta farsa con la mayor loca de Géneva.

JULIA. (Colérica.)—¡Esto es insufrible!... Pero ¡tiembla! (Amenazándole.) Doria es dueño de Génova... y yo su hermana.

FIESCO.—Tanto peor para vos, si esta es vuestra última ponzoña... Pero, por desgracia, debo advertiros que Fiesco de Lavaña, con la diadema robada por vuestro serenísimo hermano, ha fabricado una cuerda, con la cual se propone ahorcar esta misma noche al ladrón de la República. (Ella se pone pálida, y él se sonrie sarcásticamente.) ¡Hola! ¿No lo esperábais?... y sin embargo, (Con peor intención.) he aquí el motivo que me obliga á dar ocupación á las miradas inquisitoriales de vuestra familia; á fingir (Señalando á ella.) ese amor de arlequín; á abandonar esa piedra preciosa (Mostrando á Leonor.) mientras perseguía afortunado mi presa, diamante de brillo falso. Os doy gracias por vuestra amabilidad, señora, y me despojo de mi traje de teatro. (Le entrega su retrato, haciendo una profunda cortesía.)

LEONOR. (A Fiesco, en ademán suplicante.)—¡Luis mío, Julia llora! ¿Podrá rogarte tu Leonor?...

JULIA. (A Leonor, con insolencia.)—¡Calla tú, mujer odiosa!

FIESCO. (Á un criado.)—¡Sé galante, amigo!... ofrece á esta dama tu brazo, porque desea visitar mi prisión de Estado. Tú serás responsable de que nadie moleste á esa señora... el aire exterior es frío... y la tempestad, que

esta noche ha de romper el tronco de los Doria, podría desordenar su ligero... peinado.

JULIA. (Sollozando.)—¡Que la peste te devore, hipócrita vil y fementido! (Á Leonor, con ira.) No te alegres de tu triunfo, que tú también perecerás, y hasta él mismo y... ¡oh desesperación. (Sale corriendo.)

FIESCO. (A los convidados.)—Vosotros sois testigos... salvad mi honor en Génova... (A los conjurados.) Vendréis por mí, cuando el cañón resuene. (Todos se van.)

ESCENA XIV.

LEONOR Y FIESCO.

LEONOR. (Acercándose á él inquieta.)—¡Fiesco! ¡Fiesco! Te comprendo sólo á medias; pero comienzo á temblar...

FIESCO. (Con gravedad.)—Leonor... yo te he visto alguna vez á la izquierda de otra genovesa... yo te he visto contentarte en la Asamblea de los nobles, ofreciendo tu mano á los besos de los caballeros después de otra... Leonor, esto me ofendía. Resolví que no se repitiera... y así será. ¿Oyes ese tumulto guerrero en mi palacio?... Lo que temes, es cierto... A vuestro lecho, Condesa... mañana... os despertaré duquesa.

LEONOR. (Que junta sus manos, y se deja caer en un sillón.)—¡Dios mío! ¡Mi presentimiento! ¡Soy perdida!

FIESCO. (Con dignidad.)—¡Déjame hablarte, amor mio! Dos de mis antepasados llevaron la triple corona; la sangre de los Fiescos sólo corre sana bajo la púrpura: ¿ha de renunciar vuestro esposo á ese brillo hereditario? (Con más animación.) ¿Cómo? Con toda su grandeza ¿ha de agradecer á los favores de la casualidad, que, en un momento de capri-

cho, y prodigando sus bienes, realce á un Juan Luis Fiesco? ¡No, Leonor! Yo tengo demasiado orgullo para aceptar, dándoseme, lo que yo mismo pueda tomar. Esta noche devuelvo á los sepulcros de mis antepasados las grandezas que me legaron... Los condes de Lavaña se extinguieron... Los príncipes comienzan.

LEONOR. (Que sacude la cabeza, preocupada en silencio con alguna imagen de su fantasía.)—Veo á mi esposo, que cae en tierra herido mortalmente... (Con voz más sombría.) veo el mudo cortejo, que me trae el cadáver destrozado de mi marido (Levantándose sobresaltada.) La primera... la única bala, que se tire, atravesará las entrañas de Fiesco.

FIESCO. (Cogiéndole afectuosamente una mano.)—¡Tranquilízate, hija mía! Esa única bala no existe.

LEONOR. (Mirándolo seriamente.)—¿Tan ciega confianza tiene Fiesco en el cielo? Si es posible un solo caso entre millares de ellos, podría ocurrir el primero, y perder entonces á mi esposo... Piensa, Fiesco, que juegas con el cielo. Si hubiera un millón de probabilidades favorables, y una sola funesta, ¿serías bastante audaz para arrojar el dado, y empeñar con el mismo Dios esta lucha impía? ¡No, esposo mío! cuando se expone todo al azar, cada tentativa de juego es una blasfemia.

FIESCO. (Sonriéndose.) Nada temas; la fortuna y yo somos amigos.

LEONOR.—Dices esto... ¿y persistes en ese juego, que desgarra el alma? ¿y le llamas pasatiempo? ¿y has visto á la traidora, cuando atrae á su víctima con cartas favorables, hasta que se levanta excitado, para hacer saltar la banca... y entonces, en un instante, lo condena á la desesperación?... ¡Oh esposo mío! Tú no te mostrarás á los Genoveses para ser adorado. Despertar de su sueño á los republicanos, domar un caballo, no es fácil empresa, Fiesco. No te fíes de esos rebeldes. Los prudentes, que te animan, te

temen. Los necios, que te divinizan, te servirán de poco; y por donde quiera que miro, veo la ruina de Fiesco.

FIESCO. (Paseándose agitado.)—La cobardía es el mayor peligro. La grandeza exige también sus sacrificios.

LEONOR.—¿La grandeza, Fiesco?... ¡Cuánto ofende tu genio á mi corazón!... ¡Mira! Yo supongo que la fortuna te favorece, que vences, quiero decir... ¡ay de mí entonces, la más desdichada de las mujeres! ¡Infeliz yo, si el éxito es desastroso! ¡Más infeliz aún, si próspero! No hay medio entre ambos extremos. Si no llega á ser Duque, pierdo á Fiesco. Si lo es, pierdo á mi esposo.

FIESCO.—No lo entiendo.

LEONOR.—¿Que no, Fiesco mío? La planta delicada del amor se seca bajo los rayos abrasadores del trono. El corazón de cualquier hombre, y aunque sea Fiesco este hombre, es harto estrecho para albergar en él á dos deidades... y á dos deidades enemigas... El amor llora y puede amar las lágrimas; la ambición tiene ojos de bronce, y jamás los humedece el sentimiento... El amor posee un solo bien, y renuncia por él al resto de la creación; la ambición padece los tormentos del hambre, después de despojar á la naturaleza entera... La ambición trastorna al mundo, convirtiéndolo en una cárcel de desesperados, y el amor, en sus sueños, transforma al desierto en paraíso... Si tú deseas descansar, recostado en mi seno, un vasallo rebelde podría revolver tu imperio... Si yo intentara arrojarme en tus brazos, tus sospechas de déspota creerían que los asesinos brotaban debajo de los tapices, y te obligarían á huir de uno á otro aposento. Sí; el recelo, siempre temeroso, perturbaría hasta nuestra paz doméstica... y si tu Leonor te ofreciese un refresco apetecido, tú rechazarías el vaso convulso, y calificarías de emponzoñadora á mi ternura.

FIESCO. (Que se detiene horrorizado.)—¡Calla, Leonor! Esa imagen me repugna...

Leonor.—Y sin embargo, aun no está el cuadro terminado... Yo diría: «Sacrifica el amor á la grandeza; sacrifica tu tranquilidad... con tal que me quede Fiesco...» pero ¡Dios mio! es mi última copa de amargura. Pocas veces suben ángeles al trono; menos veces bajan. Quien no teme ya á los hombres, ¿se compadecerá de ellos? Quien acompaña su menor deseo con un rayo ¿juzgará necesario expresarlo con palabras lisonjeras? (Se detiene; después se acerca á él con modestia, y coge su mano, prosiguiendo con tierna melancolía.) ¡Príncipe! ¡Fiesco! Todos estos mal aconsejados proyectos de la ambición y de la falibilidad humana... se interponen entre Dios y el hombre... creaciones enfermizas... creadores aun más desventurados...

Fiesco. (Paseándose inquieto.)—¡Cállate, Leonor! El puente levadizo se ha alzado ya detrás de mí...

Leonor. (Mirándolo con ternura.)—¿Y por qué, esposo mío Sólo lo hecho no puede anularse. (Con ternura algo maliciosa.) En otro tiempo aseguraste que mi belleza había desbaratado todos tus proyectos... y ó era falso, y tú hipócrita, ó mi hermosura se ha marchitado prematuramente... Pregunta á tu corazón quién es culpable... (Con ardor, estrechándolo entre sus brazos.) ¡Retrocede! ¡Anímate! ¡Renuncia á tus planes! El amor te premiará. ¿No podrá aplacar mi corazón tu hambre insaciable?... ¡Oh Fiesco! Menos la aplacará la diadema. . (Con cariño.) ¡Ven! Yo adivinaré todos tus deseos , confundiré en un beso de amor todo los encantos de la naturaleza, y encadenaré para siempre á un sublime fugitivo con estos lazos divinos... tu corazón es infinito... y el amor lo es también, Fiesco. (Con ternura.) Hacer dichosa á una pobre criatura, á una criatura, cuya gloria está en tu pecho... ¿dejaría esto una laguna en tu alma?

Fiesco. (Más y más conmovido.)—¿Qué has hecho, Leonor? (Abrázala vencido.) Jamás podría presentarme delante de ningún Genovés. .

LEONOR. (Con alegría.)—¡Fiesco! ¡Dejemos caer en el polvo estas brillantes vanidades, y vivamos sólo en los campos románticos del amor. (Oprimiéndolo extasiada contra su seno.) Nuestras almas, tan serenas como el claro azul del cielo, no serán ya turbadas por el negro vapor de la pena. Nuestra vida correrá melodiosa, como la fuente de la armonía corre hacia el Creador. (Se oye un cañonazo. Fiesco se separa de ella. Todos los conjurados entran en la sala.)

ESCENA XV.

LOS CONJURADOS y LOS MISMOS.

LOS CONJURADOS.—¡Llegó el momento!

FIESCO. (A Leonor con energía.)—¡Adiós!... para siempre... ó Génova yacerá mañana á tus pies. (Intenta salir.)

BORGOÑINO. (Gritando.)—¡La Condesa se desmaya! (Todos se apresuran á socorrer á Leonor desmayada, Fiesco se arroja á sus pies.)

FIESCO. (Con acento desgarrador.)—¡Leonor! ¡Socorredla, por DIOS! (Rosa y Arabela acuden á sostenerla.) Abre los ojos. (Fiesco se levanta.) Ahora, ¡venid!... á cerrar los de Doria. Todos los conjurados se van precipitadamente, y cae el telón.)

ACTO V.

Después de la media noche.—La calle principal de Génova.—Por aquí y por allí luces delante de las casas, que se apagan poco á poco.—En el fondo del teatro se ve la puerta de Santo Tomás, todavía cerrada, y á lo lejos, la mar.—Pasan algunos hombres con linternas, y después rondas y patrullas.—Todo está tranquilo, y sólo la mar agitada.

ESCENA I.

FIESCO llega armado, y se detiene ante el palacio de Andrés Doria.—Después, ANDRÉS.

Fiesco.—El anciano ha cumplido su palabra... todas las luces del palacio están apagadas, y no hay centinelas. Voy á llamar. (Llama.) ¡Eh! ¡Hola! ¡Despierta, Doria! ¡Te hacen traición; te venden! ¡Doria! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Despierta!

Andrés. (Que se presenta en el balcón.)—¿Quién ha llamado?

Fiesco. (Desfigurando la voz.)—¡No lo preguntes! ¡Obedéceme! ¡Tu estrella te abandona, Duque! ¡Génova se subleva contra tí! ¿Tus verdugos se acercan, y puedes dormir, Andrés?

Andrés. (Con dignidad.)—Recuerdo, que, cuando la mar combatía mi navío, y crujía la quilla, y se rompía el palo mayor... Andrés Doria dormía profundamente... ¿Quién envía esos verdugos?

Fiesco.—Un hombre más terrible que el alborotado mar, Juan Luis Fiesco.

ANDRÉS. (Sonriéndose.)—Deliras, buen amigo. Guarda tus bromas para después, cuando llegue el día. La hora de la media noche no es la más á propósito para ellas.

FIESCO.—¿Te mofas de tu salvador?

ANDRÉS.—Se lo agradezco, y me voy á dormir. Fiesco descansa, después de haberse entregado á la crápula, y no tiene tiempo para acordarse de Doria.

FIESCO.—¡Anciano desventurado!... No te fíes de esa serpiente... Siete colores relucen en sus escamas... te acercas á ella... y sus pliegues mortíferos te envolverán sin remedio. No has hecho caso de la delación de un traidor. No desprecies también el consejo de un amigo. En el patio de tu palacio hay un caballo ensillado. Huye mientras es tiempo. No te burles de la advertencia de un amigo.

ANDRÉS.—Fiesco piensa noblemente. Nunca lo he ofendido, y no me hará traición.

FIESCO.—Piensa noblemente, y te vende, y te ha dado pruebas de ambos extremos.

ANDRÉS.—Pero hay una guardia mía, que Fiesco no podrá nunca aniquilar, á no ser que lo obedezca algún querubín.

FIESCO. (Sardónicamente.)—Quisiera hablar á esa guardia, y darle una carta para el otro mundo.

ANDRÉS. (Con dignidad y grandeza.)—¡Burlón desdichado! ¿No sabes que Andrés Doria tiene ya ochenta años, y que Génova... es feliz? (Abandona el balcón.)

FIESCO. (Contemplándolo admirado.)—¿Debía yo derribar del poder á este hombre, antes de aprender á imitarlo!? (Da algunos pasos pensativo.) ¡Bien! he rivalizado con él en magnanimidad... Estamos en paz, Andrés. Ahora, ¡destrucción, sigue tu camino! (Vase apresuradamente por una de las calles más lejanas... por todas partes suenan tambores. Combate reñido en la puerta de Santo Tomás. Salta la puerta, y se ve á lo lejos el mar, en donde están los navíos iluminados con antorchas.)

ESCENA II.

GIANETTINO DORIA, envuelto en un manto escarlata; LOMELINO, SIRVIENTES que los preceden con hachones, todos azorados.

GIANETTINO. (Que se detiene.)—¿Quién ha ordenado que se toque generala?

LOMELINO.—Desde las galeras han tirado un cañonazo.

GIANETTINO.—Los esclavos querrán romper sus cadenas.

(Tiros en la puerta de Santo Tomás.)

LOMELINO.—¡Fuego allí!

GIANETTINO.—¡La puerta abierta! ¡Los centinelas en movimiento! (A los criados.) ¡Ponto, canalla! ¡Alumbrad, y al puerto! (Corren hacia la puerta.)

ESCENA III.

Los MISMOS, y BORGOÑINO, con los CONJURADOS que entran por la puerta de Santo Tomás.

BORGOÑINO.—Sebastián Lescaro es soldado valiente.

CENTURIÓN.—Ha combatido como un león antes de sucumbir.

GIANETTINO. (Que retrocede asustado.)—¡Qué oigo!... ¡Alto!

BORGOÑINO.—¿Quién está ahí con una antorcha?

LOMELINO.—¡Son enemigos, Príncipe! ¡Ocultaos hacia la izquierda!

BORGOÑINO. (Gritando con ímpetu.)—¿Quién está ahí con una antorcha?

CENTURIÓN.—¡Deteneos! ¡El santo y la seña!

GIANETTINO. (Sacando su espada con insolencia.)—¡Sumisión y Doria!

BORGOÑINO. (Con rabia terrible.)—¡Bandido de la República y violador de mi amada! (A los conjurados, precipitándose contra Gianettino.) ¡Feliz encuentro, compañeros! Sus mismos demonios lo entregan. (Mátalo.)

GIANETTINO. (Que cae murmurando.)—¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino! ¡Véngame, Lomelino!

LOMELINO Y LOS CRIADOS.—¡Socorro! ¡A los asesinos, á los asesinos!

CENTURIÓN. (Que grita.)—¡Muerto está! ¡Prended al Conde¡ (Prenden á Lomelino.)

LOMELINO. (Arrodillándose.)—Perdonadme la vida, y soy de los vuestros.

BORGOÑINO.—¿Todavía respira ese monstruo? ¡Que huya el cobarde! (Lomelino se escapa.)

CENTURIÓN.—¡Nuestra es la puerta de Santo Tomás; Gianettino, un cadáver! Corred cuanto podáis, y decidlo á Fiesco.

GIANETNINO. (En las convulsiones de la agonía.)—¡Maldición! ¡Fiesco! (Muere.)

BORGOÑINO. (Retirando la espada de su cuerpo.)—Génova libre, y mi Berta también... ¡Dáme tu espada, Centurión! Lleva esta llena de sangre á mi Berta. Ya se abrieron las puertas de su calabozo. Pronto la veré para darle el beso nupcial. (Vanse por distintas calles.)

ESCENA IV.

ANDRÉS DORIA, y los ALEMANES.

LOS ALEMANES.—El asalto es por allí. Montad á caballo.

ANDRÉS.—Dejadme que mire otra vez las torres y el cielo de Génova ¡No; no es esto un sueño; han hecho traición á Andrés!

LOS ALEMANES. —¡Enemigos por todas partes! ¡Huid! ¡Traspasad la frontera!

ANDRÉS. (Precipitándose sobre el cadáver de su sobrino.)—¡Quiero morir aquí! ¡Que nadie me hable de huir! Terminó ya mi carrera. (Calcaño aparece á lo lejos con los conjurados.)

LOS ALEMANES.—¡Ahí están los asesinos! ¡Los asesinos! ¡Huid, anciano Príncipe!

ANDRÉS. (Al sonar de nuevo los tambores.)—¡Oid, extranjeros! ¡Oid! Son Genoveses, cuyo yugo he roto yo. (Tapándose el rostro.) ¿Así se paga este servicio en vuestro país?

LOS ALEMANES.—¡Fuera, fuera, fuera! Aprovechad estos momentos, mientras sus aceros se ensañan en nuestros huesos alemanes. (Calcaño se acerca.)

ANDRÉS.—¡Salvaos! ¡Dejadme! Asombrad á las naciones con esta nueva espantosa: los Genoveses han matado á su padre...

LOS ALEMANES.—¡Un asesinato! Para combatir hay tiempo todavía... ¡Compañeros! ¡Firme! ¡Colocad en medio al Duque! (Se forman así.) ¡Enseñad á latigazos á estos perros italianos á respetar las canas!...

CALCAÑO. (Acudiendo.)—¿Quién va? ¿Qué sucede?

LOS ALEMANES. (Abriéndose paso con las armas.)—Los soldados alemanes. (Vanse peleando; llévanse el cadáver de Gianettino.)

ESCENA V.

LEONOR, disfrazada de hombre: ARABELA, detrás de ella; ambas se acecan sigilosamente y con miedo.

ARABELA.—¡Venid, señora! ¡oh! ¡venid!...

LEONOR.—Ahí fuera estalla con furor la rebelión. ¡Escucha!... ¿No has oído el lamento de un moribundo?... ¡Ay de mí! ¡rodéanlo por todas partes!... Los cañones de sus armas homicidas apuntan al corazón de Fiesco... ¡al mío, Arábela!... lo hieren... ¡detenos! ¡Es mi esposo! (Levantando sus brazos hacia el cielo.)

ARABELA.—Pero ¡por Dios Santo!...

LEONOR. (Cada vez más delirante, gritando en todas direcciones.)—¡Fiesco... ¡Fiesco!... ¡Fiesco!... ¡Sus partidarios ceden... su fe vacila!... (Horrorizada.) ¿Mi esposo mandando á los rebeldes? ¡Arabela! ¡Cielos! Mi Fiesco combate en favor de la rebelión.

ARABELA.—¡No, señora! como árbitro temible de Génova.

LEONOR. (Con atención.)—Algo significaría ya esto... ¿y Leonor habrá temblado? La más cobarde republicana ¿habrá de abrazar al republicano más valeroso?... Mira, Arabela, cuando los hombres pelean por el poder, las mujeres han de tener ánimo. (Suena de nuevo el tambor.) Voy á precipitarme entre los combatientes.

ARABELA. (Juntando las manos.)—¡Señor misericordioso!

LEONOR.—Poco á poco. ¿Con qué objeto ha tropezado mi pie? Hay aquí en tierra un sombrero y una capa. Junto yace una espada. (La coge.) Pesada es, en verdad, Arabela mía; pero puedo arrastrarla, y no será deshonrada por quien la lleva. (Suena el toque de rebato.)

ARABELA.—¿Oís, oís? Es la torre de los Dominicanos. ¡Dios tenga misericordia de nosotros! ¡Qué horrible toque!

LEONOR. (Con entusiasmo.)—Di más bien que llena de alegría. Por medio de este toque habla con Génova mi Fiesco. (Los tambores redoblan.) ¡Viva, viva! El sonido de las flautas no es tan grato para mí... También Fiesco anima á esos tambores. ¡Cómo se exalta mi corazón! Génova entera se despierta... ¿Mercenarios lo obedecen, y temblará su esposa? (El toque de rebato suena en otras tres torres.) ¡No! ¡Una heroína abrazará á mi héroe!... una Romana á mi Bruto. (Pónese el sombrero y la capa.) ¡Yo soy Porcia!

ARABELA.—Ignoráis, señora, cuán horrible es vuestro entusiasmo. ¡Sí, lo ignoráis! (Suenan campanas y tambores.)

LEONOR.—Eres una desdichada, si oyes todo esto y no te entusiasmas. Hasta las piedras lloran, porque no pueden seguir corriendo á mi Fiesco... Estos palacios se rebelan contra sus dueños, al verse clavados en tierra, y no salir á su encuentro... Esas riberas, si pudiesen, faltando á su deber, entregarían á Génova á la mar, y bailarían al compás de los tambores... ¿No despertará tu valor siquiera lo que arranca de la muerte á lo inanimado? ¡Véte! Yo sé cuál es mi camino.

ARABELA.—¡Gran Dios! ¡Pero no os dejaréis arrastrar de tales caprichos!

LEONOR. (Con orgullo y heroísmo.)—¡Tal es mi propósito, necia! (Con calor.) En donde sea mayor el tumulto, en donde mi Fiesco combata en persona... ¿Es ése Lavaña, oigo yo preguntar, á quien nadie puede vencer, que sostiene á Génova en su mano de hierro? ¿Es ése Lavaña?... ¡Genoveses! responderé yo, así es, y es mi esposo, y yo recibiré también mi herida. (Sacco, con los Conjurados.)

SACCO. (Gritando.)—¿Quién va allá? ¿Doria, ó Fiesco?

LEONOR. (Con entusiasmo.)—¡Fiesco y libertad! (Vase por una calle; carreras; Arabela es separada de ella.)

ESCENA VI.

SACCO, con un pelotón de soldados; CALCAÑO, que llega con otro.

CALCAÑO.—Andrés Doria ha huído.

SACCO.—La peor recomendación que puedes tener con Fiesco.

CALCAÑO.—Esos osos alemanes lo defendían como rocas. Ni aun he logrado ver su rostro. Nueve de los nuestros han muerto, y yo mismo he sido herido en la oreja izquierda. Si así pelean por un tirano extranjero, ¡diablo! ¿cómo defenderán á sus Príncipes naturales?

SACCO.—Tenemos ya un partido poderoso, y todas las puertas son nuestras.

CALCAÑO.—En la fortaleza, según me dicen, se combate con vigor.

SACCO.—Allí está Borgoñino. ¿Qué hace Verrina?

CALCAÑO.—Hállase entre Génova y la mar, como el Cervero del infierno, y ni una anchoa pasará por allí.

SACCO.—Voy á tocar á rebato en el arrabal.

CALCAÑO.—Y yo á la plaza Larzana. ¡Toca, tambor! (Vanse, tocando el tambor.)

ESCENA VII.

EL MORO Y LADRONES, con mechas encendidas.

El Moro.—Sabed, bribones, que yo he sido el hombre, que ha hecho la sopa... y no me dan ni cuchara. ¡Bien! La caza me agrada. ¡A incendiar y á robar! Los de allá abajo pelean por un ducado, y nosotros prenderemos fuego á las iglesias, para dar calor á esos apóstoles helados. (Penetran en las casas inmediatas.)

ESCENA VIII.

BORGOÑINO Y BERTA, disfrazada.

Borgoñino.—Descansa aquí, tierno joven. ¡Estás seguro! ¿Te han herido?

Berta. (Disfrazando la voz.)—No.

Borgoñino. (Con animación.)—¡Entonces, vamos! Quiero llevarte á donde se cosechan heridas por Génova... ¿Te agrada? Como éstas. (Dale el brazo.)

Berta. (Retrocediendo.)—¡Oh cielos!

Borgoñino.—¿Te asustas? ¡Joven delicado, harto pronto te has creído hombre!... ¿Qué edad tienes?

Berta.—Quince años.

Borgoñino.—¡Malo! Para esta noche necesitabas cinco más. ¿Quién es tu padre?

Berta.—El mejor ciudadano de Génova.

Borgoñino.—¡Poco á poco, muchacho! No hay más que

uno, y su hija es mi prometida. ¿Has oído hablar de Verrina?

BERTA.—En eso pensaba.

BORGOÑINO. (Con viveza.)—¿Y conoces á su encantadora hija?

BERTA—Llámase Berta.

BORGOÑINO. (Con entusiasmo.)—Vé, pues, allá, y dale esta sortija. Dile que vale lo que un anillo nupcial, y que el viejo tronco se mantiene vigoroso. ¡Ahora, adiós! Pronto iré allá. El peligro no ha desaparecido aún. (Arden algunas casas.)

BERTA. (Llamándolo en voz baja.)—¡Escipión!

BORGOÑINO. (Sorprendido.)—¡Por mi espada! Yo conozco esta voz.

BERTA. (Abrazándolo.)—¡Por mi corazón! Bien conocida soy aquí.

BORGOÑINO. (En voz alta.)—¡Berta! (Voces en el arrabal, tumulto; ambos se confunden en un estrecho abrazo.)

ESCENA IX.

FIESCO, que se adelanta precipitadamente; CIBO, y acompañamiento.

FIESCO —¿Quién ha incendiado eso?

CIBO —La ciudadela ha sido tomada.

FIESCO.—¿Quién ha incendiado eso?

CIBO. (A los demás.)—¡Que las patrullas persigan á los culpables! (Vanse algunos.)

FIESCO (Colérico.)—¿Queréis que yo sea también asesino é incendiario? Traed pronto bombas y cubos. (Vase el resto.) Pero ¿han preso á Gianettino?

CIBO. Así dicen

FIESCO. (Furioso.)—¿Sólo se dice? ¿Quién lo dice? Cibo, por vuestro honor, ¿se ha escapado acaso?

CIBO. (Pensativo.) Si doy más crédito á mis ojos que á la relación de un noble, Gianettino vive todavía.

FIESCO (Con ira.)—¡Exponéis vuestra cabeza, Cibo!

CIBO —Lo que sé... es que no hace cinco minutos lo he visto dar vueltas por ahí con un penacho amarillo y un manto escarlata

FIESCO. (Fuera de sí.)—¡Cielo é Infierno!... ¡Cibo!... he de mandar que corten el cuello á Borgoñino. ¡Corred, Cibo!... ¡que cierren todas las puertas de la ciudad!... ¡que se inutilicen todas las falúas... para que no se escape por mar!... este diamante, Cibo, el de más valor en Génova, Lucca, Venecia y Pisa... para el primero que me diga: Gianettino ha muerto... (Vase Cibo corriendo.) ¡Corred, Cibo!

ESCENA X.

FIESCO, SACCO, EL MORO, Y SOLDADOS.

SACCO —Encontramos al moro arrojando una tea incendiaria en la iglesia de los Jesuitas...

FIESCO.—No hice caso alguno de tu traición, porque se trataba sólo de mí. La cuerda es para el asesino y el incendiario. Llevadlo de seguida, y colgadlo en la puerta de la iglesia.

EL MORO.—No, no, no. Esto me coge desprevenido... ¿En nada se prodrá rebajar la pena?

FIESCO.—En nada.

EL MORO. (Confiado.)—Enviadme á las galeras como prueba.

FIESCO. (A los demás.)—¡A la horca!

El Moro. (Con insolencia.)—¡Bien! Yo quiero hacerme cristiano.

Fiesco.—La Iglesia no se cuida de los desperdicios del paganismo.

El Moro. (Adulando.)—Por lo menos, despachadme á la eternidad borracho.

Fiesco.—En ayunas.

El Moro.—Pero no me ahorquéis en una iglesia cristiana.

Fiesco.—Todo caballero ha de cumplir su palabra. A tí sólo he prometido la horca.

Sacco. (De mal humor.)—¡Basta ya de charla, infiel! Mucho queda todavía.

El Moro.—Sin embargo... es posible... que la cuerda se rompa.

Fiesco. (A Sacco.)—Ponedla doblada.

El Moro. (Resignado.)—¡Sea así, pues!... y que el diablo se prepare á recibirme cuando menos lo pensaba. (Vase con los soldados, que lo ahorcan á lo lejos.)

ESCENA XI.

FIESCO, y luego LEONOR, con el manto de escarlata de GIANETTINO.

Fiesco. (Que la observa, da algunos pasos, retrocede, y murmura colérico.)—¿No conozco yo ese penacho y ese manto? (Acercándose iracundo.) ¡Conozco el penacho y el manto! Con rabia, precipitándose sobre ella, y matándola.) ¡Si tienes tres vidas, quédate en pie y anda! (Leonor cae dando un grito, se oye una marcha triunfal y suenan tambores, cornetas y clarines.)

ESCENA XII.

FIESCO, CALCAÑO, SACCO, CENTURIÓN, CIBO, Y SOLDADOS, con música y banderas.

FIESCO. (Saliendo triunfante á su encuentro.) ¡Genoveses!... la suerte se ha echado... aquí yace el gusano roedor de mi alma... el horrible objeto de mi odio. Levantad en alto vuestras espadas. ¡Gianettino!

CALCAÑO.—Y yo vengo á deciros que dos terceras partes de Génova se declaran en vuestro favor, y juran obediencia á la bandera de Fiesco.

CIBO.—Y á mí me envía Verrina á saludaros desde el navío almirante, y anunciaros que el puerto y la mar son nuestros.

CENTURIÓN.—Y por mi conducto el Gobernador de la ciudad os remite su bastón de mando y las llaves...

SACCO.—Los dos Consejos de Génova, el superior y el inferior (Arrodillándose.) y yo, en representación suya, nos prosternamos ante nuestro señor, é imploramos humildemente su clemencia y su benignidad...

CALCAÑO.—Dejadme que sea yo el primero que felicite al gran triunfador dentro del recinto de sus murallas... ¡salud á vosotros!... ¡humillad los estandartes... ante el Duque de Génova!

TODOS.—(Descubriéndose.) ¡Viva, viva el Duque de Génova! (Marcha triunfal; Fiesco, mientras tanto, se ha quedado pensativo, caída la cabeza sobre el pecho.)

CALCAÑO.—El Pueblo y el Senado están reunidos esperando á su Soberano, para felicitarlo, revestido de todas las insignias de su cargo... Permitidnos, Serenísimo Duque, llevaros en triunfo al palacio de la Señoría.

FIESCO.—Acceded á que yo satisfaga antes la primera necesidad de mi corazón. Dejé á una persona, que me es cara, llena de inquietud, y es justamente la que ha de compartir conmigo la gloria de esta noche. (Convidando á cuantos lo rodean.) Tened la bondad de acompañarme en busca de vuestra amable Duquesa. (Hace ademán de irse.)

CALCAÑO.—¿Abandonamos aquí el cadáver de este inmundo asesino, y ocultamos su oprobio en ese rincón?

CENTURIÓN.—¡Clavad su cabeza en una alabarda!

CIBO.—Que sus miembros destrozados sean esparcidos por el suelo. (Alumbran el cadáver.)

CALCAÑO. (Asustado y en voz baja.) ¡Mirad, Genoveses! ¡Por Dios, no es Gianettino! (Todos contemplan atónitos el cadáver.)

FIESCO. (Que se queda inmóvil, mira con ahinco oblicuamente, se detiene, y retrocede convulso.) ¡No, diablo!... ¡No, este rostro no es el de Gianetino; no, condenación eterna! (Haciendo girar sus ojos en todos sentidos.) ¿Dije que Génova era mía? ¿Mía? ¡Es mi esposa! (Cae en tierra como herido de un rayo; los conjurados se agrupan á su rededor guardando profundo silencio; Fiesco se levanta desanimado, y prosigue con voz sorda.) ¿He matado á mi mujer, Genoveses?... Os suplico que no contempléis, pálidos como espectros, este juego de la naturaleza... ¡Alabado sea Dios! Hay desdichas que no puede temer el hombre, sólo porque lo es. Aquel, á quien se niegan las alegrías del paraíso, no puede ser condenado á sufrir los tormentos del Infierno. Este yerro sería peor aún. (Con horrible calma) ¡Genoveses, gracias á Dios, eso no puede ser!

ESCENA XIII.

Los MISMOS, Y ARABELA, que llega lamentándose.

ARABELA.—¡Que me maten, si quieren! ¿Qué he de perder ya?... ¡Por piedad!... Aquí me separé de mi señora, y no la he vuelto á encontrar.

FIESCO. (Acercándose á ella, con voz sorda y temblorosa. — ¿Se llama Leonor tu señora?

ARABELA. (Alegre.) —¡Ah! ¿Sois vos, mi querido, mi bondadoso, mi excelente señor?... No os irritéis contra nosotras, porque no podíamos ya contenernos.

FIESCO. (Con rabia.)—¿En qué, mujer odiosa?

ARABELA.—En correr detrás de...

FIESCO (Con más ira.)—¿De qué? ¡Calla!

ARABELA.—A la pelea...

FIESCO. (Furioso. —¡Que no fuera tu lengua la de un cocodrilo!... ¿Sus vestidos...?

ARABELA —Un manto de escarlata...

FIESCO. (Sacudiéndola desatentado.) —¡Véte á lo más profundo de los infiernos!... ¿El manto?

ARABELA.—Estaba aquí en el suelo...

ALGUNOS CONJURADOS. (Que murmuran.)—Aquí murió Giannettino.

FIESCO. (Vacilando y pálido, á Arabela.)—Se ha encontrado á tu señora. (Arabela se va inquieta; Fiesco mira á su rededor con ojos extraviados; después con voz temblona y sorda, que se va elevando poco á poco hasta el furor.) Es verdad... verdad... y yo, miserable instrumento de una maldad infinita. (Con ademanes convulsivos) ¡Retiraos, rostros humanos! (Rechinando los dientes, y alzando los ojos al cielo) ¡Ah! ¡Si yo tuviese

el mundo entre mis dientes!... Me siento inclinado á desgarrar la naturaleza entera de un modo horrible, hasta que se ponga de acuerdo con mi dolor (A los demás que lo rodean temblando); el linaje humano...; ¡vedlo ahí, lleno de compasión, que se regocija y felicita de no ser como yo!... ¡no como yo! (Recayendo de nuevo en su convulsión.) ¡Yo sólo merezco la muerte! (Con más brío y furor.) ¿Por qué sólo yo? ¿Por qué no ellos también conmigo? ¿Por qué no he de acallar mi dolor en el dolor de mis semejantes?

CALCAÑO. (Con timidez.)—Mi querido Duque...

FIESCO. Dirigiéndose á él con horrible alegría.)—¡Ah! ¡Bien venido seas! ¡Gracias á Dios! ¡He aquí uno, destrozado también por el rayo! (Estrechándolo con furor entre sus brazos.) ¡Hermano en mi dolor, sé el bien venido en mi última sentencia! ¡Ella ha muerto; tú la amaste también! (Lo lleva á la fuerza hacia el cadáver, y lo obliga á bajar la cabeza.) ¡Desespérate! ¡está muerta! (Murmurando oblícuamente, con ojos extraviados.) ¡Ah! ¡si yo pudiera verme junto á la puerta de mi condenación! ¡Si mis ojos pudieran contemplar las varias torturas de la mansión infernal, tan rica en ellas! ¡Si mis oídos pudieran escuchar los lamentos de los réprobos!... Si yo lo presenciara, acaso pudiera sufrir mi tormento (Acércase al cadáver temblando.) Mi esposa yace aquí asesinada!... ¡No, no digo lo que debo! (Con más expresión.) ¡Yo soy el criminal, que ha asesinado á su misma esposa!... ¡Oh! ¡Y esto apenas puede preocupar al infierno!... Primero me arrastra traidoramente á la más alta y brillante cima de la alegría, y me entretiene en los umbrales del cielo... y después, en seguida... después... ¡oh! si mi aliento infundiera la peste en las almas... luego... luego asesino á mi misma esposa... ¡No! ¡Su maldad es más refinada aún...! luego (Con expresión horrorosa.) mis ojos se engañan, y (Con tremenda desesperación.) y yo... asesino... á mi misma esposa... (Con risa sardónica.) ¡He aquí un golpe maes-

tro! (Todos los conjurados se apoyan conmovidos en sus armas; algunos se enjugan las lágrimas; pausa; Fiesco, desmayado, y con más calma, mirando á su derredor.) ¿Llora alguien aquí?... ¡Sí, por Dios santo, lloran los que han degollado á un Príncipe! (Con más tranquila ternura.) ¡Hablad! ¿Deploráis este crimen de alta traición de la muerte, ó la triste decadencia de mi ánimo? (Aproximándose al cadáver, con seriedad y tranquila emoción) La desesperación de Fiesco tan sólo sabe proferir maldiciones, mientras que asesinos de corazón de mármol derramarían copiosas lágrimas (La abraza llorando.) ¡Perdóname, Leonor! El arrepentimiento no irrita al cielo. (Con dolor y ternura.) Años hace, oh Leonor, que yo me deleitaba imaginando el feliz momento en que presentaría á los Genoveses su Duquesa... ¡Cuán seductoras eran para mí tus mejillas, teñidas de rubor! ¡cuán regiamente latía tu corazón bajo sus encajes de plata! ¡qué grata tu voz, ininteligible acaso por la emoción! (Con más fuego.) ¡Ah! ¡Cuán lisonjeras llegaban hasta mis oídos las aclamaciones solemnes del pueblo; cómo el triunfo de mi amor abrumaba á la envidia impotente!... ¡Leonor!... llegó esa hora deseada... tu Fiesco es Duque de Génova... y el mendigo más despreciable de esta ciudad no trocaría su miseria por mi púrpura y mi tormento... (Más conmovido.) Una esposa puede compartir su desgracia... ¿con cuál comparto yo mi felicidad? (Llora amargamente, y oculta su rostro en el cadáver; todos se conmueven.)

Calcaño.—Era una señora incomparable.

Cibo.—Convendría ocultar al pueblo esta tragedia. Desanimará á nuestros amigos, y alentará á nuestros adversarios.

Fiesco. (Que se levanta con brío y firmeza.)—¡Oid, Genoveses!... La Providencia, cuyos designios comprendo, me hiere con este golpe para aquilatar la grandeza de mi corazón... la prueba era arriesgada... ahora no temo ya ni á

la desdicha ni á la prosperidad. ¡Venid! ¿Decís que me espera Génova?... Quiero dar un Príncipe á Génova, sin igual en toda Europa... ¡Venid!... haré tales exequias á esta mísera Princesa, que la vida perderá sus adoradores, y la muerte brillará como una recien desposada... Seguid ahora á vuestro Duque. (Vanse todos al son de una marcha triunfal.)

ESCENA XIV.

ANDRÉS DORIA y LOMELINO.

ANDRÉS —¡Dan vitores allí!

LOMELINO.—Su fortuna los ha embriagado. Las puertas están abandonadas, y todos se encaminan en tropel hacia el palacio de la Señoría.

ANDRÉS.—Sólo en mi sobrino se ha ensañado la desgracia. Ha muerto. Oid, Lomelino...

LOMELINO.—¿Cómo? ¿Todavía? ¿Todavía abrigáis esperanzas, Duque?

ANDRÉS. (Con solemnidad.) Tiembla por tu vida, ya que me llamas Duque burlándote, como si nada debiera aguardar.

LOMELINO.—¡Serenísimo Señor!... una nación llena de entusiasmo yace en la balanza de Fiesco... en la vuestra ¿qué hay?

ANDRÉS. (Con grandeza y convicción.)—¡El cielo!

LOMELINO. (Encogiéndose de hombros con desprecio.)—Desde que se ha inventado la pólvora, los ángeles no pelean ya como antes.

ANDRÉS.—¡Bufón despreciable, que quiere arrebatar su Dios á un anciano desesperado! (Con seriedad y con imperio.) Vé, y publica que Andrés vive todavía... Dí que Andrés ruega á sus hijos, que no lo destierren al extranjero á los

ochenta años, porque los no Genoveses no le perdonarán jamás que á él se deba la prosperidad de su patria. Díles que Andrés pide solo á sus hijos que le concedan el terreno necesario para sepultar sus huesos.

LOMELINO.—Obedezco, pero nada espero. (Quiere irse.)

ANDRÉS.—¡Escucha! Toma este rizo de cabellos blancos... Era el último, dirás, de mi cabeza, y se separó de ella la tercera noche de enero, cuando Génova fué arrancada de mi corazón á los ochenta años de mi edad...; y aunque á los ochenta años parezca poco fuerte ese rizo de mi despoblada cabellera, bastará, sin embargo, para anudar la púrpura de ese joven ligero. (Váse tapándose el rostro; Lomelino se aleja por una calle opuesta; óyense gritos de tumultuosa alegría, timbales y trompetas.)

ESCENA XV.

VERRINA, desde el puerto; BERTA y BORGOÑINO.

VERRINA.—Vitorean por ahí. ¿A quién aclaman?

BORGOÑINO.—Aclaman á Fiesco, Duque de Génova.

BERTA. (Acercándose inquieta á Borgoñino.) ¡Mi padre es temible, Escipión!

VERRINA.—¡Dejadme sólo, hijos!... ¡Oh Génova, Génova!

BORGOÑINO.—El pueblo, lleno de júbilo, lo ensalza y pide para él la púrpura. La nobleza lo observa con horror, y no se atreve á oponerse.

VERRINA.—Hijo mío, cuanto yo poseía, convertido en oro, está depositado en tu buque. Llévate á tu esposa, y hazte á la vela sin tardanza. Quizá os seguiré; quizá... no. Navegad hacia Marsella, y (afligido y abrazándolos estrechamente.) ¡Dios os guíe! (Vase corriendo.)

BERTA.—¡Por Dios Santo! ¿Qué propósito abriga mi padre?

BORGOÑINO.—¿Lo entiendes acaso?

BERTA.—¿Huir, oh Dios, huir la noche de bodas?

BORGOÑINO.—Lo ha dicho... y le obedeceremos. (Vanse ambos hacia al puerto.)

ESCENA XVI.

VERRINA, y FIESCO con las insignias de Duque; ambos se encuentran.

FIESCO.—¡Verrina! Llegas en la mejor ocasión, porque te buscaba.

VERRINA.—Buscábate yo también.

FIESCO.—¿No observa Verrina mudanza alguna en su amigo?

VERRINA. (Retrocediendo.)—No la deseo tampoco.

FIESCO.—¿Pero no notas ninguna?

VERRINA. (Sin mirarlo.) No lo espero.

FIESCO.—¿Ninguna encuentras?

VERRINA. (Mirando con rapidez.)—¡Ninguna!

FIESCO.—Comprenderás entonces que el poder no forma los tiranos. Desde que nos separamos, yo he llegado á ser Duque de Génova, y (Estrechándolo contra su pecho.) Verrina encuentra de nuevo mis abrazos, tan cordiales como antes.

VERRINA.—Tanto más de sentir es que yo corresponda con frialdad á ellos; el aspecto de la Majestad soberana se interpone como afilada cuchilla entre Verrina y el Duque. Juan Luis Fiesco poseía en mi corazón dilatados dominios... ahora... ha conquistado á Génova, y yo me quedo con lo mío.

Fiesco.—¡No lo permita Dios! Sería pagar un ducado por un precio exorbitante.

Verrina. (Que murmura con voz sorda.)—¡Ya! ¿Tan contraria á la moda es la libertad, que se abandona al primer advenedizo la mejor de las repúblicas por una cantidad despreciable?

Fiesco. (Mordiéndose los labios.)—No digas eso más que á Fiesco.

Verrina.—¡Es natural! Sólo á un hombre superior se puede decir la verdad sin abofetearlo... Pero es lástima que un jugador consumado se engañe únicamente en una carta. La envidia entraba como elemento principal en sus cálculos, y á pesar de su sagacidad refinada, prescindía de los patriotas por su desgracia. (Con mucha intención.) El opresor de la libertad ¿ha hallado también el medio de poner un freno á la virtud romana? Yo juro por Dios eterno que la posteridad, antes que recoger mis huesos del cementerio de un Ducado, los juntará en la rueda del tormento.

Fiesco. (Cogiendole la mano dulcemente.)—¿Ni aun siendo el Duque tu hermano? ¿Y si su ducado es el tesoro de su caridad, hasta ahora mendigada de puerta en puerta? ¿Tampoco entonces, Verrina?

Verrina.—Tampoco entonces... el robo ofrecido á otros no ha salvado de la horca á ningún ladrón. Además, esa generosidad nada influye en Verrina. Concedería á uno de mis conciudanos que me hiciera el bien... porque yo podría rivalizar con él en bondad. Los dones de un Príncipe son gracias... y yo sólo á Dios las pido.

Fiesco. (Con amargura.)—Más fácil me sería arrancar á Italia del Atlántico que sus opiniones á este hombre tan obstinado.

Verrina.—Y eso que no eres de los más torpes en tal manejo, porque has sabido sustraer el cordero de la república de las garras del lobo Doria... para devorarlo tú...

Pero, ¡basta ya! Díme de paso, oh Duque, qué crimen ha cometido ese pobre diablo, á quien has mandado ahorcar en la iglesia de los Jesuitas.

FIESCO.—Esa canalla estaba incendiando á Génova.

VERRINA.—¿Pero la ley no rige con la canalla?

FIESCO.—Verrina prescinde de mi amistad.

VERRINA.—¡Lejos de mí la amistad! Dígote que ya no eres mi amigo. Te juro que te odio... como á la serpiente del paraíso, que ha infiltrado esa falsedad en todo lo creado, y destila sangre al cabo de cinco mil años... Oye, Fiesco... no como un súbdito á un soberano... ni como un amigo á un amigo... te hablo como un hombre á otro hombre. (Con ira y firmeza.) Tú has ofendido la majestad del verdadero Dios, empleando el auxilio de la virtud en tu obra criminal, y á los patriotas de Génova en prostituir á su patria... Fiesco, si yo hubiese sido bastante estúpido para no ver que eras un bribón, entonces, oh Fiesco, ¡por todos los horrores de la eternidad! de mis propias entrañas hubiese fabricado una cuerda para ahorcarme, para que al huir mi alma te lanzase su espuma venenosa. Esta regia maldad pesará con exceso en la balanza de oro de los pecados humanos; pero tú te has reído del cielo, y llevado el litigio ante la justicia mundanal. (Fiesco se queda atónito, callado y mirándolo.) No intentes responderme, porque hemos concluido. (Después de dar algunos pasos.) Duque de Génova, en los buques del tirano de ayer he conocido unas criaturas miserables, que espían sus antiguas faltas á cada golpe de remo, y derraman sus lágrimas en el Oceano, el cual, como un hombre poderoso, no se ocupa en contarlas... Un buen Príncipe inaugura su reinado con la clemencia. ¿Te resuelves, pues, á librar á los esclavos de las galeras?

FIESCO. (Con intención.)—Que sean, pues, los primeros que experimenten los rigores de mi tiranía... ¡Vé y anuncia á todos su libertad!

VERRINA.—Sólo á medias harás las cosas, si no eres testigo de su alegría. Pruébalo, y ven en persona. Los potentados presencian raras veces el mal que causan; ¿han de alejarse asimismo del bien que hacen?... Yo creía que el Duque no era demasiado grande para asistir al goce del pordiosero.

FIESCO.—Eres un hombre terrible; pero no sé por qué me veo forzado á seguirte. (Encaminándose ambos hacia la mar.)

VERRINA. (Que se detiene triste.)—¡Pero abrázame otra vez, Fiesco! Nadie hay aquí, que vea llorar á Verrina, y enternecerse por un Príncipe (Lo abraza estrechamente.) Jamás han latido juntos dos corazones más grandes; ¡nos amábamos tan fraternal y ardientemente!... (Llorando en los brazos de Fiesco.) ¡Fiesco, Fiesco! tú dejas un lugar vacío en mi pecho, que la humanidad entera, triplicada, no podrá llenar.

FIESCO. (Muy conmovido.)—Sé... mi amigo.

VERRINA.—Despójate de esa púrpura odiosa, y lo soy... El primer príncipe fué un asesino, y se vistió de púrpura para ocultar, bajo ese color sangriento, las manchas de su delito. Oye, Fiesco... yo soy un soldado, y entiendo poco de lágrimas... ¡Fiesco! estas son las primeras que vierto... ¡Despójate de esa púrpura!

FIESCO.—¡Calla!

VERRINA. (Con más animación.)—Fiesco... Si me ofreciesen por una parte todas las coronas de la tierra, y por la otra todos los tormentos imaginables, no me arrodillaría ante ningún mortal... ¡jamás me arrodillaré, Fiesco! (Arrodillándose.) ¡Despójate de esa púrpura!

FIESCO.—¡Levántate y no me irrites más!

VERRINA. (Con resolución.)—Ya me levanto, y no te molesto más. (Llegan á una tabla, que lleva á una galera.) El Príncipe pasará primero. (Los dos andan por la tabla.)

FIESCO.—¿Por qué me tiras así del manto?... ¡se caerá!

VERRINA. (Con risa horrible.)—Sí; cuando la púrpura cae, el Duque ha de seguirla. (Lo precipita en la mar.)

FIESCO. (Gritando en las olas.) ¡Socorro, Génova, socorro! ¡Socorro á tu Duque! (Desaparece.)

ESCENA XV.

CALCAÑO, SACCO, CIBO, CENTURION, CONJURADOS, PUEBLO, todos corriendo.

CALCAÑO. (Gritando.) ¡Fiesco, Fiesco! ¡Andrés ha vuelto, y la mitad de Génova lo aclama de nuevo! ¿En dónde está Fiesco?

VERRINA. (Con voz firme.) ¡Ahogado!

CENTURIÓN.—¿Es el infierno quien responde, ó una casa entera de locos?

VERRINA.—Anegado, si lo preferís... Voy á buscar á Andrés. (Todos se quedan atónitos, y cae el telón.)

FIN DE LA CONJURACIÓN DE FIESCO.

INTRIGA Y AMOR.

INTRIGA Y AMOR.

ARGUMENTO.

En la corte de un Príncipe alemán hay cierto Presidente del Consejo, apellidado Walter, que llega á desempeñar ese cargo importante después de cometer un crimen contra su predecesor. Su hijo Fernando, joven honrado y digno, y por consiguiente muy distinto de su padre, enamora con buena intención á Luisa Miller, hija de un pobre músico, y es correspondido por ella ciegamente, no así como Wurm, que también la pretende, y que sólo excita el desprecio ó la animadversión de la novia y de sus padres.

Pero Wurm es el secretario del Presidente; y al ser rechazado en sus pretensiones amorosas, y sabedor de las relaciones existentes entre Fernando y Luisa, á las cuales, no sin razón, atribuye su derrota, acuerda descubrirlas al padre de Fernando, como lo hace. Éste, lleno de orgullo, de ambición desacordada y de ira, aunque al principio lo duda, acaba al fin por creerlo, sobre todo cuando propone á Fernando que se case con la Condesa de Ostheim,

noble joven de las prendas más relevantes. Los amores de su hijo con Luisa, además de chocar con su orgullo, son un obstáculo para la ejecución de sus planes de ambición y engrandecimiento, puesto que proyecta casarlo con lady Milford, concubina del Duque, á fin de conservar por este medio tan inicuo, y sacrificando la honra de su hijo, la confianza del Soberano. Fernando se opone á los dos enlaces, que su padre le aconseja, aunque al cabo resuelve obedecer por lo menos las órdenes paternales, que le mandaban con imperio presentarse en seguida en la casa de lady Milford. Resérvase, sin embargo, el resistir su cumplimiento, y agobiar á reconvenciones é improperios á la inglesa. El desarrollo dramático de los hechos indicados llena el primer acto.

En el segundo aparecen lady Milford y su camarista Sofía, que esperan la visita de Fernando, hacia el cual manifiesta la primera un amor apasionado. Un criado del Príncipe trae de parte de éste un regalo de bodas de gran valor para la favorita; pero ésta, sabedora de los males que ha costado su adquisición, resuelve, en vez de aceptarlo para su uso, destinarlo á socorrer las lágrimas y la miseria de los habitantes de una población de la frontera, que había sido pasto de las llamas.

Fernando llega al fin, la trata primero con desprecio, y después, al conocer su historia y sus caritativos sentimientos, se arrepiente de su conducta, le pide perdón y termina revelándole sus relaciones con Luisa Miller, la hija del músico. La inglesa insiste, no obstante, en casarse con él, por miedo á la maledicencia, para que no se diga que ha sido desairada por un súbdito del Príncipe.

Mientras tanto produce su natural resultado la intriga de Wurm. El Presidente envía uno de sus servidores á la la casa del músico; Fernando llega también anunciando una visita de su padre, y éste se presenta poco después,

insulta y amenaza á Miller y á Luisa, y hasta se empeña en que sus esbirros se lleven á la víctima á la fuerza, no desistiendo de su propósito, á pesar de los ruegos de Fernando, hasta que su hijo le dice que ha de contar en Palacio cierta historia sobre la manera de llegar á ser Presidente.

En el acto tercero, Wurm propone al padre de Fernando la prisión del músico por supuesto delito de lesa majestad, y la de su esposa, y que se obligue á Luisa Miller á escribir una carta dando una cita amorosa al mariscal Kalb. El objeto de esta intriga es simular que tal es el único medio para la hija del músico de libertar á sus padres, y el propósito verdadero que caiga como por casualidad en manos de Fernando, para que, impulsado por los celos, abandone á su amada y se case con la inglesa, y el Presidente consiga la realización de su plan, y Wurm sus bodas con Luisa, desahuciada ya por el Mayor. Aprobado el proyecto por el Presidente, se pone en práctica al momento. El Mariscal accede también por su parte á prestar su nombre para ello, porque de no hacerlo, se casará probablemente con lady Milford el copero mayor Bock, su mortal enemigo, y él perderá su cargo, y su influencia en la Corte.

Fernando se empeña en huir con Luisa, y ésta se resiste á seguirlo, prefiriendo erigirse en víctima de este sacrificio, á perder á su amante con esa acción inconsiderada, que él le aconseja. Fernando, al conocer su resolución negativa, duda y sospecha de ella. Sepárase, pues, de su lado en esta situación de ánimo; y Wurm, que entra á visitarla, la arrastra á escribir la carta indicada y la obliga á jurar que, si se le pregunta, ha de declarar que la ha escrito espontánea y libremente.

En el acto cuarto, suponiéndose ya que la carta ha llegado á manos de Fernando, éste la entrega al Mariscal; intenta batirse con él inútilmente, porque la cobardía de

su pretendido rival se opone á ello, confesándole al cabo que ni siquiera conoce á Luisa, y aumentando su confusión sobremanera, aunque sin desvanecer su amor ni sus celos, y con tanto mayor motivo. cuanto que su mismo padre, el Presidente, se muestra arrepentido de su rigor, y resuelto á acceder á su matrimonio con ella.

Lady Milford, mientras tanto, que ha hecho venir á Luisa á su palacio para proponerle la aceptación de la plaza de Sofía, próxima á casarse, recibe una rotunda negativa y sufre un inesperado desengaño, puesto que en el discurso de su conversación llega Luisa á renunciar á su amor á Fernando y cederlo á la enamorada inglesa. Ésta, arrepentida de sus extravíos y de sus errores, acuerda escribir una carta al Príncipe, su amante, despidiéndose de él para siempre, así como de sus criados, con cuya escena termina este acto cuarto.

En el quinto, desesperada Luisa y resuelta á suicidarse, ruega á su padre que lleve á Fernando una carta suya, anunciándole su proyecto, é invitándole á visitarla; pero vencida por las reflexiones y la aflicción de su padre, acuerda al cabo romper para siempre con su amante por honrar al autor de sus días, cuyo contento es indecible. Fernando, sin embargo, se presenta en este momento, y pregunta á Luisa si ha escrito la carta al Mariscal; y al oir de sus labios la respuesta afirmativa, le ruega que le prepare una limonada, y á Miller que vaya á casa del Presidente, le excuse de no asistir á la comida, y le entregue una carta para él. Antes le había dado una bolsa llena de oro, que Miller recibe loco de alegría; y cuando éste se va á cumplir su encargo, ruega Fernando á Luisa que lo acompañe y lo alumbre, y aprovechando la ocasión de estar solo, vierte arsénico en el vaso de limonada. Cuando vuelve Luisa y se obstina en no explicar su conducta, á pesar de los ruegos y hasta de los insultos de Fernando,

bebe éste el veneno, hace que ella lo imite, y al cabo le descubre la verdad, diciéndole que no mienta porque está envenada y ha de morir sin remedio. Ella se cree entonces desligada de su juramento, afirma que es inocente, perdona á su amante asesino, y muere, noticiándole que toda la catástrofe es debida al Presidente, padre de Fernando.

Entra entonces el mismo Presidente, alarmado por la lectura de la carta que le entregó Miller, y éste, y Wurm, y criados, alguaciles y pueblo. Fernando muere á poco, perdonando al fin á su padre; Wurm, al oir que el Presidente lo culpa de todo lo sucedido, se entrega á la justicia prometiendo que lo acompañará su acusador al suplicio; Miller tira la bolsa de oro á Fernando, y sale como loco, y el padre de Walter, consolado con el perdón de su hijo, sigue el ejemplo de Wurm, y termina el drama.

INTRIGA Y AMOR.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

WALTER, Presidente del Consejo en la corte de un Príncipe alemán.
FERNANDO, su hijo, Coronel ó Mayor.
KALB, Mariscal de la corte.
LADY MILFORD, favorita del Príncipe.
WURM, Secretario particular del Presidente.
MILLER, músico de la ciudad, en algunas poblaciones, *kunstpfeffer*.
Su esposa.
LUISA, hija de ambos.
SOFÍA, doncella de lady Milford.
Un ayuda de cámara del Príncipe.
Otros personajes secundarios.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Aposento en casa del músico. Miller deja su silla, y pone su violoncello á un lado. Su esposa, ligeramente vestida, toma café en una mesa.

Miller. (Paseándose inquieto.)—¡Dígolo por última vez! El asunto se pone serio. Ya murmuran del Barón y de mi hija. Nos desacreditarán. Llegará á oídos del Presidente, y, en fin, para acabar, negaré la entrada en mi casa á ese caballerete.

Su Mujer.—Ni tú lo has atraído á tu casa... ni has tirado tu hija á su cabeza.

Miller.—Ni lo he atraído aquí... ni le he tirado mi hija á su cabeza. ¿Quién lo sabe?... Yo era el amo de mi casa. Yo debía cuidar más de mi hija. Yo debía haber rechazado las impertinencias del Coronel... ó ponerlo todo en conocimiento de S. E. el señor papá. El joven Barón hubiera salido del paso á costa de una reprimenda, y no que ahora descargará la tempestad sobre el músico.

Su Mujer. (Bebiendo su taza lentamente.) — ¡Pura broma! ¡Hablar por hablar! ¿Qué ha de descargar sobre tí? ¿Quién

te tendrá ojeriza? Tú ejerces tu profesión, y enseñas á tus discípulos, cuando los hay.

MILLER.—Pero dime, ¿cuál será el resultado final de este trato?... Casarse con ella no puede... No hay, pues, que hablar de casamiento, y de otra cosa ¡líbrenos Dios!... Mira; cuando uno de esos señores va y viene de aquí para allá; cuando ha ideado algo, que el diablo sabrá, agrádales, como buenos gastrónomos, paladear el agua de sabrosa fuente. ¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado! aunque tuvieras cien ojos y oyeses crecer la hierba, te seducirá á la muchacha en tus mismas barbas, la dejará algún recuerdo, y desaparecerá, y su deshonra durará mientras viva; y ella puede ya sentarse á descansar, ó proseguir la carrera empezada, si le ha tomado afición. (Llevándose las manos á la frente.) ¡Jesucristo!

SU MUJER.—¡Dios nos conserve en su santa gracia!

MILLER.—Conservémonos nosotros. ¿Cuál podrá ser la intención de ese caballerete?... La muchacha es bonita... esbelta... y pequeño su pie. En cuanto á sus cualidades morales, ¡sean las que fueren! Poca importancia se les da, en lo general, tratándose de mujeres, si Dios, en su bondad, ha cuidado de dispensarles otros dones... Llega á este capítulo mi joven conquistador... ¡ah, entonces! la claridad te alumbra de improviso, como á mi Rodwey cuando olfatea algún francés, y suelta todas las velas, y le da caza, y... yo no lo culpo por eso. El hombre, al fin, es hombre. Yo debo saberlo.

SU MUJER.—Si tú leyeses los lindos billetes que ese señor escribe á tu hija... ¡Santo Dios! Se ve tan claro como la luz del mediodía cuánto le preocupa la pureza de su alma angelical.

MILLER.—Esa es la verdad. Se sacude el saco, y no se piensa en el asno. Quien intenta besar una boca amada, se dirige antes al buen corazón. Yo mismo ¿qué he hecho?

Si se llega á lograr que las almas se unan, ¡oh! entonces siguen su ejemplo los cuerpos; los criados imitan á sus amos, y la plateada luna es al cabo el único intermediario.

Su Mujer.—Pero mira antes los libros soberbios, que el Coronel ha enviado á casa. Siempre ora en ellos tu hija.

Miller. (Silbando.)—¡Quita allá! ¿Qué ora? Tú te chanceas. Los groseros manjares de la naturaleza son demasiado duros para el estómago delicado de su gracia... Ha de cocerlos antes en la cocina pestilencial y endiablada, en donde se condimentan las frases ingeniosas. ¡Al fuego esas majaderías! Dios sabe lo que saca de ellas la muchacha... puras fantasmagorías que encienden como cantáridas su sangre, llevándose la escasa dosis de religión cristiana que con harto trabajo le ha propinado su padre. ¡Al fuego, pues, repito! La muchacha se llena la cabeza con esos engendros infernales; á fuerza de voltijear en ese mundo encantado, acaba por no encontrar su casa, por olvidarla, por avergonzarse de su padre, el músico Miller, y despreciará al fin á algún yerno hábil y honrado, que sirviera con diligencia á mis conocidos... ¡No! ¡Castígueme Dios! (Levántase con energía.) Sin tardanza hay que llevar el pan al horno, y en cuanto al Maycr... sí, sí, yo le enseñaré el agujero, que ha hecho en la puerta el maestro carpintero. (Quiere irse.)

Su Mujer.—Ten crianza, Miller. ¡Qué buenas monedas nos han traído los regalos!...

Miller. (Volviéndose y parándose delante de ella.)—¿El precio de la venta de mi hija?... ¡Véte al diablo, infame alcahueta! Prefiero pedir limosna con mi violín, y dar conciertos por la posada y la comida... prefiero hacer pedazos mi violoncello, y llenar de estiércol su caja, á solazarme con el dinero, instrumento de perdición del alma y de la ventura de mi única hija. Deja tu maldito café y tu tabaco, y no

tendrás necesidad de llevar al mercado la cara de tu hija. Siempre he comido hasta hartarme y gastado una buena camisa, antes que ese lechuguino bribón se aficionase á mi casa.

Su Mujer.—¡No cierres la puerta con tanto estrépito! En un momento echas por los ojos fuego y llamas. Sólo digo que no se debe disgustar al Mayor, porque es hijo del Presidente.

Miller.—He aquí el busilis del negocio. Esa, ésa es la causa que aconseja resolver la cuestión hoy mismo. El Presidente me dará las gracias, si es un buen padre. Cepíllame mi saco de pelo color de pasa, y visitaré á S. E. Le hablaré y le diré: «Vuestro hijo ha puesto los ojos en mi hija; mi hija no sirve para esposa de vuestro hijo, pero vale demasiado para ser su querida... y basta con esto... Yo me llamo Miller.»

ESCENA II.

Los mismos y el secretario WURM.

La Mujer de Miller.—¡Ah! ¡Buenos días, señor Secretario! Por fin tenemos el placer de volveros á ver.

Wurm.—Ese placer es mío, es mío, apreciable señora. Cuando reina aquí un noble caballero, nadie se acuerda de mi humilde persona.

La Mujer.—No lo digáis, señor Secretario. El señor Mayor Walter, á la verdad, nos honra alguna que otra vez con su presencia; pero no por eso despreciamos á nadie.

Miller. (De mal humor.)—¡Una silla á ese señor, mujer! ¿No queréis, señor mío, dejar eso?

WURM. (Que deja su bastón y su sombrero, y se sienta.)—¡Bueno, bueno! Y ¿cómo está mi futura... ó más bien, mi pasada?... No espero... ¿no se podrá ver... á la señorita Luisa?

LA MUJER.—Gracias por el recuerdo, señor Secretario. Pero mi hija no está muy satisfecha.

MILLER. (Colérico, y tocándole con el codo.) ¡Mujer!

SU ESPOSA.—Es de sentir que no le sea posible ver al señor Secretario. Está en misa ahora.

WURM.—¡Me alegro, me alegro! Será más adelante para mí una compañera piadosa y cristiana.

LA MUJER DE MILLER. (Sonriendo neciamente.)—Si... pero, señor Secretario...

MILLER. (Turbado, le pellizca los oídos.)—¡Mujer!

SU MUJER.—Por lo demás, si podemos serviros en otra cualquiera cosa... con toda nuestra alma, señor Secretario...

WURM. (Con falsedad.)—¡En otra cualquiera cosa!... ¡Muchas gracias!... ¡Muchas gracias!... ¡Hem, hem, hem!

LA MUJER.—Pero como habrá comprendido el señor Secretario...

MILLER. (Iracundo, le da un golpe por detrás.)—¡Mujer!

SU ESPOSA.—Lo bueno es bueno, y lo mejor, mejor, y nadie debe oponerse á la dicha de su único hijo. (Con orgullo grosero.) ¿Entendéis ya bien lo que digo, señor Secretario?

WURM. (Revolviéndose inquieto en su silla, rascándose detrás de los oídos, y tirando de sus manguitos.)—¿Entender? No, en verdad... Oh, sí... ¿Qué pensáis?

LA MUJER.—Ya... ya... Sólo pensaba... yo creo... (Tosiendo.) Puesto que Dios, en su bondad, quiere hacer de mi hija una señora...

WURM. (Levantándose.)—¿Cómo? ¿Qué decís?

MILLER.—¡Seguid sentado, seguid sentado, señor Secretario! Esta mujer es un ganso estúpido. ¿Cómo ha de ser

una señora? ¿Qué asno asoma sus largas orejas en esta charla?

La Mujer.—¡Gruñe cuanto quieras! ¡Yo sé lo que sé... y lo dicho por el señor Mayor, dicho está!

Miller. (Que, fuera de sí, corre á coger su violín.)—¿Querrás refrenar tu lengua? ¿Deseas que te rompa el violín en la cabeza?... ¿Qué puedes tú saber? ¿Qué habrá dicho?... No hagáis caso alguno de su palabrería, estimado señor... ¡Fuera de aquí... á la cocina! ¿No me tomaríais por pariente próximo de algún animal, si yo pensara así de mi hija? ¡No lo creeréis de mí, señor Secretario!

Wurm.—Ni yo lo merezco tampoco, señor maestro de música. Os he tenido siempre por hombre de palabra, y mis pretensiones á vuestra hija me parecían tan aceptadas por ustedes como si constasen por escritura pública. Desempeño un destino, con cuyo sueldo puedo mantener mis obligaciones; el Presidente me estima, y no me faltarán buenas recomendaciones, si quiero ascender en mi carrera. Sabéis que mis amores con Luisa son formales; y si os dejáis engañar por un noble petimetre...

La Mujer de Miller.—Señor Secretario Wurm, más respeto... si me es posible rogarle...

Miller.—¡Ya te he dicho que calles!... ¡Tened paciencia, caballero! Todo se queda como estaba. Lo que os contesté el último otoño lo repito hoy. No obligo á mi hija. Si le acomodáis, bueno y santo... de su cuenta corre averiguar si será feliz ó no en vuestra compañía. ¿Mueve usted la cabeza? mejor... contando con la voluntad divina, quería yo decir... confórmese con su suerte, y beba una botella con su padre... Ella ha de vivir con usted... su padre no... ¿Por qué he de tirarle á la cabeza, por caprichosa obstinación, un hombre que no le agrade?... ¿Para que el diablo me atormente en mi vejez... para que, al beber cada vaso de vino... y á cada cucharada de sopa, me diga

la voz de mi conciencia: «Tú eres un bribón, que has hecho infeliz á tu hija?»

Su Mujer.—En pocas palabras... jamás daré mi consentimiento: mi hija ha nacido para ocupar una posición social elevada, y si mi marido se deja seducir, yo recurriré á la justicia.

Miller.—¿Quieres que te rompa los brazos y las piernas, lengua de escorpión?

Wurm. (A Miller.)—El consejo de un padre vale mucho para una hija, y creo que ya me conocéis, señor Miller.

Miller.—Pero ¡el diablo me lleve! quien ha de conoceros es mi hija. Mi gusto, el de un gruñón como yo, no es precisamente el de una joven ambiciosa. Yo puedo deciros, casi infaliblemente, si sois hombre para figurar en una orquesta... pero el ingenio de la mujer es más sutil que el de un maestro de capilla... Y además, para hablar con entera franqueza, yo soy un alemán sencillo y torpe... pero nada, en suma, me tendréis que agradecer por mis consejos... yo no aconsejaré á mi hija que... mas no la predispondré contra usted, señor Secretario. Dejad que me explique. Permitiréis que os diga... que un amante que ha de llamar en su ayuda al padre de su amada... no vale un ardite. Si tiene algún mérito, se avergonzará de emplear este conducto estropeado para granjearse el afecto de su pretendida... Si no es audaz, si es cobarde como una liebre, no es Luisa para él... ¡Vaya, pues! A espaldas del padre ha de enamorar á la hija. Ha de arreglarse de suerte que ella, antes que renunciar á él, mande enhoramala de buen grado á su padre y á su madre... ó á que su amada se arroje á los pies de su padre, y le pida por Dios que se le consienta su único amor, ó se la deje morir de la muerte más cruel y endiablada... ¡Esto se llama un hombre! ¡Esto se llama querer!... y el que no se dé trazas para conquistar así á las mujeres... ¡que cabalgue en una pluma de ganso!

WURM. (Que toma su sombrero y su bastón, y se va.)—¡Gracias, señor Miller!

MILLER. (Siguiéndolo pausadamente.)—¿Por qué? ¿Por qué? Ningún favor os he hecho, señor Secretario. (Volviéndose.) Nada escucha, y se va... Ponzoña y arsénico es para mí este zorro con pluma, cuando lo veo. Personaje solapado y repugnante, como si se hubiese deslizado de contrabando en este mundo de Dios... Sus ojos de ratón, pequeños y malignos... sus cabellos de color rojo vivo... su barba puntiaguda... como si la naturaleza, de mal humor, observando el triste resultado de su obra, le hubiese hecho el favor de tirarlo en cualquier rincón... ¡No! Prefiero, á dar mi hija á tal engendro... ¡Dios me perdone!

SU MUJER. (Llena de ira.)—¡Vaya un perro!... pero se le sujetará la boca con el bozal.

MILLER.—Pero tú, con tu endiablado caballero... me has sacado de mis casillas... Tú no eres animal sino en la ocasión crítica, en que debes mostrar prudencia. ¿A qué viene esa charla de la señora calificada y de tu hija? He aquí el motivo de mi cólera. Es la persona más á propósito para divulgarlo todo por calles y plazuelas. Es un monsieur de esos que recorren las casas de la gente de pro, hablando siempre de la despensa y de la cocina, y en cuanto saben algo curioso... ¡Mil bombas! es seguro que se han de venir encima el Príncipe, su querida, el Presidente y toda la corte infernal.

ESCENA III.

LOS MISMOS Y LUISA MILLER, con un libro en la mano.

LUISA. (Que deja el libro, se acerca á Miller, y le besa la mano.)—¡Buenos días, querido padre!

MILLER. (Con afecto.) — ¡ Bravo, Luisa mía!... Alégrome que tanto pienses en tu Creador. Sigue así, y no te desamparará.

LUISA.—¡Oh! Soy una gran pecadora, padre... ¿Estaba ahí, madre?

SU MADRE.—¿Quién, hija mía?

LUISA.—¡Ah! Olvidaba que además de él, hay otros hombres en el mundo... Mi cabeza está tan trastornada... ¿No estaba ahí Walter?

MILLER. (Triste y formal.)—Yo creía que mi Luisa había olvidado ese nombre en la iglesia.

LUISA. (Después de mirarlo en silencio largo tiempo.)—¡Ya os entiendo, padre!... siento la puñalada, que dais en mi conciencia; pero es tardía... No tengo devoción alguna, padre... el cielo y Fernando desgarran mi alma, y la llenan de sangre, y me temo, me temo... (Pausa.) ¡Pero no, padre bondadoso! Cuando nos olvidamos del pintor por sus cuadros, alabamos al artista de la manera más delicada... ¿No ha de alegrarse Dios, padre, si contempla en mi alegría su obra maestra?

MILLER. (Dejándose caer desalentado en una silla.)—¡Eso es! Tal es el resultado de tus lecturas impías.

LUISA. (Asomándose impaciente á la ventana.) —¿En dónde podrá estar ahora? Señoritas principales le ven... le oyen... y yo soy una joven oscura y sin importancia. (Asústase de

sus mismas palabras, y se arroja en los brazos de su padre.) Pero no, no; él me perdona. Yo no deploro mi suerte. Sólo quiero ahora pensar poco en él... nada cuesta. Nuestra pobrecilla vida... si yo pudiera convertirla en dulce y consolador céfiro para juguetear con su rostro... la pobre flor de mi juventud... si fuese una violeta... y él la hollase, y ella muriera humilde bajo sus plantas... Contentaríame con esto, padre. Cuando el insecto se calienta á los rayos del sol, ¿ha de castigarlo él, tan majestuoso y tan soberbio?

MILLER. (Que, conmovido, se apoya en los brazos del sillón, y se oculta el rostro.) ¡Oye, Luisa!... yo daría gustoso los pocos años, que me restan de mi vida, porque jamás hubieses visto al Mayor.

LUISA. (Asustada.)—¿Qué decís, qué?... No, mi buen padre no piensa así. ¿No sabéis que Fernando es mío, creado para mi alegría por el padre común de los amantes? (Quédase pensativa.) Cuando lo ví la primera vez... (Con rapidez.) la sangre enrojeció mis mejillas, mi corazón latió de gozo, y cada latido, cada soplo de mi pecho susurraba á mi oído: «¡Ese es!» y mi alma conoció al que me había faltado siempre, y añadió: ¡ése es! y lo mismo repitió el universo entero, participando de igual placer. Entonces... oh, entonces brilló en mi sér el primer rayo de la aurora. Mi corazón rebosaba de infinitos sentimientos, antes nunca conocidos, como las flores en la tierra cuando llega la primavera. Ya no veía yo al mundo, y, sin embargo, pensaba que nunca había sido tan bello. Ni me acordaba tampoco de Dios, y, no obstante, jamás lo había amado tanto.

MILLER. (Que corre hacia ella, y la oprime contra su pecho.)—Luisa... querida... noble hija... toma mi triste y vieja cabeza... tómalo todo... todo... En cuanto al Mayor... Dios es testigo... ¡no puedo dártelo nunca! (Vase.)

LUISA. ¡Ni yo lo quiero tampoco ahora, padre! esta miserable gota de rocío, el tiempo... se desvanece con rapidez

plácidamente, soñando sólo con él. Renuncio á él para esta vida. Después, madre, después... cuando se vengan abajo las barreras que nos separan... cuando nos despojemos de todos estos odiosos disfraces sociales... los hombres sólo son hombres... Nada llevo conmigo más que mi inocencia. ¡Mi padre me ha dicho tantas veces que la pompa y los títulos de la vanidad valdrán tan poco á los ojos de Dios, cuando aparezca, como inestimable, el precio de los sentimientos! Yo entonces seré rica. Mis lágrimas se trocarán entonces en triunfos, y mis buenas ideas harán las veces de ilustre prosapia. Entonces me llamarán persona calificada, madre... ¿Quién será entonces la preferida, oh madre, sino vuestra hija?

SU MADRE. (Levantándose.)—¡Luisa! ¡El Mayor! ¡Ya entra! ¿En dónde me oculto?

LUISA. (Que tiembla.)—¡Quedaos aquí, madre!

SU MADRE.—¡Dios mío! ¡Qué traza la mía! ¡Es para avergonzarme! No me atrevo á presentarme así delante de ese caballero. (Vase.)

ESCENA IV.

FERNANDO DE WALTER, LUISA. Él corre á su encuentro; ella se deja caer en una silla descolorida y desmayada... él la contempla callado... y ambos se miran largo tiempo en silencio. Pausa.

FERNANDO.—¡Estás pálida, Luisa!

LUISA. (Que se levanta y lo abraza.)—¡No es nada! ¡No es nada! Si estás aquí, ya todo pasó.

FERNANDO. (Cogiéndole la mano y besándosela.)—Y mi Luisa ?me ama todavía? Mi corazón es el mismo siempre; ¿el tuyo

también? Vengo aquí corriendo para averiguar si estás más tranquila y te sientes mejor, para tranquilizarme á mi vez... y no lo estás.

LUISA.—¡Sin duda, sin duda, amado mío!

FERNANDO.—Dime la verdad. ¡No lo estás! Yo veo el fondo de tu alma, como el de este diamante á través de sus claras aguas. (Enseñando su sortija.) Ningún celaje llega aquí sin verlo yo; ningún pensamiento se pinta en este rostro, que se me escape. ¿Qué tienes? ¡Pronto! Si este espejo brilla para mí sin mancha, no hay nubes en todo el mundo. ¿Qué te aflige?

LUISA. (Se calla un momento mirándolo, y después le dice con tristeza.) ¡Fernando, Fernando! Si tú supieras que impresión hace ese bello lenguaje en esta joven humilde...

FERNANDO.—¿Qué es esto? (Sorprendido.) ¡Humilde! ¡Escucha! ¿Por qué hablas así?... Tú eres mi Luisa. ¿Quién te dice que hayas de ser otra cosa? ¡Qué frialdad observo en tí, oh falsa! ¿Cómo has de ser toda amor para mí, si tienes tiempo para hacer esa comparación? Cuando yo estoy á tu lado, mi razón se abisma y desaparece en una sola de tus miradas... en un sueño contigo, cuando estoy lejos. Y tú, ¿tú eres prudente y enamorada?... ¡Avergüénzate! Cada instante que pasas afligida de ese modo, lo robas á tu amante.

LUISA. (Que le coge una mano, y sacude la cabeza.)—Tú te propones aletargarme, Fernando... quieres apartar mi vista de ese abismo, en donde he de precipitarme inevitablemente. Yo veo lo futuro... la voz de la fama... tus proyectos... tu padre... ¡mi nada! (Se estremece con horror, y deja caer su mano.) ¡Fernando! ¡Un puñal nos amenaza!... ¡Nos separan!

FERNANDO.—¡Que nos separan! (Levantándose de repente.) ¿En qué te fundas para pensarlo? ¿Qué nos separan?... ¿Quién puede desatar el lazo que une dos corazones, ó los tonos

de un acorde? Yo soy noble. Pero veamos si mi título de nobleza es más antiguo que el movimiento trazado á la creación infinita, si mis armas más poderosas que la mano de Dios, impresa en los ojos de Luisa, que dice: «Esta mujer es para este hombre.» Soy hijo del Presidente. Por lo mismo, ¿quién, sino el amor, puede atenuar las maldiciones, que las ilegalidades de mi padre atraen sobre mi cabeza?

Luisa.—¡Oh! ¡Cuánto le temo... cuánto temo á ese padre!

Fernando.—Yo nada temo... nada... sino los límites de tu amor. Deja que nos separen obstáculos como montañas... yo las asaltaré escalón á escalón, y volaré después á los brazos de Luisa. Los embates de la fortuna adversa aumentan sólo mi pasión. Los peligros harán más seductora á mi Luisa... ¡No tengas, pues, temor alguno, amor mío!. Yo mismo... yo te guardaré vigilante, como el dragón mágico el tesoro subterráneo... ¡Ten confianza en mí! No necesitas otro ángel guardián... Yo me interpondré, á fuer de baluarte, entre el destino y tú... recibiré las heridas, que puedan amenazarte, y reservaré para tí hasta las gotas imperceptibles de la dicha... y te las serviré en la copa del amor. (Abrazándola tiernamente.) En estos brazos atravesará gozosa Luisa la senda de la vida; más bella que, al dejar tú el cielo, te acogerá éste á su vez, y ha de confesar admirado que sólo el amor da á las almas sus postreras pinceladas.

Luisa. (Separándose de él muy conmovida.)—¡Basta! Te ruego que calles... Si supieras... Déjame... tú ignoras que tus esperanzas desgarran como furias mi corazón. (Quiere irse.)

Fernando. (Reteniéndola.)—¡Luisa! ¡Cómo! ¿Es posible? ¡Qué mudanza la tuya!

Luisa.—Había olvidado esas ilusiones y era feliz. Ahora, ahora... Desde hoy... huyó la paz de mi pecho... Deseos tiránicos... yo no sé... lo destrozarán... Véte... Dios te per-

done... En mi juvenil y pacífica existencia has lanzado tea incendiaria, que nunca, nunca se extinguirá (Vase precipitadamente, siguiéndola él sin hablar.)

ESCENA V.

Sala en casa del Presidente.

EL PRESIDENTE, con una condecoración al cuello y una cruz en el pecho, y el secretario WURM, entran en la escena.

EL PRESIDENTE.—¡Unas relaciones amorosas formales! ¿Mi hijo?... No, Wurm, jamás me lo harás creer.

WURM.—¿Se digna V. E. mandarme que se lo pruebe?

EL PRESIDENTE.—Que haga la corte á una canalla de la clase media... que la adule... hasta ¡á fe mía! que le finja ciertos sentimientos... es cosa corriente y posible, en mi opinión... y perdonable... pero... ¿y con la hija de un músico, decís?

WURM.—La hija de Miller, el maestro de música.

EL PRESIDENTE—¿Linda?... No hay necesidad de preguntarlo.

WURM. (Con viveza.)—La rubia más bella, tanto, que, sin exagerar, brillaría al lado de las primeras beldades de la Corte.

EL PRESIDENTE. (Riéndose.)—Me decís, Wurm... que tiene sus proyectos hostiles contra ella... Es natural. Pero observad, mi querido Wurm... que si mi hijo es enamorado, me hace esperar que no han de aborrecerlo las damas. Algo adelantará así en la Corte. Decís que la joven es bella; agrádame esto en mi hijo, porque demuestra su buen

gusto. ¿Deslumbra á esa loca, pretextando que son formales sus intenciones? Mejor aún... claro veo que no le falta ingenio para engañar á su víctima. Puede llegar así á Presidente. ¿Son más trascendentales sus progresos? ¡Soberbio! Esto prueba que es afortunado. Si el desenlace de la farsa es un robusto nieto, ¡inmejorable! Entonces bebo una botella más de Málaga al feliz aspecto que presenta la duración de mi linaje, y pago la multa en que, por liviandad, ha incurrido su amada.

WURM.—Cuanto yo deseo es que V. E. no se vea obligado á apurar esa botella para distraerse.

EL PRESIDENTE. (Con seriedad.)—Tened presente, Wurm, que, cuando formo mi opinión, soy muy obstinado, y que deliro cuando me enfurezco... Tomo á broma que os hayáis propuesto encolerizarme. De corazón creo también que, con la mejor voluntad del mundo, os desembarazáis de un rival. Que os cueste no poco trabajo alejar á mi hijo de esa joven, y que deseéis convertirme en espantamoscas, lo comprendo; me encanta la idea de que os empeñéis en presentar bajo su faz más desfavorable tan entretenida novela... Pero, mi querido Wurm, no hay que jugar conmigo... Ya se os ocurre que no debéis llevar tan lejos la broma, hasta forzarme á quebrantar mis principios.

WURM.—¡Perdone V. E.! Si efectivamente, como sospecháis, me movieran sólo los celos, lo indicaran acaso mis ojos, no mi lengua.

EL PRESIDENTE.—Y, en mi concepto, hay que despreciarlos. ¡Estúpido demonio! ¿Qué os importa recibir el dinero de la Casa de Moneda, recién acuñado, ó de mano del banquero? Consolaos con nuestra nobleza... Sabiéndolo ó no.. raro es el casamiento, que se concierta entre nosotros, en que media docena á lo menos de convidados... ó de criados... no puedan medir geométricamente el paraíso del novio.

WURM. (Haciendo una cortesía.)—Señor, prefiero en esto pertenecer á más humilde clase.

EL PRESIDENTE.—Por lo demás, muy pronto podréis tener la alegría de tomar una excelente revancha con vuestro rival. Hay en el Gabinete el propósito de que, á la llegada de la nueva Duquesa, sea despedida en la apariencia lady Milford; y para hacer el engaño más creible, que contraiga otro enlace. Sabeis, Wurm, cuánta importancia tiene para mí la influencia de Milady, y que las pasiones del Príncipe son mi principal resorte. El Duque busca un partido para Milford. Si se presenta otro... cierra el trato, adquiere á un tiempo la confianza de la dama y la del Príncipe, y se hace para éste indispensable... Para que el Príncipe quede preso en las redes de mi familia, se ha de casar mi hijo Fernando con la Milford... ¿Lo entendéis?

WURM.—Tan claro que me hace saltar los ojos... Prueba á lo menos así que el Presidente es un novicio, comparado con el padre. Si el Mayor se muestra, respecto á V. E., hijo tan sumiso como V. E., respecto de él, tierno padre, vuestra pretensión será devuelta con protesta.

EL PRESIDENTE.—Por fortuna jamás he sentido inquietud alguna al tratarse de la ejecución de un proyecto, en el momento en que me he dicho que ha de ser... Pero mira, Wurm, esto nos lleva de nuevo al asunto anterior. Hoy por la mañana anunciaré á mi hijo su casamiento. Con arreglo á la impresión que le haga la noticia, veré desvanecidas ó confirmadas vuestras sospechas.

WURM.—Os pido muy humildemente que me perdonéis, señor. El mal humor que ha de revelar, y en el que tenéis tanta confianza, así puede provenir de la novia que le dais, como de la que le arrebatáis. Os suplico que apeléis á otra prueba más segura. Proponedle el partido más irreprochable que hay en la corte, y si lo acepta, condenad al secretario Wurm á arrastrar tres años el grillete.

El Presidente. (Mordiéndose los labios.)—¡Diablo!

Wurm.—Es ni más ni menos lo que digo. La madre... la estupidez en persona... con su sencillez me ha dicho ya demasiado.

El Presidente. (Paseándose y reprimiendo su ira.)—¡Bueno! ¡Esta misma mañana!

Wurm.—Que no olvide V. E. que el Mayor... es el hijo de mi señor.

El Presidente.—Miraré por vos.

Wurm.—Y que el servicio de libraros de una nuera, que os repugna ..

El Presidente.—¿Merece como premio que os ayude á encontrar una mujer? ¡También esto, Wurm!

Wurm. (Inclinándose gozoso.)—¡Siempre vuestro, bondadoso señor! (Hace ademán de irse.)

El Presidente.—En cuanto á lo que os he confiado antes, Wurm... (Amenazándole.) Si llegáis á divulgarlo...

Wurm. (Sonriendo.) —En ese caso mostráis mis firmas falsificadas. (Vase.)

El Presidente.—A la verdad, te tengo seguro. Téngote preso en tu misma maldad, como el cigarrón por el hilo.

Un Ayuda de cámara. (Entrando.)—¡El Mariscal Kalb!

El Presidente.—¡Qué oportunidad!... ¡Cuánto me alegro!

(Vase el Ayuda de cámara.)

ESCENA VI.

El Mariscal KALB, vestido de corte lujosamente, aunque sin gusto, con llave de gentilhombre, dos relojes y una espada, sombrero bajo y con el cabello á la herissón. Se acerca al Presidente con grandes aspavientos, y difunde por el parterre un fuerte olor á ámbar.—El PRESIDENTE.

KALB. (Abrazándolo.)—¡Ah! ¡Buenos días, querido! ¿Cómo habéis descansado? ¿cómo dormido?... Dispensadme que tan tarde tenga el placer... negocios urgentes... la lista de la cocina... las tarjetas de visita... el arreglo de la partida de hoy en trineos... ¡Ah!... y además había de estar en Palacio á la hora de levantarse S. A., para anunciarle el tiempo que hace.

EL PRESIDENTE.—Sí, Mariscal, no podíais faltar.

KALB.—Un bribón de un sastre me ha detenido también.

EL PRESIDENTE.—Y sin embargo, siempre valiente y dispuesto.

KALB.—Hay más todavía... Bien vienes mal, si vienes solo. ¡Oid!

EL PRESIDENTE. (Distraído.)—¿Es posible?

KALB.—¡Escuchadme! Apenas me había apeado del carruaje cuando se asustaron los caballos, se encabritaron, y se dieron tales trazas, que ¡oh desastre! me llenaron de lodo los pantalones. ¿Qué hacer en este trance? ¡Poneos, por Dios, en mi lugar, Barón! ¡Y estaba allí, y era ya tarde! Es una jornada... ¡y presentarme así ante S. A.! ¡Justo Dios! ¿Qué se me ocurrió entonces? Finjo un desmayo; me llevan entre todos al coche; llego volando á mi casa... cambio de traje... vuelvo... ¿Qué diréis?... y soy el primero en la antecámara... ¿Qué tal?

El Presidente.—Rasgo sublime del ingenio humano... Pero dejemos esto, Kalb. ¿Habéis hablado ya con el Duque?

Kalb. (Pavoneándose.)—Veinte minutos y medio.

El Presidente.—Confieso que... ¿y sin duda me traéis alguna nueva importante?

Kalb. (Serio, después de un momento de silencio.) — Su Alteza lleva hoy su vestido de castor amarillo.

El Presidente.—¿Es posible?... No, Kalb, tengo reservada mejor noticia para vos... ¿no es acaso una novedad que lady Milford será esposa del Mayor Fernando Walter?

Kalb.—¿Cómo?... ¿Y es cosa decidida?

El Presidente.—Está ya firmado, Mariscal; y me haríais un favor insigne, si fuerais en seguida á preparar á lady Milford á recibir su visita, y si divulgarais la resolución de Fernando en toda la corte.

Kalb. (Encantado.)—¡Oh, con toda mi alma, querido!... ¿Qué más puedo yo desear?... Voy allá volando. (Lo abraza.) Adiós... dentro de tres cuartos de hora lo sabrá toda la ciudad. (Vase saltando.)

El Presidente. (Riéndose, y siguiéndolo con la vista.)—¡Y se dice que criaturas semejantes no sirven en el mundo para nada!... Ahora ha de consentir Fernando, ó todos quedan por embusteros. (Llama, y viene Wurm.) Que éntre mi hijo.

Vase Wurm, y el Presidente se pasea pensativo.)

ESCENA VII.

FERNANDO.—EL PRESIDENTE.—WURM, que se va en seguida.

Fernando.—Habéis mandado, padre mío...

El Presidente.—He de hacerlo así, por desgracia, siempre que quiero tener el placer de ver á mi hijo... ¡Déjanos

solos, Wurm!... Fernando, hace largo tiempo que te observo, y echo en tí de menos esos rasgos francos y vivos de la juventud, que antes me regocijaban con extremo. Una tristeza singular se ve pintada en tu rostro. Huyes de mí... huyes de tus amigos... ¿Qué es eso? Mejor se dispensan á tu edad mil extravagancias que una melancólica manía. Reserva éstas para mí, ¡oh hijo querido! Que yo trabaje solo en hacerte feliz, y no pienses en otra cosa que en prestarte indiferente á la realización de mis proyectos... ¡Ven y abrázame, Fernando!

FERNANDO.—¡Muy bondadoso parecéis hoy, padre!

EL PRESIDENTE.—¡Hoy, bribón!... ¡y hasta pronuncias ese hoy con sus puntas de malicia!... (Con seriedad.) Fernando, ¿por amor á quién he recorrido una senda peligrosa hasta llegar al corazón del Príncipe? ¿Por amor de quién he roto con mi conciencia y con el cielo?... ¡Oye, Fernando!... Hablo con mi hijo... ¿A quién dejo yo desembarazado el puesto, después de expulsar á mi predecesor?... suceso, que desgarra tanto más cruelmente mi corazón, cuanto mayor es mi empeño en ocultar al mundo su puñal. ¡Escúchame, Fernando! ¿En favor de quién hago yo todo esto?

FERNANDO. (Que retrocede con horror.)—¡No por mí, padre mío! El reflejo sangriento de este delito no debe caer sobre mí. ¡Por Dios Omnipotente! Vale más no haber nacido que servir de pretexto á esa maldad.

EL PRESIDENTE.—¿Qué es eso? ¿Qué? Pero, en fin, lo excuso en una cabeza novelesca... ¡Fernando!... ¡no quiero encolerizarme, joven irreflexivo!... ¿Así me pagas mis noches de insomnio? ¿Así mis incesantes cuidados? ¿Así los remordimientos eternos de mi conciencia?... Mío es el peso de la responsabilidad... mía la maldición, para mí el rayo de la justicia... Tú recibes la dicha de segunda mano... el crimen no alcanza al heredero.

FERNANDO. (Levantando al cielo la mano derecha.)—Con toda

solemnidad renuncio yo á una herencia acompañada de una memoria horrible de mi padre.

El Presidente.—¡Oye, joven, no me irrites!... Si todo fuese á medida de tus deseos, te arrastrarías por el polvo mientras vivieras.

Fernando.—Preferible sería, oh padre, á arrastrarme alrededor de un trono.

El Presidente. (Reprimiendo su cólera.)—Jum... Es preciso, pues, forzarte á que tú mismo comprendas tu ventura. Tú llegas jugando, como en sueños, á donde no se acercan otros muchos después de infinitos esfuerzos. A los doce años eras alférez, y á los veinte coronel. He conseguido del Príncipe que puedas abandonar el uniforme, y entrar en el Ministerio. El Príncipe habló del Consejo secreto... de embajadas... de gracias extraordinarias. Una magnífica perspectiva se te ofrece... un camino llano te aproxima al trono... al mismo trono, si el poder, por otra parte, vale tanto como sus signos externos... ¿No te entusiasma esto?

Fernando.—Mis ideas sobre la dicha y la grandeza no están de acuerdo con las vuestras... Vuestra felicidad, por lo común, sólo por la corrupción se manifiesta. Envidia, miedo, maldición son los tristes espejos en que se mira sonriente el potentado desde la altura... Lágrimas, desesperación é imprecaciones, los horrendos manjares, con que se llenan esos venturosos tan celebrados; con ese licor se embriagan, y así llegan vacilantes ante el trono de Dios... El ideal de mi dicha se reconcentra satisfecho en mí mismo. En mi corazón yacen sepultados todos mis deseos...

El Presidente.—¡Magistral, inmejorable, sublime! La primera lección que recibo después de treinta años... ¡Lástima que mi cabeza de cincuenta sea ya demasiado dura para aprenderla!... Sin embargo... para que tu raro talento no se enmohezca, pondré alguien á tu lado para que puedas emplear á tu placer esa extraña locura que

te domina... Acordarás... acordarás hoy mismo... tomar esposa.

FERNANDO. (Retrocediendo asustado.)—¡Padre mío!

EL PRESIDENTE.—Sin cumplimientos... He enviado una tarjeta en tu nombre á lady Milford. No tardes en visitarla y decirle que eres su futuro esposo.

FERNANDO.—¿A la Milford, padre mío?

EL PRESIDENTE.—Si tú la conoces...

FERNANDO (Sin poderse contener.)—¿No es el padrón de ignominia del Ducado?... Pero me hago ridículo, oh querido padre, tomando en serio vuestras bromas. ¿Consentiríais acaso en llamaros padre de un bribón, que se casara con una prostituta privilegiada?

EL PRESIDENTE.—Antes bien, yo mismo la pretendería, si no me lo impidieran mis cincuenta años... ¿No quisieras ser tú el hijo de un padre tan bribón?

FERNANDO.—¡No, tan cierto como Dios existe!

EL PRESIDENTE.—Un insulto ¡por mi honor! que sólo por su rareza te perdono...

FERNANDO.—Os suplico, padre mío, que no me dejéis más tiempo en tal disposición de ánimo, que sea insoportable para mí llamarme vuestro hijo.

EL PRESIDENTE —Joven, ¿estás loco? ¿Qué persona razonable no ambicionaría la distinción de sustituir en ocasiones á su Soberano?

FERNANDO.—Sois para mí un enigma, padre mío. ¿Distinción le llamáis?... ¿Distinción el compartir con el Príncipe lo que tanto envilece hasta al vulgo? (El Presidente suelta una carcajada.) ¡Reid... yo proseguiré! ¿Con qué rostro me presentaré delante del más humilde jornalero, que á lo menos recibe en dote el cuerpo entero de su esposa? ¿Cómo ante el mundo, ante el Príncipe, ante esa misma cortesana, que lavaría de buen grado en mi honor el estigma del suyo?

El Presidente —¿En qué rincón del mundo, oh joven, aprendes tales cosas?

Fernando.—¡Yo os conjuro por el cielo y por la tierra! Este envilecimiento de vuestro hijo, oh padre, no puede haceros tan feliz como hace á él desdichado. Os doy mi vida, si sirve en algo á vuestra ambición. Por vos vivo, y me importa poco sacrificarme en aras de vuestra grandeza... Mi honor, padre... si me lo arrebatáis, ¿á qué el censurable juego de darme la vida, para que yo maldiga al padre y al alcahuete?

El Presidente. (Con cariño, y tocándole en el hombro.)—¡Bravo, querido hijo! Ahora comprendo que eres un hombre en toda la extension de la palabra, y digno de la mejor mujer del Ducado... Así será... Hoy, al mediodía, te desposarás con la Condesa de Ostheim.

Fernando. (Atónito de nuevo.)—¿Se ha fijado esa hora para aniquilarme?

El Presidente. (Mirándolo con recelo.)—Tu honor, según creo, nada podrá objetar á mi proposición.

Fernando —¡No, padre mío! Federica de Ostheim podrá hacer felicísimo á otro cualquiera. (Aparte, lleno de confusión.) Su bondad acaba de desgarrar ahora la parte de mi corazón que había dejado intacta su maldad.

El Presidente. (Sin apartar de él los ojos.)—Espero la expresión de tu gratitud, Fernando...

Fernando. (Cogiéndole la mano, y besándosela con fervor.)—¡Padre! vuestra generosidad inflama todos mis sentimientos... ¡Padre! mi gratitud más ferviente por vuestras benévolas intenciones... Vuestra elección es irreprochable... pero... no puedo... no oso... ¡compadeceos de mí!... no puedo amar á la Condesa...

El Presidente. (Retrocediendo un paso.)—¡Hola! Atrapé al cabo al caballero. ¡Cayó, pues, en el lazo el joven hipócrita!... No era el honor el que te impedía casarte con la in-

glesa... No la mujer, el casamiento te repugnaba. (Fernando, que al principio se queda como petrificado, hace ademán de irse.) ¿Adónde vas? ¡Detente! ¿Es así como me muestras el debido respeto? (El Mayor retrocede.) Han anunciado ya tu visita en casa de la Inglesa. He dado al Príncipe mi palabra. La ciudad y la corte entera lo saben... Si me dejas por embustero ante el Príncipe, oh joven... ante lady Milford, ante la ciudad... si me dejas por embustero ante la corte... entonces, oh joven, podré aludir yo á ciertas historias... ¡Detente! ¡Hola! ¿qué significa ese rubor repentino que enciende tu rostro?

FERNANDO. (Blanco como la nieve, y temblando.)—¿Cómo? ¿Qué? Nada hay de cierto en eso, padre mío.

EL PRESIDENTE. (Echándole una mirada terrible.)—¿Y si lo es?... ¿y si encuentro yo la causa de esa resistencia tuya?... ¡Ah, joven! La sola sospecha de su certeza me hace delirar de rabia. ¡Véte ahora mismo! La parada comienza. ¡A casa de Milady, en cuanto sepas la palabra de orden!... Si yo me presento, el Ducado tiembla. Veremos si la obstinación de un hijo me doma. (Se aleja y vuelve.) ¡Te repito, joven, que has de ir allá, ó huir de mi enojo! (Vase.)

FERNANDO. (Como si despertara de una pesadilla.) — ¡Se ha ido! ¿Era esa la voz de mi padre?... Sí; iré... yo iré... le diré ciertas cosas... le presentaré un espejo... ¡infame! y si entonces insistes en pedir mi mano... ante toda la nobleza, el ejército y el pueblo... revístete con todo el orgullo de tu Inglaterra... yo, joven alemán, te rechazo ignominiosamente. (Vase corriendo.)

ACTO II.

ESCENA PRIMERA.

Sala en el palacio de lady Milford; á la derecha un sofá, y á la izquierda un piano.

MILADY, vestida á la negligé, aunque de una manera encantadora, sin peinarse, está sentada en el piano preludiando; SOFÍA, su doncella de cámara, deja al mismo tiempo la ventana.

SOFÍA.—Los oficiales se separan. Terminó la parada... pero yo no he visto á Walter.

MILADY. (Muy inquieta, levantándose, y paseándose por la sala.)—No sé cómo me encuentro hoy, Sofía... Jamás me he sentido así... ¿No lo has visto, pues?... Sin duda... No se apresurará... Como un crimen pesa sobre mi conciencia... ¡Véte, Sofía!... que me enjaecen el caballo más fogoso de la caballeriza. Quiero correr al aire libre... ver hombres y el cielo azul, y me aliviaré acaso cabalgando.

SOFÍA.—Si os sentís molesta, Milady... reunid aquí gente; que el Duque juegue, ó poned ante vuestro sofá la mesa del *hombre*. Si el Príncipe y toda su corte dependieran de mí, y me pasase por la imaginación algún capricho...

MILADY. (Dejándose caer en el sofá.)—Suplícote que te compadezcas de mí. Un diamante te doy por cada hora en que

me libres de ellos. ¿He de tapizar mi gabinete con tales personajes?... Son bribones ó miserables que se asustan cuando se me escapa alguna palabra generosa, y abren boca y narices como si contemplaran un fantasma... esclavos de un muñeco, que yo manejo tan fácilmente como mi hilo... ¿Qué he de hacer con esos seres, cuya alma se mueve con tanta uniformidad como sus relojes? ¿Qué placer me ofrecerá preguntarles algo, si ya de antemano conozco sus respuestas? ¿He de hablar con ellos, si su opinión, con toda certeza, ha de ser igual á la mía?... ¡Lejos de mí! Es triste montar un caballo que ni aun tascar el freno sabe. (Acércase á la ventana.)

SOFÍA.—Sin embargo, exçeptuaréis sin duda al Príncipe... al más bello... al amante más apasionado... al ingenio más agudo de todo el Reino.

MILADY. (Que vuelve.)—Porque este Reino es suyo... y sólo un principado, oh Sofía, puede servir de tolerable excusa á mi capricho... ¿Dices que me tienen envidia? ¡Pobrecilla! Lástima debieran tenerme. Entre todos los que viven á expensas de la Majestad soberana, el más desdichado es la favorita, porque ella sola conoce la pequeñez del rico y del poderoso Príncipe... Verdad es que, en virtud de su poder, evoca de la tierra la satisfacción de mis deseos, como si dispusiera de un talismán encantado... Haría servirme á la mesa manjares de las dos Indias... trocaría desiertos en paraísos... haría llegar hasta las nubes las fuentes de su territorio, ó gastaría en fuegos artificiales la médula de los huesos de sus súbditos... Pero ¿puede también ordenar á su corazón que lata con fuego y con grandeza, al compás de otro corazón grande y fogoso? ¿Puede sugerir á su cerebro árido un sólo pensamiento bello?... Siento el hambre, estando hartos mis sentidos. ¿Para qué me aprovechan mis buenas ideas, si sólo he de ahogar emociones?

Sofía. (Observándola admirada.)—¿Cuánto tiempo hace, Milady, que estoy á vuestro servicio?

Milady.—¿Lo dices porque hoy me conoces al fin?... Verdad es, querida Sofía... He vendido mi honor al Príncipe, pero mi corazón se ha quedado libre... un corazón, bien mío, acaso digno de un hombre... sobre el cual el aire persistente de la costa se ha deslizado como el aliento sobre un espejo... Créeme, querida; tiempo largo ha que hubiese abandonado á este pobre Príncipe, si mi ambición no se resistiera á ceder á otra mi rango en la Corte.

Sofía.—Y ese corazón ¿se ha sometido á vuestra ambición tan voluntariamente?

Milady. (Animada.)—¡Como si no se hubiese ya vengado!... ¡Como si no se vengara ahora mismo!... ¡Sofía! (Con intención, y poniendo su mano en el hombro de Sofía.) Nosotras las mujeres hemos de elegir entre señores y esclavos; pero el placer más sublime del mundo es sólo un auxiliar miserable, si nos está vedado el supremo, el de ser esclavas del hombre á quien amamos.

Sofía.—Verdad, Milady, aunque no esperaba nunca oirla de vuestros labios.

Milady.—¿Y por qué no, mi Sofía? La manera pueril con que llevamos el cetro ¿no demuestra que sólo servimos para gastar andadores? ¿No observas que mis caprichos superficiales... que mis placeres ruidosos no se proponen otro fin que ahogar pasiones indomables que bullen en mi pecho?

Sofía. (Retrocediendo asustada.)—¡Señora!

Milady. (Con más calor.)—¡Satisfácelas! ¡Dame el hombre por quien suspiro... á quien adoro... que muera yo, Sofía, ó que sea mío! (Con ternura.) Oiga yo de su boca que las lágrimas del amor son más bellas en nuestros ojos que los diamantes en nuestra cabeza... (Con entusiasmo.) y depongo á los pies del Príncipe su corazon y su principado, y huyo

con este hombre, huyo con él al desierto más remoto del universo.

SOFÍA. (Mirándola horrorizada.)—¡Cielos! ¿Qué hacéis? ¿Qué tenéis, Milady?

MILADY. (Conmovida.) —¿Palideces? ¿He dicho demasiado? Que mi confianza en tí selle tus labios... Oye más... óyelo todo.

SOFÍA. (Mirándola con angustia.)—Temía, Milady... temía... no quiero oir más.

MILADY.—El casamiento con el Mayor... tú y todos lo califican de intriga cortesana... Sofía... no te ruborices... no me censures... es la obra... de mi amor.

SOFÍA.—¡Santo Dios! Ya lo presumía.

MILADY.—Se han dejado engañar, Sofía, el débil Príncipe... el sagacísimo Walter... el estúpido Mariscal... Todos y cada uno de ellos jurarán que es el medio infalible de asegurarme el Duque, de estrechar más nuestra unión... Si... de romperla para siempre, de romper para siempre estas cadenas vergonzosas... ¡Impostores engañados! ¡vencidos por una débil mujer! Vosotros mismos me raeréis á quien amo. He aquí lo que yo pretendía... Téngalo al fin.. téngalo yo... y entonces, ¡adiós para siempre, abominable poder!

ESCENA II.

LOS MISMOS y un viejo AYUDA DE CÁMARA del Príncipe con un estuche de joyas.

EL AYUDA DE CÁMARA.—S. A. S. el Duque saluda á Milady, y le envía estos brillantes para su boda. Llegan ahora de Venecia.

MILADY. (Que abre el estuche, y retrocede horrorizada.) —¿Cuánto han costado estas joyas al Duque?

EL AYUDA DE CÁMARA.—No le cuestan nada.

MILADY.—¿Cómo? ¿Estás loco? ¿Nada?... y (Alejándose de él un paso.) ¡tú me miras como si quisieras atravesarme el corazón!... ¿Nada le cuestan estas pedrerías, de un precio incalculable?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Ayer salieron para América siete mil jóvenes del país... que lo pagan todo.

MILADY. (Que deja en la mesa el estuche de repente, se pasea por la sala, y después de una pausa se vuelve hacia el Ayuda de cámara.) ¿Qué tienes, hombre? ¿Lloras acaso?

EL AYUDA DE CÁMARA. (Que se enjuga las lágrimas, con voz cavernosa y temblando.)— Piedras preciosas como éstas... me cuestan también dos hijos.

MILADY. (Que se vuelve también azorada, y coge su mano.) —Pero no á la fuerza...

EL AYUDA DE CÁMARA. (Sonriendo horriblemente.)—¡Oh Dios!... No... sin duda voluntarios... Verdad es que algunos aturdidos, saliéndose de las filas, preguntaron á los coroneles cuánto daban al Príncipe por la esclavitud de sus súbditos... Pero nuestro clemente Soberano llevó á los regimientos á la plaza de Armas, é hizo fusilar á los habladores... Oimos sonar las descargas, vimos los sesos por el suelo, y todo el ejército gritó: «¡Viva! ¡A América!»

MILADY. (Dejándose caer horrorizada en el sofá.)—¡Dios mío, Dios mío!... ¡No oir yo nada! ¡No notar nada!

EL AYUDA DE CÁMARA.—Sí, bondadosa señora... ¿Por qué en compañía de nuestro Duque cazabais los osos, cuando tocaban la marcha de despedida?... No debierais haber faltado en el instante solemne, en que anunciaron los tambores la partida, cuando pobres huérfanos, llenando los aires con sus clamores, seguían á sus padres, ó madres desesperadas corrían de aquí para allá para ensartar en las ba-

yonetas á sus niños de pecho, ó se separaba á sablazos á los novios, ó estábamos allí los ancianos desolados, y algunos tiraban sus muletas deseando acompañar al Nuevo Mundo á los... ¡Oh! y todo esto al són de los tambores para que nada oyera el que todo lo oye.

MILADY. (Levantándose muy conmovida.) — ¡Llevaos esas joyas!... iluminan mi corazón con resplandores infernales. (Con dulzura, al Ayuda de cámara.) ¡Sosiégate, pobre anciano! ¡Volverán! ¡Verán de nuevo á su patria!

EL AYUDA DE CÁMARA.—¡Díos sólo sabe... si eso será!... Todavía, al llegar á las puertas de la ciudad, gritaban mirando hacia atrás: «¡Quedaos con Dios, mujeres é hijos!... ¡Viva nuestro Soberano!... ¡Hasta el día del juicio!»

MILADY. (Paseándose muy agitada.)—¡Abominable! ¡Horrible!... Decíanme que yo había enjugado todas las lágrimas de este país... La verdad, en su espantosa desnudez, me abre los ojos... Anda... dí á tu señor... ¡yo le daré las gracias personalmente! (El Ayuda de cámara hace ademán de irse, y ella le echa en el sombrero una bolsa de dinero.) Y toma esto por haberme dicho la verdad.

EL AYUDA DE CÁMARA. (Devolviéndosela con desprecio.) — Juntadla con lo demás.

MILADY. (Siguiéndolo admirada con la vista.)—¡Corre tras él, Sofía, y pregúntale su nombre! Verá de nuevo á sus hijos. (Vase Sofía; Milady se pasea meditabunda; á Sofía, que vuelve.) ¿No has oído decir hace poco, que el fuego había devorado una población de la frontera, y reducido á la miseria á cuatrocientas familias? (Llama.)

SOFÍA.—¿Qué idea es ésta ahora? Sin duda es así, y la mayor parte de esos desdichados, en la actualidad, sirven á sus acreedores como esclavos, ó perecen en las minas de plata de nuestro Príncipe.

UN CRIADO. (Que llega.)—¿Qué manda Milady?

MILADY. (Dándole el estuche.)—¡Que lleven esto sin tar-

danza á esa región abrasada!... Que se vendan al punto esas joyas, que yo lo ordeno, y que su precio se distribuya entre las cuatrocientas familias arruinadas por el incendio.

SOFÍA.—Reflexionad, señora, que os exponéis á la mayor desgracia.

MILADY. (Con dignidad.)—¿Y he de llevar la maldición de todos sobre mi cabeza? (Hace una señal al criado, y éste se va.) ¿Quieres acaso que yo sucumba bajo el peso de tantas lágrimas? Anda, Sofía... Vale más piedras falsas en los cabellos, que soportar ese peso en el corazón.

SOFÍA.—¡Pero alhajas como esas! ¿No hubierais podido dar las peores? En verdad, Milady, que vuestra conducta es imperdonable.

MILADY.—¡Loca! En cambio se derramarán en mi honor más perlas y brillantes que las que adornan las diademas de diez reyes, y más bellas...

EL CRIADO. (Que vueve.)—¡El Mayor Walter!

SOFÍA. (Acercándose á Milady.)—¡Dios mío! ¡Qué pálida os ponéis!

MILADY.—El primer hombre que me asusta... ¡Sofía!... (Al criado.) ¡Me siento mal, Eduardo!... Detente!... ¿Parece alegre? ¿Se ríe? ¿Qué dice? ¡Oh Sofía! ¿No es verdad que he de parecerle antipática?

SOFÍA.—Os suplico, Milady...

EL CRIADO.—¿Ordenáis que lo despida?

MILADY. (Balbuceando.)—Será bien venido para mí. (Vase el criado.) Habla, Sofía... ¿qué le digo? ¿Cómo lo recibo? Quedaré muda... se burlará de mi debilidad... me... ¡oh! ¡qué triste presentimiento!... ¿Me abandonas, Sofía?... ¡quédate!.. Pero no... véte... ¡No, no te vayas! (El Mayor atraviesa la antesala.)

SOFÍA—¡Reanimaos! ¡Ahí está ya!

ESCENA III.

LOS MISMOS.—FERNANDO WALTER.

FERNANDO. (Haciendo una ligera cortesía.)—Si os interrumpo, señora...

MILADY. (Latiéndole el corazón visiblemente.)—Nada, señor Mayor. ¿Qué cosa más importante para mí?...

FERNANDO.—Vengo por orden de mi padre...

MILADY.—Se lo agradezco en el alma.

FERNANDO.—Para anunciaros que nos casamos... Tal es la comisión de mi padre.

MILADY. (Que se pone descolorida, y tiembla.)—¿No el lenguaje de vuestro corazón?

FERNANDO.—Los Ministros y los alcahuetes no se ocupan nunca en esto.

MILADY. (Tan angustiada, que no puede hablar.)—Y ¿por vuestra parte nada tenéis que añadir?

FERNANDO. (Mirando á Sofía.)—Mucho.

MILADY. (Haciendo una seña á Sofía, que se aleja.)—¿Queréis tomar asiento en este sofá?

FERNANDO.—¡Seré conciso, Milady!

MILADY.—Y bien...

FERNANDO.—Soy un hombre de honor.

MILADY.—A quien estimo como es justo.

FERNANDO.—Un caballero.

MILADY.—El mejor del Ducado.

FERNANDO.—Y oficial.

MILADY. (Con lisonja.)—Cualidades son esas comunes á otros ¿Por qué omitís las que os son peculiares?

FERNANDO. (Con frialdad.)—Ahora son inútiles.

MILADY. (Con angustia creciente.)—Pero ¿qué debo pensar de ese exordio?

FERNANDO. (Lentamente, y con intención.)—Como el reproche del honor, si tenéis el capricho de forzarme á daros la mano.

MILADY. (Levantándose.) — ¿Qué significa esto, señor Mayor?

FERNANDO. (Con calma.)—El lenguaje que me sugieren mi corazón... mi nobleza...y esta espada.

MILADY.—El Príncipe os dió esa espada.

FERNANDO.—Me la dió la Patria por mediación del Príncipe... Dios, mi corazón... y mi nobleza, cinco siglos.

MILADY.—El nombre del Duque...

FERNANDO. (Con calor.)—¿Puede acaso el Duque quebrantar á su capricho las leyes humanas, labrar acciones como labra moneda?... Él mismo no puede elevarse sobre el honor, pero sí sellar sus labios con oro. Puede ocultar la vergüenza bajo su manto de armiño. Por Dios, Milady, no hablemos más de esto... La cuestión no es ahora sobre proyectos frustrados, ni sobre antigüedad de la alcurnia... ni sobre la milicia... ó la opinión pública. Estoy dispuesto á hollar todo esto bajo mis plantas, si llegáis á convencerme de que el precio del sacrificio no es peor que el sacrificio mismo.

MILADY. (Alejándose de él afligida.)—¡Señor Mayor! Sois injusto conmigo.

FERNANDO. (Tomando su mano.) — Perdonadme. Hablemos aquí sin testigos. La circunstancia que nos reune á los dos ahora, nunca más en adelante, me autoriza, me obliga á revelaros mis sentimientos más secretos... No puedo explicarme que una señora de tanta belleza y tanto talento... prendas ambas tan estimadas por todos los hombres, se haya entregado á un Príncipe que sólo admira en ella á

su sexo, y que esta misma señora no se avergüence de ofrecer su corazón á otro.

MILADY. (Mirándolo fijamente con dignidad.)—¡Decidlo todo sin miedo!

FERNANDO. — Os llamáis inglesa. Permitidme... yo no puedo creer que lo seáis. La hija libre de la nación más libre del orbe... y tan orgullosa, que ni aun alaba la virtud extranjera... jamás puede ser esclava del vicio extranjero. No es posible que seáis inglesa... ó el corazón de esta inglesa es tan pequeño, como grande y osado el que late en el pecho de sus conciudadanos.

MILADY.—¿Habéis concluido ya?

FERNANDO.—Se podría responder que es vanidad mujeril... pasión... temperamento... inclinación al placer; que es ya harto frecuente que la virtud sobreviva al honor; que muchas, después de deshonrarse, se han reconciliado más tarde con el mundo por sus nobles acciones, y redimido su vergonzoso tráfico, haciendo de él un uso benéfico... Pero ¿cuál es la causa de que este país se vea atormentado de tan insoportables exacciones, antes desconocidas?... Y esto se hace en nombre del Duque... He concluído.

MILADY. (Afable y dignamente.) — Por vez primera, oh Walter, suenan tales discursos en mis oídos, y sois también el único hombre, á quien yo, después de escucharlos, contesto. Al rechazar mi mano, os estimo; os perdono que me calumniéis, pero no creo que lo hagáis seria y deliberadamente. Cualquiera que se singulariza, ofendiendo de ese modo á una señora, que puede perderlo en una sola noche, ó sabe que esa señora es demasiado generosa, ó carece de razón... Que Dios Omnipotente, el que nos reunirá más adelante al Príncipe, á vos y á mí, os perdone el cargo que me hacéis de causar yo la ruina del país... Pero en mí habéis provocado á las inglesas, y á tales invectivas debe contestar mi Patria.

FERNANDO. (Apoyándose en su espada.) —Tengo curiosidad de oiros.

MILADY.—Sebed, pues, lo que, excepto á vos, á nadie he confiado, ni á nadie confiaré... Yo no soy, oh Walter, la aventurera que creéis. Podría envanecerme y afirmar que soy de sangre de Príncipes, de la familia desdichada de Tomás Norfolk, que se sacrificó por María, Reina de Escocia... Mi padre, primer chambelán de Palacio, fué acusado de traición por mantener relaciones con Francia, condenado por un fallo del Parlamento, y decapitado... La Corona se apropió nuestros bienes. Fuimos todos desterrados. Mi madre murió el mismo día del suplicio de mi padre. Yo... niña de unos catorce años... me refugié en Alemania con mi aya... una cajita de joyas... y esta cruz de mi familia, que mi madre moribunda me puso al cuello con sus manos. (Fernando se queda pensativo, y la mira con interés; ella prosigue con mayor animación.) Enferma. . sin nombre... sin apoyo ni fortuna. Yo nada sabía más que algunas palabras de francés... labores ligeras de aguja... y tocar el piano... y en cambio sabía comer en vajilla de oro y plata, dormir bajo colchas de damasco, poner en movimiento á diez criados á una leve señal, y escuchar las lisonjas de los grandes... Seis años trascurrieron así llorando... Mi última joya voló... Mi aya murió, y mi destino condujo á Hamburgo á vuestro Duque. Paseándome un día á orilas del Elba, observé su corriente, y comencé á cavilar si sus aguas serían más profundas que mi dolor... El Duque me vió, me siguió, y averiguó en dónde vivía... postróse á mis pies, y juró amarme. (Detiénese conmovida, y después prosigue con voz lastimera.) Todas las imágenes de mi infancia reaparecieron con su brillo seductor... Lo porvenir, inconsolable, se me ofrecía negro como la tumba... Mi corazón ardía en deseos de encontrar otro corazón... Yo me entregué al suyo. (Alejándose de él.) Condenadme ahora.

Fernando. (Muy conmovido, corre á ella, y la detiene.)—¡Milady! ¡Oh cielos! ¿Qué digo? ¿Qué he hecho?... Mi falta es horrorosa. No es posible que me la perdonéis.

Milady. (Que vuelve, é intenta animarse.) — ¡Oid más! El Príncipe, á la verdad, sorprendió mi juventud inexperta; pero la sangre de los Norfolk, rebelándose, me decía: «Tú, Emilia, Princesa por tu nacimiento, ¿has llegado á ser la concubina de un Príncipe?» Mi orgullo y mi destino luchaban en mi pecho, cuando el Duque me trajo aquí, y se presentó ante mis ojos la escena más horrenda... El deleite de los potentados de este mundo es insaciable hiena que busca sus víctimas con hambre jamás harta... Habíase ensañado cruelmente en este país... separando al amante de su amada... rompiendo el santo vínculo del matrimonio... ya acabando con la tranquila felicidad de las familias. . ya infundiendo contagio pestífero en corazones jóvenes é inexpertos; y discípulas moribundas, entre reproches y maldiciones, se avergonzaban del nombre de su maestro... Yo me interpuse entre el tigre y el cordero; arranqué de los labios del Príncipe un juramento, explotando un instante de pasión, y cesaron desde entonces los sacrificios.

Fernando.—(Recorriendo la sala con la mayor inquietud.)—¡No más, Milady! Basta ya.

Milady.—A tan triste período siguió otro más triste aún. La Corte y el serrallo estaban llenos de la hez de Italia. Frívolas parisienses jugaban con el temido cetro, y el Pueblo era víctima sangrienta de sus caprichos... Todas ellas desaparecieron. Cayeron á mi vista en el polvo una tras otra, porque yo sola era más coqueta que todas juntas. Yo arrebaté las riendas al tirano, adormeciéndolo con mis arrullos... Tu patria, Walter, conoció por vez primera que una mano vigorosa la regía, y se abandonó confiada á mi tutela. (Pausa: míralo con dulzura.) ¡Oh! ¿Por qué razón

el único hombre, de quien yo desearía ser conocida, ha de obligarme á alabarme y á hacer ostentación de mi modesta virtud? Yo, Walter, he abierto muchos calabozos... rasgado sentencias de muerte, y abreviado condenas perpetuas á galeras. Bálsamo consolador he vertido por lo menos en incurables heridas.. confundido en el polvo á poderosos criminales, y salvado á menudo la causa de la inocencia con mis lágrimas de cortesana... ¡Cuán grato, oh joven, era esto para mí! ¡Con qué orgullo rechazaba mi corazón sus quejas, formuladas por mi sangre aristocrática!... Y el hombre que sólo ahora podía recompensarme... el hombre, que por obra del destino había quizás de indemnizarme de mis anteriores sufrimientos... el que ya abrazaba en mis sueños con ardor...

FERNANDO. (Interrumpiéndola muy conmovido.)—¡Es demasiado, es demasiado! Esto es contra nuestro pacto, Milady. Deberíais sólo justificaros, y hacéis de mí un criminal. Ahorrad... yo os conjuro... ahorradme ese disgusto, y no desgarréis mi corazón, llenándolo de vergüenza y de cruel remordimiento.

MILADY. (Estrechando su mano.)—¡Ahora ó nunca! La heroína se ha mostrado ya con exceso... tú has de sentir ahora el peso de estas lágrimas (Con mucha ternura.) Oye, Walter, si una desdichada... atraída hacia tí por una fuerza poderosa é irresistible... se acercase á tí rebosando su pecho de amor ardiente é inagotable... ¡Walter! y tú pronunciaras entonces esa palabra fría de honor...; si esa desdichada... bajo el peso de su vergüenza... cansada del vicio... heróicamente exaltada por la voz de la virtud... así... se arrojase en tus brazos... (Lo abraza, y lo conjura solemnemente.) salvada por tí... por tí devuelta al cielo; ó (Separando de él su rostro, y con voz temblona y sorda.) habiendo de huir de tu imagen, y obedecer el grito horrible de la

desesperación, para encenagarse aún más en el abismo repugnante del vicio...

FERNANDO (Arrancándose de sus brazos, y afligido é inquieto con extremo.) ¡No! ¡por Dios omnipotente! no puedo sufrir esto... Milady, yo debo... mándanmelo el cielo y la tierra... yo debo haceros una confesión, Milady.

MILADY. (Alejándose de él.)—¡Ahora no! ¡Ahora no, por lo más sagrado!... no en este momento crítico, en que mil agudos puñales llenan de sangre mi corazón... Sea mi muerte ó mi vida... ¡no oso... no quiero oirlo!...

FERNANDO.—Sin embargo, sin embargo, estimable Lady, es preciso. Lo que he de deciros atenuará mi culpa, y me servirá de poderosa excusa de lo pasado... Me engañé al juzgaros, Milady. Esperaba... deseaba encontraros merecedora de mi desprecio. Vine aquí firmemente resuelto á ofenderos, y á excitar vuestro odio... ¡Felices ambos, si hubiese logrado mi propósito! (Deteniéndose, y prosiguiendo con timidez y en voz baja.) Yo amo, Milady... amo á una joven oscura... á Luisa Miller, hija de un músico. (Milady, pálida, se aleja: él continúa más animado.) Sé que abro á mis pies un abismo; pero aunque la prudencia imponga silencio á la pasión, el deber habla tanto más alto... Yo soy el culpable. Yo, el primero, le arrebaté la tranquila paz de su inocencia... infundí en su corazón exageradas esperanzas, y lo hice presa de violentos afectos... Recordaréis mi clase... mi nacimiento... las ideas de mi padre...; pero yo la amo... Mi deseo sube tanto más, cuanto más destrozada se halla la naturaleza bajo el peso de las conveniencias sociales... Mi resolución luchará con las preocupaciones... Veremos si sucumbe la moda, ó si sucumbe la humanidad. (Milady se ha retirado mientras tanto á un rincón de la sala, y se oculta el rostro entre las manos. Él la sigue.) ¿Queréis decirme algo, Milady?

MILADY. (Expresando el dolor más profundo.)—¡Nada, señor

de Walter! Nada, sino que os precipitáis en el abismo, y á mí y á una tercera persona.

FERNANDO.—¿También á una tercera?...

MILADY.—Juntos no podemos ya ser felices. Víctimas nos hace la precipitación de vuestro padre. Nunca será mío el corazón de un hombre que me da á la fuerza su mano.

FERNANDO.—¿A la fuerza, Milady? ¿A la fuerza he de darla, y darla, sin embargo? ¿Podréis obligar á una mano, no á un corazón? ¿Arrebatar á una joven un hombre, que es para ella el mundo entero? ¿A un hombre la doncella, el mundo entero para él? Vos, Milady... hace un instante la sublime inglesa... ¿podéis hacerlo?

MILADY.—Porque debo. (Con energía y seriedad.)—Mi pasión, Walter, cede ante la ternura que me inspiráis. Mi honor no puede ceder... Nuestro enlace es el objeto de la conversación de todo el país. Todas las miradas, todos los dardos de la maledicencia se dirigen contra nosotros. Mi oprobio será indeleble, si un súbdito del Príncipe me desprecia. Arreglaos con vuestro padre. Defendeos como podáis... yo hago estallar todas las minas. (Vase apresuradamente; el Mayor se queda mudo y estupefacto. Pausa. Después se retira con precipitación.)

ESCENA IV.

Aposento en casa del Músico.

MILLER, SU ESPOSA Y LUISA, que entran corriendo.

MILLER. (Muy inquieto.)—¡Ya lo había yo pronosticado!

LUISA. (Con la mayor angustia.)—¿Qué, padre? ¿Qué?

MILLER. (Paseándose como un loco.)—¡Mi vestido de gala!...

¡Pronto!... debo anticiparme... ¡y una camisola blanca!... ¡Me lo figuré en seguida!

Luisa.—¡Por Dios! ¿Qué os habéis figurado?

Su Madre.—¿Qué hay, pues? ¿Qué es ello?

Miller. (Que tira al suelo su peluca.)—¡Ahora... corriendo á casa del peluquero!... ¿Qué hay? (Poniéndose de un salto delante del espejo.) ¡Y mi barba, también de un dedo de larga!... ¿Qué hay?... ¿Qué será? ¡Dí, carroña!... El diablo anda suelto, y la tempestad descargará sobre tu cabeza.

Su Mujer.—¡Es claro! Todo descargará sobre mí.

Miller.—¿Sobre tí? ¡Sí, lengua maldita! y ¿sobre quién había de ser? Hoy por la mañana, con tu endiablado gentilhombre... ¿No lo dije entonces?... Wurm charló ya.

Su Mujer.—¡Ah! ¿Es eso? ¿Cómo lo has de saber tú?

Miller.—¿Cómo lo he de saber?... Ahí... bajo el dintel de la puerta, hay un dependiente del Ministro preguntando por el músico.

Luisa.—¡Estoy muerta!

Miller.—Y ¡tú también, con tus ojos de oreja de ratón! (Ríese con malignidad.) He aquí la confirmación de lo que se dice: cuando el diablo pone un huevo en una casa, nace al dueño una hija linda... Ahora lo veo manifiesto.

Su Mujer.—¿De dónde sabes tú que se trata de Luisa?... Quizás te hayan recomendado al Duque. Puede quererte para su orquesta.

Miller. (Cogiendo apresuradamente su bastón.)—¡Caiga sobre tí la lluvia de azufre de Sodoma!... ¡La orquesta!... ¡Sí; en la que tú, alcahueta, aullarás de tiple, y mi bastón hará de bajo! (Déjase caer en su asiento.)

Luisa. (Sentándose también, pálida como un cadáver.)—¡Madre! ¡Padre! ¿Por qué mi sobresalto?

Miller. (Levantándose.)—¡Pero que pase una sola vez ese chupatinta á mi alcance!... ¡que pase!... ya en este mundo, ya en el otro... si no le rompo el cuerpo y el alma, y le

imprimo en la piel los siete Mandamientos, y las siete súplicas del Padre Nuestro, y todos los libros de Moisés y de los Profetas, de suerte que se conserven las señales hasta el día de la resurrección de los muertos...

Su Mujer.—¡Sí! ¡Jura y alborota! Así ahuyentarás al diablo. ¡Socórrenos, Dios Santo! ¿En donde refugiarnos? ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de este trance? ¡Miller, dí algo! (Corre aullando por el aposento.)

Miller.—¡Voy á ver al Ministro! Yo mismo le hablaré... Yo en persona se lo diré. Tú lo sabías antes que yo. Podías habérselo indicado. Nuestra hija se hubiese dejado persuadir. Todavía era tiempo... pero no... lo importante era dar pábulo á la crítica; lo importante era que mordiese el anzuelo. ¡Y tú has echado leña en la hoguera!... ¡Bueno! Ahora guarda tu piel de alcahueta. ¡Traga ahora el manjar que has guisado! ¡Yo cargo con mi hija, y atravieso la frontera!

ESCENA V.

Los mismos y FERNANDO WALTER, que, sin aliento, entra apresuradamente.

Fernando.—¿Ha venido mi padre?

Luisa. (Levantándose asustada.)—¡Su padre! ¡Dios Todopoderoso!

Su Madre. (Juntando las manos.)—¡El Presidente! Todo se acabó.

Miller. (Riendo con malicia.)—¡Loado sea Dios! ¡Loado sea Dios! ¡Ya empieza la fiesta!

Fernando. (Corriendo hacia Luisa, y estrechándola en sus brazos.)—¡Tú eres mía, aunque el cielo y el infierno se interpongan entre nosotros!

LUISA.—¡Mi muerte es segura!... ¡Habla!... Has pronunciado un nombre horrible... Tu padre.

FERNANDO.—Nada. Nada. Ya pasó todo. Tú eres de nuevo mía. Yo soy otra vez tuyo. Déjame respirar en tu pecho. Fué un momento crítico.

LUISA.—¿Cuál? ¡Tú me matas!

FERNANDO. (Que retrocede, y la mira con pasión.) — Un momento, Luisa, en que se interpuso entre ambos una forma extraña... en que mi conciencia hizo palidecer á mi amor, en que mi Luisa dejó de ser todo para su Fernando... (Luisa cae en la silla, tapándose el rostro; Fernando corre á ella, la contempla en silencio é inmóvil, y después la deja de repente muy conmovido.) ¡No! ¡Nunca! ¡Imposible, Milady! ¡Es pedir demasiado! Yo no puedo sacrificarte esta inocente... no, ¡por Dios Todopoderoso! Yo no puedo violar mi juramento, que, como el trueno del cielo, me amenaza desde esos ojos lánguidos... ¡Mira aquí, Milady!... ¡aquí, padre tirano!... ¿Yo he de degollar este ángel? ¿He de abandonar á los tormentos del infierno á esta alma celestial? (Con energía, acercándose de nuevo á ella.) Quiero llevarla ante el trono del Juez Supremo, y si es mi amor un crimen, que el Eterno lo declare. (Le coge una mano, y la levanta de la silla.) ¡Anímate, prenda mía la más querida!... ¡Venciste! Como en triunfo vengo aquí después de peligrosa lucha.

LUISA.—¡No! ¡No! No me ocultes nada. Pronuncia la horrible sentencia. ¿Has nombrado á tu padre? ¿Has nombrado á Milady?... Frío mortal me acomete. Dícese que se casará...

FERNANDO. (Echándose á sus pies, como herido de un rayo.)— ¡Conmigo, desdichada!

LUISA. (Después de una pausa, en voz baja y balbuciente, y con horrible calma.)—Y ahora... ¿qué temo ya?... Habíamelo ya dicho con frecuencia aquel anciano, que está allí... y yo nunca lo había creído. (Pausa, después se arroja llorando en

los brazos de Miller.) ¡Padre; aquí tienes de nuevo á tu hija!... ¡Perdón, padre!... ¿Qué había de hacer tu hija, cuando tan grato era su sueño... y tan horrible el despertar?...

MILLER.—¡Luisa! ¡Luisa!... ¡Oh Dios! está fuera de sí... ¡Mi hija, mi pobre niña!... ¡Maldito sea tu seductor!... ¡Maldita la mujer que ha patrocinado estos amores!

SU MUJER. (Abalanzándose llorosa á Luisa.)—¿Merezco yo esta maldición, hija mía? Que Dios os perdone, Barón... ¿Qué os ha hecho este cordero, para que lo degolléis?

FERNANDO. (Acercándose á ella.)—Pero yo desharé sus intrigas... romperé todas estas cadenas supersticiosas... Como hombre libre haré mi elección, para que esas almas de reptiles se arrastren alrededor del edificio gigantesco de mi amor. (Quiere irse.)

LUISA. (Se levanta temblando de su sillón, y lo sigue.)—¡Detente, detente! ¿Adónde quieres...? Padre... Madre... ¿nos abandona en este momento crítico?

SU MADRE. (Corriendo hacia ella, y deteniéndola.)—El Presidente intenta venir aquí... maltratará á nuestra hija... nos maltratará á nosotros... Señor Walter, ¿también nos abandonáis?

MILLER. (Con risa colérica.)—¿Que nos abandona? ¡Sin duda! ¿Por qué no?... ¡Ella se abandonó ya á él en cuerpo y alma! (Cogiendo la mano del Mayor, y la de Luisa.) ¡Paciencia, señor! Para salir de mi casa es preciso pasar por allí... Aguarda primero á tu padre... si no eres un bribón... cuéntale cómo te has insinuado en su corazón, oh seductor, ó por Dios!... (Lanzándole su hija con ira y violencia.) Primero has de aniquilar á este gusano miserable, á quien su amor por tí ha llenado de oprobio.

FERNANDO. (Que retrocede, y se pasea meditabundo.)—Grande es, á la verdad, el poder del Presidente... el derecho de la patria potestad es una palabra de extenso significado...

hasta el crimen puede ocultarse bajo su sombra... y caminar mucho más allá... ¡más allá!... Sin embargo, el amor es en todo exagerado... ¡Aquí, Luisa! ¡Dáme tu mano! (Se la estrecha.) Así Dios no me abandone al exhalar el postrer suspiro... en el momento en que estas dos manos se separen, ¡queda roto todo vínculo entre mi existencia y la creación!

LUISA.—¡Tengo miedo! ¡No me mires! ¡Tus labios tiemblan! ¡Tus ojos se mueven de un modo siniestro!...

FERNANDO.—¡No, Luisa! ¡No tiemblo! ¡No deliro! El más rico presente del cielo es la decisión en el instante crítico, en que el alma oprimida expresa lo que siente de una manera insólita... Yo te amo, Luisa... Tú serás mía, Luisa... Ahora, á ver á mi padre. (Al salir precipitadamente tropieza con el Presidente.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL PRESIDENTE con varios criados.

EL PRESIDENTE. (Al entrar.)—¡Aquí está! (Todos se quedan atónitos.)

FERNANDO. (Retrocediendo algunos pasos.)—En la mansión de la inocencia.

EL PRESIDENTE.—¿En donde el hijo aprende á desobededer á su padre?

FERNANDO.—Dejadnos que...

EL PRESIDENTE. (Interrumpiéndolo, á Miller.) — ¿Este es el padre?

MILLER.—Miller, músico de la ciudad.

EL PRESIDENTE. (A la mujer de Miller.)—¿Y esa la madre?

La Mujer.—¡Ay de mí! ¡Sí! ¡La madre!

Fernando. (A Miller.)—Llevaos de aquí á vuestra hija... pudiera desmayarse.

El Presidente.—¡Inútil cuidado! Yo le devolveré el uso de sus sentidos. (A Luisa.) ¿Cuánto tiempo hace que conocéis al hijo del Presidente?

Luisa.—Nunca le he hablado de él. Fernando Walter me visita desde noviembre.

Fernando.—Os adora.

El Presidente.—¿Os ha hecho alguna promesa formal?

Fernando.—Hace pocos instantes las más solemnes ante Dios.

El Presidente. (Colérico á su hijo.)—Ya te tocará confesar también tu locura. (A Luisa.) Aguardo vuestra respuesta.

Luisa.—Ha jurado amarme.

Fernando.—Y cumplirá su juramento.

El Presidente.—¿Será preciso que te mande callar?... ¿Aceptasteis ese juramento?

Luisa. (Con pasión.)—Yo se lo juré también.

Fernando. (Con voz firme.)—El pacto es perfecto.

El Presidente.—Yo extinguiré hasta su eco. (Con malignidad á Luisa.) ¿Pero os pagó siempre al contado?

Luisa. (Con interés.)—No comprendo esa pregunta.

El Presidente. (Con sonrisa forzada.)—¿No? Pues bien; tan sólo quería decir... cada profesión, al parecer, tiene sus emolumentos... no habréis concedido gratis vuestros favores... á no ser que os haya bastado la existencia de la obligación. ¿Qué hay en esto?

Fernando. (Fuera de sí.)—¡Infierno! ¿Qué significa esa pregunta?

Luisa. (Al Mayor, con dignidad y desagrado.)—Desde ahora sois libre, señor Walter

Fernando.—La virtud, oh padre, hasta en el pordiosero es respetable.

El Presidente. (Riéndose á carcajadas.)—¡Divertida pretensión! ¡Que el padre respete á la concubina del hijo!

Luisa. (Cayendo en tierra.)—¡Oh cielo y tierra!

Fernando. (Socorriendo á Luisa, y adelantándose con ella hacia el Presidente, con la espada en la mano, y bajándola en seguida.) ¡Padre! Tenéis derecho á mi vida... Ya estáis pagado. (Metiendo la espada en la vaina.) Mi deuda de deber filial se extinguió ya por completo...

Miller (Que aparte hasta entonces temeroso, se pone en movimiento, ya rechinando los dientes de rabia, ya temblando de angustia.)—Vuecencia... el hijo es obra del padre... dignáos, señor... quien injuria al hijo, injuria al padre, y bofetón por bofetón... he aquí nuestra tasa... dignáos, señor...

Su Mujer. — ¡Socorro, Dios salvador!... El viejo interviene también... la tempestad descargará sobre todos nosotros.

El Presidente. (Que sólo ha oido á medias.)— ¿El alcahuete se mueve á su vez?... Ya hablaremos, señor alcahuete.

Miller.—¡Dignaos escucharme, señor! Me llamo Miller... si deseáis oir un adagio... yo no intervengo en amoríos. Mientras la Corte se reserve ese privilegio, no llegará el contagio hasta nosotros. ¡Dignaos oirme, señor!

El Presidente. (Pálido de cólera.)—¿Cómo?... ¿Qué es esto? (Acércase á él.)

Miller. (Que retrocede lentamente.)—Esa era sólo mi opinión, señor... ¡Dignaos escucharme!

El Presidente.—¡Ah, bribón! Tu opinión temeraria podrá llevarte á la cárcel... ¡Fuera de aquí! Que vengan los alguaciles (Vanse algunos de su séquito: el Presidente se pasea colérico.) El padre á la cárcel... la madre, y la prostituta de su hija, á la vergüenza... La justicia dará su brazo á mi ira. Terrible satisfacción recibiré por ese insulto... ¿Desbaratará mis planes semejante chusma, é indispondrá impune al padre con su hijo?... ¡Ah, malditos! Mi odio se aplacará

en vuestra ruina, y toda la canalla, el padre, la madre y la hija serán sacrificados á mi ardiente venganza.

FERNANDO. (Que se interpone entre ellos firme y tranquilo.)—¡Oh, no! ¡Nada temáis! ¡Estoy yo aquí! (Al Presidente, con respeto.) ¡No os precipitéis, padre mío! Si os amáis, dejaos de violencias. Hay un ángulo en mi corazón, en donde nunca se ha oído el nombre de padre... No lleguéis hasta él.

EL PRESIDENTE.—¡Calla, necio! No aumentes mi cólera.

MILLER. (Volviendo en sí de su mudo asombro.)—¡Cuida de tu hija, mujer! Yo corro á ver al Duque... El sastre... ¡Dios me lo inspira! el sastre es mi discípulo de flauta. Por su mediación veré sin falta al Duque. (Hace ademán de irse.)

EL PRESIDENTE.—¿Al Duque dices?... ¿Olvidas que yo soy el umbral, que has de atravesar necesariamente, ó romperte la cabeza?... ¿Tú hasta el Duque, estúpido?... Prueba á hacerlo cuando tú, enterrado en vida en lo profundo de un calabozo subterráneo, en donde se enamoran la noche y el infierno, nada digas ni nada veas. Entonces sacudirás tus cadenas y gritarás: «¡Demasiado lo he merecido!»

ESCENA VII.

Los MISMOS y los ALGUACILES.

FERNANDO (Que corre hacia Luisa, la cual cae exánime en sus brazos.)— ¡Luisa! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡El horror la mata! (Miller toma su bastón, se pone el sombrero y se prepara al ataque. Su mujer se hinca de rodillas ante el Presidente.)

EL PRESIDENTE. (A los esbirros, mostrando sus condecoraciones.) ¡Llevarlos, en nombre del Duque!... ¡Lejos de esa mujerzuela, joven!... Desmayada ó no... cuando el collar de hierro la oprima, despertará á pedradas.

LA MUJER DE MILLER.—¡Misericordia, señor excelentísimo! ¡Misericordia! ¡Misericordia!

MILLER. (Levantando á su mujer.)—Arrodíllate delante de Dios, vieja y escandalosa bribona, no delante de... miserables, ya que estoy condenado á ir á la cárcel.

EL PRESIDENTE. (Mordiéndose los labios.)—¡Quizás te engañes, torpe! Hay horcas de sobra todavía. (A los esbirros.) ¿He de repetiros mis órdenes? (Los esbirros se agrupan junto á Luisa.)

FERNANDO. (Acercándose á ella y protegiéndola colérico.)—¿Quién se atreverá? (Saca su espada y se defiende con el puño.) Que nadie la toque si no ha vendido antes su cabeza á la justicia. (Al Presidente.) ¡Deteneos, por Dios! ¡No me precipitéis, padre!

EL PRESIDENTE. (Amenazando á los esbirros.)—Si queréis seguir ganando vuestro sustento, cobardes... (Los esbirros se acercan de nuevo á Luisa.)

FERNANDO.—¡Muerte y condenación, os digo! ¡Atrás!... ¡Por última vez! ¡Compadeceos de vosotros mismos! ¡No me apuréis hasta el último extremo, padre!

EL PRESIDENTE. (Lleno de ira, á los esbirros.)—¿Este es vuestro celo, bribones? (Los esbirros se adelantan más animosos.)

FERNANDO.—Ya que no hay otro remedio... (Sacando su espada, é hiriendo á algunos.) ¡pérdoname, oh justicia!

EL PRESIDENTE. (Fuera de sí.) — Veremos si esa espada sirve también contra mí. (Coge él mismo á Luisa, la levanta y la entrega á un esbirro.)

FERNANDO. (Sonriendo amargamente.)—¡Padre, padre! Eso es un sarcasmo contra la divinidad, puesto que elige tan mal sus servidores, que convierte en el peor de los Ministros al ayudante más perfecto del verdugo.

EL PRESIDENTE. (A los demás.)—¡Fuera con ella!

FERNANDO.—Se la pondrá en la picota, padre, pero con

el Mayor, hijo del Presidente... ¿Insistís todavía en vuestro propósito?

El Presidente.—Tanto más divertido será así el espectáculo... ¡Fuera!

Fernando.—Padre, yo dejo sobre esta joven mi espada de oficial... ¿Persistís todavía en vuestro propósito?

El Presidente.—Tu espada, estando á su lado en la picota, se podría contaminar también... ¡Fuera, fuera! ¡Ya conocéis mi voluntad!

Fernando. (Rechazando al esbirro, sosteniendo á Luisa con una mano, y protegiéndola con la otra armada.)—¡Padre, padre! Antes que consentir en que deshonréis á mi esposa, le atravesaré el corazón... ¿Persistís aún en vuestro empeño?

El Presidente.—Hazlo, si tu espada es bastante aguda.

Fernando. (Que suelta á Luisa, y mira al cielo horriblemente.)—¡Tú eres testigo, Dios omnipotente! He ensayado todos los remedios humanos... Probemos uno diabólico... Mientras la lleváis á la picota (Al oido del Presidente.) contaré yo en Palacio un cuento titulado: *Manera de llegar á ser Presidente.* (Vase.)

El Presidente. (Como herido de un rayo.)—¿Cómo?... Fernando... Dejadla libre. (Corre detrás del Mayor.)

ACTO III.

Sala en casa del Presidente.

ESCENA I.

EL PRESIDENTE y el secretario WURM

El Presidente.—El lance ha sido endiablado.

Wurm.—Me lo temía, poderoso señor. La violencia irrita á los fanáticos, pero nunca los convence.

El Presidente.—Yo confiaba plenamente en el éxito feliz de mi proyecto. Discurría de este modo: cuando la doncella haya sido deshonrada, él, como oficial, habrá de retroceder sin remedio.

Wurm.—Muy bien, sin duda; pero era menester que antes la deshonrara.

El Presidente.—Y, sin embargo... ahora, al reflexionar á sangre fría en lo sucedido... yo no debiera haberme dejado intimidar... Era una amenaza, en cuyo cumplimiento no ha pensado formalmente.

Wurm.—No lo creáis. Las pasiones, sobrexcitadas, no se detienen ante ninguna locura. Me deciaís que el Mayor ha sido refractario siempre á vuestras órdenes. ¡Lo creo! Las ideas que él ha adquirido en sus academias, no me infunden tranquilidad alguna. ¿Qué importancia han de tener las

ilusiones sobre grandeza del alma y nobleza personal en una Corte, en donde el más sabio es el que con más habilidad y más oportunamente se convierte en grande ó en pequeño? Es demasiado joven y fogoso, para que le plazca esa senda pesada y tortuosa de la intriga; sólo lo magnánimo y lo arriesgado pondrá á su ambición en movimiento.

El Presidente. (De mal humor.)—Pero esas sensatas observaciones ¿pueden mejorar acaso el estado actual de nuestro asunto?

Wurm.—Mostrarán la herida á V. E. y quizás también el remedio. Dispensadme si os digo que un carácter como el suyo... ni es á propósito para confidente, ni tampoco para enemigo. Tiene horror á los medios, á que debéis vuestro encumbramiento. El ser hijo vuestro ha refrenado hasta ahora su traidora lengua. Ofrecedle ocasión oportuna de desatar ese vínculo; atacad su pasión con golpes violentos y repetidos, impropios de un padre cariñoso, y sus deberes patrióticos se sobrepondrán á todos los demás. Hasta el capricho singular de proporcionar á la justicia una víctima tan notable, podría acaso incitarlo á perder á su mismo padre.

El Presidente.—Wurm... Wurm... Me lleváis á un abismo horrible.

Wurm.—Alejaros de él es lo que intento, señor. ¿Puedo hablar libremente?

El Presidente. (Sentándose.)—Como un condenado á muerte á un compañero.

Wurm.—Entonces, perdonadme... A lo que me parece, debéis á vuestra flexibilidad de cortesano el cargo elevado de Presidente; ¿por qué no le fiáis también el de padre? Recuerdo la franqueza con que persuadisteis á vuestro predecesor á jugar una partida de piquete, y le hicisteis beber fraternalmente, por espacio de media noche, vino de Borgoña; la misma noche, en que había de estallar la soberbia

mina que estaba preparada, y lanzarlo en los aires... ¿Por qué habéis revelado á vuestro hijo que yo soy su enemigo? Nunca hubiera debido saber que yo conocía sus amores. Mejor fuera socavar la novela, en cuanto se relacionaba con esa doncella, y conservaros el respeto de vuestro hijo. Tal era el medio de representar el papel de general astuto, que no ataca á su adversario en el corazón de su ejército, sino sembrando en sus filas la discordia.

El Presidente.—Y ¿cómo conseguirlo?

Wurm.—Del modo más sencillo... y la partida no es todavía desesperada. No os acordéis de vuestra paternidad por largo tiempo. No os pongáis en lucha con una pasión, que crece con los obstáculos... Dejad á mi cargo que yo dé calor en su seno al gusano que ha de devorarla.

El Presidenne.—Tengo curiosidad de saber...

Wurm.—O yo comprendo mal el termómetro del alma, ó el señor Mayor es tan terrible en su amor como en sus celos. Que en este terreno llegue á sospechar algo de ella... con razón ó sin razón. Basta un grano sólo de levadura para poner en espantosa fermentación á toda la masa.

El Presidente.—¿En dónde hallar ese grano?

Wurm.—He aquí el punto capital del problema... pero declaradme ante todo, Excmo. Sr., el riesgo á que os exponéis si el Mayor rehusa obedeceros... cuánto os interesa llegar al desenlace de esa novela de doncella de la clase media, y llevar á término el casamiento con lady Milford.

El Presidente.—¿Es posible abrigar dudas sobre esto? Pierdo toda mi influencia, si las bodas de la Inglesa se deshacen, y mi cabeza, si fuerzo la voluntad del Mayor.

Wurm. (Alegre.)—Ahora que vuestra Gracia se digne oirme... Enredaremos al señor Mayor por medio de la astucia. Contra ella emplearemos todo vuestro poder. Le dictamos un billete amoroso á un tercero, y lo hacemos llegar con maña á manos del amante.

El Presidente.—¡Qué disparate!... ¿Cómo ha de prestarse ella á firmar su sentencia de muerte?

Wurm.—Lo hará, si me dejáis obrar con libertad. Conozco, hasta en sus profundidades, la bondad de su corazón. Sólo hay dos flacos vulnerables para doblegar su conciencia... su padre y el Mayor. Este último queda fuera del juego por completo, y así estamos más desembarazados para emprenderla con el músico...

El Presidente.—Por ejemplo, para...

Wurm.—Según lo que me ha referido V. E. de la escena de la casa, nada más fácil que envolver al padre en una causa criminal. La persona del favorito y del Canciller es, en cierto modo, la sombra de la Majestad... las ofensas al primero, crímenes respecto de la última... Por lo menos, con este espantajo, bien manejado, me lisonjeo de hacer pasar al pobre hombre por el ojo de una aguja.

El Presidente.—Sin embargo... no llegará á ser un asunto serio.

Wurm.—De ninguna manera... Sólo en cuanto conviene, para llenar de sobresalto á la familia... Ponemos al músico á buen recaudo... se podría hacer lo mismo con la madre, para aumentar la inquietud general... se hablará de castigo, de calabozo, de prisión perpétua, y la carta de la hija será la única condición de la libertad del preso.

El Presidente.—¡Bueno, bueno! Ya entiendo.

Wurm.—Ella ama á su padre... hasta con pasión podría añadir. El peligro que ha de correr su vida... cuando menos su libertad... los remordimientos de conciencia, que ha de sentir con este motivo... la imposibilidad de unirse al Mayor... por último, el desorden de sus facultades mentales, que yo fomentaré... todo lo cual es inevitable... ha de hacerla caer en el lazo.

El Presidente.—Pero, ¿y mi hijo? ¿No llegará al punto á su conocimiento? ¿No se enfurecerá sobremanera?

WURM.—Dejad esto á mi cuidado, Excmo. Sr. Ni el padre ni la madre se verán libres, hasta que toda la familia se haya obligado con juramento solemne á guardar secreto sobre lo pasado, y á confirmar nuestra trama.

EL PRESIDENTE.—¿Para qué, imbécil, podrá servir un juramento?

WURM.—Nada para nosotros, Excmo. Sr.; todo para esas gentes... Y reflexionad ahora cómo por el medio indicado lograremos ambos nuestro objeto. Ella pierde el cariño de su amante y su buena reputación. El padre y la madre se humillarán poco á poco, aleccionados por los embates de la adversidad, y al fin comprenderán que es un acto de compasión por mi parte rehabilitar la buena fama de su hija, dándole mi mano.

EL PRESIDENTE. (Riéndose y moviendo la cabeza.)—Sí, bribón, me confieso vencido. La urdimbre está tejida con satánica destreza. El discípulo aventaja ya al maestro... Falta saber todavía á quién ha de dirigirse la carta. ¿Quién podrá excitar sospechas contra ella?

WURM.—Alguno necesariamente que, á causa de la resolución de vuestro hijo, se exponga á perderlo ó ganarlo todo.

EL PRESIDENTE. (Después de meditar un instante.)—No se me ocurre otro que el Mariscal.

WURM. (Encogiéndose de hombros.)—No sería él seguramente, si yo fuese Luisa Miller.

EL PRESIDENTE.—¿Y por qué no? ¿Qué hay de extraño en esto? Un guardarropa deslumbrador... una atmósfera *d'eau de mille fleurs* y de ámbar... á cada palabra necia un puñado de ducados... todo esto junto, ¿no podría seducir al cabo á una joven de la clase media, y acabar con sus escrúpulos? ¡Oh, mi buen amigo! ¡Los celos no son delicados! Voy á llamar al Mariscal. (Llama.)

WURM.—Mientras se encarga V. E. de este asunto y de

la prisión del músico, cuidaré yo de escribir la carta amorosa.

El Presidente. (Acercándose á su mesa.)—En cuanto la termines, tráemela para leerla. (Vase Wurm, el Presidente escribe: viene un ayuda de cámara, á quien el Presidente, levantándose, entrega un papel.) Que se lleve á la justicia sin tardanza este mandamiento de prisión... y que vaya otro á rogar al Mariscal que me vea.

El Ayuda de cámara.—Su señoría acaba de llegar aquí ahora mismo.

El Presidente.—Mejor; pero decid que mis órdenes se cumplan con recato y sin escándalo alguno.

El Ayuda de cámara.—Muy bien, Sr. Excelentísimo.

El Presidente.—¿Entendéis? Con el mayor sigilo.

El Ayuda de cámara.—Perfectamente, Excelentísimo Señor.

ESCENA II.

EL PRESIDENTE y EL MARISCAL DE LA CORTE.

El Mariscal. (Con aire de persona muy ocupada.)—¡Solo vengo *en passant*, querido! ¿Qué tal? ¿Cómo estáis?... Esta noche la gran ópera de *Dido*... fuegos artificiales soberbios... el incendio de una ciudad entera... ¿La veréis también arder? ¿No es así?

El Presidente.—Sobrados fuegos artificiales hay en mi propia casa para hacer saltar en los aires toda mi grandeza... Venís, querido Mariscal, en la ocasión más oportuna para aconsejarme y ayudarme en un asunto, que ha de arrastrarnos á ambos, ó arruinarnos por completo ¡Sentaos!

El Mariscal.—Me llenáis de miedo, excelente amigo.

El Presidente.—Sí, como os digo, que nos arrastra ó nos arruina por completo. Ya conocéis mi proyecto relativo á la Lady y al Mayor. Comprendéis su necesidad para asegurar nuestra fortuna. Es posible que todo se lo lleve el diablo, Kalb. Mi hijo Fernando lo rechaza.

El Mariscal.—¿Cómo así?... ¿cómo así?... ¿cuando ya lo he divulgado por toda la ciudad? No se habla más que de ese casamiento.

El Presidente.—Os exponéis á pasar por hombre inconsiderado. Ama á otra.

El Mariscal.—Os chanceáis. ¿Y ésa es la dificultad?

El Presidente.—La más insuperable, tratándose de ese obstinado.

El Mariscal.— ¿Será tan loco para renunciar de ese modo á su fortuna? ¿Es creíble?

El Presidente.—Preguntádselo, y veréis cómo os contesta.

El Mariscal.—Pero, *¡mon Dieu!* ¿Qué podrá contestar?

El Presidente.—Que se propone revelar á todo el mundo el crimen, á que debemos nuestra elevación... exhibir nuestras cartas y recibos falsificados... que desea entregarnos á ambos á la justicia... todo esto puede responder.

El Mariscal.—¿Estáis en vuestro juicio?

El Presidente.—Tal fué su respuesta. Tal era también su propósito... Y sólo humillándome mucho he impedido su realización. ¿Qué se os ocurre ahora?

El Mariscal. (Con aire estúpido.) —Mi razón se calla.

El Presidente.— Pase, no obstante, lo dicho; pero ha poco he sabido por mis espías que Bock, el copero mayor, está á punto de conquistar á la inglesa.

El Mariscal.— Me trastornáis el juicio. ¿Quién decís? ¿Bock decís?... ¿Sabéis también, acaso, que somos ambos enemigos mortales? ¿Conocéis la causa?

El Presidente.—Es la primera vez que oigo hablar de esto.

El Mariscal.—Pues escuchad, querido mío, y os asombraréis... Si os acordáis de aquel baile de Corte... hará ahora cosa de veintiun años... en que se bailó en nuestra ciudad la danza inglesa, antes desconocida, y se manchó de cera de un candelabro el dominó del Conde de Murschaum...; ¡sí, por Dios, sin duda os acordaréis de todo esto!

El Presidente.—¿Quién podría olvidarlo?

El Mariscal.—Pues bien; la Princesa Amalia, en el fervor del baile, había perdido una liga... Todos, como es de suponer, se alarmaron.... Bock y yo... ambos éramos gentileshombres de cámara... nos arrastramos por todo el salón buscando la liga... Al fin la ví... Bock lo notó... me previno, y me la arrebató de las manos. ¡Dios mío!... y la entregó á la Princesa, y me birló el favor que hubiese logrado... ¿Qué opináis?

El Presidente.—¡Importuno!

El Mariscal.—Me birló los cumplimientos de S. A... Estuve á punto de desmayarme. ¡Malignidad semejante no se ha visto jamás!... Al fin, me reanimo, me acerco á S. A.) y le digo: «Serenísima Señora, Bock fué bastante afortunado, bastante dichoso para presentar la liga á V. A., y quien la vió primero ha obtenido su recompensa en silencio, y se calla...»

El Presidente.—¡Bravo, Mariscal, bravísimo!

El Mariscal.—«Y se calla... ¡Pero yo conservaré por esto á Bock rencor eterno hasta el día del juicio... á ese bajo, rastrero, adulador!..» Y como si esto no fuera suficiente... en nuestra lucha por la liga venimos al suelo... me desempolva Bock todo el lado derecho, y soy ya hombre perdido para todo el resto del baile.

El Presidente.—Y he ahí al hombre, que se casará

con la Milford, y será el personaje principal de la Corte.

El Mariscal.—Hundís el puñal en mi corazón. ¿Lo será? ¿Lo será? ¿Por qué lo será? ¿En dónde está la necesidad de que lo sea?

El Presidente.—Porque mi hijo Fernando no quiere, y no se presenta otro.

El Mariscal.—Pero ¿no se os ocurre ningún otro medio de oponeros á la resolución del Mayor?... ¿No lo hay, por extraño, por desesperado que sea? ¿Qué cosa del mundo, por repugnante que parezca, si fuera eficaz, no sería aceptada por nosotros, si hubiéramos de librarnos de ese odioso Bock?

El Presidente. — Una sola se me ocurre, y depende de vos.

El Mariscal.—¿De mí? ¿Y es...?

El Presidente.—La de alejar al Mayor de su amada.

El Mariscal.—¿Separarlos? ¿Cómo entendéis esto?... Y yo ¿qué puedo hacer?

El Presidente. — Toda la ganancia es nuestra, si logramos hacer sospechosa la doncella á los ojos del Mayor.

El Mariscal.—¿Por robar, decís?

El Presidente.—¡Ah! ¡No es eso! ¿Cómo había él de creerlo?... que tiene relaciones con otro.

El Mariscal.—¿Y ese otro?

El Presidente.—Lo seríais vos, Barón.

El Mariscal.—¿Yo? ¿Yo?... ¿Es ella noble?

El Presidente.—¿Qué importa eso? ¡Qué idea!... Es hija de un músico.

El Mariscal.—Esto es, de la clase media. ¡Imposible! ¿Cómo pensar?...

El Presidente.—¿Por qué imposible? ¡Locuras! ¿Qué mortal, cuando se trata de dos lindas mejillas, se acuerda de árboles genealógicos?

El Mariscal.—Pero tened en cuenta que soy casado. Además, mi reputación en la Corte...

El Presidente.—Ya, eso es otra cosa. Perdonadme. Ignoraba que dais más importancia á pasar por hombre de costumbres irreprochables que á tener influencia. No hablemos más del asunto.

El Mariscal.—¡Prudencia, Barón! Yo no lo entendía así.

El Presidente. (Con frialdad.)—¡No... no! Vuestro derecho es perfecto. Estoy ya cansado. Que corra, pues, la rueda. Deseo todo linaje de dichas á Bock, primer ministro. El mundo es muy vasto. Solicitaré del Duque que acepte mi dimisión.

El Mariscal.—¿Y yo?... Sabéis hablar bien, porque sois estudioso; pero yo... *¡Mon Dieu!*... ¿Qué seré yo, si S. A. me abandona?

El Presidente.—*Un bon mot* de anteayer, la moda del año pasado.

El Mariscal.—¡Yo os conjuro, mi querido, mi espléndido amigo!... Desechad ese pensamiento. Estoy dispuesto á todo.

El Presidente.—¿Queréis dar vuestro nombre para una cita, que esta Miller os propondrá por escrito?

El Mariscal.—¡Por Dios Santo! Lo doy.

El Presidente.—¿Y dejar caer la carta, en donde el Mayor pueda encontrarla?

El Mariscal.—Como en la parada, por ejemplo, casualmente, al sacar el pañuelo.

El Presidente.—Y ¿desempeñaréis ante el Mayor vuestro papel de enamorado?

El Mariscal.—*¡Mort de ma vie!* ¡Yo lo lavaré! Yo excitaré el apetito de ese impertinente por mi amada.

El Presidente.—El asunto promete. Hoy se escribirá la carta. Venid por ella esta noche, para que estudiemos bien nuestro papel.

El Mariscal.—En cuanto termine diez y seis visitas de suma importancia. Dispensadme, pues, si me despido cuanto antes. (Vase.)

El Presidente. (Llamando.)—Cuento con vuestra habilidad, Mariscal.

El Mariscal. (Volviéndose.)—¡Ah, *mon Dieu!* Ya me conocéis.

ESCENA III.

EL PRESIDENTE y WURM.

Wurm.—El músico y su esposa, con toda felicidad y sin escándalo, han sido llevados á la cárcel. ¿Quiere leer V. E. la carta?

El Presidente. (Después de leerla.)—¡Magnífico, magnífico, Secretario! También ha mordido el cebo el Mariscal... Un veneno como este es capaz de emponzoñar á la misma salud... Ahora, á trabajar con el padre, y á preparar á la hija. (Vanse cada uno por su lado.)

ESCENA IV.

Aposento en la casa de Miller.

LUISA y FERNANDO.

Luisa.—Cállate, por Dios. Ya no espero día alguno feliz. Todas mis esperanzas se han desvanecido.

Fernando.—Y las mías se han aumentado. Mi padre está furioso; mi padre empleará contra nosotros todas sus armas. Me obligará á representar el papel de hijo desnatura-

lizado. Poco me importan ya mis deberes filiales. El delirio y la desesperación me arrancarán al cabo el horrible secreto de su crimen. El hijo entregará al padre en manos del verdugo... El peligro es supremo... y supremo ha de ser, cuando mi amor se aventura á dar este paso gigantesco... Oye, Luisa... Una idea, grande, infinita como mi pasión, cruza por mi mente... ¡Tú, Luisa, y yo, y el amor! ¿No compone este círculo todo nuestro cielo? ¿Quieres añadir acaso algún otro elemento?

LUISA.—¡Detente! ¡No más! Palidezco al pensar en lo que vas á añadir.

FERNANDO.—¿Qué otra pretensión hemos de abrigar para granjearnos la aprobación de las gentes? ¿A qué arriesgarse, cuando nada hay que ganar, y todo se ha perdido?... Estos ojos ¿no brillarán siempre tan seductores, ya se reflejen en el Rhin, en el Elba, ó en el mar Báltico? En donde me ame Luisa, será mi patria. Tus huellas en desiertos áridos y salvajes me interesan más que las catedrales de Alemania... ¿Echaremos de menos el lujo de las ciudades? En cualquier lugar que habitemos, el sol saldrá y se ocultará... espectáculo ante el cual palidece la manifestación más sublime del arte. Aunque no adoremos á Dios en templo alguno, la noche nos visitará con sus sombras temerosas, las fases de la luna nos exhortarán á la penitencia, y una cúpula religiosa de estrellas orará con nosotros... ¿Podrán terminar nunca nuestros amorosos coloquios?... Una sonrisa de mi Luisa me ofrecerá materia para siglos, y cesará el sueño de la vida antes que yo averigüe el paradero de esas lágrimas.

LUISA.—Y ¿no tienes acaso más deberes que cumplir que los del amor?

FERNANDO. (Abrazándola.)—Tu tranquilidad es el más sagrado para mí.

LUISA. (Muy formal.)—Entonces cállate y déjame... Yo

tengo un padre, cuyo único bien es su hija... que tendrá pronto sesenta años... seguro de la venganza del Presidente.

FERNANDO. (Interrumpiéndola con prontitud.)—Él nos acompañará. No más reconvenciones, pues, amor mío. Me voy á vender mis alhajas, y á pedir prestado con el nombre de mi padre. Es permitido robar á un ladrón. Sus tesoros ¿no son despojo sangriento de la patria?... A la media noche, á la una, vendrá aquí un carruaje. Entráis en él, y huimos.

LUISA.—Y la maldición de tu padre ¿nos ha de perseguir?... ¿Una maldición, insensato, que, hasta pronunciada por asesinos, se cumple, venganza celeste que alcanza al ladrón en el tormento, que nos seguiría implacable como un espectro, y nos lanzaría de uno á otro mar?... No, amado mío, si un crimen ha de conservarte para mí, me siento con fuerzas para perderte.

FERNANDO. (Que se calla, y murmura receloso.)—¡Es posible!

LUISA.—¡Perderte!... ¡Oh, horrible hasta lo infinito es esa idea... espantosa lo bastante para herir mortalmente al alma inmortal, y llenar de palidez las mejillas ardientes de la misma alegría!... ¡Fernando! ¡Perderte! Pero sólo se pierde lo que se ha poseído, y tu corazón pertenece á tu clase... Mi pretensión era sacrílega, y renuncio á ella temblando.

FERNANDO. (Cuyos rasgos se oscurecen, mordiéndose el labio superior.)—¿Renuncias á ella?

LUISA.—¡No! ¡Mírame, querido Walter! No aprietes tan amargamente tus labios. ¡Ven! Deja que mi ejemplo reanime ahora á tu alma desmayada. Déjame ser ahora la heroína de este instante... que devuelva á su padre un hijo fugitivo... que abandone una unión contraria á las reglas del mundo de la clase media, y que derriba el orden general y eterno... Yo soy la culpable... mi pecho formó votos criminales y temerarios... mi infortunio es su castigo

Así, déjame ahora la dulce y lisonjera ilusión de que soy sola la que se sacrifica... ¿Me envidiarás este deleite? (Fernando, distraído y colérico, agarra un violín, é intenta tocarlo: después rompe las cuerdas, hace pedazos contra el suelo el instrumento, y se ríe á carcajadas.) ¡Walter! ¡Dios del cielo! ¿Qué es esto?... ¡Domínate!... Hay que mostrar ahora firmeza... porque hemos de separarnos. Tú tienes corazón, querido Walter, lo conozco. Tu amor es ardiente como la vida, y sin límites como lo infinito... ofrécelo á una mujer noble y digna... y no envidiará ni á las más felices de su sexo. (Reprimiendo sus lágrimas.) No debes verme más... La vana y engañada doncella llorará su pena entre paredes solitarias, y nadie se cuidará de su llanto... Triste y como muerta será mi vida futura... Sin embargo, alguna vez aspiraré el perfume de lo pasado. (Dándole su mano temblorosa, y volviendo su rostro.) Adiós, señor de Walter.

FERNANDO. (Despertando de su letargo.)—Yo huyo, Luisa. ¿Es cierto que no quieres seguirme?

LUISA. (Que se sienta en el fondo, y oculta su cabeza entre sus manos.)—Mi deber me ordena quedarme, y sufrir.

FERNANDO.—Tú me engañas, serpiente. Algo te encadena aquí.

LUISA. (Con el acento del más intenso dolor.)—Conservad esa sospecha... quizás os haga menos desdichado.

FERNANDO.—¡El frío deber frente al fogoso amor!... ¿Y este cuento ha de cegarme?... ¿Un amante asustarte?... ¡Ay de tí y de mí, si mis sospechas se confirman! (Vase precipitadamente.)

ESCENA V.

LUISA. (Sola. Permanece largo tiempo sentada, sin movimiento y como muda; al fin se levanta, da algunos pasos, y mira medrosa á su rededor.)—¿En dónde están mis padres?... Mi padre prometió volver á los pocos minutos, y ya han transcurrido cinco horas mortales... Si le habrá sucedido alguna... ¿Qué siento yo? ¿Por qué respiro con tanto trabajo? (Wurm entra entonces y se queda en el fondo, sin que ella lo note.) Esto no parece verdad... No es otra cosa que creaciones temerosas de un cerebro excitado... Cuando nuestra alma se ha saciado de horrores, los ojos ven en todas partes fantasmas.

ESCENA VI.

LUISA y el secretario WURM.

WURM. (Acercándose.)—¡Buenas noches, señorita!

LUISA.—¡Dios mío! ¿Quién habla aquí? (Vuélvese, ve al Secretario, y retrocede asustada.) ¡Horroroso, horroroso! Mi presentimiento triste va á realizarse cuanto antes. (Al Secretario, con una mirada llena de desprecio.) ¿Buscáis acaso al Presidente? No está aquí ya.

WURM.—¡Os busco, señorita!

LUISA.—Debo extrañarme de que no hayáis ido á la plaza del Mercado con ese objeto.

WURM.—¿Y por qué allí?

LUISA.—A alejar á vuestra prometida del lugar del suplicio.

WURM.—Señorita de Miller, abrigáis una sospecha infundada...

LUISA (Interrumpiéndolo.)—¿En qué puedo serviros?

WURM.—Vengo aquí enviado por vuestro padre.

LUISA. (Asustada.)—¿Por mi padre?... ¿En dónde está mi padre?

WURM.—En donde no quisiera estar.

LUISA.—¡Por Dios! ¡Pronto! Se me ocurre una idea siniestra... ¿En dónde está mi padre?

WURM.—En la cárcel, ya que deseáis saberlo.

LUISA. (Mirando al cielo.)—¿Esto más? ¿También esto? ¿En la cárcel? ¿Y por qué?

WURM.—Por orden del Duque.

LUISA.—¿Del Duque?

WURM.—Por la ofensa que ha recibido su Majestad en la persona de su representante...

LUISA.—¿Cómo? ¿Cómo? ¡Oh Dios todopoderoso!

WURM.—Ha resuelto castigarla de un modo ejemplar.

LUISA.—¡Esto sólo me faltaba! ¡Sólo esto!... Sí; ciertamente mi corazón, además de su amor al Coronel, conservaba otro afecto... ¿cómo respetarlo?... Lesa majestad... ¡Providencia divina!... Salva, protege mi fe vacilante... ¿Y Fernando?

WURM.—O se casa con lady Milford, ó será maldito y desheredado.

LUISA.—¡Tremenda disyuntiva!... Y sin embargo... sin embargo, es feliz. No puede perder á su padre. No tenerlo, á la verdad, es ya en sí un castigo... Mi padre, acusado de lesa majestad... para mi amante lady Milford, ó ser maldito y desheredado... ¡Admirable sin duda! En la maldad cabe también su perfección... ¿Perfección? ¡No! Faltaba algo... ¿en dónde está mi madre?

WURM.—En la galera.

LUISA. (Con dolorosa sonrisa.)—¡Ahora sí que está todo

perfecto!... Perfecto y yo libre... absuelta de todo deber... sin lágrimas... ni placeres. Abandonada por la Providencia. Nada necesito ya... (Silencio pavoroso.) ¿Tenéis que anunciarme alguna otra nueva? ¡Hablad sin miedo! Puedo oirlo todo.

WURM —Ya sabéis cuanto ha sucedido.

LUISA.—¿Pero no lo que ha de suceder? (Otra pausa, mientras mira al Secretario de pies á cabeza.) ¡Pobre hombre! ¡Triste es tu profesión! Imposible que te haga feliz. Bastante infortunio es ya causar la desdicha ajena... Pero horroroso el anunciarla á los desventurados... entonar ante ellos ese cántico siniestro, y quedarse ahí, cuando mana sangre el corazón, herido por el puñal agudo de la necesidad, y se tiembla, y hasta duda el cristiano de su Dios... ¡Que el cielo me ampare! Aunque te pagaran cada lágrima de las que haces derramar con un tonel lleno de oro... no quisiera verme en tu lugar... ¿Qué puede suceder todavía?

WURM.—No lo sé.

LUISA.—¿No queréis saberlo?... Esa nueva horrible teme el sonido de las palabras; pero en el aire sepulcral de tu rostro veo trazado el espectro que me espanta... ¿Qué es lo que resta aún?... Dijisteis ha poco que el Duque quería castigar al culpable de un modo ejemplar. ¿Qué entendéis por ejemplar?

WURM.—No preguntéis.

LUISA.—¡Oye, hombre! Tú eres discípulo del verdugo. ¿Cómo podrías, de otra manera, pasar lentamente el hierro por los miembros temblorosos, y suspender el golpe de gracia contra el corazón palpitante?... ¿Qué suerte aguarda á mi padre? Tus palabras son mortales, ¿qué no ocultará tu silencio? ¡Habla! Deja caer sobre mí toda esa carga abrumadora. ¿Cuál será la suerte de mi padre?

WURM.—Se le formará una causa criminal.

LUISA.—¿Qué significa eso?... Yo soy una criatura inocente ó ignorante, que comprendo poco vuestra horrible jerga latina. ¿Qué quiere decir una causa criminal?

WURM.—Un juicio sobre la vida ó la muerte.

LUISA. (Con firmeza.) — Gracias. (Corre á la habitación próxima.)

WURM. (Muy sorprendido.)—¿Adónde va? ¿Si intentará esta loca algo?... ¡Diablo!... No lo hará... corro detrás... soy responsable de su vida. (En ademán de seguirla.)

LUISA. (Que vuelve abrigada con su manto.)—Dispensadme, señor Secretario. Voy á cerrar la puerta.

WURM.—¿Y á dónde vais tan de prisa?

LUISA.—A ver al Duque. (Disponiéndose á salir.)

WURM.—¿Cómo? ¿Adónde? (Deteniéndola asustado.)

LUISA.—A ver al Duque. ¿No comprendéis? A ver al mismo Duque, el que quiere someter á mi padre á una causa capital... No; no puede querer... porque algunos malvados lo deseen. En todo este proceso de lesa majestad, sólo intervendrá la suya para poner su real firma.

WURM. (Riendo á cárcajadas.)—¡A ver al Duque!

LUISA.—Conozco la causa de vuestra risa... porque no encontraré allí ninguna misericordia... ¡Dios me libre! Sólo desprecio... sólo desprecio á mis gritos. Me han dicho que los poderosos de la tierra no saben lo que es la compasión... y no quieren aprenderlo. Yo me propongo enseñarles lo que es... yo se lo trazaré en todas las angustias de la muerte.. yo se lo modularé con acentos que penetrarán hasta la médula de los huesos... y cuando, al oir mi descripción, se ericen sus cabellos, gritaré, al concluir, á sus oídos, que también á la hora de la muerte los pulmones de los dioses de la tierra sufren el estertor de la agonía, y que el día del juicio final majestades y mendigos pasarán por la misma criba. (Hace ademán de irse.)

WURM. (Con fingida bondad.)—¡Andad, pues; sí, andad! Es

el partido más prudente. Os aconsejo que vayáis, y os aseguro que el Duque os recibirá bien.

LUISA. (Deteniéndose de repente.) — ¿Qué decís?... ¿También me lo aconsejáis? (Volviéndose con prontitud.) ¡Hum! ¿Qué hacer? Algún peligro grave hay en ello, cuando este hombre me lo aconseja... ¿En qué os fundáis para asegurar que el Príncipe ha de recibirme bien?

WURM.—Porque quizás le convenga.

LUISA.—¿Que le convenga? ¿Qué precio señalará á ese acto de humanidad?

WURM.—La belleza de la suplicante es precio suficiente.

LUISA. (Atónita y en alta voz.)—¡Dios de justicia!

WURM.—Y espero que, tratándose de la salvación de un padre, no lo tacharéis de excesivo.

LUISA. (Paseándose desconcertada.) — Sí, sí. ¡Es verdad! Vuestros grandes... vuestros grandes están reñidos con la verdad, parapetados en sus vicios, como si los apartaran de ella espadas de querubines... Que Dios omnipotente te proteja, oh padre. Tu hija puede morir, no pecar por tí.

WURM.—Sobremanera lo extrañaría ese pobre hombre abandonado... «Mi Luisa, me dijo, me ha perdido. Mi Luisa me salvará...» Voy corriendo, señorita, á llevarle vuestra respuesta. (Fingiendo que se va.)

LUISA. (Corriendo tras él y sujetándolo.) — ¡Deteneos! ¡deteneos! ¡Paciencia! ¡Qué pronto se halla este Satanás, siempre que ha de desesperar á alguien!... Yo lo he perdido y debo salvarlo. ¡Hablad; aconsejadme! ¿Qué puedo, qué debo hacer?

WURM.—Sólo un medio me ocurre.

LUISA.—¿Cuál?

WURM.—Vuestro padre ansía también...

LUISA.—¿También mi padre?... ¿Qué medio es ése?

WURM.—Fácil para vos.

LUISA.—Ninguno es para mí tan difícil como el oprobio.

WURM.—Si queréis libertar al Mayor...

LUISA.—¿De su amor? ¿Os burláis de mí?... Lo hecho á la fuerza, ¿cómo ha de depender de mi albedrío?

WURM.—No es eso lo que digo, apreciable señorita. Aludo á que el Mayor, por sí y libremente, se retire.

LUISA.—No lo hará.

WURM.—Al parecer. ¿Cómo es posible que se acudiera á vos, si de vos sola no dependiera el auxilio que se aguarda?

LUISA.—¿Puedo yo obligarlo á que me odie?

WURM.—Probemos. Sentaos.

LUISA. (Confusa.) — ¿Cuáles son vuestros proyectos, oh hombre?

WURM.—Sentaos. ¡Escribid! Aquí hay pluma, papel y tinta.

LUISA. (Sentándose muy inquieta.)—¿Qué voy á escribir? ¿A quién?

WURM.—Al verdugo de vuestro padre.

LUISA.—¡Ah! ¡Cuánta es vuestra práctica en atormentar el alma! (Coge una pluma.)

WURM. (Dictando.) «Excelentísimo Señor.» (Luisa escribe con mano trémula.) «Tres días insoportables han trascurrido ya... ya.... y no nos hemos visto.»

LUISA. (Atónita, soltando la pluma.)—¿Para quién es esta carta?

WURM.—Para el verdugo de vuestro padre.

LUISA.—¡Dios mío!

WURM.—«El Mayor tiene la culpa... el Mayor.. que me guarda todo el dia como un Argos.»

LUISA.—¡Inaudita maldad! ¿Para quién es esta carta?

WURM.—Para el verdugo de vuestro padre.

LUISA. (Retorciéndose las manos.)—¡No, no, no! ¡Qué tiranía, oh cielos! Castiga al hombre humanamente, si te ofende; pero ¿por qué ahogarme entre estos dos horrores? ¿Por

qué llevarme de este modo entre la vida y la muerte? ¡Por qué se ha de cebar en mis carnes este demonio, ávido de sangre?... Haced lo que queráis. Yo no escribo eso.

WURM. (Cogiendo el sombrero.)—Como gustéis, señorita; vuestros deseos son órdenes para mí.

LUISA.—¿Mis deseos, decís? ¿Mis deseos?... ¡Prosigue, hombre sin entrañas! Suspende á una mujer desventurada al borde del Averno; exige de ella algo y ofende á Dios, y dí que obedeces sus deseos... ¡Oh! Harto bien sabes que nuestro corazón depende de sus naturales impulsos como si fuesen cadenas. Todo me es ahora indiferente. Dictadme cuanto os plazca. Nada diré ya. Cedo á las argucias del demonio. (Siéntase por segunda vez.)

WURM.—«Todo el día como un Argos.» ¿Lo habéis escrito?

LUISA.—¡Adelante, adelante!

WURM.—«Ayer estuvo en mi casa el Presidente. Era ridículo contemplar al buen Mayor defendiendo mi honra.»

LUISA.—¡Oh, bien, bien! ¡Magnífico! ¡Adelante!

WURM.—«Recurrí entonces á un desmayo... á un desmayo para no reirme á carcajadas.»

LUISA.—¡Oh cielos!

WURM.—«Pero pronto me fué insoportable la máscara... insoportable... ¡Si tan sólo lograra escaparme!...»

LUISA. (Que se detiene, se levanta y se pasea cabizbaja, como si buscara algo en el suelo; luego se sienta otra vez, y continúa escribiendo.)—Lograra escaparme...

WURM.—«Mañana está de servicio... Aprovechad esta ocasión, en que me deja sola, y venid á donde sabéis...» ¿Habéis puesto á donde sabéis?

LUISA.—¡Todo!

WURM.—«A donde sabéis, á ver á vuestra enamorada... Luisa.»

LUISA.—Falta ahora la dirección.

WURM.—«Al Sr. Mariscal de Kalb.»

LUISA. —¡Divina Providencia! Nombre tan extraño á mis oídos, como estas líneas vergozosas lo son á mi corazón. (Levántase, y fija su vista largo rato en lo escrito, y al fin lo presenta al Secretario con voz apagada y moribunda.) Tomad, caballero... Mi nombre sin tacha... Fernando... toda la felicidad de mi vida la pongo en vuestras manos... Soy una miserable pordiosera.

WURM.—¡Oh no! No tembléis, querida señorita. Os compadezco sinceramente. Quizás... ¿quién sabe? Pudiera bien prescindir de ciertas cosas. ¡En verdad, pardiez, que os compadezco sinceramente!

LUISA. (Mirándolo con fijeza y con atención.)—¡No acabéis, caballero! Os veo en camino de desear algo espantoso.

WURM. (Disponiéndose á besarle la mano.) — Suponed que fuese esta linda mano... ¿Qué decís, querida mía?

LUISA (Con magnanimidad y con horror.)—Que te ahogaría en la noche de bodas, y después me pondría en la rueda con deleite. (Hace ademán de irse y vuelve en seguida.) ¿Terminamos ya, caballero? ¿Puede tomar su vuelo la paloma?

WURM.— Falta sólo algo insignificante, señorita. Habéis de jurarme que, si llega la ocasión de preguntarle, declararéis que habéis escrito esta carta espontáneamente.

LUISA.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Y tú has de poner tu sello divino en esta trama infernal? (Wurm se la lleva.)

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa del Presidente.

FERNANDO DE WALTER, con una carta abierta en la mano, entra precipitadamente por una puerta, y un AYUDA DE CÁMARA por otra.

FERNANDO.—¿No estaba aquí el Mariscal?

EL AYUDA DE CÁMARA.—Señor Mayor, el Excmo. Sr. Presidente pregunta si estáis en casa.

FERNANDO.—¡Mil truenos! Lo que digo es si no estaba aquí el Mariscal.

EL AYUDA DE CÁMARA. — S. E. está arriba jugando al faraón.

FERNANDO.—¡Que S. E., en nombre de todos los diablos del infierno, venga á buscarme! (Vase el Ayuda de cámara.)

ESCENA II.

FERNANDO, solo, lee la carta, y ya se queda cabizbajo, ya se revuelve airado.

¡No es posible! ¡No es posible! Esa envoltura divina no ha de albergar un corazón de demonio... Y sin embargo, sin embargo... Si todos los ángeles bajasen aquí para afirmar su inocencia... si el cielo y la tierra, si el Creador y sus criaturas se congregaran con igual objeto... escrita de su puño... Engaño monstruoso é inaudito, que jamás presenció la humanidad... ¿Fué esta la razón de oponerse tan obstinadamente á nuestra huída?... Por esto... ¡oh Dios! Ahora despierto, ahora se cae para mí el velo, que todo lo encubría... ¡Por esto renunció con tanto heroísmo á mi amor, y casi, casi me sedujo su afeite celestial! (Recorre muy agitado el aposento, y después se queda pensativo.) ¡Arraigarse tan hondamente en mi corazón!... Corresponder así á los sentimientos más osados, á las vibraciones de mi alma más gratas y delicadas, á mis fogosos trasportes... Explotar hasta el valor de una lágrima.... acompañarme á las cumbres escarpadas de la pasión, y salirme al encuentro siempre que estaba pronto á precipitarme en el abismo... ¡Dios mio, Dios mio! ¡Y todo esto una farsa indigna!... ¿Una farsa?... ¡Oh! Si la mentira tiene un colorido tan seductor, ¿cómo los ángeles del mal no penetran en el cielo?

Cuando yo le manifesté los peligros inseparables de nuestro amor, ¡con qué falsía tan persuasiva no palideció la culpable! ¡con qué victoriosa dignidad anulaba la insolente altivez de mi padre en el mismo instante en que, como mujer, se creía culpable!... ¿Cómo?... ¿No resistió

también la prueba del fuego de la verdad?...¡ Y la hipócrita se desmayó! ¿Cual será tu lenguaje ahora, oh sensibilidad? También las coquetas se desmayan. ¿Cómo te justificarás, ¡oh! inocencia? También se desmayan las prostitutas.

Ella sabe hasta dónde llega mi pasión. Ha visto el fondo de mi alma. Ha contemplado mi corazón en mis ojos, al rubor de nuestro primer beso... ¿Y nada sentía?... ¿se vanagloriaba sólo del triunfo de sus artes?... Cuando en mi venturoso delirio encerraba en ella locamente toda mi gloria, y hasta se callaban mis más impetuosos deseos, ella sola y la eternidad eran entonces los únicos pensamientos de mi mente... ¡Dios mio! ¿Y nada sentía?... ¿No sentía más que la satisfacción de un triunfo? ¿Nada más que el homenaje rendido á sus encantos? ¡Muerte y venganza! ¿Nada sino que me engañaba?

ESCENA III.

FERNANDO Y EL MARISCAL.

EL MARISCAL. (Entrando de puntillas.)— ¿Habéis mostrado deseos de verme, querido mío?...

FERNANDO. (Aparte, entre dientes.)—De retorcer á un bribón el cuello. (Alto.) Esta carta, Mariscal, ha debido caer de vuestro bolsillo en la parada... y yo (Con amarga sonrisa.) he tenido la dicha de encontrarla.

EL MARISCAL.—¿Vos?

FERNANDO.—Por la más divertida de las casualidades. Dios lo ha dispuesto así.

EL MARISCAL.—Ya notáis cuánto lo siento, Barón.

FERNANDO.—¡Leedla, leedla! (Alejándose de él.) Si soy un

amante desgraciado, quizás sea venturoso intermediario. (Mientras que el Mariscal lee, se aproxima á la pared, y descuelga un par de pistolas.)

El Mariscal. (Que tira la carta sobre la mesa, é intenta irse.) —¡Maldición!

Fernando. (Cogiéndolo de un brazo, y obligándole á volver.) ¡Paciencia, estimado Mariscal! La noticia me parece agradable. Quiero la debida recompensa. (Enseñándole las pistolas.)

El Mariscal. (Retrocediendo asustado.)— Seréis razonable, querido.

Fernando. (Con voz firme y amenazadora)—Más de lo necesario para enviar al otro mundo á un bribón como tú. (Preséntale una pistola, sacando un pañuelo del bolsillo.) ¡Tomad! Coged la punta de ese pañuelo... Es de esa cortesana.

El Mariscal.—¿De este pañuelo? ¿Estáis loco? ¿Qué os proponéis?

Fernando.—¡Coge esa punta, te digo! ¡A no ser así, errarás el tiro, cobarde!... ¡Cómo tiembla el vil! ¡Debes dar gracias á Dios, infame, porque ésta será la primera vez que encuentres algo en tu cerebro! (El Mariscal insiste en huir.) ¡Poco á poco! No será esto tan fácil. (Lo sujeta y corre el cerrojo.)

El Mariscal.—¿En este aposento, Barón?

Fernando.—¡Como si la cosa mereciera dar un paseo contigo por la muralla!... Tira y sonará mejor, y éste será el primer ruido que haces en el mundo... ¡Tira!

El Mariscal. (Enjugándose el sudor de la frente.) ¿Y deseáis exponer así vuestra preciosa vida, joven de tan bellas esperanzas?

Fernando.—¡Tira, te repito! Nada tengo que hacer en este mundo.

El Marisgal.—Pero yo tengo que hacer en él tanto más, excelente amigo.

Fernando.—¿Tú, bribón? ¿Cómo? ¿Tú?... ¿Ser acaso la po-

lilla, en dónde son raros los hombres? ¿Alargarte y acortarte siete veces en un momento, como la mariposa clavada en la aguja? ¿Llevar el registro de las idas y venidas de tu señor á ciertos lugares excusados, y ser el caballo de alquiler de su ingenio? Bien; es igual, yo te llevo conmigo como á un animal extraño. A manera de mono enseñado, bailarás tú al compás de los aullidos de los condenados, traerás lo que te manden, obedecerás, y con artificios cortesanos aliviarás un tanto su desesperación eterna.

El Mariscal.—¡Lo que gustéis, caballero; lo que os plazca!... Pero dejémonos de pistolas.

Fernando.—¡Vedlo ahí, á ese hijo del dolor!... ¡Vedlo ahí, para oprobio del sexto día de la creación! ¡Como si un editor de Tubinga quisiera parodiar al Todopoderoso!... ¡Lástima sólo, perpetua lástima para la onza de sesos, tan mal alojados en ese cráneo ingrato! Esta única onza hubiese transformado á un mono en hombre perfecto, y en él sirve para ludibrio de la razón... ¡Y entregarle la mitad de su corazón!... ¡Monstruoso! ¡Incomprensible!... A un personaje más á propósito para alejar el pecado, que para fomentarlo.

El Mariscal.—¡Oh! Gracias sean dadas á Dios, que hace alarde de su ingenio.

Fernando.—Prefiero dejarlo como es. La tolerancia, que perdona á un gusano, valga también en su favor. Cuando se tropieza con estos seres, quizás se alcen los hombros, acaso se admire la sabia economía de la Providencia, que hasta con estiércol é inmundicias alimenta á sus criaturas, y ofrece en lo alto de la horca un festin á los cuervos, y un cortesano en el lodo que rodea á los soberanos... Por último, nos sorprendemos al observar el orden del universo, que, hasta en el mundo moral, mantiene víboras y tarántulas para derramar su ponzoña... Pero (Renovándose su ira.) que ese enjendro no toque á mis flores (Sa-

cudiendo al Mariscal con violencia.), ó si la hace, lo aniquilo por completo.

El Mariscal. (Aparte, y suspirando.)—¡Dios mío! ¡Quién no pudiera alejarse de aquí! ¡En Bicetre, junto á Paris, siempre que estuviese lejos!

Fernando.—¡Bribón! ¡Si ella no es ya pura!... ¡Bribón! ¡Si tú te has entregado al placer, cuando yo sólo adoraba... (Con más cólera) si has sido un libertino, cuando yo me creía un Dios! (Cállase de repente, luego con acento terrible.) Más te valiera, oh bribón, refugiarte en el Infierno, que te encuentre mi rabia en el Cielo... ¿Hasta dónde has llegado en tus amorios con ella? ¡Confiésalo!

El Mariscal.—¡Soltadme! Todo lo diré.

Fernando.—¡Oh! Más seductor ha de ser cortejar á esa joven, que soñar en la gloria con otra... Si ella quisiera perderse, ¡oh! si lo quisiera, podría rebajar la dignidad del alma, y desnaturalizar la virtud con el deleite. (Apoyando la pistola contra el corazón del Mariscal.) ¿Qué has hecho con ella? ¡Mueres, si no lo confiesas!

El Mariscal.—¡Nada! ¡Nada absolutamente! ¡Tened un sólo minuto de paciencia! Os han engañado.

Fernando.—¡Y me lo pagarás, malvado!... ¿Qué has hecho con ella? ¡Confiésalo, ó mueres!

El Mariscal.—*¡Mon Dieu!* ¡Dios mío! Yo lo digo... ¡Escuchad!... Su padre... su mismo querido padre...

Fernando. (Con ira.)—¿Te ha vendido su hija? Pero ¿qué has hecho con ella? ¡Te mato, ó lo dices!

El Mariscal.—¡Estáis loco! ¡No me oís! Jamás la he visto. No la conozco. Nada sé de ella.

Fernando. (Retrocediendo.)—¿No la has visto? ¿No la conoces? ¿Nada sabes de ella?... Luisa Miller se ha perdido por tu obra, ¿y tú reniegas de ella tres veces consecutivas? ¡Véte, miserable! (Le da un culatazo con la pistola y lo echa.) Ninguno como tú ha podido inventar la pólvora.

ESCENA IV.

FERNANDO, solo.

(Después de un largo silencio, durante el cual su fisonomía toma una expresión terrible.)—¡Perdido! ¡Sí, desdichada... ¡Lo estoy! ¡Y tú también! ¡Sí, por Dios Omnipotente!... ¡Sí yo me veo perdido, tú también lo estás!... ¡Juez soberano! No me hagas responsable. Ella es mía. Por ella renuncié á tu mundo, á todas las grandezas de tu creación. ¡Déjamela,... Juez soberano! Almas á millones te suplican... míralas con ojos misericordiosos. ¡Déjame sólo á ella.! ¡Juez soberano! (Juntando las manos con la mayor angustia.) El Creador de todas las cosas, tan rico, tan poderoso, ¿me rehusará una sola alma, que es además la más desdichada de sus obras?... ¡Ella es mía! Yo, antes, su Dios; ahora, su mal ángel. (Mirando oblicuamente con ojos extraviados.) ¡Unido á ella toda una eternidad sobre la rueda del tormento!... mis ojos echando raíces en los suyos... mis cabellos erizados, confundidos con los suyos... nuestros ayes mezclados... y entonces recomenzar mis caricias, y repetirle sus juramentos... ¡Dios mío, Dios mío!... esta unión es temible... pero eterna. (Hace ademán de irse; el Presidente se presenta.)

ESCENA V.

FERNANDO Y EL PRESIDENTE.

FERNANDO. (Retrocediendo.)—¡Oh!... ¡mi padre!

EL PRESIDENTE.—Nos encontramos muy á propósito, hijo mío. Yo vengo á anunciarte una grata nueva, que, además, oh hijo querido, ha de sorprenderte. ¿Nos sentamos?

FERNANDO. (Que le mira fijamente.)—¡Padre mío! (Acercándose á él muy conmovido, y estrechando su mano.) ¡Padre mío! (Buscando su mano y arrodillándose.) ¡Oh padre mío!

EL PRESIDENTE.—¿Qué tienes, hijo? ¡Levántate! ¡Tu mano arde y tiembla!

FERNANDO. (Con emoción impetuosa y calor extraordinario.) ¡Perdonad al ingrato, padre mío! ¡Soy un verdadero réprobo! No he correspondido á vuestra bondad. Vuestros sentimientos eran tan paternales... ¡Oh! Adivinábais... ahora es ya tarde... ¡Perdon!... ¡Perdón! ¡Bendecidme, padre mío!

EL PRESIDENTE. (Con hipocresía, y aire afectado de inocencia.) —¡Levántate, hijo! Reflexiona que tus palabras son para mí un enigma.

FERNANDO.—Esa Miller, padre... ¡Oh, conocéis bien el corazón humano!... ¡Vuestra ira era entonces tan justa, tan digna, tan paternal, tan llena de noble ardor!... Sólo que, con tanto celo por el bien de vuestro hijo, habíais... errado el camino... Esa Miller...

EL PRESIDENTE.—¡No me atormentes, hijo! ¡Maldigo mi dureza! Vengo á pedirte perdón.

FERNANDO.—¡Perdón á mí! ¡Caiga vuestra maldición sobre mi cabeza!... ¡Vuestra desaprobación era sólo sabiduría; vuestro rigor compasión divina!... Esa Miller, padre...

EL PRESIDENTE.—¡Es una joven amable y noble! Yo me retracto de mis sospechas infundadas! ¡Ha conquistado mi estimación!

FERNANDO. (Que se levanta conmovido.)—¡Cómo! ¿vos también?... ¿No es verdad, padre mío, que es una criatura inocente?... ¡Es tan natural amarla!...

EL PRESIDENTE.—Dí más bien que es un crimen no amarla.

FERNANDO.—¡Inaudito! ¡Monstruoso!... ¿Y leéis también en el fondo de los corazones? ¡La mirabais con ojos de odio!... ¡Hipocresía sin ejemplo!... Esta Miller, padre...

El Presidente.—Merece ser hija mía. Su virtud vale un árbol genealógico, y su belleza un tesoro. Mis principios ceden á tu amor... ¡Que sea, pues, tuya!

Fernando. (Que sale precipitadamente del aposento.)—¡Esto me faltaba! ¡Adiós, padre mío! (Vase.)

El Presidente. (Siguiéndolo.)—¡Detente, detente! ¿Adónde vas así? (Vase.)

ESCENA VI.

Una sala suntuosa en casa de Lady Milford.

LADY MILFORD y SOFÍA, que entran.

Lady.—¿La has visto, pues? ¿Vendrá?

Sofía.—¡Ahora mismo! Estaba vestida como de casa, y pensaba ataviarse sin tardanza.

Lady.—No me digas nada de ella... ¡Silencio! Tiemblo como un criminal, al pensar que he de verla feliz, cuando su corazón armoniza tan terriblemente con el mío... ¿Y cómo recibió mi invitación?

Sofía.—Se quedó sorprendida, pensativa; me miró con ojos espantados, y se calló. Yo esperaba oir sus excusas, cuando dirigiéndome una ojeada, que me extrañó sobremanera, me respondió: «Vuestra señora me manda hoy lo que yo pensaba pedirle mañana.»

Lady. (Muy inquieta.)—Déjame, Sofía. Compadéceme. Me ruborizaré, si es una mujer ordinaria, y si algo más, me desesperaré.

Sofía.—Pero, Milady... no es así como se ha de recibir á una rival. Tened presente lo que sois. Recordad vuestro nacimiento, vuestro rango, vuestro poder, y llamadlos en

vuestra ayuda. Un corazón orgulloso debe realzar el brillo soberbio de vuestra presencia.

LADY. (Distraída.)—¿Qué charla esta loca?

SOFÍA. (Con malicia.)—¿Será casual, acaso, que hoy os adornen vuestros diamantes más preciosos? ¿Será casual que hoy llevéis vuestros vestidos más ricos?... ¿Que vuestra antesala hormiguee de lacayos y pajes, y que recibáis á la joven oscura en un salón regio de vuestro palacio?

LADY. (Paseándose, con amargura.)—¡Detestable! ¡Insufrible! ¡Ojos de lince tienen las mujeres para ver los defectos de otras mujeres!... Pero ¡cuán bajo, cuán bajo habré caído, para que me comprenda semejante persona!

UN AYUDA DE CÁMARA. (Entrando.)—La señorita Miller...

LADY. (A Sofía.)—¡Véte tú! ¡Aléjate! (Con imperio, al observar que Sofía duda.) ¡Véte! ¡Yo te lo mando! (Vase Sofía, y ella da un paseo por la sala.) ¡Bueno! No está mal mi emoción. Tal era mi deseo. (Al Ayuda de cámara.) ¡Que éntre esa joven! (Vase el criado; ella se deja caer en un sofá, y toma un aire de nobleza y abandono.)

ESCENA VII.

LUISA MILLER entra con timidez, y se detiene muy lejos de MILADY, que le ha vuelto la espalda, mirándola atentamente en el espejo de enfrente; pausa.

LUISA.—¡Señora! Espero vuestras órdenes.

MILADY. (Que se vuelve hacia Luisa, y le baja la cabeza con altivez y desdeñosa curiosidad.)—¡Ah! ¿Estáis ya aquí?... Sin duda la señorita... cierta... ¿cuál es vuestro nombre?

LUISA. (Algo picada.)—Mi padre se llama Miller, y Vuestra Señoría mandó buscar á su hija.

MILADY.—¡Verdad, verdad! Ya me acuerdo... la pobre hija del músico, de quien se hablaba hace poco. (Pausa, y aparte.) Muy interesante, y, sin embargo, no es ninguna beldad... (Alto, á Luisa.) ¡Acercaos, hija mía! (Aparte.) Ojos acostumbrados á llorar. ¡Cómo me agradan esos ojos! (Alto.) ¡Más cerca... más!... ¡Hija mía! Creo que me tienes miedo.

LUISA. (Con grandeza y decisión.)—No, Milady. Yo desprecio la opinión del vulgo.

MILADY. (Aparte.)—Y, sin embargo, vulgar es su insolencia. (Alto.) Os han recomendado á mí, señorita. Dicen que sabéis algo, sobre todo vivir... ¡Sea así! Haré por creerlo... Por nada del mundo calificaré de engañoso á su ardiente protector.

LUISA.—Sin embargo, no conozco á nadie, Milady, que se haya molestado en buscarme una protectora.

MILADY. (Sorprendida.)—¿La molestia en buscar á la protectora, ó á la protegida?

LUISA.—No lo entiendo, señora.

MILADY.—Hay en esto más malicia de lo que promete esa fisonomía franca. ¿Os llamáis Luisa? ¿Qué edad tenéis, si puedo preguntároslo?

LUISA.—Diez y seis años cumplidos.

MILADY. (Levantándose con prontitud.) — ¡Dicho está ya! ¡Diez y seis años!... ¡El primer latido de la pasión!... El primer sonido argentino, que se arranca del piano virgen... Nada más seductor... Siéntate, joven amable; tú me agradas... ¡Y él ama también por vez primera!... ¿Qué extraño es, por tanto, que los rayos de la aurora se encuentren? (Con amistad, y cogiéndole una mano.) No hay duda; yo quiero hacerte feliz, querida mía... Nada, nada es esto más que un sueño agradable y prematuro... (Tocando á Luisa en las mejillas.) Mi Sofía se casa; tú ocuparás su puesto... ¡Diez y seis años! Esto no puede ser duradero.

LUISA. (Besándole respetuosamente la mano.)—Os agradezco ese favor, Milady, como si en realidad lo recibiera.

MILADY. (Encolerizándose.)—¡Vaya una gran señora!... De ordinario, las jóvenes de vuestra clase se estiman muy dichosas, cuando encuentran una colocación como esta... ¿Qué deseáis, pues, doncella pretenciosa? ¿Esos dedos son demasiado delicados para el trabajo? ¿Os hace tan orgullosa vuestra vulgar hermosura?

LUISA.—Mi rostro, noble señora, me pertenece tan poco como mi nacimiento.

MILADY.—¿Creéis acaso que esto no ha de terminar nunca?... ¡Pobre criatura! Quien te lo haya persuadido, sea el que fuere, se ha burlado de tí y de sí mismo. Tus mejillas no han sido doradas á fuego. Lo que te ofrece tu espejo como robusto y eterno, es sólo oropel vano y pasajero, que se quedará tarde ó temprano en las manos de tu adorador... ¿Qué hacemos, pues?

LUISA.—Compadeced al adorador que compra un diamante, porque lo creía engarzado en oro.

MILADY. (Sin querer atender á estas palabras.)— Una joven de vuestros años siempre tiene á mano dos espejos, el verdadero y el de su admirador... la adulación complaciente del último corrige la ruda franqueza del primero. El uno muestra una señal odiosa de viruelas. ¡Qué disparate! dice el otro; es un hoyo en donde anidan las Gracias. Y vosotras, inocentes, sólo creéis á éste, y saltáis de uno á otro testimonio, hasta que confundís á ambos. ¿Por qué me miráis así?

LUISA.—¡Perdonad, señora!... Estaba deplorando la suerte de ese soberbio y resplandeciente rubí, ignorante de los sarcasmos de su dueña contra la vanidad.

MILADY. (Ruborizándose.)—¡No variéis de conversación, picaruela! A no ser por las esperanzas, que ponéis en vuestra belleza, ¿qué razon hay en el mundo para impediros

aceptar una colocación, la más á propósito para conocer á las gentes y adquirir finos modales, la única que puede extirpar vuestras preocupaciones vulgares?

Luisa.—¿Y también mi vulgar inocencia, Milady?

Milady.—¡Sandia observación! El bribón más libertino se abstiene de proponernos nada deshonroso, si no lo alentamos en su empresa. Hacedle saber quién sois. Mostraos honrada y digna, y vuestra virtud estará segura.

Luisa.—Dispensadme, señora, si, por lo que yo entiendo, me atrevo á dudarlo. Los palacios de algunas damas son con frecuencia teatro de los placeres más licenciosos. ¿Quién imaginará que la hija de un pobre músico es bastante heroica para lanzarse en medio de la peste, temiendo su contagio? ¿Quién soñará que lady Milford mantiene un gusano roedor de su conciencia, y gasta su dinero por gozar de la ventaja de ruborizarse á cada instante?... Yo soy franca, noble señora... ¿Os regocijaría mi presencia, cuando os prepararais á disfrutar del placer? ¿Lo sufriríais después de apurado?... ¡Oh! ¡Mejor, mejor es que nos separen inmensas distancias... que corran entre ambas vastos mares!... Advertid, señora, que tendréis vuestras horas de ayuno, vuestros momentos de desmayo... Las víboras del remordimiento pueden penetrar en vuestro corazón, y entonces... y entonces, ¡qué tormento para vos, al ver retratada en el rostro de vuestra doncella de cámara esa paz inocente del alma, recompensa de toda conciencia pura! (Retrocede un paso.) Otra vez, Milady; otra vez os pido perdón.

Milady.—(Muy agitada.) — Es insufrible que ella me lo diga, y aun más insufrible que tenga razón. (Acercándose á Luisa, y mirándola fijamente.) Tú no me engañarás, joven. Las opiniones solas no se expresan con tanto calor. En el fondo de tus frases hay un interés apasionado, que te impide aceptar mi servicio... y que infunde en tu lenguaje

tanta energía (Con aire amenazador.) y, ¡que yo | descubriré!

LUISA. (Con noble serenidad.)—¡Y aunque lo descubrieseis! ¡Y aunque hirieseis con el pie á la tierra con desprecio, y despertaseis al débil gusanillo, al cual dotó el Criador de un aguijón para defenderse de sus enemigos!... Yo no temo vuestra venganza, Milady... La miserable pecadora, en el infamante instrumento del suplicio, se reiría de la ruina del universo. Mi desdicha es tan grande, que la franqueza no puede ya aumentarla. (Pausa; después con solemnidad.) Queréis arrancarme del polvo de mi humilde cuna. No analizaré este favor sospechoso. Sólo quisiera saber cuál es el motivo, que impulsa á Milady á pensar que yo sea bastante insensata para avergonzarme de mi nacimiento. ¿Qué podrá justificar que se erija en promovedora de mi dicha, antes de estar segura de si la aceptaré yo de su mano?... Yo había renunciado por completo á todas las alegrías de este mundo... Yo había perdonado su huída á mi ventura... ¿Por qué atraerme de nuevo á ella?... Si hasta la misma Divinidad oculta los rayos de su gloria, para que no se asuste de sus tinieblas el serafín de más elevado rango... ¿por qué han de ser los hombres tan horriblemente compasivos?... ¿De qué proviene, Milady, que vuestra tan cacareada dicha mendigue tan solícita la admiración y la envidia de la miseria? ¿Tanta necesidad de la desesperación tiene vuestro deleite para su recreo? ¡Oh! ¡Más vale que me dejéis en mi ceguedad, puesto que sólo ella puede reconciliarme con mi funesto destino! El insecto se encuentra tan feliz en una gota de agua como en un hemisferio, tan alegre y tan bienaventurado, hasta que se le habla de océanos, en donde juegan flotas y ballenas... Pero ¿deseáis averiguar verdaderamente si soy dichosa? (Pausa, después se acerca con rapidez á Milady, y le pregunta de repente. ¿Lo sois vos, Milady? (Milady, sorprendida,

se separa de ella precipitadamente, y Luisa la sigue y toca con la mano su corazón.) ¿Este corazón está tan risueño como aparenta? Y si pudiésemos ahora trocar el vuestro por el mío, y una suerte por otra, y si yo, en mi candor infantil... y si yo preguntara á vuestra conciencia, y si os interrogara como una madre á su hija... ¿os decidiríais á hacer este cambio?

MILADY.—(Arrojándose en el sofá, muy afectada.)—¡Inaudito! ¡Incomprensible! ¡No, joven! ¡No! Tú no trajiste al mundo esta grandeza, y para madre eres demasiado joven. ¡No me engañes! Oigo otro maestro muy distinto...

LUISA. (Mirándola con ahinco.)—Yo debía admirarme, Milady, de que ahora os acordarais de ese maestro, cuando antes me creíais de tan diversa condición.

MILADY. (Levantándose de improviso.)—¡Esto es insoportable!... Sí, seguramente; no quiero ocultártelo... Lo conozco... lo sé todo... más de lo que quisiera (Detiénese y prosigue luego con animación hasta perder la calma por completo); ¡pero atrévete, desventurada... á amarlo y á ser amada de él!... ¿Qué digo? ¡Osa pensar en él, ó ser uno solo de los objetos de su pensamiento!... Soy poderosa; desventurada... ¡Temible!... ¡Tan verdad como Dios existe! ¡Tu perdición es segura!

LUISA. (Con firmeza.)—Perdida, sí, Milady, en cuanto lo obliguéis á amaros.

MILADY.—Ya te comprendo... Pero no me amará. Quiero sobreponerme á esta pasión vergonzosa, humillar mi corazón y desgarrar el tuyo... Suscitaré entre vosotros montañas y abismos; yo seré la Furia, que atormentará vuestra gloria...; mi nombre, como el espectro que persigue al criminal, amargará, separándoos, vuestros besos. Tu belleza y tu floreciente juventud se desvanecerán entre sus brazos, hasta convertirse en una momia... Yo no puedo ser feliz con él... pero tú no lo serás tampo-

co... ¿Oyes, miserable? Dicha es destruir la ajena dicha.

LUISA.—Una fortuna que os han robado ya, Milady. No calumniéis á vuestro propio corazón. No sois capaz de hacer lo que, amenazándome, acabáis de decir. No sois capaz de atormentar á una criatura, que no os ha hecho otro mal que sentir como vos... Pero os amo ya á causa de vuestra cólera.

MILADY. (Después de serenarse.)—¿En dónde estoy? ¿En dónde estaba? ¿Qué he dicho? ¿A quién lo he dicho?... ¡Oh Luisa, alma noble, magnánima, divina! ¡Perdona á una loca!... ¡No tocaré á uno solo de tus cabellos! ¿Qué deseas? ¡Habla! Quiero llevarte en mis brazos, ser tu amiga, tu hermana... Tú eres pobre... ¡Mira! (Despojándose de algunos brillantes.) Venderé todas estas joyas... mis vestidos, mis caballos y carruajes... todo será tuyo, pero renuncia á su corazón.

LUSA. (Retrocede sorprendida.)—¿Os mofáis de una mujer desesperada, ó no habéis tenido formal participación en esa acción bárbara?... ¡Ah! ¿Así podría pasar por una heroína, y trocar en mérito mi desmayo? (Quédase pensativa algunos instantes; después se acerca á Milady, toma su mano, y la mira fijamente con aire expresivo.) ¡Tomadlo, Milady!... Libremente os cedo ese hombre, arrancado de mi corazón con violencia infernal... Quizás lo ignoréis vos misma, Milady; pero habéis arrebatado su gloria á dos amantes; habéis desunido dos corazones, sellados por el mismo Dios; aniquilado á una criatura, que se acercaba á Él como vos, engendrada como vos para la felicidad, que lo ha ensalzado como vos, y que no lo ensalzará más... ¡Milady! Hasta el trono del Todopoderoso llegan los vanos esfuerzos del gusano hollado por osada planta... No es posible que se muestre indiferente á la suerte de las almas asesinadas en sus manos... ¡Vuestro es ahora! Tomadlo, pues, ahora, Milady. ¡Corred á sus brazos! ¡Llevadlo al altar! Pero no

olvidéis en vuestros ósculos, que el fantasma de una suicida se interpondrá entre vosotros... Dios será misericordioso... No tengo otro apoyo. (Vase corriendo.)

ESCENA VIII.

MILADY sola, conmovida, fuera de sí, mirando fijamente á la puerta por donde ha desaparecido LUISA; al fin parece salir de su arrobamiento.

MILADY.—¿Qué era esto? ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué dijo esa desdichada?... Todavía, oh cielos, todavía están desgarrando mis oídos esas terribles palabras, que me condenan: «¡Tomadlo!»... ¿A quién, desventurada? ¿Al presente de tu mortal agonía, al horrible legado de tu desesperación? ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Tan bajo he caído yo... tan de repente he descendido del trono levantado por mi orgullo, que espero con hambre devoradora los restos de la última lucha mortal, que me cede una pordiosera generosa?... «¡Tomádlo!»... ¡y lo dijo con tal acento, lo acompañó con tal mirada! ¡Ah! ¡Emilia! ¿y para esto franqueaste las barreras impuestas á tu sexo?... ¿y para esto adoptaste el nombre de gran señora inglesa, para que el soberbio edificio de tu honor se desmoronase al empuje de la más sublime virtud de una joven oscura y sin defensa?... ¡No, orgullosa desventurada, no!... Emilia Milford podrá ruborizarse... pero nunca envilecerse. Yo tengo también energía suficiente para renunciar á... (Paseándose con majestad.) ¡Desaparece ya, mujer débil y desventurada!... ¡Adios, gratas y risueñas imágenes del amor!... ¡Que la magnanimidad sea desde ahora mi divisa! Cierta es la ruina de estos dos amantes, si lady Milford no abandona sus pretensiones y el co-

razón del Príncipe. (Pausa; después con animación.) ¡Está resuelto!... ¡ese obstáculo terrible ha desaparecido... rotos yacen los lazos, que me unían al Duque, y extirpado de mi pecho ese amor violento!... ¡En tus brazos me refugio, oh virtud!... ¡recibe en ellos á Emilia, tu arrepentida hija!... ¡Ah!... ¡qué placer tan consolador!... ¡Cuán serena, cuán superior á mí misma me encuentro!... Grande, como un sol en su ocaso, quiero descender hoy de la cumbre en donde me hallo, para que mi poder muera con mi amor, y sólo me acompañe mi corazón en mi orgulloso destierro. (Acercándose decidida á una mesa de escribir.) Y será ahora mismo... ahora, sin tardanza, antes que los encantos de ese joven amado abran de nuevo la llaga de mi corazón. (Se sienta y comienza á escribir.)

ESCENA IX.

MILADY; UN AYUDA DE CÁMARA; SOFÍA; después el MARISCAL; y en seguida los CRIADOS.

EL AYUDA DE CÁMARA.— El Mariscal, en la antesala, trae una comisión del señor Duque.

MILADY. (Mientras escribe con calor.)—¡Ahora se desvanecerá el polichinela serenísimo! ¡Sí, sin duda! La idea es bastante diabólica para trastornar el seso á un Príncipe... Su corte se convertirá en un torbellino... y todo el país sufrirá una completa perturbación.

EL AYUDA DE CÁMARA Y SOFÍA.—El Mariscal, Milady...

MILADY. (Volviéndose.)—¿Quién? ¿Qué decís?... Tanto mejor. Este linaje de hombres sirve para llevar las cargas de los demás. ¡Bien venido sea! (Vase el Ayuda de cámara.)

SOFÍA. (Acercándosele inquieta.)—Si yo no temiera, Mila-

dy... si no fuese atrevimiento... (Milady escribe con calor.) La Miller ha salido precipitadamente por la antesala... estáis acalorada... habláis sola... (Milady continúa escribiendo.) Temo... ¿Qué sucederá?

El Mariscal. (Que entra, y hace muchas cortesías á Milady, vuelta de espaldas; no notando su presencia, aproximase más, se coloca detrás de su asiento, se apodera de su vestido, y lo besa con timidez cortesana.)—El Serenísimo...

Milady. (Que echa arenilla en lo escrito, y lo lee.)—Me acusará de negra ingratitud... Yo estaba abandonada. Me sacó de la miseria... ¿De la miseria?... ¡Horrible mudanza! ¡Desgarra tu cuenta, seductor! Mi eterna vergüenza la paga con usura.

El Mariscal. (Después de dar várias vueltas inútiles alrededor de Milady.)—Parece Milady algo distraída. Seré, pues, bastante atrevido para abusar... (Muy alto.) S. A. Serenísima me envía á preguntaros si habrá esta noche Bauxhall ó comedia...

Milady. (Levantándose y sonriéndose.)— Es indiferente; cualquiera de los dos, ángel mío... Mientras tanto llevad esta carta al Duque para postres. (A Sofía.) Que enganchen mis carruajes, y que toda mi servidumbre se reuna en esta sala.

Sofía. (Que sale precipitadamente, muy conmovida.)—¡Oh cielos! ¡Qué triste presentimiento!... ¿Qué sucederá?

El Mariscal.—¡Estáis sofocada, señora!

Milady.—Tanto menos durará el engaño... ¡Albricias, Sr. Mariscal! Habrá una plaza vacante. Buena cosecha para intermediarios amorosos. (Al mirar el Mariscal la carta furtivamente.) ¡Leedla, leedla!... No deseo que su contenido sea un misterio para nadie.

El Mariscal. (Que lee, mientras se reunen los criados en el fondo.)—«Serenísimo Señor: El contrato, que habéis violado »tan fácilmente, no puede ya obligarme. La ventura de

»vuestros súbditos era la condición de mi amor. El engaño »ha durado tres años. La venda ha caído ya de mis ojos. »Me horrorizan los favores, que provocan las lágrimas de »vuestros gobernados... Emplead el amor, á que ya no »puedo corresponder, en beneficio de vuestro desolado »imperio, y aprended de una princesa inglesa á tener com»pasión de vuestro pueblo alemán. Dentro de una hora ha»bré traspasado la frontera.—JUANA NORFOLK.»

TODOS LOS CRIADOS. (Que hablan entre si sorprendidos.)—¿La frontera?

EL MARISCAL. (Que deja la carta en la mesa horrorizado.)—¡Líbrenos de ello Dios, señora estimadísima! El que entregara esta carta, y quien la ha escrito, arriesgarían por igual su cabeza.

MILADY.—¿Tal es tu preocupación, linda alhaja? Ya sé, por desgracia, que tú, y los que se te asemejan, se atosigan sólo con referir lo que otros han hecho... Casi soy de opinión que se escondiera este billete en un pastel de carne de venado, para que S. A. S. lo encontrase de repente en su plato...

EL MARISCAL.—*¡Ciel!* ¡Qué temeridad! ¿Os atreveríais?... ¿Habéis meditado bien la desgracia á que os exponéis, Milady?

MILADY. (Que se dirige á todos sus criados reunidos, y les habla muy conmovida.)—Vuestra emoción es muy grande, buenas gentes, y esperáis con angustia cuál ha de ser la solución de este enigma... ¡Acercaos, queridos míos!... Me habéis servido con honradez y celo, atendiendo más á mis deseos que á mi bolsillo; la obediencia era vuestra pasión, mis favores vuestro orgullo... El recuerdo de vuestra fidelidad se unirá al de mi envilecimiento. ¡Funesto destino, que ha hecho de mis días más infortunados los más dichosos vuestros! (Con lágrimas en los ojos.) ¡Yo os dejo, hijos míos!... Lady Milford no existe ya, y Juana Norfolk es harto pobre

para pagar sus deudas. Que mi cajero reparta entre vosotros sus fondos... Este palacio pertenece al Duque... El más pobre de vosotros saldrá de aquí más rico que su señora. (Preséntales su mano, que todos besan con efusión.) Yo os comprendo, amigos míos... ¡Adiós, adiós para siempre! (Reprime sus sollozos.) Oigo el coche, que llega. (Los deja y quiere salir, pero el Mariscal le cierra el paso.) Desventurado, ¿todavía estás ahí?

El Mariscal. (Que mientras tanto ha estado mirando la carta de un modo deplorable.)—¿Y yo he de depositar este billete en las augustas manos de S. A. S.?

Milady.—¡Desventurado! Sí; en sus augustas manos, y dirás á sus augustos oídos, que, no pudiendo ir yo descalza á Loreto, trabajaré todo el día para purificarme y lavar la mancha de haberlo gobernado. (Vase apresuradamente, y los demás muy conmovidos.)

ACTO V.

Aposento en casa del músico. — Es la hora del crepúsculo de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, silenciosa, está sentada en el ángulo más oscuro de la habitación, con la cabeza apoyada en el brazo; después de una larga pausa aparece MILLER con una linterna, mira con angustia á todas partes sin ver á LUISA, y deja el sombrero en la mesa y la linterna en el suelo.

MILLER.—¡Tampoco está aquí! ¡Tampoco aquí! He recorrido todas las calles, he visitado todas las casas de los conocidos, y he preguntado en todas las puertas... nadie ha visto á mi hija. (Pausa.) ¡Paciencia, pobre, desdichado padre! Espera hasta mañana. Quizás aparezca en la orilla tu única hija... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Habré yo idolatrado á esa niña con exceso?... ¡Fuerte es el castigo; fuerte, Padre, que estás en el cielo! No murmuro, Padre mío, pero el castigo es terrible. (Déjase caer con tristeza en una silla.)

LUISA. (Desde un rincón.)— ¡Haces bien, mísero anciano! Aprende á sufrir aún más.

MILLER. (Levantándose.)—¿Estás ahí, hija mia? ¿Estás ahí?... Pero ¿por qué tan sola y sin luz?

LUISA.—No estoy tan sola. Cuando la oscuridad me rodea por todas partes, es justamente cuando yo veo á quien me agrada.

MILLER.—¡Dios te proteja! Sólo el gusano roedor de la conciencia vela en compañía del buho. El culpable y el malvado temen sólo la luz.

LUISA.—También la eternidad, oh padre, habla con las almas desvalidas.

MILLER.—¡Niña, niña! ¿Qué modo de hablar es éste?

LUISA. (Levantándose y adelantándose.) — Mi lucha ha sido atroz. Ya lo sabéis, padre. Dios me ha dado fuerzas. El combate ha terminado. Se suele decir, oh padre, que nuestro sexo es frágil y delicado. No lo creáis. Temblamos á la vista de una araña, y estrechamos entre nuestros brazos al horrible monstruo de la destrucción. Sabed, oh padre, que vuestra Luisa está alegre.

MILLER.—¡Oye, hija! Quisiera que lloraras. Más me agradaría.

LUISA.—¿Cómo he de sobrepujarle en sagacidad, padre? ¿Cómo engañar al tirano?... El amor es más astuto que la maldad, y también más atrevido... Él lo ignoraba; él, el de la triste estrella en el pecho... ¡Oh! son avisados, mientras ponen en juego su inteligencia; pero en los asuntos, en que se interesa el corazón, los perversos se hacen estúpidos... ¿Pensaba sellar su engaño con un juramento? Este lazo, padre, liga á los vivos, pero la muerte rompe los eslabones de hierro de la promesa jurada. Fernando conocerá entonces á su Luisa... ¿Queréis encargaros de llevar este billete, oh padre? ¿Será tanta vuestra bondad?

MILLER.—¿A quién, hija mía?

LUISA.—¡Extraña pregunta! Lo infinito y mi corazón no dejan entre sí espacio bastante para formular un solo pensamiento acerca de él... Por otra parte, ¿á quién sino á él podría escribir yo?

MILLER. (Inquieto.)—Oye, Luisa, voy á romper el sobre.

LUISA.—Como queráis, padre... Pero nada adelantaréis. Las letras son como cadáveres, y sólo viven á los ojos del amor.

MILLER. (Leyendo.)—«Te hacen traición, Fernando... Una »infamia sin ejemplo ha roto el lazo, que unía nuestras »almas; un horrible juramento ha hecho enmudecer mi len- »gua, y tu padre ha puesto en todas partes vigilantes. Pero »si tienes valor, amado mío, yo conozco cierto lugar, en »donde no obliga ningún juramento, ni en donde se en- »cuentra ningún espía.» (Miller se detiene, y la mira con seriedad.)

LUISA.—¿Por qué me miráis así? Leedla toda, padre.

MILLER.—«Pero has de tener valor suficiente para reco- »rrer esa senda de tinieblas, en donde sólo tu Luisa y »Dios pueden guiarte. Unicamente has de llevar allí tu »amor, renunciando á todas tus esperanzas y deseos fogo- »sos; sólo puede servirte tu corazón. Si quieres... parte »cuando el reloj de la torre de los Carmelitas dé las doce. »Si no te atreves... no llames varonil á tu sexo, porque una »doncella te llena de vergüenza. (Miller deja la carta en la mesa, mira ante sí pensativo, con dolor y fijeza; y, por último, se vuelve hacia ella, y le dice con voz lenta y entrecortada.) Y ¿cuál es ese tercer lugar, hija mía?

LUISA.—¿No sabéis cuál es? ¿No lo conocéis realmente, padre?... ¡Cosa extraña! Está descrito de manera, que es fácil encontrarlo. Fernando lo hallará.

MILLER.—¡Hum! Habla más claro.

LUISA.—No me es posible darle un nombre grato... No os asustéis, padre, si es odioso ese lugar... ¿Por qué el amor no ha inventado su nombre? Sería entonces el más dulce. Ese tercer lugar, padre bondadoso... dejádme decirlo de una vez... ¡es la tumba!

MILLER. (Cayendo en una silla.)—¡Dios mío!

LUISA. (Acercándose á él, y sosteniéndolo.)—¡No, padre mío! Sólo son vanos temores los que despierta esa palabra... Desechadlos, y allí veréis un lecho nupcial, en donde la aurora tiende su tapiz dorado, y la primavera teje sus guirnaldas de varios colores. Sólo un pecador llorón puede calificar á la muerte de esqueleto; pero es en realidad un niño de cabellos de oro y faz angelical, lleno de vida, como pintan al Dios del amor, pero no tan travieso... un genio servicial y pacífico, que ofrece un brazo al alma del cansado peregrino, le abre las puertas de la grandeza eterna, le sonríe con benevolencia, y desaparece.

MILLER.—¿Qué te propones, hija mía?... ¿Quieres emplear contra tí tus propias manos?

LUISA.—¡No hables así, padre mío! Dejar una sociedad, que no puede sufrirme... pasar antes de tiempo á un lugar, en donde no puedo ya faltar... ¿es acaso pecado?

MILLER.—El suicidio es el más repugnante de todos, hija mía... El único irreparable, porque son simultáneos el pecado y la muerte.

LUISA. (Que se queda atónita.)—¡Eso es horrible! Pero no será tan pronto. Me arrojaré al río, padre, y mientras me ahogo invocaré la misericordia divina.

MILLER.—O lo que es lo mismo, te arrepentirás del robo, en cuanto dejes seguro lo robado... ¡Hija, hija! Ten cuidado no te burles de Dios, cuando más necesitas de su ayuda... ¡Oh! lejos, demasiado lejos has ido ya, en mi opinión!... No oras ya, y el Todopoderoso ha levantado de tí su mano.

LUISA.—¿Amar es quizás un delito, padre?

MILLER.—Si es á Dios á quien amas, nunca pecarás... ¡Me has agobiado, hija mía única, me has agobiado con insufrible peso; casi me llevas á la tumba!... Sin embargo, no quiero afligirte más... Hija, yo hablaba hace poco creyendo estar solo. Me has oído; y de todas maneras, ¿por

qué ocultártelo ya? tú eras mi ídolo: óyeme, Luisa, si sientes todavía algún afecto hacia tu padre... Tú eras todo para mí. Nada puedes hacer ahora de tu bien, porque puedo perderlo todo. Mis cabellos, como ves, comienzan ya á blanquear. Va llegando para mí el tiempo, en que los padres suelen gozar del fruto del capital, que han formado en el corazón de sus hijos... ¿Vas á defraudar mis esperanzas, Luisa? ¿Quieres perderte con todo cuanto posee tu padre?

Luisa. (Besando su mano con la más viva emoción.)—¡No, padre mío! Dejo este mundo debiéndooslo todo, y pagaré en el otro con usura.

Miller.—¡Ten cuidado no te engañes en tus cálculos, hija mía! (Serio y con gran solemnidad.) ¿Nos encontraremos ya allí de nuevo?... ¡Cuán pálida te pones!... Mi Luisa comprenderá sin trabajo, que no es fácil que yo la vea en el otro mundo, porque no pienso visitarlo tan pronto como ella. (Luisa se precipita en sus brazos, sobrecogida de terror; él la oprime contra su pecho, y continúa con voz suplicante.) ¡Oh! hija, hija mía! ¡Oh hija humillada! ¡Oh hija, quizás ya perdida! ¡Atiende á las palabras de tu padre, importantes para tí! Yo no puedo vigilarte. Está en mi mano arrancarte un puñal, pero puedes suicidarte con una aguja. Yo puedo preservarte del veneno, y tú ahorcarte con un collar de perlas... Luisa... Luisa... sólo me es lícito aconsejarte... ¿Intentas recurrir al extremo de exponerte á que tus ilusiones falaces se desvanezcan al llegar al horrible puente, que separa al tiempo de la eternidad? ¿Osarás presentarte ante el trono del Omnipotente, y engañarlo diciéndole: vengo por mi amor á tí, oh Creador... cuando tus ojos culpables estén buscando su ídolo terrenal?...Y si ese vano Dios de tu fantasía, gusano entonces como tú, se retuerce á los pies de tu Juez, califica de engaño, en tan supremo instante, á tu confianza impía, y somete tus esperanzas

infundadas á la misericordia eterna, cuando el desdichado apenas se atreve á implorarla para sí... ¿qué haras? (Con más energía y en voz más alta.) ¿Qué harás entonces, infortunada? (La estrecha un momento con fuerza, la mira sin pestañear y después la suelta de repente.) Ahora nada más sé... (Levantando su diestra.) ¡Estoy ahora delante de tí, Dios y Supremo Juez! ¡Nada puedo en favor de esta alma; hágase, pues, tu voluntad! Ofrece un sacrificio á ese mancebo elegante, para que tus demonios se regocijen, y tus buenos ángeles huyan... ¡Anda, pues! Carga con el fardo de tus pecados; carga también con ése, el último, el más horroroso; y si todavía es ligero su peso, mi maldición lo aumentará... He aquí un cuchillo... atraviesa con él tu corazón, y... (Hace ademán de irse, sollozando y llorando á gritos.) y el de tu propio padre!

Luisa. (Que corre detrás de él.)—¡Deteneos; deteneos! ¡Padre mío! ¿Ha de ser más cruel la ternura que la tiranía?... ¿Qué debo hacer?... No puedo... ¿Qué haré?

Miller.—Si los besos de tu Mayor son más ardientes que las lágrimas de tu padre... ¡muere!

Luisa. (Después de una lucha terrible, pero con energía.)—¡Padre; aquí está mi mano! Yo quiero... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hago? ¿Qué intento?... Padre, juro... ¡ay, ay de mí! Criminal, ¿adónde te encaminas?... ¡Sea, oh padre!... Fernando... Dios me mira... ¡Oh, si yo borrara hasta su último recuerdo! (Rompe la carta.)

Miller. (Abrazándola, ébrio de alegría.)—¡Esta es mi hija!... ¡Mira! ¡por renunciar á un amante haces feliz á un padre! (Abrazándola de nuevo entre lloroso y risueño.) ¡Hija, hija! ¡Yo no era digno de ver un día como éste!... ¡Sólo Dios sabe por qué yo, hombre pecador, poseo este ángel del cielo!... ¡Luisa mía, gloria mía!... ¡Oh Dios! seguramente comprendo poco lo que es el amor; pero que sea un tormento renunciar á él... lo comprendo bien.

LUISA.—¡Vayámonos de aquí, padre mío!... Lejos de esta ciudad, en donde mis compañeras de juego se burlan de mí, y mi buena reputación ha desaparecido para siempre... ¡Lejos, lejos!... muy lejos del lugar, en donde tantos recuerdos me hablan de mi pasada ventura... ¡Lejos, lo más lejos posible!...

MILLER.—¿Adónde quieres ir ahora, hija mía? El pan de nuestro Dios bondadoso se encuentra en todas partes, y no faltarán aficionados á mi violín. ¡Sí! Dejémoslo todo... ¡Sí! ¡dejémoslo todo!... Pondré en música la historia de tu amor desgraciado, y escribiré una canción sobre la hija que desgarra su pecho por honrar á su padre... pediremos así limosna de puerta en puerta, y nos será grato recibirla de manos de los que lloren...

ESCENA II.

LOS MISMOS y FERNANDO.

LUISA. (Que lo ve primero, y se arroja gritando al cuello de Miller.)—¡Dios mío! ¡Ahí está él! ¡Yo soy perdida!

MILLER.—¿En dónde? ¿Quién?

LUISA. (Señalando al Mayor, con el rostro vuelto, y oprimiendo más estrechamente á su padre.)—¡El, él mismo!... ¡Vedlo! vedlo junto á vos, padre... para matarme ha venido.

MILLER. (Que lo mira, y retrocede.)—¿Cómo? ¿Vos aquí, Barón?

FERNANDO. (Que se acerca con pausa, se detiene delante de Luisa, y la contempla fijamente: momento de silencio.)—¡Conciencia sorprendida! Te doy las gracias. Terrible es tu confesión, pero rápida y evidente... y ahora mi tortura... ¡Buenas noches, Miller!

MILLER.—Pero ¡por Dios santo! ¿Qué queréis, Barón? ¿Qué os trae aquí? ¿Qué significa esta sorpresa?

FERNANDO.—Hubo un tiempo en que se contaban uno á uno todos los segundos del día, en que el deseo de verme pendía del curso lento del reloj de pared, y se enumeraban los latidos del corazón hasta que yo me presentaba... ¿Cómo explicar ahora esta extrañeza?

MILLER.—¡Andad, andad, Barón! Si queda todavía en vuestro pecho una partícula de humanidad... si no queréis asesinar á la que pretendéis amar, huid, y no os detengáis aquí ni un sólo instante. La mano de Dios se ha levantado de mi pobre vivienda desde que pusisteis los pies en ella. Habéis atraído el infortunio sobre este techo, cuando antes lo visitaba sólo la alegría. ¿Aun no estáis harto? ¿Intentáis ahondar aún más la herida que, por conoceros, ha recibido mi hija única?

FERNANDO.—Vengo, oh padre sin igual, á anunciar á tu hija una alegre nueva.

MILLER.—¿Nuevas esperanzas, sin duda, para que le suceda una nueva desesperación? Tu aspecto no está de acuerdo con tus palabras.

FERNANDO.—Al fin se cumple mi más ardiente deseo. Lady Milford, el obstáculo más invencible á nuestro amor, huye ahora mismo de este país. Mi padre aprueba mi elección. El destino se cansa ya de perseguirnos. Nuestros astros favorables se levantan. Aquí estoy para cumplir mi palabra empeñada, y llevar á mi prometida al altar.

MILLER.—¿Lo oyes, hija mía? ¿Oyes sus burlas de tus esperanzas desvanecidas? ¡Verdaderamente, Barón, es grato ver así al seductor, ejercitando su ingenio á costa de su víctima!

FERNANDO.—¿Crees que me chanceo? ¡No, por mi honor! Mis palabras son tan verdaderas como el amor de mi Luisa, y quiero cumplirlas religiosamente, como ella lo hará con

sus juramentos... Nada hay tan sagrado para mí... ¿Dudas todavía? El simpático rubor ¿no tiñe aún las mejillas de mi bella esposa? ¡Cosa extraña! La mentira debe ser aquí moneda corriente, ya que tan poco crédito merece la verdad. ¿Desconfiáis de mis palabras? Fiaos entonces de este testimonio escrito. (Tira á Luisa la carta del Mariscal; Luisa la abre, y cae en tierra pálida como un cadáver.)

MILLER. (Sin notarlo, al Mayor.)—¿Qué significa esto, Barón? Yo, por mí, no lo entiendo.

FERNANDO. (Llevándolo á donde está Luisa.)—¡Tanto mejor; me ha comprendido ella!

MILLER. (Cayendo á su lado.)—¡Oh Dios! ¡Hija mía!

FERNANDO.—¡Pálida como la muerte!... Ahora me agrada ya tu hija. Nunca ha estado tan bella tu piadosa y honrada hija... Con este rostro cadavérico... El hálito del juicio final, que borra el barniz de todo engaño, ha arrancado también el afeite, con que esta fraguadora de artificios hubiese seducido hasta á los ángeles de la luz... ¡Su belleza en todo su esplendor! ¡Es su rostro anterior, y el verdadero! ¡Déjame besarlo!

MILLER.—¡Atrás! ¡Fuera! ¡No lastimes el corazón de un padre, joven! No puede librarla de tus caricias, pero sí defenderla ahora de tus malos tratamientos.

FERNANDO.—¿Qué intentas, anciano? Nada tengo que hacer contigo; no te mezcles en este juego, porque la pérdida es segura... á no ser que tu sabiduría supere á la idea, que yo he formado de ella. ¿Has acaso acomodado tu experiencia de sesenta años á las galanterías de tu hija, y deshonrado tus canas venerables desempeñando el papel de intermediario?... ¡Oh! si no es así, anciano mísero, déjate caer en tierra, y muere... ¡todavía es tiempo! Aun puedes, arrullado en blando sueño, exclamar: «¡yo fuí un padre feliz!...» Un instante después, lanzarías temblando en su cueva infernal á esta víbora ponzoñosa, maldecirías

al don y al donador, y te refugiarías blasfemando en la tumba. (A Luisa.) Habla, desventurada, ¿has escrito tú esta carta?

MILLER. (A Luisa, llamándola.)—¡Por Dios, hija! ¡No lo olvides, no lo olvides!

LUISA.—¡Oh! esa carta, padre mío...

FERNANDO.—¿Que haya caído en manos de quien menos se pensara?... ¡Bendita sea esa casualidad, origen de cosas más grandes, que si se debieran á la razón más previsora, y día ése más venturoso, que si lo crearan los ingenios más sublimes!... ¿La casualidad he dicho?... ¡Oh! la divina Providencia, porque si es su obra la muerte del pajarillo inocente, ¿por qué no ha de serlo, cuando el demonio se ve despojado de su máscara?... Respóndeme, ¿has escrito esa carta?

MILLER. (Aparte, y conjurando á Luisa.)—¡Firme, firme, hija mía! Ya sólo ese único sí, y todo se acabó.

FERNANDO.—¡Qué placer, qué placer! ¡También el padre engañado! ¡Todos engañados! Miradla ahí ahora, llena de oprobio, y hasta su lengua le niega la debida obediencia, para coadyuvar á sus últimas mentiras. ¡Jura por Dios, por la verdad más temible, ¿has escrito esa carta?

LUISA. (Después de tremenda lucha, mirando á su padre suplicante, con decisión y firmeza.)—¡Yo la he escrito!

FERNANDO. (Que se detiene atónito.)—¡Luisa!... ¡No! ¡Tan cierto como mi alma existe! ¡Tú mientes! La inocencia confiesa á veces delitos en el instrumento de la tortura, que no cometió jamás... Yo lo he preguntado con ira extraordinaria... ¿No es así, Luisa?... ¿No es verdad que tu contestación responde á la rabia de mi pregunta?

LUISA.—Yo he confesado lo que es.

FERNANDO.—¡No, digo yo; nó, nó! Tú no la has escrito. No es esa letra tuya... Y aunque lo fuese, ¿por qué ha de ser más difícil falsificar una carta que perder un cora-

zón?... No, no; no lo hagas, porque pudieras decir que sí, y yo sucumbiría... ¡Una mentira, Luisa, una mentira!... ¡Oh! Si tú supieses una ahora, y me la dijeses con tu rostro angelical, y persuadieras sólo á mis oídos, sólo á mis ojos, aunque engañaras también mi corazón! ¡Oh Luisa! Toda verdad, con tu aliento, podría brotar asimismo de la creación, y lo bueno, entonces, podría doblegar su enhiesto cuello, y hacer genuflexiones cortesanas. (Con voz temblorosa.) ¿Has escrito tú esta carta?

LUISA.—¡Por Dios! ¡Por la eterna verdad! ¡Sí!

FERNANDO. (Después de una pausa, con la expresión del más acerbo dolor.)—¡Mujer, mujer!... Ese rostro, que veo ahora delante de mí... Ofrece con ese rostro la gloria, y ni en el imperio de los condenados encontrarás un solo comprador... ¡Si tú supieses lo que eras para mí, Luisa! ¡Imposible! ¡No! ¡Tú ignorabas que lo eras todo para mí! ¡Todo!... Y esta es una palabra pobre y miserable, y, sin embargo, la eternidad sufre en comprenderla; y sistemas inmensos solares siguen en ella su camino... ¡Todo! ¿y jugar con ella tan puniblemente?... ¡Oh! ¡Esto es horrible!

LUISA.—Habéis oído mi confesión, señor de Walter. Yo misma me he condenado. ¡Alejaos de aquí! Abandonad una casa, que os ha hecho tan desdichado.

FERNANDO.—¡Bien, bien! Ya estoy tranquilo... tranquilo se dice también del país, por donde una peste ha pasado... ¡sí, yo lo estoy! (Después de reflexionar un poco.) ¡Un ruego sólo, Luisa... el último! Mi cabeza arde. Necesito refrescar. ¿Quieres prepararme un vaso de limonada? (Vase Luisa.)

ESCENA III.

FERNANDO y MILLER, que se pasean en silencio por la escena, y en sus extremos opuestos.

MILLER. (Que se para al cabo, y mira al Mayor con tristeza.)—¿Os consolará algo en vuestra pena, si yo os aseguro que la deploro cordialmente?

FERNANDO.—¡Dejémoslo así, Miller! (Dando algunos pasos.) Apenas recuerdo, Miller, el motivo que me trajo á vuestra casa... ¿Cuándo vine á ella?

MILLER.—¿Es posible, señor Mayor? Para que yo os enseñase á tocar la flauta. ¿No os acordáis?

FERNANDO. (Con viveza.)—¡Y ví á vuestra hija! (Después de algunos instantes de silencio.) ¡No habéis cumplido vuestra palabra, amigo. Convinimos en que me proporcionaríais el sosiego en mis horas de soledad. Me engañasteis, y me vendisteis escorpiones. (Notando el movimiento, que hace Miller.) ¡No; no os asustéis, anciano! (Abrazándolo conmovido.) No tenéis la culpa.

MILLER. (Enjugándose las lágrimas.)—Pongo por testigo á Dios omnipotente.

FERNANDO. (Paseándose de nuevo, absorbido en profundas cavilaciones.) Dios se burla de nosotros de un modo extraño é inexplicable. Peso excesivo pende con frecuencia de cuerdas débiles y casi imperceptibles... Si el hombre supiera que había de encontrar la muerte comiendo de esta manzana... ¡Ya!... ¡Si lo supiese! (Continuando su paseo con mayor agitación; y después tomando violentamente la mano de Miller.) ¡Hombre! Te he pagado con exceso tus lecciones de música... y nada ganas... sino que pierdes... quizás lo

pierdes todo. (Alejándose de él inquieto.) ¡Desdichada afición filarmónica! ¡Ojalá que nunca la hubiese sentido!

MILLER. (Que intenta reprimir su emoción.)—Mucho se hace esperar la limonada. Creo... que debo preguntar, si no lo tomáis á mal...

FERNANDO.—No corre prisa, querido Miller. (Murmurando para sí.) Y menos para el padre... quedaos aquí... ¿Qué deseaba preguntaros?... ¡Ah sí! ¿Es Luisa vuestra única hija? ¿No tenéis ningún otro hijo?

MILLER. (Con calor.)—No tengo ningún otro, Barón... ni tampoco lo quiero. Con ella me basta para ocupar mi corazón de padre... en ella he puesto todo mi amor.

FERNANDO. (Muy conmovido.)—¡Ah!... ¿Me haréis el obsequio de averiguar si está ya el refresco preparado? (Vase Miller.)

ESCENA IV.

FERNANDO, solo.

¡Su única hija!... ¿Lo entiendes, asesino? ¡La única! ¡Asesino!... Y ese hombre, siendo el mundo tan vasto, sólo posee su violín y su única... ¿Y te propones robársela?... ¿Robársela?... ¿robar su último céntimo á un mendigo? ¿Tirar á los pies del estropeado sus muletas rotas? ¿Cómo? ¿Tengo yo ánimo para esto?... Y cuando vuelva á su casa, y sin esperarlo, al enumerar todas las alegrías, que le proporciona el rostro de su hija, entre, y la vea ahí, marchita esa flor... muerta... destrozada, la última, la única, la inefable esperanza... ¡Ah! y estará delante de ella, y la naturaleza entera no podrá darle un soplo de vida, y su mirada fija se hundirá vanamente en el desierto infinito, y buscará á

Dios, lo hallará, y retornará sin haber descubierto nada... ¡Dios, Dios! Pero también mi padre tiene sólo un hijo único, un hijo único, pero no su única riqueza... (Pausa.) Pero ¿cómo? ¿Qué pierde al cabo? Una doncella, para la cual los más santos sentimientos del amor son sólo bagatelas, ¿puede hacer feliz á un padre? ¡No; no lo hará, no lo hará! Y yo merezco gratitud, por aplastar la víbora antes que muerda á su padre.

ESCENA V.

MILLER, que vuelve, y FERNANDO.

MILLER.—¡Pronto seréis servido, Barón! Esa pobre criatura está allá fuera, y llora como una desesperada. También beberéis lágrimas en la limonada.

FERNANDO.—¡Y si fueran sólo lágrimas!... Pero puesto que hablábamos ha poco de música... (Sacando una bolsa.) Yo soy deudor vuestro.

MILLER.—¿Cómo? ¿Qué decís? ¡Dejaos ahora de esto, Barón! ¿Por quién me tomáis? En buenas manos está. No me injuriéis, porque, si Dios quiere, no será esta la última vez que nos veamos.

FERNANDO.—¿Quién sabe? Tomadla, á vida y muerte.

MILLER. (Sonriéndose.)—¡Oh! en cuanto á lo último, Barón, según creo, no hay riesgo alguno que temer por vuestra parte.

FERNANDO.—Podría acaso haberlo... ¿No habéis oído hablar de jóvenes, que han sucumbido... mancebos y doncellas, próvidos en esperanzas, las niñas de los ojos de sus padres engañados?... Lo que no pueden alcanzar ni las

penas ni la edad, lógralo con frecuencia un rayo... Vuestra Luisa no es tampoco inmortal.

MILLER.—Diómela Dios.

FERNANDO.—Escuchad... Yo os digo que no es inmortal. Esta hija es el objeto de vuestro cariño. Concentráis en ella vuestra vida y vuestra alma. Sed previsor, Miller. Sólo un jugador desesperado arriesga cuanto tiene á una sola carta. Llámase loco á un comerciante, que carga toda su fortuna en un solo buque... ¡Oidme! Reflexionad en este aviso... Pero ¿por qué no tomáis este dinero?

MILLER.—¿Cómo, señor? ¿Esa pesadísima bolsa? ¿En qué pensáis?

FERNANDO.—En mi deuda... ¡Ahí está! (Pone la bolsa en la mesa, y caen monedas de oro.) No puedo guardar ese estorbo eternamente.

MILLER. (Sorprendido.)—¿Cómo? ¡Por Dios Todopoderoso! ¡Ese no es el sonido de la plata! (Acércase á la mesa, y exclama con horror.) ¿Cómo? ¡Por todos los poderes celestiales, Barón, Barón! ¿Qué hacéis? ¿Qué os proponéis? ¿Estáis distraído? (Juntando las manos.) Hay ahí... ó yo estoy hechizado, ó... ¡Dios me condene! eso es oro puro, amarillo, reluciente... ¡No, Satanás, no me atraparás!

FERNANDO.—¿Habéis bebido vino viejo, ó vino nuevo, Miller?

MILLER. (Con grosería.)—¡Trueno y tempestad! ¡Miradlo! ¡oro!

FERNANDO.—¿Y qué más?

MILLER.—¡En nombre del diablo!... digo... os suplico por el sagrado nombre de Cristo... ¡oro!

FERNANDO.—¡Sin duda no se ha visto nunca otra!

MILLER. (Después de una pausa, acercándose á él conmovido.)—Señor, yo soy un pobre hombre honrado; y si os proponéis seducirme para alguna acción vituperable... porque Dios sabe bien que, por buen camino, no se puede ganar dinero.

FERNANDO. (Con emoción.)—No tengáis cuidado alguno, querido Miller. Harto habéis ganado esa suma, y Dios me libre de atentar á vuestra buena conciencia...

MILLER. (Saltando como un loco.)—¡Mío, pues, mío! ¡mío, sabiéndolo y queriéndolo Dios! (Coriendo hacia la puerta, y gritando.) ¡Mujer! ¡Hija! ¡Victoria! ¡Venid acá! (Volviendo.) ¡Pero, santo cielo! ¿Cómo adquiero yo de repente este inmenso tesoro? ¿Por qué lo he ganado? ¿Lo merezco?

FERNANDO.—No por vuestras lecciones de música, Miller... Os pago con esta suma, (Detiénese helado de espanto.) os pago... os pago (Después de una pausa, con tristeza.) el sueño feliz de tres meses, que debo á vuestra hija.

MILLER. (Cogiendo su mano, y estrechándosela.)—¡Bondadoso señor! Si fueseis un hombre de mi clase, oscuro é insignificante... (Con animación.) y mi hija no os amase... la mataría sin compasión. (Acercándose de nuevo al dinero, y después con abatimiento.) Pero ya que todo lo poseo, y nada vos, debiera devolveros toda vuestra alegría. ¿No es así?

FERNANDO.—¡No hay que deplorarlo, amigo!... Me ausento de aquí, y en donde voy, no corre esa moneda.

MILLER. (Mirando al dinero, y con entusiasmo.)—¿Esto es por tanto mío? ¿Mío?... Pero siento que os vayáis... ¡Esperad un poco, y veréis lo que haré! ¿Cómo voy á engordar ahora? (Quítase el sombrero, y lo tira.) Mandaré á pasear mis lecciones de música, y fumaré tabaco superior, y que el diablo me lleve, si vuelvo á sentarme en el teatro en el lugar más barato. (Quiere irse.)

FERNANDO.—¡Quedaos! ¡Callaos, y guardad ese oro! Callaos sólo por hoy, y hacedme el favor de no pensar ya en vuestras lecciones de música.

MILLER. (Aun más entusiasta, cogiéndolo por el vestido, y rebosando de alegría.)—¿Y mi hija, señor? (Soltándolo.) El dinero no hace al hombre honrado... el dinero no... Que yo coma patatas ó perdices, el harto, harto está; y este traje

bastará, siempre que no se vea el sol por sus agujeros... Lo malo para mí... pero todos los bienes serán para mi hija, y suyo cuanto se le antoje...

FERNANDO. (Interrumpiéndole bruscamente.)—¡Callad! ¡oh, callad!

MILLER. (Siempre animado.)—Y aprenderá francés á la perfección, y minué y canto, y se hablará de ella en los periódicos, y tendrá un sombrero igual al de la hija de un consejero, y un vestido con cola; y el nombre de la hija del músico se pronunciará á dos leguas á la redonda...

FERNANDO. (Tomándole la mano casi convulso.)—¡No más! ¡No más! ¡Callaos, por Dios! ¡Callaos sólo hoy! Es el único favor, que os pido.

ESCENA VI.

Los MISMOS, y LUISA, con la limonada.

LUISA. (Que, con los ojos llorosos y balbuceando, presenta al Mayor el vaso en un plato.)—Decid si os agrada ó no.

FERNANDO. (Que toma el vaso, lo deja, y se vuelve con prontitud hacia Miller.)—¡Oh! ¡Casi lo había ya olvidado! ¿Podré pediros un favor, querido Miller? ¿Me dispensaréis un ligero obsequio?

MILLER.—¡No uno, mil! Lo que ordenéis...

FERNANDO—Me esperan para comer, y desgraciadamente no me encuentro dispuesto á ello. Me es del todo imposible ver gente... ¿Tendréis la bondad de pasaros por mi casa, y excusarme con mi padre?

LUISA. (Interrumpiéndolo asustada.)—Yo puedo ir.

MILLER.—¿A casa del Presidente?

FERNANDO.—No á él en persona. Decidlo sólo á uno de

los criados de la antesala... Llevad mi reloj, para que os crean... Aquí estaré cuando regreséis... Aguardaréis la contestación.

LUISA. (Muy inquieta.) — ¿No puedo encargarme yo de esto?

FERNANDO. (A Miller, que quiere irse.)—¡Escuchad además! Aquí tengo una carta para mi padre, que me entregaron cerrada ha poco... Quizás algún negocio urgente... Todo esto podríais hacerlo á un tiempo.

MILLER.—¡Muy bien, Barón!

LUISA. (Instándole, con la ansiedad más viva.)—Pero, padre mío, yo podría hacer muy bien todo esto.

MILLER.—Estás sola, y ya es noche oscura, hija mía. (Vase.)

FERNANDO.—¡Alumbra á tu padre, Luisa! (Mientras que ésta acompaña con la luz á su padre, acércase él á la mesa, y vierte veneno en el vaso de limonada.) ¡Sí, morirá! ¡Debe morir! Los poderes celestiales pronuncian á mis oídos su horrible sí; la venganza divina lo confirma, y su ángel de la guarda la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO, y LUISA, que vuelve lentamente con la luz, la deja en la mesa, y se sienta en la parte opuesta al Mayor, con la vista en el suelo, y mirándolo con temor á hurtadillas. Él, en pie, no separa sus ojos de la tierra. Pausa prolongada, propia de esta escena.

LUISA.—¿Queréis acompañarme, señor de Walter? Tocaré algo en el piano. (Lo abre; Fernando no la responde; pausa.) Me debéis la revancha al ajedrez. ¿Os agrada jugar

una partida, señor de Walter? (Nuevo silencio.) Señor de Walter, ya he comenzado el bolsillo, que había prometido bordaros... ¿No veréis el dibujo? (Nueva pausa.) ¡Oh! ¡Qué desgraciada soy!

FERNANDO. (Sin moverse.)—¡Pudiera muy bien ser verdad!

LUISA.—No es culpa mía, señor de Walter, que tan mal sostenga la conversación.

FERNANDO. (Aparte, con amarga sonrisa.)—¿Qué has de hacer, pues, con mi taciturnidad extremada?

LUISA.—Bien me presumía yo que ahora no nos conviene estar solos. Me asusté, por tanto, cuando hicisteis salir á mi padre... Me temo, señor de Walter, que esta entrevista es igualmente penosa para ambos... Si me lo permitís, voy á buscar algunos amigos.

FERNANDO.—¡Sí, sí, andad! Yo iré también, y buscaré algunos conocidos míos.

LUISA. (Mirándolo confusa.)—¡Señor Walter!

FERNANDO. (Con amarga ironía.)—¡Por mi honor! Es la idea más ingeniosa, que puede tener un hombre en mi situación. Trocaríamos en diversión este triste dúo, y nos vengaríamos con ciertas galanterías de los sinsabores del amor.

LUISA.—Estáis de buen humor, señor de Walter.

FERNANDO.—¡De extraordinario buen humor, como para que corran tras de mí gritando todos los muchachos de la calle! ¡No, en verdad, Luisa! tu ejemplo me sirve de lección... tú debes ser mi maestro. Son locos los que charlan del eterno amor. La eterna uniformidad nos repugna, y sólo la variedad sazona el placer... ¿No es verdad, Luisa? ¿No estoy yo en lo cierto? Corremos de novela en novela, de lodazal en lodazal... tú por allí, yo por aquí... quizás después de nuestra grata excursión, convertidos en descarnados esqueletos, nos veremos de nuevo con la más seductora sorpresa, y nos conoceremos por cierto aire

de familia, que tienen los hijos de una misma madre, como sucede en las comedias, y averiguaremos que la vergüenza y el disgusto producen acaso una armonía, que no ha podido proporcionar el más tierno amor.

LUISA.—¡Oh joven, joven! Tú eres ya desdichado. ¿Intentas también merecerlo?

FERNANDO. (Murmurando colérico entre dientes.)—¿Que soy desdichado? ¿Quién te lo ha dicho? Tú, mujer, eres demasiado perezosa para sentir... ¿cómo has de calificar los sentimientos ajenos?... ¿Desdichado decía?... ¡Ah! esa palabra me infundiría furor hasta en la sepultura... Ya sabía ella que yo había de ser desdichado. ¡Muerte y condenación! Y lo sabía, y me ha hecho sin embargo traición... Mira, víbora; esa era tu sola probabilidad de perdón... Tus palabras te arrancan la vida... Hasta aquí podría yo atribuir tu falta á sencillez, y á causa del desprecio, que me infundías, dejarte escapar de la muerte. (Cogiendo el vaso precipitadamente.) Así tú no has sido ligera... no has sido tan estúpida... ¡eras sólo una mujer infernal! (Bebe.) Esta limonada es tan insípida como tu alma... ¡pruébala!

LUISA.—¡Oh cielos! ¡No sin razón temía yo esta entrevista!

FERNANDO. (Con imperio.)—¡Pruébala! (Luisa toma contra su voluntad el vaso, y bebe algo: Fernando se vuelve: al acercar ella el vaso á sus labios, se cubre de mortal palidez, se aleja, y se queda en el fondo de la escena.)

LUISA.—Sabe bien la limonada.

FERNANDO. (Sin mirarla, y temblando.)—¡Que te aproveche!

LUISA. (Después de dejar el vaso en la mesa.)—¡Oh! ¡Si supiérais, Walter, cuán horriblemente me ofendéis!

FERNANDO.—¡Ya!

LUISA.—Llegará el tiempo, oh Walter...

FERNANDO. (Acercándose.) —¡Oh! Acabamos ya con el tiempo.

LUISA.—En que os pesará sobremanera lo que habéis dicho esta noche...

FERNANDO. (Paseándose á grandes pasos, y mostrando desasosiego, y tirando lejos de sí su banda y su espada.)—¡Buenas noches, servicio de príncipes!

LUISA.—¡Dios mío! ¿Qué tenéis?

FERNANDO.—Calor y sofocación... quiero estar más cómodo.

LUISA.—¡Bebed, bebed! La limonada os refrescará.

FERNANDO.—De seguro... esta prostituta tiene buen corazón; sin embargo, todas son así.

LUISA. (Corriendo á sus brazos, dominada por su amor.)—¿Hablar de ese modo á tu Luisa, Fernando?

FERNANDO. (Rechazándola.)—¡Véte, véte! ¡Lejos de mí tus dulces y seductoras miradas! Yo sucumbo. ¡Acércate á mí despidiendo horror y miedo, serpiente! ¡Salta sobre mí, reptil!... ¡Desarrolla á mi vista tus asquerosos anillos, y levanta al cielo tu cabeza... tan repugnante como en el abismo!... no ángel alguno... Ningún ángel ya... Es demasiado tarde... He de aplastarte como á víbora, ó desesperarme... Compadécete...

LUISA —¡Oh! ¡Llegar hasta este extremo!

FERNANDO. (Mirándola de lado.)—¡Esta bella obra del divino artífice!... ¿Quién lo creería?... ¿Quién ha de pensarlo? (Cogiendo su mano, y levantándola en alto.) ¡No quiero preguntarte, Dios creador!... Pero ¿por qué depositar la ponzoña en tan delicado vaso?... ¿Coexistir el vicio con tan celestial dulzura?... ¡Oh! Es extraño.

LUISA.—¿Oir esto y callar?

FERNANDO.—Y esa voz melodiosa y encantadora... ¿Cómo cuerdas destrozadas suenan tan armoniosamente? (Contemplándola extasiado.) ¡Todo tan bello... tan bien proporcionado... tan divinamente perfecto!... En todo obra maestra del Supremo Hacedor... ¿Y sólo en el alma se equivocó Dios?

¿Era posible que dejase sin defecto este fenómeno de la naturaleza? (Abandonándolo de repente.) ¿O acaso observó que su cincel había modelado un ángel, y para corregir á medias su yerro le dió un corazón perverso, proporcionado á su belleza?

LUISA.—¡Oh culpable obstinación! Antes que confesar su ligereza, prefiere culpar al cielo.

FERNANDO. (Abrazándola lloroso.)—¡Otra vez, Luisa!... Otra vez, como en el día, en que nos dimos nuestro primer beso, cuando balbuceaste el nombre de Fernando, cuando me tutearon tus labios ardientes... ¡Oh! Parecióme en aquel momento, que, como en un capullo, se me presentaba el germen de un placer infinito, que no podía expresarse... Ofrecíase la eternidad á nuestra vista como un día hermoso de mayo; millones de años dorados pasaban ante nuestra alma como alegres recién desposados... ¡Yo entonces era feliz!... ¡Oh, Luisa, Luisa, Luisa! ¿Por qué has hecho conmigo esto?

LUISA.—¡Llorad, llorad, Walter! Vuestra pena será más usta para mí que vuestro furor.

FERNANDO.—¡Te engañas! Estas lágrimas no son por tí... no son rocío tibio y delicioso, que cae como un bálsamo en las heridas del alma, y que pone de nuevo en movimiento a seca rueda de la sensibilidad. Son gotas frias... y aisladas... que dicen á mi amor su horrible y eterno adiós. Con espantosa solemnidad, poniendo su mano en la cabeza de Luisa.) Son lágrimas por tu alma, Luisa... lágrimas por Dios, cuya bondad infinita ha faltado aquí, y que pierde voluntariamente su obra más sublime... ¡Oh! me parece que toda la creación debía vestirse de luto y llenarse de confusiones, al observar lo que sucede en su imperio... Es bastante común que los hombres sucumban y pierdan el paraíso; pero cuando esa peste se ensaña en los ángeles, es menester que la naturaleza entera se lamente.

Luisa.—No me apuréis de ese modo, Walter. Tengo tanta energía como cualquiera otra... pero cuando se la somete á una prueba humana. Una palabra no más, y después nos separamos... Un destino funesto ha divorciado nuestros corazones; sólo con abrir mis labios, oh Walter, podría decir tales cosas... podía... pero la imperiosa necesidad encadena mi lengua y mi amor, y he de sufrir hasta que me trates como á una mujer perdida.

Fernando.—¿Te sientes buena, Luisa?

Luisa.—¡Qué pregunta!

Fernando.—Sentiría, que, mintiendo, dejases este mundo.

Luisa.—Yo os conjuro, Walter...

Fernando. (Con violenta agitación.)—¡No, no! ¡Demasiado satánica sería esta venganza! ¡No! ¡Dios me libre! No quiero llevarla hasta el otro mundo... Luisa, ¿has amado al Mariscal? No saldrás más de este aposento.

Luisa.—Preguntad lo que os agrade. Yo no responderé. (Siéntase.)

Fernando. (Con solemnidad.)—¡Cuida de tu alma inmortal, Luisa!... ¿Has amado al Mariscal? No saldrás más de este aposento.

Luisa.—Nada respondo.

Fernando. (Cayendo á sus pies, presa de la más violenta emoción.)—Luisa, ¿has amado al Mariscal? ¡Antes que se apague esta luz... estarás... delante de Dios!

Luisa. (Levantándose asustada.) ¡Jesús ¿Qué es esto?... y yo me siento muy mal. (Cae de nuevo en la silla.)

Fernando.—¿Ya?... ¡Vosotras las mujeres sois un eterno enigma! Vuestras fibras delicadas os dejan cometer los mayores crímenes, que carcomen la raíz de la humanidad entera, y un miserable grano de arsénico os precipita...

Luisa.—¡Veneno, veneno! ¡Oh Dios mío!

Fernando.—Ya me lo temía! Tu limonada ha sido he-

cha en el Infierno, y al beberla has bebido la muerte!

LUISA.—¡Morir, morir! ¡Dios misericordioso! ¡Veneno en la limonada, y morir!... ¡Apiádate de mi alma, Dios de misericordia!

FERNANDO.—Eso es lo esencial. Lo mismo le pido yo.

LUISA.—Y mi madre... mi padre... ¡Salvador del mundo! ¡Mi padre, mi padre perdido! ¿No hay medio de salvarme? ¿Tan joven, y no hay salvación posible? ¿Y he de morir ahora mismo?

FERNANDO.—No hay salvación posible; es inevitable la muerte... pero, tranquilízate, ¡haremos juntos el viaje.

LUISA.—¿Y tú también, Fernando? ¿Veneno, Fernando? ¿Y de tu mano? ¡Oh Dios, perdónalo!... ¡Dios clemente, absuélvelo de ese pecado!

FERNANDO.—Piensa ahora en arreglar tu cuenta con él... Me temo que no ha de estar corriente.

LUISA.—¡Fernando, Fernando!... ¡Oh!... Ya no puedo callar... La muerte... la muerte quebranta todos los juramentos... ¡Fernando!... Ni en la tierra ni el cielo hay un sér más desgraciado que tú... ¡yo muero inocente, Fernando!

FERNANDO. (Asustado.)—¿Qué dice?... No es lo ordinario mentir, cuando se va á emprender esta peregrinación.

LUISA.—Yo no miento... no miento... una sola vez he mentido en toda mi vida... ¡Dios mío! ¡qué hielo circula por mis venas!... cuando escribí la carta al Mariscal...

FERNANDO.—¡Ah! ¡Esa carta!.. ¡Loado sea Dios! Ahora recobro toda mi energía.

LUISA. (Con lengua torpe, y dedos rígidos.)—Esa carta... ten ánimo para oir una horrible nueva... Mi mano escribió lo contrario de lo que sentía mi corazón... ¡tu padre la dictó! (Fernando se queda como una estatua, guardando mortal silencio, y cae al fin, como herido de un rayo.) ¡Deplorable yerro!... Fernando... me violentaron... perdona... Tú Luisa hubiera

preferido morir... pero mi padre... el peligro... obraron con pérfida astucia.

FERNANDO. (Con acento desgarrador.)—¡Alabado sea Dios! Aun no siento el efecto del veneno. (Saca su espada.)

LUISA. (De desmayo en desmayo.)—¡Ay de mí! ¿Qué vas á hacer? Es tu padre...

FERNANDO. (Con furor irresistible.)—¡Asesino y padre de un asesino!... También nos acompañará, para que el Supremo Juez sólo se ensañe en el culpable. (Intenta marcharse.)

LUISA.—Mi Salvador murió perdonando... ¡Misericordia para tí y para él! (Muere.)

FERNANDO. (Que se vuelve con rapidez, observa su postrer movimiento de agonía, y cae á los pies del cadáver, vencido por el dolor.) ¡Detente! ¡No me dejes, ángel del cielo! (Coge su mano, y la suelta en seguida.) ¡Fría; fría y húmeda! Su alma voló ya. (Levántandose.) ¡Dios de mi Luisa! ¡Misericordia, misericordia para el más insensato asesino! ¡Tal fué su último ruego!... ¡Cuán bella, cuán seductora después de muerta! La muerte, conmovida, ha respetado su rostro divino... No era fingida su dulzura, porque ha resistido al último suspiro. (Pausa.) Pero ¿cómo? ¿Por qué no siento nada? ¿Me salvará el vigor de mi juventud? ¡Trabajo inútil! ¡No es ese mi objeto! (Coge el vaso.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, el PRESIDENTE, WURM y CRIADOS, que se precipitan horrorizados en el aposento, y después, MILLER, el PUEBLO y ALGUACILES, que se reunen en el fondo.

EL PRESIDENTE. (Con una carta en la mano.)—¿Qué es esto, hijo?... Jamás pudiera creer que...

FERNANDO. (Arrojando el vaso á sus pies.)—¡Míralo bien, asesino!

El Presidente. (Vacilando; todos se sobrecogen; silencio terrible.)—Hijo mío, ¿por qué has hecho esto conmigo?

Fernando. (Sin mirarlo.)—¡Sí, sin duda! Debiera yo haber oído antes al político, para saber si la jugada podía serle favorable... Sagaz y sublime, lo confieso, era el proyecto de separar nuestros corazones por los celos... El cálculo era magistral. ¡Lástima que el amor furioso no se prestara, cual dócil instrumento, á vuestros planes!

El Presidente. Mirando á su rededor.)—¿No hay nadie aquí, que llore por un padre inconsolable?

Miller. (Gritando detrás de la escena.) — ¡Dejadme entrar! ¡Por Dios! ¡Dejadme entrar!

Fernando.—Esta doncella es una santa... otro debe justificarla. (Abre la puerta á Miller, que entra, con el pueblo y los alguaciles.)

Miller. (Con horrible angustia.)—¡Mi hija, mi hija!... Veneno... veneno, según dicen, ha entrado aquí... ¡Hija mía! ¿en dónde estás?

Fernando. (Que lo lleva entre el cadáver de Luisa y el Presidente.) — Yo soy inocente... Da las gracias á éste.

Miller. (Cayendo en tierra.)—¡Jesús!

Fernando.—Pocas palabras, padre... porque ya comienzan á ser preciosas para mí... Me han arrancado traidoramente la vida; me la habéis arrancado vos mismo. Tiemblo al pensar cómo he de presentarme ante el Supremo Juez... y, sin embargo, jamás he sido un malvado. Sea cual fuere mi eterno destino... no... no ha de recaer sobre ella... Pero yo he cometido un asesinato, (Alzando la voz de una manera espantosa.), un asesinato, cuya responsabilidad no querrás atribuirme ante el tribunal de Dios. Solemnemente descargo sobre tí la mayor, la más horrible parte de la culpa; tu mismo verás la mejor manera de excusarte. (Llevándole á donde está Luisa.) ¡Aquí, bárbaro! Recréate en el fruto ponzoñoso de tu ingenio; tu nombre está escrito con

rasgos infernales en este rostro, y los ángeles exterminadores lo leerán. Un espectro como éste descorrerá las cortinas de tu lecho, cuando duermas, y te tocará con su mano helada... Un espectro como éste se presentará ante tí, cuando mueras, y ahuyentará tu postrera oración... Un espectro como éste yacerá sobre tu sepulcro cuando resucites... y te acompañará ante Dios, cuando te juzgue. (Se desmaya, y los criados lo sostienen.)

El Presidente. (Levantando al cielo sus brazos de un modo horrible.) — A mí no; no á mí, Juez Supremo; no me pidas cuenta de estas almas, sino á éste. (Señalando á Wurm.)

Wurm. (Levantándose colérico.)—¿A mí?

El Presidente.—¡A tí, réprobo! ¡A tí, Satanás!... ¡Tuyo, tuyo ha sido ese consejo ponzoñoso!... ¡Tú eres responsable!... Yo me lavo las manos.

Wurm.—¿Yo? (Con risa infernal.) ¡Qué gozo, qué gozo! Así, ahora sé ya cómo se congratulan los demonios... ¿A mí, estúpido bribón? ¿Era él mi hijo? ¿Era yo tu soberano? ¡Ah! ¡Por la vista de este cadáver, que hiela la médula de mis huesos! ¡Que recaiga ese crimen sobre mí!... Acepto de buen grado mi perdición, pero tú te perderás conmigo... ¡Vamos, vamos! Gritad por las calles: ¡al asesino! ¡Que se despierte la justicia! ¡Alguaciles, atadme! ¡Llevadme de aquí! He de revelar secretos, que pondrán de punta los cabellos de quienes los oigan. (Quiere irse.)

El Presidente. (Deteniéndolo.)—¡No lo harás, insensato!

Wurm. (Tocándole familiarmente en el hombro.)—¡Lo haré, compañero!... Estoy loco, ¿no es verdad?... Obra tuya es... mi comportamiento será ahora el de un furioso... Contigo, codo con codo, iré al suplicio. Brazo con brazo iremos al infierno. Me lisonjeará, oh malvado, ser condenado contigo. (Llévanselo.)

Miller. (Que, mientras tanto, ha permanecido recostado en el seno de Luisa, lleno de dolor mudo, se levanta de improviso, y

tira á los pies del Mayor la bolsa de dinero.)—¡Envenenador! ¡Guarda tu bolsa maldita!... ¿intentabas pagarme con ella la vida de mi hija? (Vase corriendo.)

FERNANDO. (Con voz desmayada.)—¡Seguidlo! ¡Está desesperado!... Ese oro puede salvarlo... Es el precio de mi mortal gratitud. ¡Luisa, Luisa!... Voy... Adiós... Dejadme espirar junto á este altar...

EL PRESIDENTE. (A su hijo, saliendo de su estupor.)—¡Hijo mío, Fernando! ¿No has de mirar siquiera á un padre desesperado? (El Mayor cae junto á Luisa.)

FERNANDO.—Eso corresponde á Dios misericordioso.

EL PRESIDENTE. (Prosternándose á sus pies, presa de los más espantosos sufrimientos.)—El Creador y sus criaturas me abandonan... ¿Ni una mirada por último consuelo? (Fernando le tiende su mano helada: el Presidente se levanta.) Ahora... (A los demás.) ¡llevadme preso! (Vase seguido de los alguaciles, y cae el telón.)

FIN DE INTRIGA Y AMOR.

D. CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

D. CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

ARGUMENTO.

El acto primero de este drama comienza con una escena entre el Padre Domingo, confesor del Rey D. Felipe II de España, y el Príncipe Carlos, su hijo, cuyo objeto es demostrar el espionaje que se ejercía en la Corte para sondear las intenciones y propósitos del Príncipe respecto á la Reina Isabel de Valois, madrastra entonces, y antes esposa suya prometida. Las artificiosas insinuaciones del Padre Domingo no producen resultado alguno, porque Carlos las conoce, y oculta con cautela sus ideas y sentimientos, no así ante el Marqués de Posa, su amigo de la infancia, grande de España, muy rico y muy generoso é instruído, que llega á la sazón de los Países Bajos.

Confiésale, en efecto, que ama con pasión á su madrastra, y recaba de él que le facilite con ella una entrevista, como lo hace, si bien encuentra á la Reina fiel guardadora de sus deberes conyugales, y cede al fin á sus consejos, prestándose á amar á España, su futuro reino, y á hacerse, por su conducta, digno de ocupar el trono. La Reina, como

el Marqués de Posa, le indica también la conveniencia de que se encargue del gobierno de Flandes, para el cual había sido ya nombrado el Duque de Alba.

El Rey sobreviene en el momento más inesperado, mientras hablan la Reina y el Infante; y aun cuando no los sorprende, extraña sobremanera verla sola, y lo manifiesta así, y condena por esta causa á diez años de destierro á la Marquesa de Mondéjar, dama de la Reina. Hay un altercado entre ambos esposos, sin graves consecuencias, y el acto termina haciendo Carlos al Marqués de Posa solemnes promesas de que será un Monarca generoso, humano y hasta liberal. No era posible prometer más en aquellos tiempos.

El Príncipe D. Carlos, persuadido por las sugestiones de su amigo el Marqués, pide para sí á su padre, en el principio del acto segundo, el gobierno de Flandes, recibiendo del Rey, como podía esperarse, una categórica negativa. Su pesar, sin embargo, es pronto aliviado ó desvanecido al citársele por medio de una carta misteriosa y de una llave, que le trae un paje de la Reina, á una de las habitaciones del Palacio, que habita aquélla. Cree falsamente que la cita es de su madrastra, cuando en realidad era de la Princesa de Éboli. Fácil es de comprender cuál es su sorpresa y su estupor cuando, en lugar de la una, encuentra á la otra. La Princesa, en efecto, interpretando en su favor ciertos signos equívocos del amor de Carlos á Isabel de Valois, siempre acompañada de la misma Princesa, los había atribuído á sí, no á su señora. Todas sus artes, todas sus seducciones, no son suficientes para atraer al Príncipe, aunque éste llegue á vacilar á veces; pero en cambio, y por el giro que toma la conversación y la entrevista de ambos, llega por una parte á averiguar, por la confesión de Carlos, que ama á una rival, y por otra comete la imprudencia de entregarle una carta amorosa, dirigida á

ella por Felipe II, cuya carta, al fin, y á pesar de sus ruegos, se lleva consigo el Príncipe.

Después, al meditar en las palabras del último, y examinando los hechos, se cerciora de que su rival preferida es la misma Reina. Arde, pues, en deseos de vengarse, y al cabo resuelve hacerlo, poniéndolo en noticia del Rey, y aconsejada por el Padre Domingo, de acuerdo con el Duque de Alba, hasta fracturar el secreter en donde se supone que guarda su señora las cartas de su hijastro. Éste, que se había apropiado la de su padre á la Princesa de Éboli, con el propósito punible de mostrarla á la Reina y apartarla de la senda del honor, probándole la infidelidad de su esposo, es disuadido de su proyecto por el Marqués de Posa, que se lo afea, recordándole su principal deber, que es la defensa y protección de las Países Bajos, y obligándose á facilitarle otra entrevista con su madrastra.

Felipe II, ante quien la Princesa de Éboli ha acusado á la Reina de adulterio con el Príncipe, aparece en el acto tercero bajo el influjo de esa delación. Resuélvese al fin á depurar la verdad, y con este objeto llama sucesivamente al Conde de Lerma, al Duque de Alba y al Padre Domingo. El primero nada le dice que confirme sus temores; el segundo le confiesa que sospechaba el crimen de la Reina, y le cuenta la entrevista de aquélla con su pretendido amante en los jardines de Aranjuez, y el tercero asegura que, en opinión del pueblo, el hecho es mirado como cierto. El Rey, al oirlos, se enfurece y se indigna contra ellos por no haberle participado antes sus recelos y noticias, y termina anunciando su propósito de citar ante su tribunal á la acusada y á los acusadores, y castigar con la muerte á los culpables. El Padre Domingo nada contesta por temor, pero el Duque de Alba declara que sostendrá cuanto ha dicho al Rey.

Éste, en una audiencia solemne, en vez de encolerizarse

contra el Duque de Medina-Sidonia, almirante de la Invencible, lo recibe con benevolencia y pronuncia esas frases sabidas, tan notables, de que la había enviado sólo contra los hombres, no contra los elementos, y pregunta por el Marqués de Posa, nombre de uno de sus servidores, apuntado en un registro suyo secreto, que ha leído antes, y que ha llamado su atención, por no haberse presentado nunca en su Corte á reclamar algún premio. El Rey cree que este hombre puede serle útil, por su carácter, para descubrir la verdad sobre el delito que se atribuye á su esposa.

El Marqués se presenta, en efecto; habla con él largo rato con toda libertad, agradándole por su franqueza y osadía, á pesar de sus ideas un tanto sospechosas, por cuya razón lo toma á su servicio y lo admite en su intimidad y confianza.

En el acto cuarto, después de una breve escena, destinada á informar á los auditores ó lectores del triunfo impúdico de Felipe II sobre la Princesa de Éboli, el Marqués de Posa, en una conferencia con la Reina, la induce á citar al Príncipe por escrito, para persuadirlo que se rebele contra su padre, poniéndose al frente de los sublevados de los Países Bajos. El Conde de Lerma advierte al Infante D. Carlos que acaso el Marqués de Posa intrigue en daño suyo; y aunque no le da crédito, duda algo después, aunque por un momento, cuando el mismo Marqués le pide la cartera, so pretexto de que los papeles que contiene no lo comprometerán estando en sus manos. Accede al fin á su ruego, fiado en su amistad, y hasta le entrega una carta de la Reina, de fecha anterior al casamiento de ésta, que acostumbraba llevar sobre su corazón.

El Rey, mientras tanto, tiene un grave altercado con su esposa, que ha acudido á él para pedirle justicia contra el robo de su cajita de joyas, y la sustracción de ella de al-

gunas cartas y de un retrato del Príncipe. Felipe II se encoleriza con este motivo, oye de sus labios que es cierta la entrevista de ambos en Aranjuez, y hay gritos, y la Reina se desmaya y se hiere, promoviéndose en la Corte, con este motivo, el escándalo consiguiente. El retrato del Príncipe, encontrado en el suelo del gabinete del Monarca por la Infanta Clara Eugenia, mientras sus padres disputan, prueba en el acto á la Reina que el robo se ha hecho con el consentimiento del Rey.

A poco se desvanecen, sin embargo, las sospechas de éste, á consecuencia de la hábil defensa que hace el Marqués de Posa de la conducta y de la virtud de la Reina, y principalmente, al entregarle la cartera del Príncipe, en la cual halla Felipe II la carta de la Princesa de Éboli, citándolo á su habitación. Es inútil advertir que el Marqués no deja en la cartera papel alguno que pueda acusar á su amigo, si bien obtiene del Rey que le facilite una orden secreta de arresto contra el Príncipe, para hacer uso de ella con prudencia y si las circunstancias lo exigen, puesto que se ha constituído en espía y vigilante del mismo, y presume, según dice al Rey, que haya de tomar, movido por el miedo y con motivo de las revueltas de Flandes, alguna resolución imprudente.

El Duque de Alba y el Padre Domingo, que intentan congraciarse con la Reina, no logran su intento, al revelarle lo del robo de su joyero y la entrega á su esposo, por el Marqués, de las cartas del Príncipe; no así el Conde de Lerma, que hace lo mismo con el Infante, exhortándolo á que se salve, por la misma causa, y contristando su ánimo al considerar que ha perdido á su mejor y á su único amigo, hasta el punto de pedir á la Princesa de Éboli, acosado por la aflictiva situación de sus negocios, que le facilite una entrevista con su madrastra. Por fortuna antes de hacer alguna otra revelación indiscreta, se presenta el Mar-

qués, que, para evitarla, prende al Príncipe é intenta matar á la Princesa. Ésta, atormentada por su conciencia, confiesa á la Reina todas sus faltas, y es castigada perdiendo su cargo en Palacio y siendo relegada en un convento.

El Marqués visita otra vez á la Reina para anunciarle que parte de su plan se ha desbaratado, que él ha de morir por necesidad, y se despide recomendándola el Príncipe y sus proyectos. Finalmente, el superintendente de correos, D. Raimundo de Taxis, da al Rey una carta del Marqués, dirigida á los Príncipes de Nassau y de Orange, por cuya razón, ocupado Felipe II con una tan importante noticia, no puede hablarle la Princesa de Éboli, á pesar de su insistencia.

El Infante D. Carlos aparece preso en el último acto. El Marqués le declara cuanto ha hecho para salvarle á los ojos del Rey, disipando sus sospechas relativas al supuesto adulterio entre su esposa y su hijo, porque todas recaen ya sobre la Princesa de Éboli, autora principal de la trama descubierta. Añade que, para lograr su fin por completo, sacrificándose por su amigo, para que pueda favorecer con toda libertad la separación de las provincias de Flandes de la Corona de España, ha escrito la carta indicada al Príncipe de Orange, confesando en ella que él es el enamorado de la Reina. Muere de un tiro antes de terminar su conferencia con el Príncipe, disparado por asesinos del Rey, conocedor de sus obras aparentes y acusadoras.

El dolor del Infante es inmenso al ver muerto á su amigo; se resiste á admitir su libertad y su espada, que le ofrece su padre en persona, rodeado de sus Grandes, y lo reconviene amargamente por el crimen cometido, revelándole que es un sacrificio heroico de la amistad del Marqués. Mientras el Rey reconoce su error y lo deplora, Madrid se subleva creyendo al Príncipe en peligro, y Felipe II

se desmaya de ira al observar que sus grandes simpatizan con su hijo y parecen dispuestos á abandona rlo.

Carlos, solo ya, porque los Grandes se han llevado al Rey, sin conocimiento, recibe la visita de Mercado, médico de cámara de la Reina, el cual, por orden de su señora, lo invita á una conferencia con ella á la media noche, disfrazándose el Príncipe de suerte que simule ser el alma en pena del Emperador Carlos V, su abuelo, para que pueda pasar sin obstáculo entre los centinelas y llegar hasta la habitación de su madrastra. Accede al cabo á su ruego, al saber que la Reina lo llama para cumplir los deseos del Marqués; pero mientras tanto se descubre por ciertos documentos, recogidos de un Cartujo, que habían de entregarse al Príncipe, que éste había de abandonar á Madrid aquella misma noche, esperándolo en Cádiz un buque para trasportarlo á Flesinga y ponerse al frente de los rebeldes; que los turcos se arman para atacar á España; que el viaje del Marqués por Europa tuvo por objeto concitar á las potencias del Norte en favor de los Flamencos; que se había formado el plan de campaña de la próxima guerra contra los Españoles, y por último, que el Príncipe había de visitar á la Reina á media noche.

El Duque de Alba entrega al Rey todos estos documentos. Mientras los lee, un oficial anuncia que los centinelas han visto á la sombra del Emperador pasar entre ellos, y deslizarse en las habitaciones de la Reina. Felipe II entonces llama al Inquisidor General, sorprende en su coloquio, por lo demás inocente en punto á adulterio, á su esposa y al Príncipe, y los pone en manos del Santo Oficio.

D. CARLOS, INFANTE DE ESPAÑA.

POEMA DRAMÁTICO EN CINCO ACTOS.

PERSONAJES.

FELIPE II, Rey de España.
ISABEL DE VALOIS, su esposa.
D. CARLOS, Príncipe heredero de la Corona.
ALEJANDRO FARNESIO, Príncipe de Parma, sobrino del Rey.
LA INFANTA CLARA EUGENIA, niña de tres años.
LA DUQUESA DE OLIVARES, Camarista Mayor.

LA MARQUESA DE MONDÉJAR. LA PRINCESA DE ÉBOLI. LA CONDESA DE FUENTES.	Damas de la Reina.

EL MARQUÉS DE POSA, Caballero de la Orden de Malta. EL DUQUE DE ALBA. EL CONDE DE LERMA, Coronel de Guardias de Corps. EL DUQUE DE FERIA, Caballero del Toisón. EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA, Almirante. D. RAIMUNDO DE TAXIS, Director de Correos.	Grandes de España.

EL PADRE DOMINGO, Confesor del Rey.
El Inquisidor General del Reino.
El Prior de un Convento de Cartujos.
Un Paje de la Reina.
D. LUIS MERCADO, Médico de Cámara de la Reina.
Damas y grandes; pajes; oficiales; guardias de Corps, y otros personajes mudos.

ACTO PRIMERO.

Los Jardines Reales de Aranjuez.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS y el PADRE DOMINGO.

EL PADRE DOMINGO.—Ya termina la alegre temporada de Aranjuez, y V. A. R. no parece más tranquilo. Nuestra residencia aquí no nos ha sido provechosa. Romped ese silencio misterioso; abrid, oh Príncipe, vuestro corazón á vuestro padre, porque nunca será excesivo el precio con que el Monarca pague el sosiego de su hijo... de su único hijo... Carlos calla, mirando al suelo.) ¿Cómo ha de rehusar el Cielo el cumplimiento del menor deseo de su hijo predilecto? Allí estaba yo, cuando, en las murallas de Toledo, el altivo Carlos recibió los homenajes de los príncipes, que rivalizaban á porfía en besar su mano; y entonces seis reinos, doblando... doblando á un tiempo las rodillas, yacían postrados á sus pies... Allí estaba yo, y observé que su sangre juvenil y orgullosa tiñó sus mejillas; que en su mente revolvía grandiosos proyectos, y que sus ojos embriagados, rebosando satisfacción, se paseaban por la asamblea... Y estas miradas, oh Príncipe, decían: «Mi júbilo es completo.» Carlos se vuelve.) Y la pena misteriosa y grave, que vemos

retratada en vuestro rostro hace ocho meses, enigma que preocupa á toda la Corte, tormento de todo el Reino, ha costado ya á S. M. noches de insomnio, y lágrimas á vuestra madre.

Carlos. (Contestándole con vivacidad.)—¿Mi madre?... ¡Oh Cielo! ¡Concédeme que yo olvide á quien la ha hecho madre mía!

El Padre Domingo.—Príncipe...

Carlos. (Que reflexiona, y se pasa la mano por la frente.)—Padre reverendo... he sido muy desdichado con mis madres. Mi primer acto, cuando ví la luz del día, fué ocasionar la muerte de mi madre.

El Padre Domingo.—¿Pero es posible, Serenísimo Príncipe, que atormente este escrúpulo á vuestra conciencia?

Carlos.— Y mi segunda madre... ¿no me ha arrebatado ya el cariño de mi padre? Apenas me amaba, y todo mi mérito era ser su hijo único. Ella le dió una hija... ¡Oh! ¿Quién sabe lo que yace escondido en los arcanos de lo futuro?

El Padre Domingo.—Os burláis de mí, Príncipe. Toda España idolatra á su Reina, ¿y sólo vos la habíais de mirar con odio? ¿Sólo reserva ha de infundiros su aspecto? ¿Cómo así, Príncipe? ¿La mujer más bella de este mundo, y Reina... y antes prometida vuestra? ¡Imposible, Príncipe! ¡Increíble! ¡Jamás! Cuando todos aman, no ha de odiar sólo Carlos, ni incurrir en tan extraña contradicción. Guardaos, pues, Príncipe, de demostrarle jamás la repugnancia que os inspira, porque la afligiríais sobremanera.

Carlos.—¿Lo creéis así?

El Padre Domingo.—¿Os acordáis del último torneo celebrado en Zaragoza, cuando nuestro Soberano fué herido por la astilla de una lanza?... La Reina, con sus damas, desde la tribuna central del Palacio, lo presenciaba. Oyóse el grito de: «el Rey derrama sangre...» todos acorren, y

el rumor llega á oídos de la Reina.—¡El Príncipe! exclama, é intenta... intenta arrojarse por el balcón...—No, es el Rey, se le responde...—Que llamen al médico, replica reanimada... (Pausa.) Pero ¿en qué pensáis?

Carlos.—Me admira el agudo ingenio del confesor del Rey, y oirle contar historias tan divertidas. (Más serio y formal.) Sin embargo, siempre se ha dicho que quienes espían á los demás, y llevan y traen cuentos, han hecho al mundo más daño que los puñales y el veneno, manejados por asesinos. Debierais ahorraros ese trabajo. Acudid al Rey, si esperáis que os lo agradezca.

El Padre Domingo.—Hacéis bien, oh Príncipe, en ser circunspecto con los hombres... pero con una distinción. No confundáis al hipócrita con el amigo. Mis intenciones, respecto á V. A., son buenas.

Carlos.—Siendo así, no las manifestéis á mi padre, porque de lo contrario, habréis de renunciar á la púrpura.

El Padre Domingo. (Desconcertado.)—¿Cómo?

Carlos.—¡Lo que oís! ¿No os ha prometido que será para vos la primera púrpura de cardenal, que haya de darse en España?

El Padre Domingo.—Os burláis de mí, Príncipe.

Carlos.—¡Líbreme Dios de burlarme de un hombre tan temible, que puede absolver ó condenar á mi padre!

El Padre Domingo.—No seré tan temerario, oh Príncipe, que intente averiguar la causa augusta de vuestra aflicción. Indico tan sólo á V. A. que no olvide que la Iglesia ofrece tranquilo refugio á los tormentos de la conciencia, en donde no tienen entrada los reyes, y que hasta los crímenes se guardan bajo el sello del secreto... Comprendéis mi pensamiento. He dicho bastante.

Carlos.—No, nada más lejos de mí que someter á prueba alguna al depositario de tales misterios.

El Padre Domingo.—Esa desconfianza, oh Príncipe... No conocéis á vuestro más fiel servidor.

Carlos. (Tomándole la mano.)—Entonces dejadme en paz Sois un santo, y el mundo lo sabe... sin embargo... para hablaros con franqueza... vuestras ocupaciones son excesivas. Largo es el camino que habéis de recorrer, oh reverendo Padre, hasta llegar á la Silla de San Pedro. Os perjudicaría saber demasiado. Anunciadlo así al Rey, que os envía.

El Padre Domingo.—A mí...

Carlos.—Ya lo he dicho. ¡Oh! ¡Bien, harto bien sé que me hacen traición en la Corte... sé que hay cien ojos pagados para espiarme... que el Rey Felipe vendería su único hijo al último de sus criados; que cada sílaba que pronuncio, se remunera más espléndidamente que las acciones más nobles!... sé... ¡Oh! ¡Silencio! No hablemos más... Mi corazón ansía desahogarse, y ya he dicho demasiado.

El Padre Domingo.—El Rey ha resuelto regresar á Madrid antes de la noche. Ya la Corte se prepara. ¿Tendré el honor, oh Príncipe?...

Carlos.—Muy bien. Os seguiré. (Vase el Padre Domingo. Pausa.) ¡Oh Felipe, digno de lástima, como tu hijo lo es también!... Ya veo tu corazón, que destila sangre, mordido por la ponzoñosa víbora de la sospecha. Tu malaventurada indiscreción se empeña en descubrir el más horrible secreto; y cuando lo consigas, tu furor será extraordinario.

ESCENA II.

CARLOS y el MARQUÉS DE POSA.

Carlos.—¿Quién viene?... ¿Qué veo? ¡Oh, mi ángel de la guarda!... ¿Mi Rodrigo?

El Marqués.—¡Carlos querido!

CARLOS.—¿Es posible? ¿Es esto verdad? ¿Eres tú? ¡Oh! Tú eres. Te estrecho contra mi corazón, y siento los fuertes latidos del tuyo. ¡Oh! Todo ha de mejorar ahora. Mi dolor desaparece en este abrazo. Descanso oprimiendo á mi Rodrigo.

EL MARQUÉS.—Alguna pena... ¿tenéis alguna pena? ¿Y qué ha de mejorar ahora? ¿Hay algo que haya de mejorar? Me admira oiros.

CARLOS.—Y ¿qué causa inesperada os trae ahora de Bruselas? ¿A quién he de agradecer esta sorpresa? ¿A quién? ¿Y lo pregunto? ¡Perdona esta blasfemia, oh divina Providencia, á la embriaguez de mi alegría! ¿A quién más que á tí, Dios de bondad? Sabías que Carlos estaba sin su buen ángel; me lo envías, ¿y lo pregunto?

EL MARQUÉS.—Dispensadme, amado Príncipe, si yo correspondo consternado á vuestros cariñosos trasportes. No esperaba encontrar así al hijo de D. Felipe. Un color sonrosado extraño tiñe vuestras pálidas mejillas, y febril temblor agita vuestros labios. ¿Qué debo pensar, querido Príncipe?... Este no es aquel noble mancebo de corazón de león, á quien me dirige un pueblo heroico y oprimido. El que os abraza ahora no es ya Rodrigo, ni el compañero de los juegos infantiles de Carlos, sino el emisario de la humanidad entera... las provincias de Flandes, que lloran pendientes de vuestro cuello, y os conjuran solemnemente que las salvéis. Perdido sin remedio está ese país vuestro, si el Duque de Alba, el feroz verdugo del fanatismo, se presenta en Bruselas como ejecutor de las leyes de España. La última esperanza de tan noble región se cifra ahora en el glorioso nieto del Emperador Carlos V. Y sucumbirán, si vuestro magnánimo corazón ha cesado de latir en provecho de la humanidad.

CARLOS.—Sucumbirán, sin duda.

EL MARQUÉS.—¡Ay de mí! ¿Qué escucho?

CARLOS.— Hablas de tiempos que pasaron. Yo recuerdo también en mis sueños á un Carlos, cuyas mejillas ardían cuando se hablaba de libertad... Pero murió ya tiempo hace. El que está aquí no es ya Carlos, el que se despidió en Alcalá, el que, arrullado por risueñas ilusiones, aspiraba á entronizar en España una nueva edad de oro... Infantil era el propósito, pero tan bello como divino. Se desvanecieron estos ensueños...

EL MARQUÉS.— ¿Ensueños, Príncipe?... ¿Ensueños eran tan sólo?

CARLOS.—¡Déjame llorar! Deja que vierta lágrimas ardientes en el seno de mi único amigo. Ninguno... ninguno más tengo sobre la haz de la tierra, siendo tan vasta. Por inmensos que sean los dominios de mi padre, por lejos que naveguen los buques que llevan nuestra bandera, no hay paraje alguno... no, ninguno, sino éste, en donde yo pueda llorar. ¡Oh Rodrigo! ¡Por cuanto esperemos ambos del cielo, no me destierres de aquí! (El Marqués se inclina sobre él en silencio.) Puedes decir que yo era un niño huérfano, que tú recogiste compasivo de los pies del trono... Yo ignoro seguramente lo que es un padre... y soy hijo de un Rey... ¡Oh! Si es cierto, como me dice mi corazón, que entre millones de hombres te he encontrado sólo á tí, que me comprendas; si lo es que la naturaleza creadora reprodujo en Carlos á Rodrigo, y que en la aurora de nuestra vida se unieron nuestras almas en dulce melodía; si una lágrima que me alivie te es más cara que el favor de mi padre...

EL MARQUÉS.—¡Oh! Más que el mundo entero.

CARLOS.—Tan bajo he caído... tan grande es mi miseria, que me veo obligado á recordarte los primeros años de nuestra infancia... y á rogarte que cumplas la promesa, ha largo tiempo olvidada, que me hiciste, vestido de marino... Cuando ambos, dos jóvenes fogosos, crecíamos como

hermanos, y yo no sentía otra pena que ver mi talento tan oscurecido por el tuyo... entonces resolví al cabo amarte hasta lo infinito, perdida la esperanza de igualarte. Comencé á molestarte con mil tiernas y amistosas caricias fraternales, que tú, en tu altivez, acogías con frialdad. Acontecía con frecuencia... aunque tú no lo viste jamás, que mis ojos derramaban penosas y ardientes lágrimas, cuando tú, sin hacer caso de mí, estrechabas en tus brazos niños de inferior condición. ¿Por qué sólo á esos? exclamaba yo afligido. ¿No te quiero bien yo?... Pero tú, arrodillándote fría y solemnemente ante mí, decías: «He aquí cómo yo debo honrar al hijo del Rey.»

El Marqués.—No contéis, oh Príncipe, esas historias de nuestra infancia, que me llenan ahora de rubor.

Carlos.—Yo no merecía esto de tí. Podías despreciarme, desgarrar mi corazón, pero nunca alejarte de mi lado. Tres veces rechazaste al Príncipe, y tres veces volvió suplicante á implorar tu amistad, y á ofrecerte á la fuerza la suya. Una casualidad hizo lo que Carlos no había podido lograr. Jugando nosotros, sucedió en cierta ocasión que tu volante lastimó los ojos de mi tía, la Reina de Bohemia. Ella creyó que se había hecho con premeditación, y se quejó llorando al Rey. Todos los jóvenes de palacio hubieron de comparecer para designar al culpable. El Rey juró castigar esta insolencia de un modo ejemplar, aunque fuese en su mismo hijo. Te ví temblando allá lejos, y yo me arrojé á los pies del Rey, gritando: «Yo lo hice; descarga tu furor en tu hijo.»

El Marqués.—¡Ah, Príncipe! ¿Por qué me lo recordáis?

Carlos.—Y en presencia de toda la Corte, que nos rodeaba compasiva, castigó á tu Carlos como á un esclavo. Yo te miraba, y no lloraba. El dolor me obligaba á rechinar los dientes, pero no lloraba. Mi sangre real corría vergonzosamente, golpeándoseme sin piedad. Yo te miraba, y

no lloraba... Te acercaste gimiendo, y te prosternaste ante mí. «Si, sí, exclamaste; vencido está mi orgullo; yo te pagaré cuando seas Rey.»

El Marqués. (Tendiéndole la mano.)—Y lo haré, Carlos. Esa promesa infantil la renuevo ahora, ya hombre. Quiero pagar mi deuda. Quizás ha llegado el momento oportuno.

Carlos.—¡Ahora, ahora!... ¡Oh! No lo dilates... Ha llegado el instante supremo. He aquí el tiempo de pagarla... Un secreto horrible devora mi pecho. Es preciso... es preciso decirlo. En tu rostro pálido quiero leer mi sentencia de muerte. Oye... asómbrate... pero no contestes. Yo amo á mi madre.

El Marqués.—¡Dios mío!

Carlos.—¡No! No quiero contemplaciones. Habla, habla, dí que en toda la redondez de la tierra ninguna desdicha es igual á la mía... ¡habla! Ya adivino lo que te propones decir. ¡El hijo ama á su madre! Los usos del mundo, las leyes de la naturaleza y los decretos de Roma condenan mi pasión. Mi amor lastima de un modo horrible los derechos de mi padre. Lo sé, y la amo sin embargo. Por esta senda se va á la locura ó al cadalso. Acaricio mi esperanza... criminalmente... con mortal angustia, y con peligro de mi vida. Lo comprendo, y, sin embargo, la amo.

El Marqués.—¿Conoce la Reina esa inclinación?

Carlos.—¿Cómo descubrírsela? Es Reina y esposa de Felipe, yesta región España. Guardada por los celos de mi padre; rodeada por todas partes por las trabas de la etiqueta, ¿cómo acercarme á ella sin testigos? Ocho meses han trascurrido ya de tormentos infernales, desde que el Rey me llamó de mis estudios, condenándome á verla diariamente, y á callar como en la tumba. Ocho meses de angustias infernales, oh Rodrigo, devorando este fuego mi pecho, y asomando en mis labios mil veces esa horrible

confesión, para refugiarse de nuevo en mi corazón vergonzoso y cobarde... sólo con ella contados instantes...

El Marqués.—¡Ay de mí! Y vuestro padre, Príncipe...

Carlos.—¡Desdichado! ¿Por qué me lo recuerdas? Háblame de todos los terrores de la conciencia, no de mi padre.

El Marqués.—¿Lo odiáis?

Carlos.—Nó, ¡ay de mí! nó. No odio á mi padre... y, sin embargo, el terror, la ansiedad del culpable me abruman al oir ese nombre temible. ¿Qué he de hacer, cuando mi educación de esclavo ha destruído ya en mi alma el tierno germen del amor filial? Seis años contaba yo de edad, cuando conocí por vez primera al temido, como llamaban á mi padre. Era una mañana en que, sin sentarse siquiera, había firmado cuatro sentencias de muerte. Después no le ví más que cuando había de ser castigado por alguna falta... ¡Oh Dios! Ahora siento que destilan amargura mis palabras... ¡Dejemos... dejemos este asunto!

El Marqués.—No, Príncipe; ahora, ahora habéis de hablarme con franqueza. El peso, que oprime á un pecho afligido, se aligera desahogándose.

Carlos.—He luchado frecuentemente conmigo mismo; muchas veces, á la media noche, cuando mis centinelas dormían, me he prosternado, derramando lágrimas ardientes, ante la imagen de la Reina del cielo, para suplicarle que me concediese afecto filial... y me levantaba sin lograr mi deseo. ¡Ah, Rodrigo! ¡Explícame tan extraño enigma, que la Providencia me...! ¿Por qué, entre mil padres, ha de ser ése el mío? ¿Por qué, entre mil hijos mejores, he de ser yo el suyo? En la vasta extensión de la naturaleza entera no hay dos caracteres más opuestos... que el suyo y el mío... ¿Por qué unir á ambos tan sagrado lazo? ¡Terrible destino! ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué dos hombres, que huyen uno de otro, han de juntarse espan-

tosamente en un mismo deseo? Aquí, Rodrigo, observas tú dos astros enemigos, que, en su largo curso, se encuentran una sola vez en los puntos extremos de su carrera, chocan uno contra otro, y se separan después para siempre.

El Marqués.—Presiento un triste desenlace.

Carlos.— Y yo también. Sueños terribles me persiguen como furias del Averno. Lleno de dudas, lucha mi bondad con repugnantes proyectos; y mis desventuradas cavilaciones, recorriendo un laberinto de sofismas, se detienen al cabo ante la sima abierta del abismo... ¡Oh, Rodrigo! si yo llegase á ignorar que era mi padre... y por tu palidez veo que me has entendido; si yo pudiese olvidar que es mi padre, ¿qué sería el Rey para mí?

El Marqués. (Después de algunos intantes de silencio.)—¿Puedo yo dirigir una súplica á mi querido Carlos? Cualquiera, que sea vuestro designio, prometedme que no lo realizaréis sin comunicarlo á vuestro amigo. ¿Lo prometéis?

Carlos.—Todo, todo cuanto tu amistad me exija. Me arrojo en tus brazos sin reserva.

El Marqués.—Según se dice, el Monarca quiere volver á la capital. Los instantes son preciosos. Si deseáis hablar en secreto á la Reina, en ninguna parte como en Aranjuez. La tranquilidad de este lugar... las costumbres menos formalistas que se observan aquí, favorecen...

Carlos.—Tal era también mi esperanza; pero, ¡ay de mí, vana esperanza!

El Marqués.—No enteramente. Voy á presentarme al punto á ella. Si es en España como era en la corte de Enrique, la franqueza será una de sus cualidades. Si en sus miradas entreveo algo agradable á Carlos; si la encuentro dispuesta á esta entrevista... si es posible alejar á sus damas...

Carlos.—La mayor parte son mis amigas... La de Mondéjar, en especial, cuyo hijo es paje mío...

El Marqués.—Tanto mejor. Quedaos aquí cerca, oh Príncipe, para presentaros á la primera señal.

Carlos.—Tal es mi deseo... tal es... ¡apresúrate!

El Marqués.—No perderé un momento. Así, Príncipe, hasta dentro de poco. (Vanse ambos en dirección opuesta.)

ESCENA II.

La corte de la Reina en Aranjuez.—Escena campestre, y una calle de árboles, que termina en la quinta de la Reina.

LA REINA; LA DUQUESA DE OLIVARES; LA PRINCESA DE ÉBOLI y LA MARQUESA DE MONDÉJAR, que vienen por la calle de árboles.

La Reina. (A la Marquesa.)—Quiero que estéis cerca de mí, Marquesa. La alegría, que se retrata en los ojos de la Princesa, me atormenta desde esta mañana. ¡Mirad! Apenas puede disimular su gozo, porque deja este lugar.

La Princesa de Éboli.—No negaré, oh Reina, que veré de nuevo á Madrid con placer extraordinario.

La Marquesa de Mondéjar.—¿No sucede lo mismo á vuestra Majestad? ¿Tanto os disgustará dejar en breve á Aranjuez?

La Reina.—Por lo menos... abandonar este bello paisaje. Aquí estoy yo como en mi centro. Siempre ha sido este lugar mi predilecto. Paréceme que respiro aquí el aire de mi país natal, amigo cordial de mi juventud. Aquí encuentro de nuevo los juegos de mi niñez, y creo que me rodea el ambiente de mi Francia. No lo censuréis, que á todos nos es cara la patria.

La Princesa de Éboli.—¡Qué solitario, qué triste y si-

lencioso es este paraje! Cualquiera lo confundiría con la Trapa.

La Reina.—Al contrario, un cementerio es para mí Madrid... Sin embargo, ¿qué dice nuestra Duquesa?

La Duquesa de Olivares.—Sólo sé, señora, que, desde que hay Reyes en España, se observa la costumbre de pasar un mes aquí, otro en el Pardo, y el invierno en Madrid.

La Reina.—Sí, Duquesa; ya sabéis que he renunciado para siempre á disputar con vos.

La Marquesa de Mondéjar.—Y ¡cuánta animación habrá pronto en Madrid! La plaza Mayor está preparada para una corrida de toros, y también nos han prometido un auto de fe...

La Reina.—¿Qué nos han prometido?... ¿Es posible que oiga yo esto de los labios de mi dulce Marquesa de Mondéjar?

La Marquesa de Mondéjar.—¿Por qué no? Son herejes los que queman.

La Reina.—Espero que mi Princesa de Éboli piense de otra manera.

La Princesa de Éboli.—¿Yo? Suplico encarecidamente á V. M. que no me considere menos buena cristiana que la Marquesa de Mondéjar.

La Reina.—¡Ay de mí! Olvido en donde estoy... Hablemos de otra cosa... Discurríamos sobre el campo. Este mes, á mi parecer, ha pasado con singular rapidez. Esperaba haber gozado aquí mucho, mucho, y me he equivocado en mis cálculos. ¿Acontece lo mismo á todas las demás esperanzas? No puedo decir, sin embargo, cuál de mis deseos no se ha realizado.

La Duquesa de Olivares.—Aun no nos habéis dicho, oh Princesa de Éboli, si Gómez verá sus votos cumplidos, y si os saludaremos en breve como á su prometida.

La Reina.—¡Sí! Me alegro que me lo recordéis, Duquesa.

(A la Princesa.) Se me ha rogado hablaros en su favor. Pero ¿cómo hacerlo? El hombre, á quien yo premie con mi Princesa, ha de ser un hombre digno de ella.

LA DUQUESA DE OLIVARES.—V. M. sabe que es caballero muy digno, muy conocido de nuestro Soberano, y honrado con su favor.

LA REINA.—Esto lo colmará de felicidad... Sin embargo, queremos saber si él puede amarla y merecer su amor... ¿Qué decís, Princesa?

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Que se queda muda y confusa, con los ojos fijos en tierra, y se prosterna al cabo á los pies de la Reina.) —¡Apiadaos de mí, Reina magnánima! ¡No permitid!... ¡Por Dios, no consintáis que sea yo sacrificada!...

LA REINA.—¿Sacrificada? Nada digo ya. ¡Levantaos! Es cosa terrible el ser sacrificada. Os creo. ¡Levantaos!.. ¿Hace mucho que rechazasteis las pretensiones del Conde?

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Levantándose.)—¡Oh! Muchos meses. El Príncipe Carlos estudiaba todavía.

LA REINA. (Sorprendida, y mirándola con intención.)—¿Y lo habéis hecho por motivos poderosos?

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Con algún calor.)—No debe ser, oh Reina mía, no debe ser, por infinitas razones.

LA REINA. (Muy seria.)—Más de una es ya demasiado. No sabéis apreciarlo... Basta; dejemos esto. (A las otras damas.) Aun no he visto hoy á la Infantita. Traédmela, Marquesa.

LA DUQUESA DE OLIVARES. (Mirando el reloj.) — No es hora todavía...

LA REINA.—¿No es hora todavía de que yo sea su madre? ¡Es triste esto! No dejéis de avisarme cuando llegue el momomento. (Viene un paje, que habla en voz baja con la Camarista mayor, la cual se vuelve hacia la Reina.)

LA DUQUESA DE OLIVARES.—El Marqués de Posa, Señora...

LA REINA.—¿De Posa?

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Viene de Francia y de los Paí-

ses Bajos, y pide permiso para entregaros cartas de la Reina, vuestra augusta madre.

La Reina.—¿Y es permitido esto?

La Duquesa de Olivares. (Pensativa.)—En mis instrucciones no se ha previsto el caso de que un grande de España, al llegar de una Corte extranjera, pueda entregar cartas á la Reina de España en sus jardines...

La Reina.—Entonces lo recibiré á mis riesgos y peligros.

La Duquesa de Olivares.—Pero me dejará V. M. alejarme de aquí todo el tiempo...

La Reina.—Haced lo que queráis, Duquesa. (Vase la Camarista mayor, y la Reina hace una señal al Paje, que se ausenta.)

ESCENA IV.

La REINA, la PRINCESA de ÉBOLI, la MARQUESA de MONDÉJAR y el MARQUÉS de POSA.

La Reina.—Sed bienvenido, caballero, á la tierra de España.

El Marqués.—A la cual nunca he llamado mi patria con más legítimo orgullo que ahora...

La Reina. (A las dos damas.)—El Marqués de Posa, que, en el torneo de Reims, rompió una lanza con mi padre, é hizo triunfar tres veces mi bandera... El primero de su nación, que me demostró la gloria, que yo ganaría, llegando á ser Reina de España. (Volviéndose hacia el Marqués.) Cuando nos vimos la última vez en el Louvre, caballero, no podríais soñar siquiera que yo os pudiera recibir en Castilla.

El Marqués.—¡No, gran Reina!... porque no soñaba yo entonces que Francia pudiera cedernos lo único que excitaba nuestra envidia.

La Reina.—¡Orgulloso español!... ¿Lo único?... ¿Y lo decís á una hija de la casa de Valois?

El Marqués.—Ahora me atrevo á decirlo, Señora... porque ahora sois nuestra.

La Reina.—Vuestro viaje, por lo que oigo, os ha llevado también á Francia... ¿Qué me traéis, de parte de mi venerable madre y de mis muy queridos hermanos?

El Marqués. (Presentándole las cartas.)—Encontré enferma á la Reina Madre, indiferente á todas las alegrías de este mundo, excepto á la de saber si su hija es feliz en el Trono de España.

La Reina.—¿No he de serlo, sabiendo cuán presente estoy en la memoria de parientes tan amados, y que con tanta ternura me corresponden?... Habéis visitado muchas Cortes en vuestros viajes, caballero, y muchos países, y observado muy diversas costumbres... ¿y ahora estáis resuelto, según se dice, á vivir sólo en vuestra patria? Tan gran Príncipe, en vuestros pacíficos dominios, como el Rey Felipe en su Reino... ¡hombre libre! ¡filósofo!... Mucho dudo que Madrid pueda agradaros. Extraordinaria tranquilidad... hay en Madrid.

El Marqués.—Mayor que la de que se disfruta en todo lo restante de Europa.

La Reina.—Eso dicen. Por mi parte, casi no recuerdo siquiera los negocios importantes de este mundo. (A la Princesa de Éboli.) Me parece, oh Princesa, que hay allí un jacinto en flor... ¿queréis traérmelo? (La Princesa la obedece; en voz más baja al Marqués.) O me engaño sobremanera, caballero, ó vuestra llegada ha llenado de alegría á más de una persona de esta Corte.

El Marqués.—He encontrado muy triste á uno... al cual sólo algo en este mundo podría regocijar. (La Princesa vuelve con la flor.)

La Princesa de Éboli.—Ya que este caballero ha visto

tantos países, sin duda podrá contarnos muchas cosas curiosas.

El Marqués.—Seguramente. Buscar aventuras es el deber del caballero... y defender á las damas, el más sagrado de todos.

La Marquesa de Mondéjar.—¿De los gigantes? Ahora ya no hay gigantes.

El Marqués.—La violencia empleada contra el débil, es en todo tiempo un gigante.

La Reina.—Este caballero tiene razón. Gigantes hay, caballeros no.

El Marqués.—Poco hace, á mi regreso de Nápoles, he sido testigo de un suceso conmovedor, que me he apropiado, por legármelo la amistad... Si no temiera molestar á V. M. refiriéndoselo...

La Reina.—La elección ¿será dudosa para mí? La curiosidad de la Princesa es extraordinaria. Oigamos, pues. También á mí me agradan las historias.

El Marqués.—Dos nobles familias de la Mirándola, hartas de celos y de enemistades inveteradas, que habían durado siglos enteros, desde el tiempo de los Güelfos y de los Gibelinos, acordaron contraer perpetua alianza por medio de los tiernos vínculos del himeneo. Fernando, sobrino del poderoso Pedro, y la divina Matilde, hija de Colonna, fueron los elegidos para formar el lazo de esta unión. Nunca la naturaleza creó dos corazones más nobles, el uno para el otro... jamás el mundo había celebrado tan acertada elección. Fernando sólo había adorado al retrato de su amable prometida... ¡Cómo temblaba al pensar en la posibilidad, de que sus fogosos deseos y esperanzas, fundadas en el retrato, no igualasen á la realidad! En Padua, en donde lo encadenaban sus estudios, aguardaba sólo la llegada del feliz momento de postrarse á los pies de Matilde, y declararle su amor con trémulo acento. (La Reina presta

mayor atención. El Marqués, después de un instante de silencio, y, en cuanto lo consiente la presencia de la Reina, alude en su historia á la Princesa de Éboli.) Mientras tanto, queda libre la mano de Pietro por muerte de su esposa... Con ardor juvenil acoge el anciano los rumores de la fama, que celebra la belleza de Matilde. Llega, la ve... ¡la ama! Su nueva pasión ahoga en él la débil voz del parentesco. El tío pretende á la prometida de su sobrino, y santifica este robo á los pies del altar.

La Reina.—¿Y qué hizo Fernando?

El Marqués.—Ignorante de este suceso, corre embriagado á Mirándola en alas del amor. A la luz de las estrellas llega en ligero caballo á las puertas de la ciudad... Un ruido extraordinario de fiestas, bailes y música lo admira, al contemplar el palacio iluminado de su tío. Sube la escalera asustado y tembloroso, y se ve, desconocido de la mayoría, en un soberbio salón de bodas, y entre los alegres y bulliciosos convidados á Pedro... teniendo á su lado un ángel, que reconoce Fernando, y cuya belleza, ni aun en sueños pudiera presumir. Pruébale una sola mirada lo que él hubiese poseído, y lo que perdía para siempre.

La Princesa de Éboli.—¡Desdichado Fernando!

La Reina.—¿Terminó ya la historia, caballero?... Debe haber concluido.

El Marqués.—No del todo.

La Reina.—¿No nos dijisteis que Fernando había sido vuestro amigo?

El Marqués.—El más querido.

La Princesa de Éboli.—Continuad, pues, caballero.

El Marqués.—Es muy triste... y su recuerdo renueva mi dolor. La dejaremos ahí... (Silencio general.)

La Reina. (A la Princesa de Éboli.)—¿Podré ya abrazar á mi hija?... ¡Traédmela, Princesa! (Ésta se va. El Marqués hace señal á un paje, que permanece en el fondo, y desaparece en se-

guida. La Reina abre las cartas, que le ha entregado el Marqués y parece sorprendida. Mientras tanto, el Marqués habla en voz baja y precipitadamente con la Marquesa de Mondéjar. La Reina, después de haber leído las cartas, mira significativamente al Marqués.) Nada nos habéis dicho de Matilde. Quizás ignore los tormentos de Fernando.

El Marqués.—Nadie ha sondeado el corazón de Matilde... Las almas magnánimas sufren en silencio.

La Reina.—Miráis alrededor... ¿A quién buscáis?

El Marqués.—Pienso en el placer que recibiría de verse en mi lugar uno, á quien no me atrevo á nombrar.

La Reina.—¿Y quién será el culpable de que no lo ocupe?

El Marqués. (Interrumpiéndola con prontitud.) —¿Cómo? ¿Podré explicar estas palabras con arreglo á mi deseo?... ¿Sería perdonado, si apareciese ahora?

La Reina. (Asustada.)—¿Ahora, Marqués, ahora? ¿Qué queréis decir?

El Marqués.—¿Podrá esperar?... ¿osará?...

La Reina. (Llena de confusión.)—Me asustáis, Marqués... él no se atreverá...

El Marqués.—¡Vedlo aquí!

ESCENA V.

LA REINA y CARLOS.

(El Marqués de Posa y la Marquesa de Mondéjar se retiran al fondo.)

Carlos. (A los pies de la Reina.)—¿Llegó al fin el momento, en que Carlos puede estrechar esta mano amada?

La Reina.—¡Qué temeridad!... ¡qué culpable y loca sorpresa! ¡Levantaos! ¡Nos ven!... ¡Mi séquito está cerca!

CARLOS.—No me levanto... quedaré aquí eternamente de rodillas, encantado en este lugar, como si echara en él raíces...

LA REINA.—¡Insensato! ¿A tal extremo os lleva mi bondad? ¿Cómo? Sabéis que vuestras palabras indiscretas se dirigen á la Reina, á la madre, que yo... que yo misma he de decir al Rey...

CARLOS.—¿Y que he de morir? ¡Que me lleven de aquí al suplicio! Este instante, pasado en la gloria, ¿no será expiado con usura por la muerte?

LA REINA.—¿Y vuestra Reina?

CARLOS. (Levantándose.)—¡Dios, Dios! Me voy... Quiero dejaros... Cuando lo exigís, ¿no debo hacerlo? ¡Madre, madre! ¡Cuán cruelmente estáis jugando conmigo! Un signo, una leve mirada, un leve sonido, pronunciado por vuestros labios, me manda ser ó no ser. ¿Qué queréis que suceda? ¿Qué puede haber bajo el sol, que no me apresure á sacrificarlo, si así lo deseáis?

LA REINA.—¡Huid!

CARLOS.—¡Oh Dios!

LA REINA.—¡La única cosa, oh Carlos, que os pido llorando!... ¡Huid!... antes que mis damas... antes que mi carcelero nos vean juntos, y lleven esa noticia importante á los oídos de vuestro padre...

CARLOS.—Yo aguardo mi destino... sea la vida ó la muerte. ¿Cómo? ¿Habré yo fundado todas mis esperanzas en este único momento, en el de hablaros al fin sin testigos, para que un miedo inexplicable desbarate mis proyectos? ¡No, Reina! Cien veces, mil veces girará el orbe sobre sus polos, antes que la suerte me favorezca de nuevo.

LA REINA.—¡Así no se repita jamás! ¡Desdichado! ¿Qué pretendéis de mí?

CARLOS.—¡Oh Reina! ¡Cuánto he luchado, cuánto he lu-

chado, como no lo ha hecho nunca mortal alguno! ¡Testigo es Dios!... y en vano, oh Reina. Mi heroísmo ha desaparecido, y yo sucumbo.

La Reina.—Nada más... por amor á mi tranquilidad.

Carlos.—Erais mía... dos grandes reinos me lo habían prometido á la faz del mundo, y el cielo y la tierra lo habían aprobado. Felipe, Felipe me robó...

La Reina.—Es vuestro padre.

Carlos.—Vuestro esposo...

La Reina.—De quien heredaréis el Imperio más vasto del orbe.

Cralos.—Y á vos por madre.

La Reina.—¡Gran Dios! deliráis...

Carlos.—¿Y conoce acaso su riqueza? Su corazón ¿es capaz de apreciar el vuestro? ¡No quiero acusar, no! quiero olvidar cuán inmensamente feliz hubiera sido con vos... y no sé si él lo es. Pero no lo es... ¡Infernal tormento! ¡Ni lo es, ni nunca lo será! Tú me has robado mi paraíso, para reducirlo á la nada en los brazos del Rey Felipe.

La Reina.—¡Horrible idea!

Carlos.—¡Oh! ¡Yo sé á quién se debe esta unión!... ¡yo sé cómo puede Felipe amar y ser correspondido! ¡Qué sois en este Imperio? ¡Oidme! ¿Regente acaso? ¡No! Siéndolo vos, ¿cómo podría el Duque de Alba degollar á sus víctimas? ¿Cómo Flandes vertería su sangre por su fe? ¿Sois por ventura la esposa de Felipe? ¡Imposible! No puedo creerlo. Una esposa posee el corazón de su esposo; pero ¿á quién pertenece el suyo? Y si quizás en un momento febril parece tierno, ¿á quien pide perdón, sino á su cetro y á sus blancos cabellos?

La Reina.—¿Quién os ha dicho que es deplorable mi suerte al lado de Felipe?

Carlos.—¡Mi corazón! Me asegura que á mi lado hubieseis sido digna de envidia.

La Reina.—¡Hombre vano! ¿Y si mi corazón me afirmase lo contrario? ¿Y si la respetuosa ternura de Felipe, y el lenguaje mudo de su amor, me conmoviesen más hondamente que la elocuencia temeraria de su orgulloso hijo? Si los cuidados minuciosos de un anciano...

Carlos.—Eso es otra cosa... entonces .. sí, entonces... perdón... yo ignoraba... yo ignoraba que amabais al Rey.

La Reina.—Honrarlo es mi deseo y mi placer.

Carlos.—¿Nunca habéis amado?

La Reina.—¡Extraña pregunta!

Carlos.—¿Nunca habéis amado?

La Reina.—...Yo no amo ya.

Carlos.—¿Lo veda así vuestro corazón, ó vuestro juramento?

La Reina.—Porque mi deber... Desdichado, ¿con qué objeto hacéis ese triste análisis del destino, al cual hemos ambos de someternos?

Carlos —¿Someternos? ¿Al cuál hemos de someternos?

La Reina.—¿Cómo? ¿Qué dais á entender con ese tono solemne?

Carlos.—Tan sólo que Carlos no se ha propuesto sustituir el deber al sentimiento; que Carlos no se ha propuesto ser el más infortunado de este Imperio, si, para ser feliz, no hay otro obstáculo que leyes que pueden ser derogadas.

La Reina. — ¿Os entiendo? ¿Esperáis aún? ¿Esperáis, cuando todo se ha perdido?

Carlos.—Sólo los muertos son los perdidos para mí.

La Reina.—¿Y esperáis de mí, de vuestra madre? (Lo mira fijamente largo tiempo, y después prosigue con solemnidad.) ¿Por qué no? ¡Oh! El Rey nuevamente elegido puede hacer algo más que eso... puede destruir por el fuego las leyes promulgadas por su antecesor, derribar sus estatuas; puede también... ¿quién se lo impide?... arrancar sus hue-

sos de su sepulcro del Escorial y mostrarlos á la luz del sol, arrojar al viento sus cenizas profanadas, y al fin, para coronar dignamente su obra...

Carlos.—¡Callad por Dios!

La Reina.—Y al fin... casarse con su madre.

Carlos.—¡Hijo maldito! (Quédase un instante mudo y absorto.) Sí; ya se ha hecho... ya se ha hecho... Veo claro y evidente lo que debiera permanecer eterna, eternamente oscuro... Sois perdida para mí... por siempre... por siempre... por siempre... por toda la eternidad. *Alea jacta est.* Sois perdida para mí... Este pensamiento es infernal... infernal que os posea otro. ¡Ay de mí! No puedo resistirlo, y mis nervios parecen prontos á romperse.

La Reina.—¡Querido Carlos, digno de lástima! Siento... siento sobremanera esa tortura indecible que se ensaña en vuestro pecho. Infinita, como vuestro amor, es vuestra pena. Infinita, como él, será la gloria de vencerlo. Combatid ese enemigo, joven héroe. El premio de esta lucha, tan grande como terrible, es digno del adalid valeroso, del joven, cuyo corazón ha de atesorar las virtudes de tantos monarcas, sus abuelos... El nieto del gran Carlos comienza una batalla, para vencer en la cual los hijos de los demás hombres serán impotentes.

Carlos.—¡Es ya tarde, oh Dios, es ya demasiado tarde!

La Reina.—¿Para probar que sois hombre? ¡Oh Carlos! ¡cuán sublime será nuestro heroísmo, si, al ponerlo en práctica, ha de desgarrar nuestro corazón! La Providencia os ha elevado mucho sobre los demás... más, oh Príncipe, que á millones de vuestros semejantes. Parcial con su favorito, dióle lo que quitaba á esos millones de hombres. ¿Merecía acaso valer más desde el vientre de su madre que todos los demás mortales? Confirmad, pues, la benevolencia del cielo. Haceos digno de estar al frente del mundo, y sacrificad lo que nadie sacrificaría.

CARLOS.—Lo que yo puedo... lo que un gigante, por poseeros... ¡nada, por perderos!

LA REINA.—Y lo confesáis, Carlos... Obstinación, amargura y orgullo son sólo los rabiosos deseos, que abrigáis hacia vuestra madre. El amor, el corazón, que tan pródigamente me sacrificáis, pertenece al reino, que habéis de gobernar un día. Ya veis que así malgastáis los bienes, confiados á vuestra tutela. El amor es vuestro deber más sagrado. Hasta aquí se ha extraviado hacia vuestra madre... ¡Oh! Dirigidlo en provecho de vuestros futuros dominios, y entonces, en vez de sentir el puñal de vuestra conciencia, gustaréis el placer de igualaros con los Dioses. Isabel fué vuestro primer amor; que España sea el segundo. Con toda mi alma, oh bondadoso Carlos, accederé yo á las inclinaciones de ese nuevo y sublime amante.

CARLOS. (Que, dominado por la emoción, se arroja á sus pies.)—Cuán magnánima sois, criatura celestial!... Sí; haré cuanto deseáis. ¡Sea así! (Se levanta.) Me pongo en las manos del Todopoderoso, y juro... juro... juro para siempre... ¡Oh cielos! ¡No; sólo enmudecer perpetuamente!... ¡no olvidar perpetuamente!

LA REINA.—¿Cómo exigir de Carlos lo que yo misma no podría cumplir?

EL MARQUÉS. (Corriendo por la calle de árboles.)—¡El Rey!

LA REINA.—¡Dios mío!

EL MARQUÉS.—¡Alejaos, alejaos, Príncipe, de aquí!

LA REINA.—Sus sospechas serán terribles, si llega á veros...

CARLOS.—Yo quedo...

LA REINA.—Y entonces, ¿quién será la víctima?

CARLOS. (Cogiendo el brazo del Marqués,)—¡Vamos, vamos! Ven, Rodrigo. (Se va y vuelve.) ¿Qué podré llevar conmigo?

LA REINA.—La amistad de vuestra madre.

CARLOS.—¡Amistad! ¡Madre!

La Reina.—Y estas lágrimas por los Países Bajos. (Le da algunas cartas. Carlos y el Marqués se van. La Reina busca inquieta á sus damas, que no se ven en parte alguna. Cuando se retira por el fondo, aparece el Rey.)

ESCENA VI.

EL REY; LA REINA; EL DUQUE DE ALBA; EL CONDE DE LERMA, y algunos GRANDES y DAMAS, que se quedan aparte.

El Rey. (Que mira á su rededor con extrañeza, y calla algunos instantes.)—¿Sola, Señora? ¿Ni una dama os acompaña? Esto me sorprende... ¿en dónde están las que componen vuestro séquito?

La Reina.—Amable esposo...

El Rey.—¿Por qué sola? (A los que lo siguen.) Se me dará cuenta muy estrecha de esta conducta incalificable. ¿Quién estaba de servicio con la Reina? ¿Quién había de acompañarla hoy?

La Reina.—¡Oh! No os incomodéis, esposo mío... yo, yo soy la única culpable... yo mandé á la Princesa de Éboli que se alejara.

El Rey.—¿Vos?

La Reina.—Para llamar á la camarista, porque deseaba ver á mi hija.

El Rey.—¿Y por eso se ha ausentado todo vuestro séquito? La excusa será entonces para vuestra primera dama. ¿Y la segunda?

La Marquesa de Mondejar. (Que ha vuelto mientras tanto, se ha mezclado entre los demás, y entonces se presenta.)—Conozco, Serenísimo Señor, que yo sola soy culpable...

El Rey.—Por tanto, os concedo diez años de plazo para que lo reflexionéis lejos de Madrid. (La Marquesa se retira llorando. Silencio general. Todos miran estupefactos á la Reina.)

La Reina.—¿A quién lloráis, Marquesa? (Al Rey.) Si he faltado, mi Soberano Señor, la corona de este reino, que yo misma no he pretendido nunca, debiera á lo menos librarme de esta vergüenza. ¿Hay alguna ley en este país, que cite ante la justicia á las hijas de Reyes? ¿Sólo guarda el miedo á las mujeres de España? ¿Las protege cualquiera testigo mejor que su virtud? Y ahora, perdón, esposo mío... No estoy acostumbrada á despedir llorando á quienes me sirven con alegría... ¡Marquesa de Mondéjar! (Se quita su cinturón, y lo entrega á la Marquesa.) Habéis irritado al Rey, no á mí... Llevaos, pues, ese recuerdo de mi favor, y de este instante... Dejad este Imperio... Sólo habéis faltado en España, y en mi amada Francia se enjugarán de buen grado esas lágrimas... ¡Oh! ¡Recordármela contínuamente! (Apóyase en la camarista mayor, y se oculta el rostro.) No era así en mi querida Francia.

El Rey. (Con alguna emoción.)—¿Podía afligiros una reconvención de mi amor? ¿una palabra pronunciada por mis labios, sólo al influjo de mi más tierna solicitud? (Volviéndose hacia los grandes.) Aquí están los vasallos de mi trono. El sueño ¿cierra algún día mis párpados sin haber averiguado antes cuáles son los sentimientos de mi pueblo, que se extiende por las regiones más remotas? ¿Me ha de interesar más mi trono que mi muy entrañable esposa? Mi espada me responde de mi pueblo... y el Duque de Alba; y estos ojos solos del cariño de mi esposa.

La Reina.—Si os he ofendido, Señor...

El Rey.—Llámanme el hombre más rico del mundo cristiano, y el sol no se pone nunca en mis dominios... Sin embargo, otro ha poseído todo esto, y otros lo poseerán después. Lo propio del Rey pertenece también á la for-

tuna... Isabel es de Felipe, y en esto soy como los demás mortales.

La Reina.—Teméis, Señor...

El Rey.—Ni aun á estos cabellos blancos. Si alguna vez comenzase á temer, dejaría de temer en seguida... (A los Grandes.) Al contar á los Grandes de mi reino... veo que falta el primero. ¿En dónde está D. Carlos, mi hijo? (Nadie contesta.) Ese mancebo parece asustarse de mí. Evita mi presencia desde que vino de Alcalá, después de terminar sus estudios. Si es fogoso, ¿por qué tan fria su mirada? ¿por qué tan circunspecta su conducta? Observadlo, yo os lo encargo.

El Duque de Alba.—Así lo hago. Mientras palpite mi corazón bajo esta coraza, el Rey Don Felipe puede dormir tranquilo; y como el querubín guardaba al Paraíso, así defenderá al trono el Duque de Alba.

El Conde de Lerma.—¿Osaré yo, tan humilde, contradecir al más sabio de los Monarcas?... Venero demasiado la majestad de mi Soberano, para juzgar á su hijo tan precipitada y rigurosamente. El carácter vehemente de don Carlos me infunde temor, á la verdad, no sus sentimientos.

El Rey.—Vuestro lenguaje, Conde de Lerma, lisonjea al padre, pero el Duque será el defensor del Rey... No hablemos más de esto... (Volviéndose á su séquito.) Ahora regreso á Madrid sin tardanza. Mis deberes de Soberano me llaman allá. El contagio de la herejía cunde por mis pueblos, y la rebelión se propaga en los Países Bajos. Hay que aprovechar instantes tan preciosos. Un castigo terrible enfrenará á los extravíados. Mañana cumpliré yo el solemne juramento, que han prestado todos los Reyes de la cristiandad. El suplicio ha de ser mi ejemplo. Toda mi Corte es invitada á presenciarlo. (Llévase á la Reina, y le siguen los demás.)

ESCENA VII.

DON CARLOS, con unas cartas en la mano, y EL MARQUÉS DE POSA, llegan por la parte opuesta.

CARLOS.—Estoy resuelto á salvar á Flandes. Ella lo quiere... y esto me basta.

EL MARQUÉS.—Entonces no hay que perder un momento. Se dice que el Duque de Alba está ya nombrado Gobernador.

CARLOS.—Mañana mismo pido yo audiencia á mi padre, y reivindicaré ese cargo para mí. Será la primera súplica que le hago. No me lo rehusará. Largo tiempo ha que me ve en Madrid con disgusto. ¿Qué pretexto mejor para alejarme? Y... ¿debo confesártelo, Rodrigo? espero más... quizás recobraré su favor, hallándome con él frente á frente. Jamás ha desoído la voz de la naturaleza... déjame probar, Rodrigo, si puede algo en mis labios.

EL MARQUÉS.—Ahora, al fin, encuentro de nuevo á mi amigo; ya ahora sois el antiguo Carlos.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, y EL CONDE DE LERMA.

EL CONDE DE LERMA.—En seguida dejará á Aranjuez el Monarca. Tengo orden...

CARLOS.—Muy bien, Conde de Lerma. Voy á reunirme con el Rey.

El Marqués. (Haciendo como que se va, con tono ceremonioso.) ¿Nada más me manda V. A.?

Carlos.—Nada más, caballero. Seáis bien venido á Madrid. Me hablaréis más circunstanciadamente de Flandes. (A Lerma, que espera.) Voy allá al punto. (Vase el Conde de Lerma.)

ESCENA IX.

DON CARLOS y EL MARQUÉS.

Carlos.—Te he comprendido. Te doy las gracias. Sólo la presencia de un tercero excusa esta comedia. ¿No somos hermanos?... Que esta farsa del rango desaparezca en lo sucesivo de nuestra amistad íntima. Figúrate que nos hemos encontrado en un baile de máscaras; tú, vestido de esclavo, y yo, envuelto por capricho en un traje de púrpura. Mientras dura este Carnaval, fieles á nuestro disfraz y á nuestro papel, con ridícula formalidad evitamos turbar la diversión; pero enmascarado y todo, tu amigo Carlos te hace una señal, y me estrechas la mano al pasar, y nos entendemos á maravilla.

El Marqués.—La visión es deleitosa; pero ¿no se desvanecerá? ¿Está mi amigo Carlos tan seguro de sí mismo, que se atreva á resistir las seducciones de una soberanía absoluta? Un día vendrá... un día, en que ese heroico sentimiento... debo advertíroslo... sufrirá una prueba ruda. Don Felipe muere. Carlos hereda el Imperio más vasto de la cristiandad... Un abismo inmenso lo separa del resto de los mortales, y hoy es Dios quien era hombre ayer. Ya no tiene debilidad alguna. Los deberes eternos enmudecen ante él. La humanidad... hay todavía una palabra im-

portante en sus oídos... se vende á sí misma, y se arrastra en presencia de su ídolo. La vista frecuente de los dolores extingue su sensibilidad; su virtud se enerva con los deleites; el Perú le envía oro para sus locuras, y para sus vicios le suministra su Corte demonios. Duérmese arrullado en el cielo, que sus astutos esclavos le fabrican, y su divinidad dura tanto como su sueño... ¡Ay del insensato, que compasivo lo despierta! Y Rodrigo ¿qué hará?... La amistad es sincera y atrevida... la majestad enfermiza no resiste sus rayos temibles. Ni sufriréis la arrogancia del súbdito, ni yo el orgullo del Príncipe.

Carlos.—La pintura del Monarca es verdadera y terrible. Sí; yo te creo... Pero sólo el deleite abre sus corazones al vicio. Soy aún puro, á mi edad juvenil de veintitres años. Lo que otros millares de hombres han disipado antes en los brazos del placer, la mejor parte del espíritu, la energía varonil, la he conservado yo para el futuro soberano. ¿Qué podría arrancarte de mi corazón, si ni las mujeres lo han logrado?

El Marqués.—Yo mismo. ¿Podría yo amaros, oh Carlos, tan entrañablemente, si debiera temeros?

Carlos.—Eso no sucederá jamás. ¿Tienes necesidad de mí? ¿Sientes acaso pasiones, que te obliguen á mendigar del trono? ¿Te seduce el oro? Tu eres más rico, como súbdito, que lo seré yo jamás como rey... ¿Ambicionas los honores? Ya joven habías traspasado sus límites... y los has despreciado. ¿Quién de nosotros será el acreedor? ¿quién el deudor?... ¿Callas? ¿Temes la prueba? ¿No estás tampoco seguro de tí mismo?

El Marqués.—¡Bien! Cedo. He aquí mi mano.

Carlos.—¿Es mía?

El Marqués.—Para siempre, y en la acepción más extensa de la palabra.

Carlos.—Tan fiel, tan decidida como lo es hoy para

el Infante, ¿lo será después algún día para el Rey?

El Marqués—Os lo juro.

Carlos.—Y aunque la serpiente de la lisonja enlazase mi corazón sin defensa... aunque mis ojos olvidaran las lágrimas, en otro tiempo derramadas... aunque estos oídos se cerrasen para las súplicas, guardianes intrépidos de su virtud, ¿vendrías tú á infundirme fuerzas, y á recordar á mi genio su gran nombre?

El Marqués.—¡Sí!

Carlos.—Y ahora otro ruego. ¡Tutéame! Siempre he envidiado á tus iguales este privilegio de la confianza. Ese *tú* fraternal me place, y es grato á mi corazón, por su dulce igualdad... Ninguna objeción... Adivino lo que te propones decir... sé que es cosa insignificante para tí... aunque sea mucho para mí, para el hijo del Rey. ¿Quieres ser mi hermano?

El Marques.—¿Tu hermano?

Carlos.—Vayamos ahora en busca del Rey. Nada temo ya... Del brazo contigo, desafío á mi siglo. (Vanse los dos.)

ACTO II.

El Palacio Real de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON FELIPE, sentado bajo el dosel del trono; EL DUQUE DE ALBA, lejos del REY y cubierto, y CARLOS.

CARLOS.—El Estado tiene la preferencia. Carlos cede de buena voluntad al Ministro. Habla en favor de España... yo soy el hijo del Rey. (Se retira haciendo una cortesía.)

DON FELIPE. — ¡Quédese el Duque! El Infante puede hablar.

CARLOS. (Volviéndose hacia el Duque de Alba. — Deberé, pues, á vuestra generosidad, oh Duque, el favor de hablar al Rey. Un hijo... seguramente no lo ignoráis... puede muy bien tener secretos en su corazón, que nada importen á un tercero. El Rey quedará vuestro... en este momento sólo al padre me dirijo.

DON FELIPE.—Aquí está como amigo.

CARLOS.—¿He merecido yo también el mirarlo como mío?

DON FELIPE.—¿Cómo merecerlo?... No me agradan los hijos, que pretenden saber elegirlos mejor que el mismo padre.

CARLOS.—El orgullo caballeresco del Duque de Alba ¿podrá sufrir esta escena? Tan cierto como existo, que el importuno, que, sin ser llamado, intenta interponerse entre el padre y el hijo, y no se avergüenza de ello, y constándole que es inútil su presencia, se obstina en no alejarse, desempeña un papel... ¡por Dios santo!... que no quisiera para mí.

DON FELIPE. (Que abandona su asiento, y mira al Duque colérico.)— ¡Dejadnos, Duque! (Este se va hacia la puerta principal, por donde ha entrado Carlos. El Rey le indica otra.) No; al gabinete, hasta que yo os llame.

ESCENA II.

EL REY DON FELIPE Y CARLOS.

CARLOS. (Que, en cuanto desaparece el Duque, se adelanta hacia su padre, y se prosterna á sus pies, profundamente conmovido.)—Ahora encuentro de nuevo á mi padre; ahora lo encuentro otra vez, y le agradezco este favor con toda mi alma. ¡Vuestra mano, padre mío!... ¡Oh día feliz!... El placer, que me concede este beso, estaba vedado ha tiempo á vuestro hijo. ¿Por qué, oh padre, me habéis expulsado antes de vuestro corazón? ¿Cuál ha sido mi falta?

DON FELIPE.—Tu corazón, oh Príncipe, desconoce todas esas artes. No las uses, porque no me agradan.

CARLOS.—¡Ah! ¡Ya! Oigo á vuestros cortesanos... ¡Padre mío! No es bueno, ¡por Dios! no es todo bueno lo que dice un sacerdote, ni todo lo que dicen las hechuras de ese sacerdote. No soy perverso, padre mío... el fuego de mis años es mi única maldad; mi crimen, mi juventud. Yo no tengo aviesas inclinaciones, no las tengo verdadera-

mente...; aunque con frecuencia me arrastren pasiones violentas, mi corazón ama el bien...

DON FELIPE.—Tu corazón es bueno, ya lo sé, como lo es tu plegaria.

CARLOS.—¡Ahora ó nunca!... Estamos solos. Las barreras incómodas de la etiqueta, que separaban al hijo del padre, han venido á tierra. ¡Ahora ó nunca! Un dulce rayo de esperanza llega hasta mí, y un presentimiento consolador surge en mi mente... El cielo todo, con sus coros de alegres ángeles, se acerca á mí, y Dios, tres veces santo, se ríe conmovido contemplando esta escena... ¡Padre mío! ¡Reconciliación! (Cae á sus piés.)

DON FELIPE.—¡Déjame y levántate!

CARLOS.—¡Reconciliación!

DON FELIPE. (Pugnando por desembarazarse de él.)— Imprudente hasta el extremo es ya para mí esta farsa...

CARLOS.—¿Imprudencia temeraria el amor filial?

DON FELIPE.—¿Y lágrimas? ¡Indigno espectáculo!... ¡Quítate de mi presencia!

CARLOS.—¡Ahora ó nunca!... ¡Reconciliación, padre mío!

DON FELIPE.—¡Apártate de mi vista! Si vinieses cubierto de oprobio de alguna batalla, abriría mis brazos para recibirte en ellos... Así, te rechazo... Sólo una falta vergonzosa puede lavarse en tales fuentes. Quien no se ruboriza de arrepentirse, no dejará jamás de apelar al arrepentimiento.

CARLOS.—¿Quién es él? ¿Cómo este sér, extraño á la humanidad, se ha deslizado entre los hombres?... Las lágrimas son seguramente el testimonio más constante de la humanidad; secos están sus ojos, y no le dió á luz mujer alguna... ¡Oh! Que los vuestros, jamás húmedos por el llanto, derramen, puesto que la ocasión lo exige, alguna lágrima, porque de otro modo, en la hora de la adversidad, las invocaréis en vano.

DON FÉLIPE.—¿Te propones, acaso, disipar con tus frases artificiosas la duda cruel de tu padre?

CARLOS.—¿Duda? Quiero conocerla; quiero desvanecer esa duda... quiero recurrir con ahinco al corazón paternal, estrecharlo, estrecharlo sin descanso, hasta que esa sospecha, aunque sea tan dura y resistente como una roca, lo abandone... ¿Quiénes me han robado el afecto de mi padre? ¿Qué ha ofrecido el monje al padre por su hijo? ¿Qué compensación le allegará el Duque de Alba por una vida, á la que falta el consuelo de un hijo? ¿Queréis cariño?... De este pecho mana una fuente, copiosa y fresca, más que la de los servidores melancólicos y sombríos, que alimenta sólo el oro de Felipe.

DON FELIPE.—¡Detente, temerario!... Los hombres, á quienes insultas, son probados servidores de mi elección, dignos de que los honres.

CARLOS.—¡Jamás! Digo lo que siento. Lo que hace vuestro Duque de Alba puede hacerlo vuestro hijo Carlos, y más también. ¿Qué preocupará á un mercenario el interés de un reino, que no ha de ser suyo? ¿Qué le importa que los cabellos de Felipe encanezcan? Vuestro Carlos os hubiera amado... Me horroriza la idea de verme en el trono algún día aislado y solo...

DON FELIPE. (Que, conmovido por estas palabras, se queda reflexionando pensativo; y después de una pausa dice.)—Yo soy solo.

CARLOS. (Con pasión y entusiasmo, acercándose á él.)—Lo habéis estado. No me odiéis, y yo os amaré con toda mi alma; pero no me odiéis... ¡Cuán grato no es, cuán consolador sentirnos honrados y ensalzados por un alma generosa; saber que nuestras alegrías tiñen de dulce rubor otras mejillas; que nuestras penas hacen latir otro pecho; que nuestros dolores humedecen otros ojos!... ¡Cuán seductor, cuán sublime no parece, desandar mano á mano con un

hijo adorado la senda sembrada de rosas de la juventud, y recomenzar de nuevo el sueño más bello de la vida! ¡Cuán dulce y deseado perpetuarse, como en la inmortalidad, en la virtud de un hijo, y hacer el bien durante siglos!... ¡Cuán lisonjero plantar la semilla, cuya cosecha ha de recoger un día nuestro hijo, reunir lo que él ha de disfrutar, y presentir cuán grande ha de ser un día su gratitud!... ¡Padre mío! De este paraíso terrestre nada dicen prudentemente vuestros monjes.

Don Felipe. (No sin emoción.)—¡Hijo mío, hijo mío! ¡Tú mismo te condenas! Pintas una felicidad encantadora... que no me has dado jamás.

Carlos.—¡Sea juez el Todopoderoso!... Vos mismo, vos me habéis desterrado de vuestro corazón, como de compartir la autoridad de vuestro cetro. Hasta ahora, hasta el día de hoy... ¡oh! ¿era sensato? ¿era justo?... hasta ahora yo, Príncipe heredero de la corona de España, he sido en ella un extranjero, un prisionero en la misma tierra, en donde he de reinar un día. ¿Era sensato, era justo esto?... ¡Oh! ¡con cuánta frecuencia, con cuánta, oh padre mío, me he visto en la necesidad de mirar al suelo avergonzado, cuando los embajadores de las naciones extrañas ó las Gacetas me referían los sucesos, ocurridos en la corte de Aranjuez!

Don Felipe.—Tu sangre hierve impetuosa en tus venas. Sólo podrías destruir.

Carlos.—Dejadme, pues, que destruya, padre... ya que tan fogosa es la sangre, que corre por mis venas... Veintitres años, y nada he hecho todavía para alcanzar la inmortalidad. Me despierto ya, siento que vivo. Mi vocación al trono me arranca del sueño, y la trueca en sagrada deuda, y todas las horas perdidas de mi juventud me abruman como exigencias vehementes del honor. Llegó el momento grande y solemne, en que he de devolver con

usura el préstamo recibido. La historia del mundo, la ama de mis abuelos, la trompeta estridente de la gloria me estimulan á un tiempo. Ahora ha llegado para mí el instante, en que se abren las barreras celebradas de la ambición... ¿Osaré ahora, oh Rey mío, dirigiros la súplica que me trae á vuestra presencia?

Don Felipe.—¿También una súplica? Oigámosla.

Carlos.—La rebelión se extiende amenazadora en el Brabante. La terquedad de los rebeldes exige una resistencia firme, á la par que prudente. Para refrenar sus excesos, el Duque, con plenos poderes del Monarca, llevará á Flandes un ejército. ¡Qué misión tan honrosa! ¡cuán adecuada á guiar á vuestro hijo al templo de la fama!... ¡Confiadme, oh Rey mío, confiadme el mando de esas tropas! Los habitantes de los Paises Bajos me aman, y me atrevo á asegurar que yo respondería de su fidelidad con mi cabeza.

Don Felipe.—Hablas como un visionario. Ese cargo ha de desempeñarlo un hombre, no un joven...

Carlos.—Un hombre, padre, justamente lo que no es el Duque.

Don Felipe.—Sólo el terror los sujetará. La compasión sería una locura... Tú eres débil, hijo mío, y el Duque, temido... Renuncia á esa pretensión.

Carlos.—Enviadme con el ejército á Flandes, y confiad en mi alma débil. Sólo el nombre del hijo del Rey, que volará ante mis banderas, ha de conquistar lo que los verdugos del Duque de Alba saben sólo destruir. De rodillas os lo pido. Es el primer ruego, que os he hecho en mi vida... Encargadme, oh padre, del gobierno de Flandes...

Don Felipe. (Mirándolo con insistencia.)—¿Y encomendaré mi mejor ejército á tu afán de gloria, y el cuchillo á mi asesino?

Carlos.—¡Oh, Dios mío! ¿A este punto he llegado? ¿Tal es el fruto de este instante solemne, tan largo tiempo de-

seado? (Pausa: con tono más dulce.) Respondedme más afable. No me despidáis así. No quisiera dejaros después de escuchar esa respuesta incalificable, ni bajo la impresión funesta, que en mí ha hecho. Tratadme más benignamente, Es mi deseo más imperioso, mi última y desesperada tentativa... No puedo comprender, no puedo sufrir con varonil entereza que me lo rehuséis todo, todo, todo. Ahora me ausento. Desatendido, engañado en mis más caras esperanzas, me aparto de vuestra vista. Vuestro Duque de Alba y vuestro confesor el Padre Domingo, triunfarán victoriosos ahora que vuestro hijo llora, sumido en el polvo. La muchedumbre de cortesanos, la grandeza amedrentada, la cohorte de los monjes, pálidos como el pecado, son testigos de que me habéis recibido en audiencia solemne. ¡No me avergoncéis! No me lastiméis, oh padre, mortalmente; no me sacrifiquéis con ignominia, abandonándome á las burlas licenciosas de la Corte; no se diga, que, mientras los extraños se sacian con vuestros favores, nada puede conseguir vuestro hijo Carlos. Y como prueba de que queréis honrarme, enviadme á Flandes al frente de vuestro ejército.

DON FELIPE.—No repitas esas palabras, si no te propones incurrir en la cólera de tu Rey.

CARLOS.—Me atrevo á arrostrar las iras de mi Soberano, y le suplico por última vez que me confíe el gobierno de Flandes. Quiero y debo dejar á España. Vivir aquí es respirar bajo la férula del verdugo... El cielo de Madrid me abruma con su peso, como la conciencia de un asesinato. Sólo un pronto cambio de clima puede aliviarme. Si deseáis salvarme... enviadme á Flandes sin demora.

DON FELIPE. (Con forzada indiferencia.)—Enfermos como tú, hijo mío, piden solícitos cuidados, y han de quedarse bajo la constante vigilancia del médico. Tú seguirás en España, y el Duque de Alba irá á Flandes.

CARLOS. (Fuera de sí.)—¡Oh! ahora, mis buenos ángeles, guardadme...

DON FELIPE. (Retrocediendo un paso.)—¡Detente! ¿Qué significan esos ademanes?

CARLOS. (Balbuceando.)—¿Esa decisión, oh padre, es irrevocable?

DON FELIPE.—Proviene del Rey.

CARLOS.—Ya he terminado. (Vase muy conmovido.)

ESCENA III.

DON FELIPE permanece largo tiempo pensativo; al fin se pasea por la habitación.—EL DUQUE DE ALBA se acerca confuso.

DON FELIPE.—Preparaos á partir para Bruselas á la primera orden.

EL DUQUE DE ALBA.—Todo está preparado, Señor.

DON FELIPE.—Vuestros plenos poderes están ya sellados en mi gabinete. Despedíos mientras tanto de la Reina, y presentaos al Príncipe.

EL DUQUE DE ALBA.—Como un furioso lo he visto salir ahora mismo de esta sala. V. M. me parece también fuera de sí, y profundamente excitado... Quizás el asunto de la conversación...

DON FELIPE. (Yendo y viniendo.)—Versaba sobre el Duque de Alba... (Detiénese el Rey, y lo mira con insistencia.) De buen grado podré oir que Carlos aborrezca á mis consejeros; pero me aflige averiguar que los desprecia. (El Duque de Alba palidece, é intenta hablar.) Nada repliquéis. Os permito reconciliaros con el Príncipe.

EL DUQUE DE ALBA.—Señor...

DON FELIFE.—Decidme, ¿quién fué el primero, que puso en mi conocimiento los negros proyectos de mi hijo? Entonces os presté oídos, no á él. Quiero examinar las pruebas, Duque. Carlos en adelante estará más cerca de mi trono. Idos. (El Rey entra en su gabinete, y el Duque se va por otra puerta.)

ESCENA IV.

Una antesala de las habitaciones de la Reina.

DON CARLOS, hablando con un paje, entra por la puerta del centro. Los cortesanos, al verlo, se dispersan por las salas inmediatas.

CARLOS.—¿Una carta para mí?... ¿Para qué es esa llave? ¿Y ambas cosas se me entregan con tanto misterio? Aproxímate más... ¿En dónde te lo dieron?

EL PAJE. (Con sigilo.)—Según me ha indicado la dama, prefiere que la adivinen á que la descubran.

CARLOS. (Sorprendido.)—¿La dama? (Examinando con más atención al paje.) ¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Quién eres tú?

EL PAJE.—Un paje noble de S. M. la Reina...

CARLOS. (Asustado, se dirige á él, y le pone la mano en la boca.) ¡Morirás! ¡Detente! Ya sé bastante. (Rompe el sello prontamente, y se va al otro extremo de la sala para leer la carta. El Duque de Alba entra, mientras tanto, y pasa sin ser notado por el Príncipe, entrando en el aposento de la Reina. Carlos tiembla muy conmovido, y palidece y se ruboriza. Después de su lectura, se queda mudo largo tiempo, fijos los ojos en la carta... Al fin se vuelve hacia el paje.) ¿Ella misma te ha dado esta carta?

El Paje.—Con su propia mano.

Carlos.—¿Ella misma te dió la carta?... ¡Oh! No te burles. Nada he leído hasta ahora escrito de su mano. Te creeré, si lo juras. Si es mentira, confiésalo francamente, y no te mofes de mí.

El Paje.—¿De quién?

Carlos. (Que mira de nuevo la carta; después al paje con recelo, dando un paseo por la sala.)—¿Tienes padres? ¿Sí? ¿Sirve tu padre al Rey, y es de este país?

El Paje.—Murió en San Quintín, siendo coronel de caballería del Duque de Saboya, y se llamaba Alonso, Conde de Henares.

Carlos. (Que le toma la mano, y lo mira de un modo significativo.)—¿Te ha dado el Rey esa carta?

El Paje. (Resentido.)—¿Merezco yo esa sospecha, Serenísimo Príncipe?

Carlos. (Leyendo la carta.)—«Con esa llave se abren las »habitaciones posteriores del pabellón de la Reina. La úl»tima de ellas está contigua á un gabinete aislado, en don»de no puede penetrar espía alguno. Allí el amor, por tanto »tiempo expresado sólo con señales, puede mostrarse con »toda franqueza y libertad. El tímido será oído, y el pa»ciente modesto, largamente premiado.» (Como despertando de un letargo.) No sueño... no deliro... Este es mi brazo derecho... esta mi espada... Estas palabras escritas. Es verdad y real... Soy amado... sí; lo soy... lo soy... soy amado. (Paseándose por el aposento fuera de sí de gozo, y levantando las manos al cielo.)

El Paje.—Venid, pues, Serenísimo Príncipe; yo os llevaré.

Carlos.—Déjame antes tranquilizarme... ¿No me hacen temblar los horrores de esta dicha? ¿Podía ni siquiera pensarlo? ¿Me he aventurado siquiera á soñarlo? ¿Cuál es el hombre, que se acostumbraría tan pronto á ser Dios?...

¿Quién era yo antes, y qué soy ahora? Este cielo es otro, este sol... ¿Me ama?

El Paje. (Queriendo llevárselo.)—No es este lugar á propósito, oh Príncipe... Olvidáis...

Carlos. (Aterrado por una inspiración repentina.)—¡Al Rey, á mi padre! (Deja caer los brazos, mira con miedo á su derredor, y al fin comienza á animarse.) ¡Esto es horroroso! Sí; tienes razón, amigo mío. Te doy las gracias, porque no era dueño de mí mismo... Que yo haya de callarme, que haya de guardar tanta ventura en mi pecho, es cosa horrible. (Cogiendo al paje de la mano, y llevándoselo aparte.) Lo que tú has visto... ¿Oyes? y lo que no has visto, ha de encerrarse en tu pecho como en un ataúd. Ahora voy. Ya me reanimaré. ¡Anda! Pueden vernos aquí. ¡Anda!... (El paje hace ademán de andar.) Pero ¡detente! ¡escucha! (Carlos le pone una mano en el hombro, y lo mira con la mayor solemnidad.) Tú conoces un secreto terrible, semejante á esos venenos de tal fuerza, que rompen hasta el vaso que los contiene... Reprime bien la expresión de tu rostro. Jamás ha de saber tu cabeza lo que oculta tu corazón. Has de ser como la trompetilla de los sordos, que recibe el sonido, y lo devuelve sin oir nada... Tú eres un niño... Que lo seas siempre, y prosigue jugando con alegría... ¡Cuán prudente ha sido esa sabia escritora para elegirte su mensajero de amor! Aquí no busca el Rey sus víboras.

El Paje.—Y yo, Príncipe, me siento orgulloso de poseer un secreto, que ignora hasta el mismo Rey...

Carlos.—Joven loco y presuntuoso; eso mismo es lo que debe hacerte temblar... Si alguna vez nos encontramos en público, acércate á mí tímido y humilde. Que la vanidad no te seduzca nunca hasta el extremo de inducirte á mostrar que cuentas con mi favor. Ninguna de tus faltas sería tan grave, oh hijo mío, como el complacerme... Lo que en adelante hayas de anunciarme, no lo expreses

con palabras, no lo fies á tus labios; que tus avisos no lleguen á mi noticia por el conducto ordinario del pensamiento. Habla por signos y por gestos; yo te comprenderé sólo al mirarte. El aire, la luz que nos rodea están vendidos á Felipe, y las sordas paredes á sueldo suyo... Se va... (Abrese la habitación de la Reina, y sale de ella el Duque de Alba.) Lejos. Hasta que nos veamos de nuevo.

EL PAJE.—Que no os equivoquéis, que os encaminéis al aposento indicado. (Vase.)

CARLOS.—Es el Duque... ¡No, no! Está bien. Iré allá.

ESCENA V.

DON CARLOS Y EL DUQUE DE ALBA.

EL DUQUE DE ALBA. (Saliéndole al encuentro.) Dos palabras, Serenísimo Príncipe.

CARLOS.—Muy justo... bien... otra vez. (Hace ademán de irse.)

EL DUQUE DE ALBA.—Este lugar no parece el más á propósito. ¿Prefiere acaso V. A. R. oirme en su habitación?

CARLOS.—¿Para qué? Aquí; es igual... Pero con brevedad... con prontitud...

EL DUQUE DE ALBA.—Lo que en particular me trae aquí, es mi propósito de darle las gracias más respetuosas por la orden, que conocéis...

CARLOS.—¿Gracias? ¿A mí las gracias? ¿Por qué...? ¡Y las gracias del Duque de Alba!

EL DUQUE DE ALBA.—Porque en cuanto abandonasteis el aposento del Monarca, recibí la orden de partir para Bruselas.

Carlos.—A Bruselas? ¿Así?

El Duque de Alba.—¿A qué causa, oh Príncipe mío, sino á la poderosa intervención de V. A. R. en el ánimo de S. M. el Rey, puedo, si no, atribuírlo?...

Carlos.—¿A mí? De ningún modo á mí... no á mí, en toda verdad... ¡Andad... andad con Dios!

El Duque de Alba.—¿Nada más? ¡Esto me admira!... ¿Nada tenía V. A. que encargarme para Flandes?

Carlos.—¿Qué? ¿Qué allí?

El Duque de Alba.—Parecía poco ha que la suerte de esos países exigía la presencia de D. Carlos.

Carlos.—¿Cómo así? Sin embargo, seguramente... sí; con razón... Eso era antes... Ahora está muy bien, es muy justo, tanto mejor...

El Duque de Alba.—Me sorprende lo que escucho...

Carlos. (No con ironía.)—Sois un gran general... ¿quién lo ignora? Hasta la envidia ha de confesarlo. Yo... yo... un joven. Tal habrá sido la opinión del Rey. Y tiene razón, sobrada razón. Lo comprendo, lo aplaudo, y basta ya de esto. Que vuestro viaje sea feliz. Yo no puedo, sin duda, ahora... estoy por el momento muy ocupado... dejemos lo demás para mañana, ó para cuando queráis, ó para cuando regreséis de Bruselas...

El Duque de Alba.—¿Cómo?

Carlos.—¿Cómo? (Después de una pausa, observando que el Duque no se mueve.) La estación del año es la mejor... Viajaréis por Milán, la Lorena, Borgoña y Alemania... ¿Alemania?... Sí, fué en Alemania. Allí os conocen ya... Estamos en Abril, Mayo... Junio... en Julio, ó, lo más tarde, en Agosto, llegáis á Bruselas. ¡Oh! No dudo que pronto oiremos hablar de vuestras victorias. Sabemos que corresponderéis en todo á nuestra confianza.

El Duque de Alba. (Con intención.)—¿Será eso penetrar en el sagrado de mis intenciones, á todos vedado?

Carlos. (Después de una pausa, con dignidad y orgullo.)—Sois delicado, Duque... y con razón. Poca nobleza, debo confesarlo, habría por mi parte en usar en contra vuestra de armas, que os están prohibidas.

El Duque de Alba.—¿Prohibidas?...

Carlos. (Presentándole risueño su mano.)—Lástima que me falte el tiempo necesario, para entrar en buena lid con el Duque de Alba. Otra vez...

El Duque de Alba.—Calculamos cada uno, oh Príncipe, por un camino diferente. V. A., por ejemplo, se refiere á veinte años más tarde, y yo á veinte años antes.

Carlos.—¿Y qué?

El Duque de Alba.—Y pienso ahora en las innumerables noches, pasadas por vuestro augusto padre al lado de su bella esposa portuguesa, vuestra madre, que él hubiera dado contento por lograr para su trono un brazo como éste. Porque ha de saber muy bien, que es mucho más fácil procrear monarcas, que monarquías... y más breve dar reyes al mundo, que mundos á un rey.

Carlos.—Muy cierto. Sin embargo, Duque de Alba...

El Duque de Alba.—¡Y cuánta, cuánta sangre de sus súbditos ha de correr antes que dos gotas, también de sangre, puedan hacer un Rey de V. A.!

Carlos.—¡Muy cierto, por Dios!... y en dos palabras habéis expresado cuanto el orgullo del mérito puede oponer al orgullo de la fortuna... ¿Queréis hacer la aplicación, Duque de Alba, de lo que habéis dicho?

El Duque de Alba.—¡Ay del Soberano en pañales, que llega á burlarse de su nodriza! ¡Cuán muellemente puede, descansando en el blando cojín de nuestras victorias, entregarse al sueño! En la corona sólo brillan las perlas, no las heridas que las conquistaron... Esta espada impuso las leyes españolas á pueblos extranjeros, ha brillado ante el estandarte de la cruz, y en esta parte del mundo ha abierto

surcos sangrientos á la semilla de la fe: Dios juzgaba en el cielo, yo en la tierra.

CARLOS.—Dios ó el diablo, es igual. Siempre erais su brazo derecho. Lo sé bien. Ahora no hablemos más de esto. Yo os lo ruego. Quisiera olvidar ciertos recuerdos. Respeto á los elegidos por mi padre. Mi padre necesita su Duque de Alba; pero que lo necesite ó no, no me causa envidia. Sois un hombre grande... Que sea así; casi lo creo. Pero me temo que habéis venido al mundo algunos siglos antes de lo que debierais. Un Duque de Alba, en mi opinión, debiera aparecer á la consumación de los siglos, cuando la osadía sin límites del vicio haya apurado la clemencia del cielo; cuando la rica cosecha de los crímenes esté madura, y exija un segador sin rival, entonces estaríais en vuestro centro... ¡Oh Dios! ¡Mi paraíso, mi Flandes!... Pero no me corresponde pensar en esto. ¡Silencio, pues! Se dice que lleváis abundante provisión de sentencias de muerte, firmadas en blanco. ¡Loable precaución! Así no hay que temer murmullos ni intrigas... ¡Oh padre mío! ¡Cuán mal he comprendido yo su propósito! ¡Yo te condenaba por haberme rehusado el desempeño de un cargo, en que había de brillar tu Duque de Alba!... Era la primera señal de su estimación hacia mí.

EL DUQUE DE ALBA.—Príncipe, esas palabras merecían...

CARLOS. (Colérico.)—¿Qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Os ampara el ser hijo del Rey.

CARLOS. (Sacando su espada.)—¡Esto pide sangre!... ¡Desenvainad vuestra espada, Duque!

EL DUQUE DE ALBA. (Con frialdad.)—¿Contra quién?

CARLOS. (Acosándolo con la suya.)—¡Desenvainad la espada, ó os traspaso el corazón!

EL DUQUE DE ALBA. (Desenvainándola.)—Puesto que es preciso... (Pelean ambos.)

ESCENA VI.

LA REINA, D. CARLOS Y EL DUQUE DE ALBA.

LA REINA. (Saliendo asustada de su aposento.) — ¡Espadas desnudas! (Al Príncipe, con desagrado y con imperio.) ¡Carlos!

CARLOS. (Que, fuera de sí á la vista de la Reina, deja caer los brazos, se queda inmóvil y con los ojos fijos, y al fin corre hacia el Duque y lo abraza.)—¡Reconciliación, Duque; olvidémoslo todo! (Se arroja mudo á los pies de la Reina; después se levanta precipitadamente, y se retira muy conmovido.)

EL DUQUE DE ALBA. (Que se queda inmóvil y estupefacto, mirando á los dos.)—Extraño es esto, sin embargo, por Dios santo...

LA REINA. (Que, inquieta y dudosa algunos instantes, se refugia después con lentitud en su aposento, volviéndose al llegar á la puerta.)—¡Duque de Alba! (El Duque la sigue, y entra con ella.)

ESCENA VII.

Un gabinete de la Princesa de Éboli.

LA PRINCESA, vestida idealmente, con gusto, pero con sencillez, toca el laúd y canta; después EL PAJE de la Reina.

LA PRINCESA. (Levantándose con rapidez.)—¿Viene?

EL PAJE. (Apresuradamente.)—¿Estáis sola? Me sorprende mucho no encontrarlo aquí ya; pero no puede tardar.

La Princesa.—¿Que no tardará? Entonces lo desea también, y está resuelto á...

El Paje.—Viene siguiendo mis pasos... ¡Noble Princesa! sois amada... amada, amada, como no lo habéis sido nunca, ni puede serlo nadie. ¡Qué escena he presenciado!

La Princesa. (Atrayéndolo hacia ella impaciente.)—¡Pronto! ¿Hablaste con él? ¡Dílo! ¿Qué contestó? ¿Qué hizo? ¿Cuáles fueron sus palabras? ¿Se mostró confuso? ¿Pareció sorprendido? ¿Adivinó quién era la persona, que le enviaba la llave? ¡Pronto!... ¿O no lo adivinó? ¿Nada ha presumido? ¿Ha creído que era otra?... ¡Vamos! ¿No me respondes nada? ¡Jesús! ¿No te da vergüenza? Nunca te he visto tan estúpido, tan pesado ni tan insoportable.

El Paje.—¿Pero si no me dejáis hablar, señora? Le entregué la llave y el billete en la antesala de la Reina. Se quedó absorto mirándome, cuando le dije que me enviaba una mujer.

La Princesa.—¿Se quedó absorto? ¡Muy bien! ¡Bravo! Prosigue: ¿qué más?

El Paje.—Pensaba decirle algo más, cuando palideció, me arrebató la carta de la mano, y me miró con ademán amenazador, y me dijo que todo lo sabía. Leyó la carta turbado, y comenzó á temblar.

La Princesa.—¿Que lo sabe todo? ¿Que él lo sabe todo? ¿Lo dijo así?

El Paje.—Y me preguntó tres, cuatro veces, si vos misma, si vos misma, en efecto, me habéis entregado la carta...

La Princesa.—¿Si yo misma? Entonces pronunció mi nombre.

El Paje.—El nombre no... no lo pronunció... Curiosos, según me dijo, podrían oirlo y contarlo al Rey.

La Princesa. (Con extrañeza.)—¿Dijo esto?

El Paje.—Al Rey, repitió, le importaría sobremanera, le

interesaría soberanamente, y en particular tener noticia de esa carta.

La Princesa.—¿Al Rey? ¿Lo oiste bien? ¿Al Rey? ¿Usó de estas mismas palabras?

El Paje.—Sí, señora; habló de secreto peligroso, y me advirtió que en todas mis expresiones y ademanes guardase la mayor reserva, á fin de no excitar las sospechas del Rey.

La Princesa. (Después de reflexionar, muy admirada.)—Todo está de acuerdo. No puede ser de otra manera... conocerá también esta historia... ¡Inexplicable!... ¿Quién podría habérsela contado?... ¿Quién? ¿Todavía lo pregunto?... ¿Quién tiene la vista tan perspicaz, tan clara; quién más pudiera ser que el amor de ojos de halcón? Pero sigue, sigue: leyó el billete...

El Paje.--El billete, dijo, anunciaba una dicha, que lo hacía temblar, y que ni soñar osaba. Por desgracia entró entonces el Duque en la sala, y nos obligó...

La Princesa. (De mal humor.)—Pero ¿qué tenía que hacer el Duque allí? ¿En dónde, en dónde está? ¿Qué obstáculo lo detiene? ¿Por qué no se presenta?... ¿Ves cuán falsos son tus informes? ¡Cuán feliz no hubiese sido yo, justamente en el tiempo que tú empleas en contármelo!

El Paje.—Temo que el Duque...

La Princesa.—¿Otra vez el Duque? ¿Qué tiene que hacer aquí? ¿Qué relación hay entre este valiente caudillo y mi tranquila felicidad? Podía dejarlo allí, ó enviarlo á otra parte. ¿Cómo no hacerlo así con cualquiera?... ¡Oh! verdaderamente, tu Príncipe, á lo que parece, tan poco comprende el amor como el corazón de las mujeres. Ignora lo que valen los minutos... ¡Silencio, silencio! ¡Creo que viene! ¡Véte! Es el Príncipe. (Vase el paje corriendo.) ¡Véte, véte!... ¿En dónde está mi laúd? Es preciso que me sorprenda... Mi canto debe ser la señal...

ESCENA VIII.

LA PRINCESA, y poco después D. CARLOS.—La Princesa se ha sentado en una otomana y canta.

CARLOS. (Que entra precipitadamente, conoce á la Princesa y se queda inmóvil, como herido del rayo.)—¡Dios mío! ¿En dónde estoy?

LA PRINCESA. (Dejando caer el laúd y saliendo á su encuentro.)—¡Ah! ¡Príncipe Carlos! ¡Sí; verdaderamente!

CARLOS.—¿En dónde estoy? ¡Estúpida equivocación!... este no es el gabinete, á donde debiera haber ido.

LA PRINCESA.—¡Qué bien ha sabido el Príncipe encontrar el aposento, en donde hay damas sin testigos!

CARLOS —¡Princesa!... ¡Perdonad, Princesa!... yo... yo entré en la antesala, que estaba abierta...

LA PRINCESA.—¿Es posible? Paréceme, sin embargo, que yo misma la había cerrado.

CARLOS.—Solamente os parece, sólo os parece... pero es seguro que os engañáis. Que la habéis querido cerrar, sí, lo supongo, y lo creo... pero que estaba cerrada, no es cierto, no lo estaba. Oí que alguien estaba tocando el laúd... ¿no era un laúd? (Mirando dudoso á su rededor.) ¡Verdad! allí está todavía... Y el laud... ¡Dios lo sabe!... Mi pasión por el laúd raya en locura. Soy todo oidos; y ciego de admiración, entro en el gabinete de la hábil artista, que me conmovía tan celestialmente, que me encantaba con tal fuerza, y también para ver sus bellos ojos.

LA PRINCESA.—Loable curiosidad, satisfecha prontamente, por lo que puedo observar. (Después de una pausa, con

intención.) ¡Oh! Yo debo estimar al hombre modesto, que, por miramientos al pudor de una mujer, apela á tales mentiras.

CARLOS. (Con confianza.)—Conozco, oh Princesa, que empeoro con mi torpeza lo mismo que intento mejorar. Dispensadme de representar un papel, que de ninguna manera puedo desempeñar. Buscabais en este aposento un refugio del mundo; queriáis, lejos de las miradas de los hombres, abandonaros á la satisfacción de los tranquilos deseos de vuestra alma. Yo, el hijo de la desdicha, me presento para ahuyentar en seguida tan grato sueño... Por tanto, debo alejarme sin tardanza. (Hace ademán de irse.)

LA PRINCESA. (Sorprendida y desconcertada, se reanima inmediatamente.)—Príncipe... ¡Oh! ¡Eso es censurable!

CARLOS.—Comprendo, Princesa, lo que significa esta mirada en un gabinete, y respeto la confusión, hija de la virtud. ¡Ay del hombre, á quien alienta el rubor de la mujer! Soy tímido cuando las mujeres tiemblan ante mí.

LA PRINCESA.—¿Es posible?... ¡Escrúpulo sin ejemplo en un joven, é hijo de un Rey! Sí, Príncipe; ahora debéis quedaros aquí, ahora yo misma os lo ruego. Con tal virtud puede estar tranquila la doncella más asustadiza. ¿Pero sabéis que vuestra repentina aparición me ha interrumpido cuando cantaba mi canción favorita? (Llévalo al sofá y toma su laúd.) Otra vez, Príncipe Carlos, he de cantar esa canción, y estáis condenado á oirla.

CARLOS. (Que, con alguna repugnancia, se ha sentado junto á la Princesa.)—Castigo tan apetecible como mi falta es... y verdaderamente el asunto me ha parecido tan simpático, tan divinamente bello, que... podría escucharlo por tercera vez.

LA PRINCESA.—¿Cómo? ¿Lo habéis oído todo? ¡Qué horror! ¿No era, según creo, una canción de amor?

CARLOS.—Y, si no me engaño, de un amor venturoso...

el asunto más bello en esos bellos labios, pero de seguro no tan verdadero como bello.

La Princesa.—¿Que no? ¿No tan verdadero?... ¿Dudáis, pues?...

Carlos. (Con seriedad.)—Casi dudo si Carlos y la Princesa de Éboli podrán entenderse alguna vez, tratándose de amor... (La Princesa se queda cortada; él lo nota, y prosigue con ligera galantería.) Porque ¿quién, quién podrá adivinar, observando esas mejillas de rosa, que bulla en ese pecho la pasión? ¿Correrá la Princesa de Éboli el peligro de suspirar vanamente, sin ser escuchada? Sólo conoce el amor el que ama sin esperanza.

La Princesa. (Recobrando por completo su primitiva alegría.) ¡Oh! ¡Callad! ¡Eso es horrible!... Y sin duda parece que más que á ningún otro os persigue hoy con rigor... os persigue hoy esa desgracia. (Tomándole la mano, con ternura.) No estáis contento, buen Príncipe... Sufrís... ¡Por Dios! padecéis mucho. ¿Es posible? Y ¿sufrir por qué, Príncipe? Destinado á disfrutar de los deleites de este mundo, pródigamente favorecido por la naturaleza, y con todos los títulos más legítimos para aspirar á los goces de esta vida; V. A., hijo de un gran Rey, y, más que eso, dotado desde la cuna con dones, que oscurecen el brillo de vuestro rango; V. A., que, ante el severo tribunal del bello sexo, habéis seducido á sus jueces, cuando ellas son las que deciden sin contradicción sobre el valor y la gloria de los hombres; V. A., que, con solo mirar, conquista, y con su indiferencia enciende, y cuyo amor proporcionaría gloria y felicidad celestial...; el hombre elegido para la dicha entre miles, y superior por su naturaleza á casi todos, ¿debía ser desdichado?... ¡Oh cielo! Tú, que todo le diste, todo, todo, ¿por qué rehusarle ojos para contemplar sus triunfos?

Carlos. (Que, mientras tanto, ha estado profundamente dis-

traído, vuelve en sí de repente por el silencio de la Princesa, y se levanta.)—¡Sublime! ¡Incomparable, oh Princesa! Cantadme otra vez esa canción.

La Princesa. (Mirándole sorprendida.)—¿En donde estábais mientras yo hablaba?

Carlos. (Levantándose.)—¡Sí, por Dios! Me lo recordáis muy oportunamente... Es preciso que me vaya... es preciso irme cuanto antes.

La Princesa. (Deteniéndole.)—¿A dónde?

Carlos. (Con la mayor ansiedad.)—¡Fuera, al aire libre!... Dejadme salir, Princesa, porque me parece que, detrás de mí, siento arder el mundo entero...

La Princesa. (Reteniéndole á la fuerza.)—¿Qué tenéis? ¡Qué comportamiento tan extraño y tan poco natural! (Carlos pernanece en pie pensativo; ella aprovecha la ocasión de atraerle á sí en el sofá.) Necesitáis descanso, querido Carlos... Vuestro espíritu está muy agitado... sentaos junto á mí... desechad esas negras imágenes del delirio. Si os preguntaseis con sinceridad si sabe vuestra cabeza lo que pasa en vuestro corazón, ¿qué diríais? Y aun cuando lo supieseis... ¿no habrá entre todos los caballeros de esta Corte ninguno, ni ninguna entre todas las damas... que pueda sanaros, comprenderos, quiero decir ninguna, que sea digna...?

Carlos. (Distraído, y sin saber lo que dice.)—Quizás la Princesa de Eboli...

La Princesa. (Con viveza y alegría.)—¿Verdaderamente?

Carlos.—Dadme una carta... una recomendación para mi padre. ¡Dádmela! Se dice que tenéis con él grande influencia.

La Princesa.—¿Quién lo ha dicho? (Aparte.) ¡Ah! esa es la sospecha, que le hace enmudecer.

Carlos. — La historia probablemente ha circulado ya por ahí. Yo tenía grande afán por ir al Brabante, para... sólo para ganar mis espuelas de caballero. Mi padre no

quiere... Teme mi buen padre, que, si yo mando un ejército... padezca mi voz.

La Princesa.—Vuestro juego es falso. Confesadlo; queréis escaparos con esos movimientos de serpiente ¡Mirad frente á frente, hipócrita! ¡Cara á cara! Quien solo sueña en acciones caballerescas... ¿será capaz ¡confesadlo!... de descender en tanto grado, que se apodere furtivamente de las cintas que dejan caer las damas, y... Perdonadme. (Separa ligeramente la gola de Carlos, y saca una cinta, oculta en ella.)

Carlos. (Retrocediendo con extrañeza.)—No, Princesa, esto va demasiado lejos... Me venden... No es posible engañaros... Estáis de acuerdo con los duendes, ó con los demonios.

La Princesa.—¿Y os admira esto? ¿Esto os admira? ¿Apostáis, oh Príncipe, que os recuerdo historias... historias?... ¡Probadlo!... ¡preguntadme! Si los delirios de la imaginación; si el más leve acento, que el aire ahoga; si una sonrisa, que se disimula al punto formalmente; si ademanes, gestos, hijos de la distracción, no se me han escapado, ¿creéis que no he de comprender lo que habéis querido que se entienda?

Carlos.— Verdaderamente, mucho aventurar es esto. Valga la apuesta, Princesa. ¿Prometéis hacer en mi corazón descubrimientos que yo mismo ignoro?

La Princesa. (Algo resentida, y con seriedad.)—Jamás, Príncipe. Reflexionad mejor lo que decís. Mirad en torno vuestro. Este gabinete no es ninguno de los de la Reina, en donde, en todo caso, se pueda celebrar una linda máscara... ¿Os sorprendéis? ¿Os ruborizáis de repente?... ¡Oh! Sin duda, ¿quién sería tan avisado, tan atrevido; quién estaría tan ocioso para espiar á Carlos, cuando Carlos piensa que no lo espian?... ¿Quién ha visto que en el último baile de la Corte, abandonó á la Reina su dama, y en medio de la dan-

za se acercó de improviso á la pareja inmediata, para ofrecer su mano á la Princesa de Éboli? Una distracción, oh Príncipe, que notó el mismo Monarca, que había llegado poco hacía.

Carlos. (Con sonrisa irónica.)—¿También el Rey? Probablemente, bondadosa Princesa, no lo habrá extrañado.

La Princesa.—Tan poco, como aquella otra escena en la capilla del castillo, de la cual no se acuerda quizás el mismo Carlos. Estabais á los pies de la Virgen, absorbido en vuestra oración, cuando de pronto... ¿sabíais lo que hacíais?... oisteis detrás el crujir de la seda de los vestidos de ciertas damas. El hijo heroico de D. Felipe comenzó entonces á temblar como un hereje ante la Inquisición, y en sus labios pálidos espiró la última palabra de su súplica... dominado por la pasión... Era una comedia conmovedora... ¡oh Príncipe!... Os apoderasteis de la santa y fría mano de la Madre de Dios, y estampasteis en el mármol ardientes besos.

Carlos.—Sois conmigo injusta, Princesa. Sólo era devoción.

La Princesa.—Sí, entonces es otra cosa, Príncipe... Sin duda era también otra cosa, miedo de perder, cuando Carlos jugaba sentado con la Reina y con la Princesa de Éboli, y sustrajo mi guante con pasmosa habilidad... (Carlos se levanta turbado.) Verdad que luego enmendó tan sagazmente su falta, que lo echó sobre la mesa en vez de una carta.

Carlos.—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hice yo entonces?

La Princesa.—Nada, según espero, que hayáis de desaprobar. ¿Cuánta no fué mi alegría, cuando encontré un billete entre sus dedos, escondido por vos? Era, oh Príncipe, el romance más apasionado, que...

Carlos. (Interrumpiéndola precipitadamente.) — Poesía... nada más... Extraños efluvios, que despide á veces mi ce-

rebro, y que se desvanecen cuando nacen. Esto es todo. No hablemos más de tal cosa.

La Princesa. (Alejándose de él sorprendida, y observándolo con atención desde lejos algún tiempo.)—Estoy ya cansada... Todas mis tentativas se deslizan sobre este hombre extraño, como si fuese una serpiente. (Calla un momento.) Pero ¿cómo? ¿Será esto orgullo varonil monstruoso, que, para aumentar el placer de su triunfo, fingiera una timidez falsa?... ¿Sí? (Acércase de nuevo al Príncipe, y lo mira con aire de duda.) ¿Me lo confesáis al fin, Príncipe?... Vedme delante de un arca encantada, para cuya cerradura son inútiles todas mis llaves.

Carlos.—Como yo ante vos.

La Princesa.—(Que lo deja repentinamente, se pasea silenciosa por el gabinete, y demuestra reflexionar en algún proyecto de importancia; después de una larga pausa, seria y solemnemente.) — Sea, pues, así... Debo al cabo hablar. Os nombro mi juez. Sois noble... noble, un Príncipe, un caballero. Yo os abro mi corazón. Me salvaréis, oh Príncipe; y si no lo hacéis, soy mujer perdida, y lloraréis por mí compasivo. (El Príncipe se aproxima á ella con curiosidad, interés y extrañeza.) Ruy Gomez, Conde de Silva, favorito osado del Monarca, pretende mi mano. El Rey lo aprueba; el trato está hecho, y yo soy vendida á esa hechura suya.

Carlos. (Muy conmovido.)— ¿Vendida? ¿Siempre vendida? ¿Vendida por el célebre traficante del Mediodía?

La Princesa.—No; oidlo todo antes. No basta que se me sacrifique á la política, sino que hasta se atenta á mi inocencia... ¡Ved aquí! Este papel puede desenmascarar al santo. (Carlos toma el papel; pero escucha con tal ansiedad sus palabras, que no lo lee.) ¿Cómo salvarme, pues, oh Príncipe? Mi orgullo ha defendido hasta ahora mi virtud; pero al fin...

Carlos. ¿Al fin habéis sucumbido? ¿Habéis sucumbido? ¡No; no; no, por Dios!

La Princesa. (Con nobleza y arrogancia.)—¿Por quién? ¡Sofisma miserable! ¡Cuán débiles son estas almas enérgicas! ¡Comparar el favor de una mujer, los placeres del amor con una mercadería, de la cual se puede disponer á su voluntad! Es lo único que existe sobre la faz de la tierra, que no sufre otro comprador que lo mismo que se vende. El amor es el precio del amor. Es diamante inestimable, que yo puedo dar, ó enterrarlo, sin que nadie lo disfrute jamás... igual á ese mercader magnánimo, que, despreciando el oro del Rialto, y mofándose de los Reyes, arrojó su perla al mar, rico en tesoros, demasiado orgulloso para darla por menos de su valor.

Carlos.—¡Por Dios maravilloso!... ¡esta mujer es bella!

La Princesa.—Llámenle capricho... vanidad. Es indiferente. Yo no comparto mis placeres. Al hombre, al único hombre, que yo haya elegido, doy todo por todo. Sólo doy una vez, pero es para siempre. A uno no más hará mi amor feliz... á uno... pero lo ha de convertir en Dios. La armonía seductora de las almas... el beso... los goces voluptuosos de la hora del pastor... la magia sublime y celestial de la belleza, son colores gemelos de un mismo rayo de luz, hojas de la misma flor. ¿Y debía yo, insensata, perder un solo pétalo, arrancado del bello cáliz de esa flor? ¿Debería yo profanar la excelsa majestad de la mujer, obra maestra de la Divinidad, para recrear el ocaso de un libertino?

Carlos.—¡Increible! ¿Cómo? Madrid encerraba una joven como ésta, ¿y yo... lo sé hoy por primera vez?

La Princesa.—Largo tiempo hace, que hubiera yo abandonado la corte y este mundo, sepultándome entre santos muros, si no me retuviera un lazo único, un vínculo, que me sujetaba con fuerza á ese mundo. ¡Ay de mí! Un fantasma quizás!... ¡pero tan caro para mi alma! Yo amo, y... no soy amada.

CARLOS. (Acercandose á ella con ardor.) — ¡Lo sois! ¡Tan verdad como Dios está en el cielo, yo lo juro! ¡Lo sois, y de un modo indecible!

LA PRINCESA.—¿Vos? ¿Y lo juráis? ¡Oh! Es la voz de mi buen ángel. Sí, si lo jurais verdaderamente, oh Carlos; lo creo, y soy amada.

CARLOS. (Oprimiéndola entre sus brazos con ternura.)—¡Joven afectuosa y dulce... adorable criatura!... Yo soy todo oídos... todo ojos... todo admiración... todo entusiasmo... ¿Quién te hubiese visto, quién te hubiese visto bajo este cielo... y se hubiese alabado... de no haber amado jamás? ¿Aun aquí, en la Corte del Rey Felipe? ¿Pero aquí? ¿Qué vienes á hacer aquí, ángel bello, entre sacerdotes, y bajo este yugo teocrático? Este clima no conviene á tales flores... ¿No las matarán, por el contrario?... ¡Oh! Morirían... bien lo creo... Sin embargo, no; tan verdad como yo vivo y respiro, no... ¡Yo enlazo mi brazo á tu cintura, y puedo llevarte defendiéndote por el mismo infierno, lleno de demonios!... Sí... deja que yo sea tu ángel guardian...

LA PRINCESA. (Mirándolo con amor.)—¡Oh Carlos! ¡Cuán mal os conocía! ¡Cuán rica é inmensamente premia vuestro bello corazón el difícil trabajo de comprenderlo. (Coge su mano, é intenta besarla.)

CARLOS. (Retirándola.)—¿En dónde estáis ahora, Princesa?

LA PRINCESA. (Con dulzura y gracia, examinando atentamente su mano.)—¡Cuán bella es esta mano! ¡Cuán rica!... Esta mano, oh Príncipe, ha de conceder dos dones preciosos... una corona y el corazón de Carlos... y acaso ambas á una mortal, á una sola... ¿Cómo? ¿Y si os decidierais, oh Príncipe, á separarlos? Las reinas aman mal... la mujer, que puede amar, se cuida poco de coronas. Preferible es, por tanto, oh Príncipe, que separéis ambas dádivas, y ahora mismo, ahora mismo... ¿Cómo? ¿O lo habéis hecho ya? ¿Lo

habéis hecho verdaderamente? ¡Oh, tanto mejor! ¿Y conozco yo esa mujer dichosa?

EL PRÍNCIPE.—Debes conocerla. A tí, oh joven, á tí me descubro yo... á la candidez, á tu carácter franco y leal lo descubriré. Tú eres la primera en esta Corte, la más digna, la única, que comprende á fondo mi alma... Así, pues... No lo niego... yo amo.

LA PRINCESA.—¡Hombre funesto! ¿Tan difícil ha sido esa confesión para tí? Digna de lástima debía ser yo, cuando tú me encontrabas digna de amor.

CARLOS. (Confuso.)—¿Cómo? ¿Qué significa esto?

LA PRINCESA.—¡Jugar así conmigo! ¡Oh, verdaderamente no es de aprobar tal conducta! ¿Y hasta negar la llave?

CARLOS.—¡La llave, la llave! (Deteniéndose un momento reflexivo.) Sí... era así... Ahora me ocurre... ¡Dios mío! (Sus rodillas vacilan, se apoya en una silla, y se oculta el rostro.)

LA PRINCESA. (Los dos callan; ella da un grito y cae.)—¡Esto es horrible! ¿Qué he hecho yo?

CARLOS. (Con ademán del dolor más agudo.)—¡Precipitarme desde mi cielo en tan profundo abismo! ¡Oh! ¡Esto es insoportable!

LA PRINCESA. (Escondiendo su rostro en los cojines.)—¿Qué descubro yo, Dios mío?

CARLOS. (De rodillas ante ella.) — ¡Yo no soy culpable, Princesa! la vehemencia de mi afecto... una equivocación sensible... ¡No soy yo culpable, os lo juro!

LA PRINCESA. (Rechazándolo.) — ¡Lejos de mi vista, por Dios!

CARLOS.—¡Jamás! ¿He de abandonaros así, presa de tan excesiva inquietud?

LA PRINCESA. (Rechazándolo con fuerza.)—¡Por generosidad, por compasión, alejaos de aquí!... ¿Intentais asesinarme? ¡Yo os detesto! (Carlos hace ademán de irse.) Devolvedme mi llave y mi carta. ¿En dónde tenéis la otra carta?

CARLOS.—¿La otra? ¿Cuál es la otra?

LA PRINCESA.—La del Rey.

CARLOS. (Sorprendido y asustado.)—¿De quién?

LA PRINCESA.—La que recibisteis ha poco de mí.

CARLOS.—¿Del Rey? ¿Para quién? ¿Para vos?

LA PRINCESA.—¡Oh cielos! ¡Qué falta tan grave la mía! ¡La carta! ¡Dádmela! Es menester que vuelva á mis manos.

CARLOS.—¿Carta del Rey, y para vos?

LA PRINCESA.—¡La carta! ¡Por todos los Santos!

CARLOS.—La que debía desenmascarar á cierto... ¿esa?

LA PRINCESA.—¡Yo muero!... ¡dádmela!

CARLOS.—La carta...

LA PRINCESA. (Retorciéndose las manos con desesperación.— ¿A qué peligro me he expuesto yo, insensata?

CARLOS.—¿La carta del Rey?... Sí, Princesa, esta circunstancia altera pronto todo... Es (Levantando la carta en alto con alegría.) una carta inestimable... peligrosa... importante, ante la cual todas las coronas de Felipe valen poco... son hasta insignificantes... Me quedo con ella. (Vase.)

LA PRINCESA. (Deteniéndolo.)—¡Gran Dios, soy perdida!

ESCENA IX.

LA PRINCESA sola.

LA PRINCESA. (Que permanece un momento perpleja, fuera de sí; después que él sale, corre detrás y quiere llamarlo.)—Una palabra no más, Príncipe! ¡Oid, Príncipe!... ¡Se va! ¿Esto más? ¿Me desprecia? Heme aquí en un aislamiento horrible... rechazada... desatendida. (Déjase caer en una silla: pausa.) ¡No! sacrificada, sacrificada á otra rival. Él ama. No hay duda ya. Lo ha confesado. Pero ¡quién es la favoreci-

da?... Por lo que parece, ama á la que no debe amar. teme que se descubra; oculta al Rey su pasión... ¿Por qué, cuando éste lo desea? ¿O no es al padre, á quien teme como á tal? Cuando conoció los propósitos galantes del Rey... sus ademanes expresaron el mayor júbilo, y se regocijaba como el hombre más venturoso... ¿Cuál es la causa de que su rígida virtud enmudeció entónces? ¿Entonces? ¿Entonces sólo? ¿Qué puede conseguir, si el Rey engaña á la Reina...? (Se para de improviso, como si le ocurriera un pensamiento nuevo. A la vez saca del pecho la cinta, que llevaba Carlos, la examina y la conoce.) ¡Oh! ¡Cuánto es mi delirio! Ahora, al fin, ahora... ¿En qué pensaba yo? Ahora abro los ojos... Se amaban mucho antes que el Monarca la eligiese para esposa. Siempre la vió el Príncipe en mi compañía... En ella, pues, pensaba, sólo en ella, cuando yo me creía adorada inmensa, ardiente, verdaderamente. ¡Oh! ¡Engaño sin ejemplo! ¿Y yo he revelado mi debilidad? (Silencio.) ¡Que él haya de amar sin esperanza! No puedo creerlo... El amor sin esperanza no existe en esta lucha. ¡Gustar un placer, tras el cual, sin ser escuchado, suspira el Rey más poderoso de la tierra!... Seguramente tales sacrificios no se hacen á un amor sin esperanza. ¡Cuán ardiente no era su beso! ¡Cuán tiernamente me oprimía, cuán tiernamente me estrechaba contra su corazón! La prueba era acaso demasiado arriesgada para esa fidelidad novelesca, si no había de corresponderse... Toma la llave, que cree provenir de la Reina... da fe en este paso gigantesco del amor... viene... viene á la verdad, viene... confiado en que la esposa de Felipe se haya decidido á esta loca resolución... ¿Cómo lo hubiera pensado, á no alentarlo razones convincentes? Es claro. Es atendido. ¡Ella lo ama! ¡Por el cielo, que es sensible esta santa! ¡Qué sagacidad la suya!... Yo temblaba, yo misma temblaba ante la imagen severa y sublime de su virtud. Un sér superior vivía á mi lado, y su

resplandor me confundía. Envidiábale yo esa excelsa calma, al abrigo de todos los vaivenes de la naturaleza mortal. Y esa calma ¿era sólo aparente? ¿Y ella había de disfrutar de doble dicha... y conservar el divino aspecto de la virtud, y al mismo tiempo saborear los secretos encantos del vicio? ¿A tanto se atrevía? ¿Y lo ha de lograr esa hipócrita sin sufrir el condigno castigo, por no presentarse vengador alguno?... ¡No, por Dios! Yo la adoraba... ¡Esto grita venganza! El Rey sabrá este engaño... ¿El Rey? (Después de reflexionar un poco.) Sí... es justo... hay un medio de que lo sepa. (Vase.)

ESCENA X.

Un aposento en el Palacio real.

EL DUQUE DE ALBA y EL PADRE DOMINGO.

El Padre Domingo.—¿Qué me queríais decir?

El Duque de Alba.—Un descubrimiento importante, que he hecho hoy, y cuya explicación deseo.

El Padre Domingo.—¿Qué descubrimiento? ¿De qué habláis?

El Duque de Alba.—El Príncipe Carlos y yo nos encontramos hoy al mediodía en la antesala de la Reina. Me insultó, nos acaloramos, y la disputa se hizo ruidosa. Sacamos las espadas. La Reina, al oir nuestra contienda escandalosa, abrió la puerta de su aposento, se interpuso entre los dos, y miró al Príncipe con aire despótico y lleno de confianza... Fué una mirada harto significativa... Su mano se quedó inmóvil... me abrazó en seguida... sentí que oprimía mi pecho... y desapareció.

EL PADRE DOMINGO. (Después de algunos instantes de silencio.)—Muy sospechoso es eso... Duque, evocáis algo en mi memoria... Recelos de esta índole germinan en mi pecho hace ya mucho tiempo... Yo rechazaba esos sueños... y á nadie los he comunicado. Hay espadas de doble filo, y amigos dudosos... temo á estos últimos. Difícil es distinguir á los hombres entre sí, y más difícil aún comprenderlos á fondo. Palabras que se escapan, se califican á veces de confidencias injuriosas... He aquí la causa de que yo haya reservado mi secreto, hasta que la casualidad lo hiciera salir á luz. Prestar ciertos servicios á los reyes es peligroso, Duque... Si se aventura un dardo, y yerra su blanco, torna de rechazo contra quien lo tiró... Me atrevía á jurar sobre la sagrada hostia lo que pienso... sin embargo, un testigo ocular, una frase sorprendida, una hoja de papel, pesan más en la balanza que mi convicción íntima... ¡Lástima que estemos en España!

EL DUQUE DE ALBA.—¿Por qué en España no?

EL PADRE DOMINGO.—En otra corte cualquiera, la pasión puede olvidarse; aquí se ve excitada por la misma severidad de las leyes. Trabajo costará faltar á las Reinas de España... ya lo creo... pero desgraciadamente... sólo cuando... sólo lograríamos nuestro propósito, si llegáramos á sorprenderla.

EL DUQUE DE ALBA.—Oid más... Carlos fué recibido hoy en audiencia por el Rey. Duró una hora. Él solicitaba el gobierno de los Países Bajos. Lo pidió en voz alta y con el mayor empeño, porque lo escuché desde el gabinete. Sus ojos estaban llorosos al encontrarlo yo en la puerta. Luego, después del mediodía, su rostro radiaba de gozo. Está encantado de que el Rey me haya preferido á él, y se lo agradece. Ha habido mudanza en las cosas, dijo, y mudanza favorable. Es incapaz de fingir. ¿Cómo conciliar tales contradiciones? El Príncipe se alegra de haber sido pospuesto

á mí, y el Rey me concede una gracia con todos los signos de la cólera... ¿Qué pensar de esto? En verdad, en verdad, esta nueva dignidad más se asemeja á un destierro que á una gracia.

EL PADRE DOMINGO.—¿Hasta ese extremo hemos llegado? ¿Hasta ese punto? ¿Y se ha de arruinar en un instante lo que hemos edificado á costa de tantos años? ¿Y estáis tan tranquilo, tan pacífico?... ¿Conocéis á ese joven? ¿Adivináis lo que nos espera, si llega á mandar algún día?... El Príncipe... Yo no soy su enemigo. Otros cuidados me roban el sosiego, cuidados por el trono, por Dios y por su Iglesia. El Infante... (lo conozco... conozco bien su carácter) acaricia un proyecto terrible... Duque... el proyecto insensato de llegar á ser Regente, y renunciar á nuestra santa fe... Su corazón suspira por la posesión de una nueva virtud, orgullosa, segura y confiada en sí misma, que no mendiga el amparo de ninguna creencia... ¡Él piensa...! Su cabeza está llena de extraños delirios... Honra al hombre.... ¿Conviene, Duque, que sea nuestro Rey?

EL DUQUE DE ALBA.—¡Fantasmas! ¿Qué más? Quizás también su altivez juvenil, y el afán de representar un papel importante... ¿Qué otro recurso le queda? Todo esto pasará, cuando se vea gobernando en realidad.

EL PADRE DOMINGO.—Lo dudo. Es orgulloso por su libertad, y no acostumbrado al yugo, bajo el cual se somete también á los demás á sufrirlo. ¿Sirve acaso para nuestro trono? Su espíritu osado, y entusiasta por lo grandioso, traspasará los límites de nuestra política. Vanamente he intentado enervar con el deleite, en esta época de placeres, su carácter altanero; salió airoso de la prueba... Horror infunde contemplar ese temple de alma en ese cuerpo... Y D. Felipe es ya sexagenario.

EL DUQUE DE ALBA.—Muy lejos van vuestras miradas.

EL PADRE DOMINGO.—Él y la Reina son sólo una persona.

La ponzoña de los innovadores se desliza, aunque latente, en ambos pechos; pero pronto se extenderá y alcanzará al trono. Conozco esta Valois... Temamos la venganza completa de esta enemiga callada, si las debilidades del Rey lo consienten. La fortuna nos es hasta ahora propicia. Adelante, pues, y caigan los dos bajo el mismo golpe... Si el Rey, con fundamento ó sin él, conoce algo, sólo haciéndolo vacilar, habremos ganado mucho. Nosotros mismos, nosotros no dudamos. Convencer á otro, estando convencido, no es difícil. Imposible que no descubramos más, puesto que estamos persuadidos de que hemos de descubrir.

El Duque de Alba.—Queda, no obstante, la cuestión mas grave. ¿Quién tomará á su cargo revelarlo al Rey?

El Padre Domingo.—Ni vos, ni yo. Sabed, pues, mi proyecto ha largo tiempo preparado, de acuerdo con mis grandes planes, y fruto de mi paciente trabajo por llegar al fin apetecido. Para completar nuestra liga nos falta una tercera persona, la más importante... El Rey ama á la Princesa de Éboli. Yo alimento esa pasión, útil á mis intereses. Yo soy su emisario... y la atraeré á nuestro partido... Con esta joven dama prosperará nuestra obra, y será nuestra fiel aliada y nuestra Reina. Me ha citado ella misma á este aposento. Todo lo espero... Quizás en el breve espacio de una media noche acabará una doncella española con las lises de los Valois.

El Duque de Alba.—¿Qué escucho? ¿Es verdad lo que he oído?... Por el cielo, que me sorprende. Sí, la trama se lleva á efecto. Te admiro, oh dominicano; ahora hemos ganado.

El Padre Domingo.—¡Silencio! ¿Quién viene? Es ella... ella misma.

El Duque de Alba.—Me quedo en la habitación inmediata, y si...

El Padre Domingo.—Muy bien. Yo os llamaré. (Vase el Duque de Alba.)

ESCENA XI.

LA PRINCESA DE ÉBOLI Y EL PADRE DOMINGO.

El Padre Domingo.—A vuestras órdenes, Princesa.

La Princesa. (Siguiendo con la vista al Duque.)—¿No estamos acaso solos? ¿Tenéis, á lo que observo, algún testigo en vuestra compañía?

El Padre Domingo.—¿Cómo?

La Princesa.—¿Quién era el que se ha separado hace poco de vos?

El Padre Domingo.—El Duque de Alba, Princesa, que me pidió el permiso de hablarme.

La Princesa.—¿El Duque de Alba? ¿Qué pretende? ¿Qué deseará? ¿Podréis quizá decírmelo?

El Padre Domingo. —¿Yo? ¿Puedo saber yo antes qué causa urgente me proporciona el placer, de que ha largo tiempo carezco, de ver de nuevo á mi lado á la Princesa de Éboli? (Silencio, como si aguardara la respuesta.) ¿Si al fin hay algún motivo especial, favorable á los deseos del Rey? ¿Si habrá fundamento para esperar, que, más sensatas reflexiones, os hayan inclinado á acceder á súplicas rechazadas sólo por capricho y ligereza? Vengo con esperanzas...

La Princesa. — ¿Comunicasteis al Rey mi última respuesta?

El Padre Domingo.—Me guardé bien de infligirle esa herida mortal. Todavía es tiempo, Princesa. De vos depende que su dolor sea más leve.

La Princesa.—Anunciad al Rey que lo aguardo.

El Padre Domingo.—¿Podré, oh bella Princesa, considerar esto como cierto?

LA PRINCESA.—Ni tampoco como una broma. ¡Por el cielo! me llenáis de zozobra... ¿Cómo? ¿Qué he hecho yo, pues, cuando hasta vos?... ¿Palidecéis?

EL PADRE DOMINGO.—Esta noticia inesperada, Princesa... apenas me es posible comprender...

LA PRINCESA.—Sí, reverendo Padre, no podéis comprenderla. Por todos los bienes de este mundo no quisiera que me hubieseis comprendido. Ha de bastaros que sea así. Ahorradme el trabajo de cavilar en virtud de qué elocuencia se ha producido este cambio. Añadiré, para consuelo vuestro, que no tenéis participación alguna en el pecado. Ni, en toda verdad, la Iglesia tampoco, aunque me hayáis convencido de que la Iglesia sabe á veces emplear en su provecho los cuerpos de las jóvenes doncellas. Ni es tampoco esto... Tales razones, reverendo Padre, son para mí demasiado sublimes.

EL PADRE DOMINGO.—De muy buen grado, oh Princesa, las abandono, puesto que son ociosas.

LA PRINCESA.—Decid al Monarca, de mi parte, que no me desconozca por este acto. Soy lo mismo que era. Sólo ha variado la situación de las cosas. Cuando yo rechacé indignada su súplica, lo hice por creerlo feliz, poseyendo á la esposa más bella... y porque creía que su fidelidad merecía entonces este sacrificio mío... Ahora, sin duda, ahora sé algo más.

EL PADRE DOMINGO.—¡Adelante, Princesa, adelante! Os escucho, y nos entendemos.

LA PRINCESA.—Basta. La he descubierto. Ya no tendré con ella miramientos. La astuta criminal no puede engañarme, como lo ha hecho con el Rey, con España y conmigo. Sé que ama. Tengo pruebas que la harán temblar. El Rey está equivocado... pero ¡por Dios, que no ha de quedar sin venganza! Yo le arrancaré su máscara de resignación sublime y sobrenatural, para que el mundo entero co-

nozca el rostro desnudo de la pecadora. Cuéstame un precio enorme, pero... esto mismo me entusiasma, este es mi triunfo... que ha de costar más á ella.

El Padre Domingo. — Ahora todo está completo. Dejad que llame al Duque. (Vase.)

La Princesa.—(Sorprendida.)—¿Qué significa esto?

ESCENA XII.

Los mismos, y EL DUQUE DE ALBA.

El Padre Domingo. (Que introduce al Duque.) — Nuestras noticias, Duque de Alba, llegan aquí con harto retraso. La Princesa de Éboli nos revela un secreto, que intentábamos ha poco comunicarle.

El Duque de Alba.—Así extrañará menos mi visita. No me fío del testimonio de mis ojos. Esos descubrimientos exigen el empleo de los del bello sexo.

La Princesa.—¿Habláis de descubrimientos?...

El Padre Domingo.—Deseamos saber, Princesa, en qué lugàr, y á qué hora...

La Princesa.—¿Esto también? Os espero, pues, mañana al mediodía. Tengo mis motivos para no ocultar más largo tiempo este culpable secreto... para no encubrirlo más al Rey.

El Duque de Alba.—He aquí la causa de mi venida. Y por vuestro conducto, por vuestro conducto debe saberlo, Princesa. ¿A quién, á qué otra persona dará mayor crédito, que á la severa y celosa compañera de juego de su esposa!

El Padre Domingo.—¿A quién más que á vos, de cuya voluntad depende dominarlo hasta lo infinito?

La Princesa.—Soy enemiga declarada del Príncipe.

El Padre Domingo.—Lo mismo que he supuesto siem-

pre. La Princesa de Éboli es libre. Si nuestro deber es callar, el vuestro, el de vuestro cargo os obliga á hablar. Si conseguís vuestro propósito, no se nos escapará el Rey, y terminaremos la obra.

El Duque de Alba.—Pero es preciso hacerlo pronto, ahora mismo. Los instantes son preciosos. A la hora más impensada puedo recibir la orden de marcha.

El Padre Domingo. (Volviéndose hacia la Princesa, después de reflexionar un poco.)—Si encontráramos alguna carta... cartas del Infante; si fuese posible hallarlas, harían seguro efecto... Veamos... ¿No es verdad?... Sí. Dormís... según tengo entendido... en la misma alcoba de la Reina...

La Princesa.—Cerca de ella... Pero ¿con qué objeto lo preguntáis?

El Padre Domingo.—¿Quién sabrá abrir cerraduras? ¿Habéis observado en dónde suele poner la llave de su secreter?

La Princesa. (Pensativa.)—Esto pudiera servir algo... Sí... La llave pudiera estar, según creo...

El Padre Domingo.—Las cartas piden alguien, que las lleve... Hay muchas personas en el séquito de la Reina... ¿Cómo olfatear alguna pista?... Poderoso es el dinero, á la verdad...

El Duque de Alba.—¿Nadie sabe si el Príncipe tiene algún confidente?

El Padre Domingo.—¡Ni uno en todo Madrid, ni uno!

El Duque de Alba.—¡Es extraño!

El Padre Domingo.—Creedlo. Desprecia á toda la Corte, y tengo pruebas de ello.

El Duque de Alba.—¿Cómo así? Ahora recuerdo, que, al salir yo del aposento de la Reina, el Príncipe y uno de los pajes hablaban misteriosamente...

La Princesa. (Interrumpiéndolo.)—¡Pero no, no! Era... Hablaban de otra cosa...

EL PADRE DOMINGO.—¿Se puede saber?... No, la cosa es sospechosa... (Al Duque.) ¿Y conocéis al paje?

LA PRINCESA—¡Juegos de niños! ¿Qué otra cosa pudiera ser? Basta. Yo sé lo que era... Nos veremos de nuevo, antes de hablar yo al Rey... Mucho se descubrirá mientras tanto.

EL PADRE DOMINGO. (Llevándola á parte.)—¿Y puede esperar el Rey?... ¿Y yo anunciárselo? ¿Con seguridad? ¿Y cuál será la hora venturosa, en que sus deseos se verán colmados? ¿Esto también?

LA PRINCESA.—Yo enfermaré dentro de unos días, y entonces me separarán de la Reina... Tal es, como sabéis, la costumbre de nuesta Corte. Con este motivo estaré en mi aposento.

EL PADRE DOMINGO.—¡A maravilla! Nuestra es la partida. Ahora desafío yo á todas las Reinas...

LA PRINCESA.—¡Escuchad! Preguntan por mí... la Reina me llama. Hasta otra vez. (Vase apresuradamente.)

ESCENA XIII.

EL DUQUE DE ALBA Y EL PADRE DOMINGO.

EL PADRE DOMINGO. (Después de una pausa, durante la cual ha seguido á la Princesa con la vista.)—Duque, con las rosas de esas mejillas y vuestras batallas...

EL DUQUE DE ALBA.—Y con vuestro Dios... me atrevo á esperar al rayo, que intente aniquilarnos. (Vanse.)

ESCENA XIV.

Un claustro de Cartujos.

DON CARLOS Y EL PRIOR.

CARLOS. (Al Prior, al entrar.)—¿Ha estado aquí ya?... Lo siento.

EL PRIOR.—Tres veces desde esta mañana. Se va antes de una hora...

CARLOS.—¿Volverá, sin embargo? ¿No lo ha dicho?

EL PRIOR.—Antes de mediodía, según ha prometido.

DON CARLOS. (Asomándose á una ventana, y mirando.)—Vuestro convento está situado lejos del camino... Allá se ven las torres de Madrid... Todo derecho corre el Manzanares... El paisaje me agrada. Todo es aquí tranquilo y misterioso.

EL PRIOR.—Como la entrada en la otra vida.

CARLOS.—A vuestra honradez, Padre reverendo, confío yo lo más precioso, lo más sagrado que poseo. Ningún mortal ha de saber, ni aun sospechar de la persona, á quien hable yo aquí en secreto. Me asisten razones importantes para ocultar al mundo entero al hombre á quien aguardo. Por eso elegí este convento. ¿Pero estamos así al abrigo de sorpresas y de traidores? ¿Recordáis lo que me jurasteis?

EL PRIOR.—Fíaos, señor, de nosotros. Los recelos de los Reyes no llegan hasta el punto de registrar también los sepulcros. La curiosidad escucha sólo á las puertas del placer ó de la pasión. El pueblo huye de estas murallas.

CARLOS.—¿Pensáis, por ventura, que esta previsión y este miedo anuncien una conciencia culpable?

EL PRIOR.—No.

CARLOS.—Os engañaríais, piadoso Padre, os engañaríais verdaderamente. Mi secreto teme al hombre, no á Dios.

EL PRIOR.—Eso, hijo mío, nos inquieta muy poco. Este asilo está abierto al crimen como á la inocencia. Sea su propósito bueno ó malo, justo ó injusto... á tí sólo importa.

CARLOS. (Con fuego.)—Lo que ocultamos no puede ofender á nuestro Dios. Es obra suya propia, y de las más generosas. A la verdad, á vos puedo descubrirla.

EL PRIOR.—¿Con qué objeto? Dispensadme, Príncipe; el mundo y sus móviles están ya sellados hace largo tiempo para el último viaje. ¿Por qué, pues, abrir de nuevo ese arca momentos antes de partir?... ¡Se necesita tan poco para ser dichoso!... La campana nos llama á los oficios. Tengo que rezar. (Vase el Prior.)

ESCENA XV.

DON CARLOS Y EL MARQUÉS DE POSA, que entra.

CARLOS.—¡Ah! por fin, otra vez, por fin...

EL MARQUÉS.—¡Qué tormento para la impaciencia de un amigo! Dos veces ha salido el sol y otras dos se ha puesto, desde que se ha resuelto el destino de mi Carlos. Y ahora, ahora por primera vez voy á saberlo... Dí, ¿os habéis reconciliado?

CARLOS.—¿Quién?

EL MARQUÉS.—Tú y el Rey D. Felipe. Y lo de Flandes, ¿se decidió al cabo?

CARLOS.—¿Que el Duque parta allá mañana?... Está ya decidido, sí.

EL MARQUÉS.—No puede ser; no es así. ¿Vive engañado todo Madrid? Dícese que te recibió en audiencia secreta, y que el Rey...

CARLOS.—Se mostró inflexible. Nos separamos para siempre, y más que antes.

EL MARQUÉS.—¿Y no vas á Flandes?

CARLOS.—¡No, no, no!

EL MARQUÉS.—¡Adiós, esperanzas!

CARLOS.—Dejémoslas á un lado. ¡Oh Rodrigo! Desde que no nos vemos, ¡cuántas cosas me han ocurrido! Ante todo, yo recurro á tus consejos. Debo hablarte...

EL MARQUÉS.—¿Y tu madre?... ¡No!... ¿Para qué?

CARLOS.—Tengo motivos para creer... ¿Palideces? Tranquilízate. He de ser feliz, y lo seré... Pero otra vez trataremos de esto. Imagina ahora cómo podré hablarla...

EL MARQUÉS.—¿Cómo? ¿En qué se funda este nuevo delirio?

CARLOS.—No es delirio. Por las maravillas de Dios, que no lo es... ¡Verdad, verdad (Sacando la carta del Rey á la Princesa de Éboli.) encerrada en este papel importante! Libre es ya la Reina ante los hombres, como ante Dios. Lee, y no te sorprenderás.

EL MARQUÉS. (Abriendo la carta.)—¿Cómo? ¿Qué veo? ¿De puño y letra del Monarca? (Después de leerla.) ¿Para quién es esta carta?

CARLOS.—Para la Princesa de Éboli... Anteayer me entregó un paje de la Reina, de parte de una persona desconocida, una carta y una llave. Se me decía en ella, que, en un gabinete del ala izquierda del Palacio, en donde la Reina habita, me esperaba una dama, á quien yo amaba largo tiempo hace. Obedecí en seguida, y...

EL MARQUÉS.—¿Y fuiste allá, insensato!

CARLOS.—No conozco la letra... aunque sepa bien quién sea esa dama, de quien estoy enamorado. ¿Quién sino ella podría creerse adorada de Carlos? Embriagado de dulce amor vuelo á la cita; un canto divino, que desde lo interior de las habitaciones llegaba á mis oídos, me sirvió de guía... abro la puerta... ¿y á quién veo?... Calcula cuán grande no sería mi horror...

EL MARQUÉS.—¡Oh! Todo lo comprendo.

CARLOS.—Estaba perdido sin remedio, oh Rodrigo, si no hubiera dado en las manos de un ángel guardián. ¡Que funesta casualidad! Seducida por la expresión imprudente de mis ojos, creyó este engaño lisonjero, y se conceptuó el ídolo real de mis miradas. Conmovida por el dolor silencioso que devoraba á mi alma, su corazon sensible y magnánimo, dejándose arrastrar de su cándida pasión, resolvió corresponder á la mía. Parecióme que el respeto me obligaba á callar; ella fué bastante osada para romperlo... y abrirme su corazón...

EL MARQUÉS.—¿Y lo cuentas tan tranquilo?... ¿La Princesa de Éboli ha leído en el fondo de tu pecho? Ya no hay duda de que conoce en toda su extensión el secreto de tu amor. Ella domina al Rey.

CARLOS.— (Confiado.) — Es virtuosa.

EL MARQUÉS.—Por servir á su amor... Temo mucho á esa virtud, porque la conozco... ¡cuán lejos no está del ideal que, brotando del alma como del seno materno, y revestido de gracia tan bella como tranquila, se desarrolla sin obstáculos, y florece pródigamente, sin ayuda ajena! Es una planta exótica, trasplantada del tibio clima meridional á una zona más fría. Llámalo educación, principios, ó como te plazca; es una inocencia, adquirida por astucia, y con terribles combates arrancada á una sangre ardiente, y al cielo, que la fomenta y la paga, atenta y adicta con empeño. Examínala tu mismo: ¿perdonará jamás á la Reina, que

el hombre, menospreciador de su trabajosa y peculiar virtud, se consuma en una llama sin esperanza por la esposa de D. Felipe?

Carlos.—¿Tan bien conoces tú á la Princesa?

El Marqués.—No, seguramente. Apenas la he visto dos veces. Déjame tan solo decirte dos palabras. Me ha parecido que ella evitaba con esmero la exterioridad desnuda del vicio, y que estaba harto convencida del valor de su virtud. También he visto á la Reina. ¡Oh Carlos! ¡cuán diferente es! En su gloria ingénita y serena, ignorando los cálculos de la conveniencia, á igual distancia de la osadía y de la timidez, atraviesa con paso firme y reposado el sendero estrecho del bien, no sabiendo que fuerza á la adoración, cuando ni aun sueña con sus propios aplausos. Ve también mi amigo Carlos en este espejo á su Princesa de Éboli?... La Princesa resistió, porque amaba; y el amor era la condición expresa de la existencia de su virtud. No lo has premiado... y sucumbirá.

Carlos. (Con alguna vivacidad.)—¡No, no! (Después de pasearse inquieto.) Te digo que no... ¡Si supieras tú, oh Rodrigo, cuán grave daño haces robando á tu amigo Carlos la más celestial de las felicidades, su fe en la bondad humana!

El Marqués.—¿Merezco yo acaso esa reconvención?... No, amigo mío el más querido, por Dios que no era ése mi objeto... ¡Oh! Esa Éboli... si fuese un ángel, y yo hubiera de prosternarme respetuoso, como tú, ante el resplandor de su virtud... no debiera, á pesar de esto, haber conocido tu secreto.

Carlos.—¡Mira cuán vano es tu temor! ¿Tiene alguna otra prueba, que las que han de llenarla de rubor? ¿Ha de sacrificar su honra al triste placer de su venganza?

El Marqués.—Algunas, por no ruborizarse, se han deshonrado.

CARLOS. (Levantándose prontamente.)—¡No, eso es harto duro, harto cruel! Es noble y orgullosa; la conozco, y no temo nada. Intentas en vano desvanecer mis esperanzas. Hablaré á mi madre.

EL MARQUÉS.—¿Ahora? ¿Para qué?

CARLOS.—Ya no debo guardar miramiento alguno... Quiero saber lo que decide mi suerte. Encárgate sólo de que yo le hable.

EL MARQUÉS.—¿Y te propones enseñarle esa carta? ¿Te lo propones formalmente?

CARLOS.—No me preguntes más. Ahora el medio, el medio de que le hable.

EL MARQUÉS. (Con intención.)—¿No me has dicho que amas á tu madre?... ¿Y deseas mostrarle esa carta? (Carlos mira al suelo y calla.) Carlos, veo algo en tu semblante... enteramente nuevo para mí... desconocido del todo hasta ahora... ¿Apartas de mí tus ojos? ¿Por qué lo haces? ¿Es verdad?... ¿Si lo habré yo leído bien? Déjame ver... (Carlos le da la carta, y el Marqués la rompe.)

CARLOS.—¿Cómo? ¿Estás loco? (Con emoción disimulada.) Verdaderamente... lo confieso... mucha importancia atribuía yo á esa carta.

EL MARQUÉS.—Así parecía, y por lo mismo la rompo. (El Marqués mira con insistencia al Príncipe, que se muestra indeciso. Larga pausa.) Pero habla... ¿Qué tiene de común con tu... con tu amor la profanación del lecho conyugal del Monarca? ¿Felipe era un peligro para tí? ¿Qué vínculo quieres establecer entre tus esperanzas temerarias, y la violación de los deberes del esposo? ¿Ha faltado, y, al faltar, ha aumentado tu amor? Ahora, sin duda, es cuando empiezo á comprenderte. ¡Oh! ¡Què mal había yo interpretado hasta ahora tu amor!

CARLOS.—¿Cómo, Rodrigo? ¿Qué crees?

EL MARQUÉS.—¡Oh! Conozco que estaba mal acostum-

brado. Sí, antes era muy distinto. ¡Eras tú entónces tan generoso, tan entusiasta! El mundo entero podía girar holgadamente en tu vasto pecho. Y todo esto se ha desvanecido ante una pasión, todo ha sido devorado por un capricho mezquino, egoísta. Ni una lágrima por el destino funesto de las provincias de Flandes, ni una sola lágrima!... ¡Oh, Carlos! ¡cuán pobre, cuán miserable te has hecho desde que te amas á tí!

CARLOS. (Que se deja caer en una silla, se calla un momento, y después con voz entrecortada por los sollozos.)—Ya sé que no me estimas.

EL MARQUÉS—¡No es cierto, Carlos! Entiendo lo que significa esa mudanza: era el extravío de un sentimiento loable. Tuya era la Reina, y el Rey te la robó... Sin embargo, hasta aquí dudabas modestamente de tus derechos. Quizás Felipe era digno de ella. Sólo en voz baja te atrevías á formular tu juicio. La carta resolvió la cuestión. Tú fuiste ya el más digno. Con alegría orgullosa contemplaste entonces humillada la suerte del robo y de la tiranía. Te regocijas de ser el ofendido, porque el sufrimiento injusto lisonjea al alma magnánima. No obstante, aquí comienza ya tu extravío. Tu orgullo había sido satisfecho... y tu corazón acarició entonces esperanzas... Ya ves si yo ignoraba que tú mismo no te entendías.

CARLOS. (Conmovido.)—No, Rodrigo; te engañas sobremanera. Mis sentimientos no eran tan nobles, no lo eran, ni con mucho, como tú intentas hacérmelo creer.

EL MARQUÉS.—¿Tan torpe soy yo ahora? Mira, Carlos; cuando tú yerras, busco siempre entre cien virtudes el origen de tu falta. Pero en este momento nos entendemos mejor. ¿No es así? Ahora debes, sí, debes hablar á la Reina...

CARLOS. (Abrazándole.)—¡Oh! ¡Como me lleno de rubor á tu lado!

EL MARQUÉS.—Te doy mi palabra de honor. Ahora no me reserves nada. Ocúrreseme un pensamiento extraño, atrevido y feliz... Lo oirás de labios más bellos, Carlos. Voy en seguida á ver á la Reina. Quizás mañana mismo tocaremos el resultado. Hasta tanto, Carlos, no olvides «que un proyecto inspirado por la inteligencia más sublime, que puede aliviar los sufrimientos de la humanidad, aunque mil veces naufrague, jamás ha de ser abandonado...» ¿Oyes? ¡Acuérdate de Flandes!

CARLOS.—Todo, todo lo que tú y la virtud me ordenéis.

EL MARQUES. (Acercándose á la ventana.)—Ya es tiempo. Tu séquito se aproxima. (Abrázanse.) Ahora, otra vez Príncipe de la corona y súbdito.

CARLOS.—¿Te encaminas al punto á la ciudad?

EL MARQUÉS.—Inmediatamente.

CARLOS.—¡Detente! ¡Sólo una palabra!... Una noticia de la mayor importancia... «El Rey abre todas las cartas para el Brabante.» ¡Alerta, pues! Los correos del Imperio, según me consta, tienen instrucciones secretas...

EL MARQUÉS.—¿Cómo lo has sabido?

CARLOS.—D. Raimundo de Taxis es mi buen amigo.

EL MARQUÉS. (Después de una pausa.)—¿También esto? Darán por tanto un rodeo por Alemania. (Vanse ambos en dirección opuesta.)

ACTO III.

La alcoba del Rey.

ESCENA PRIMERA.

Sobre una mesa de noche, dos luces encendidas. En el fondo algunos pajes, dormidos de rodillas. EL REY, á medio vestir, está sentado delante de la mesa, apoyado un brazo en el sillón, en posición meditabunda. Delante tiene papeles y un medallón.

El Rey.—¿Que haya sido antes visionaria?... ¿Quién osará negarlo? Jamás podía yo inspirarle amor... Y, sin embargo... ¿parecía ella sentir su falta? Así, está demostrado que es hipócrita. (Hace un movimiento que lo saca de su distracción, y mira con sorpresa.) ¿En dónde estaba yo? ¿Nadie vela aquí más que el Rey?... ¿Cómo? ¿Las luces ya casi apagadas? ¿Todavía no es de día?... Mi sueño voló ya. Tenlo, cuerpo, por recibido. Un Rey no dispone de tiempo bastante para reparar sus noches de insomnio. Ahora estoy despierto, y debe ser de día. (Apaga las luces, y abre las cortinas de la ventana. Al pasearse arriba y abajo, observa á los pajes dormidos, los contempla en silencio, y llama luego con una campanilla.) ¿Duermen quizás también en la antesala?

ESCENA II.

EL REY Y EL CONDE DE LERMA.

EL CONDE. (Sorprendido, viendo al Rey.)—¿No se siente bueno V. M.?

EL REY.—Había fuego en el pabellón de la izquierda. ¿No habéis escuchado el ruido?

EL CONDE.—¡No, señor!

EL REY.—¿Que no? ¿Cómo? ¿Lo habré soñado acaso? No puede ser una casualidad. ¿No duerme la Reina en esa parte?

EL CONDE.—¡Sí, señor!

EL REY.—Éste sueño me asusta. Que en lo sucesivo pongan allí centinelas dobles, ¿lo oís? en cuanto sobrevenga la noche... pero en secreto, muy sigilosamente... No quiero que... ¿Me observáis con ahínco?

EL CONDE.—Descubro ojos inflamados, que piden sueño. ¿Osaré, señor, recordaros cuán preciosa es vuestra vida, y cuántos los pueblos, que notarían con dolorosa extrañeza las huellas de la vigilia en vuestro regio semblante?... Sólo dos horas escasas de sueño por la mañana...

EL REY. (Con miradas lánguidas.)—El sueño, el sueño lo encuentro yo en el Escorial. Cuando el Rey duerme, adiós su corona; cuando el esposo, adiós el corazón de su esposa... ¡No, no! Es una calumnia... ¿No, no era una mujer la que me ha dicho al oído estas palabras? El nombre de esa mujer ha sido calumniado. Su crimen no será cierto, hasta que un hombre lo confirme. (A los pajes que, mientras tanto, se han despertado.) ¡Llamad al Duque de Alba! (Vanse los pajes.) ¡Acercaos, Conde! ¿Es eso verdad? (Se queda de-

lante del Conde, esperando la respuesta.) ¡Oh! ¡Saberlo todo, aun durante el brevísimo intervalo de una á otra pulsación!... ¡Jurádmelo! ¡Es verdad! ¿Me engañan? ¿Me engañan? ¿Es verdad?

El Conde.—Mi Rey magnánimo y bondadoso...

El Rey. (Retrocediendo.)—¿Rey? ¿Sólo Rey? ¿Otra vez Rey?... ¿Ninguna otra contestación más satisfactoria que un eco vano y repetido? Sacudo este peñasco, y quiero agua, agua que apague mi ardiente sed febril... y me da oro derretido.

El Conde.—¿De qué verdad se trata, Señor?

El Rey.—¡Nada, nada! Déjame. Véte. (El Conde hace ademán de irse, y el Rey lo llama de nuevo.) ¿Sois casado? ¿Sois padre? ¿No es así?

El Conde.—¡Seguramente!

El Rey.—¿Casado, y osáis arriesgaros á pasar en vela una noche al lado de vuestro señor? ¿Blancos son vuestros cabellos, y no os avergonzáis de creer en la fidelidad de vuestra esposa? ¡Oh! Idos á vuestra casa. Allí la encontraréis entre los brazos incestuosos de vuestro hijo... ¿Os admiráis? ¿Me observáis con curiosidad?... ¿porque yo, porque yo mismo tengo también algunos cabellos blancos? Desventurado, pensad en vuestra suerte. La virtud de las Reinas es inmaculada, y moriréis, si dudáis un instante...

El Conde. (Con calor.)—¿Quién lo haría? ¿Qué súbdito de todos los dominios de mi Rey sería bastante criminal, para emponzoñar con el hálito sólo de la sospecha esa virtud angelical? ¿La mejor de las Reinas había de dar pretexto?...

El Rey.—¿La mejor? ¿La mejor también en vuestra opinión? Veo que cuenta á mi rededor con buenos amigos. Mucho debe costarle esto... más de lo que, á mi juicio, puede dar. ¡Andad con Dios! Que venga el Duque.

El Conde.—Lo oigo ya en la antesala. (Hace ademán de irse.)

El Rey. (Con tono más amable.)—¡Conde! Verdad era lo que antes me indicasteis. El insomnio ha exaltado mi fantasía... Olvidad, pues, lo que he hablado soñando. ¿Oís? ¡Olvidadlo! Yo soy vuestro Soberano. (Dale su mano á besar; vase el Conde, y abre la puerta al Duque de Alba.)

ESCENA III.

EL REY Y EL DUQUE DE ALBA.

El Duque. (Acercándose al Rey con aire de duda.)—¡Una orden tan precipitada!... ¡á esta hora tan insólita! (Detiénese sorprendido, examinando al Rey con atención.) Y esta mirada...

El Rey. (Que se ha sentado, y cogido el medallón que hay en la mesa, y contempla luego al Duque en silencio largo rato.)—¿Es, por tanto, cierto que no tengo ni un servidor fiel?

El Duque. (Confuso.)—¿Cómo?

El Rey.—Me han ofendido mortalmente... se sabe, y ¿no hay ninguno que me lo diga?

El Duque. (Con extrañeza.)—¿Una ofensa hecha á mi Soberano, que no ha llegado á mi noticia?

El Rey. (Enseñándole una carta.)—¿Conocéis esta letra?

El Duque.—Es de D. Carlcs...

El Rey. (Examinando al Duque con la mayor atención.)—¿Nada sospecháis todavía? ¿No habéis indicado antes que era ambicioso? ¿Y sólo de su ambición, sólo de ella debía yo guardarme?

El Duque.—La ambición es una palabra... vasta, inmensa, en la cual pueden encerrarse elementos infinitos.

El Rey.—¿Y no sabéis nada particular que revelarme?

El Duque. (Después de una pausa, y, al parecer, contra su voluntad.)—V. M. ha confíado el Reino á mi vigilancia; para

el Reino son mis cuidados y mis más secretos conocimientos. Lo que yo piense acerca de otras cuestiones, lo que yo sepa ó presuma, es mío personal y exclusivo. Es una propiedad sagrada, que el esclavo comprado, como el vasallo, tiene el privilegio de rehusar á los Reyes de la tierra... Todo lo que es claro á mis ojos, no ha de revelarse á mi Rey. Sin embargo, si quiere hacerlo, para su satisfacción, le ruego que me pregunte como Soberano.

El Rey. (Dándole una carta.)—¡Leed!

El Duque. (Que la lee, y la devuelve al Rey aterrado.)—¿Quién es el insensato que ha puesto en manos de mi Señor este papel funesto?

El Rey.—¿Cómo? ¿Sabéis á quién alude su contenido?... El nombre, según creo, no consta en esa carta.

El Duque. (Retrocediendo confuso.)—He sido ligero.

El Rey.—¿Sabéis...?

El Duque. (Después de vacilar un momento.)—Ya lo he dicho. Mi Soberano me lo ordena... no puedo volverme atrás... No lo niego... conozco á esa persona.

El Rey. (Levantándose profundamente conmovido.) —¡Ayúdame á encontrar un género nuevo de muerte, Dios terrible de la venganza!... ¿Tan clara, tan conocida de todos, tan pública es la inteligencia que reina entre ellos, que, sin tomarse el trabajo de investigarlo, se adivina ya á la primera ojeada?... ¡Esto es demasiado! ¡Y yo lo ignoraba todo! ¡Y yo lo ignoraba! ¡Y soy el último, que lo averigua! ¡El último en todos mis dominios!

El Duque. (Arrojándose á los pies del Rey.) Me declaro culpable, mi Soberano Señor. Me avergüenzo de mi cobarde prudencia, que me aconsejaba callar, cuando la honra de mi Rey, la justicia y la verdad me mandaban hablar en voz alta... Pero ya que todos callan, ya que el influjo seductor de la belleza ata las lenguas de todos los hombres, he de aventurarme á decirlo, ya que no ignoro las protestas

engañosas de un hijo, que los encantos halagüeños y las lágrimas de una esposa...

El Rey. (Con vivacidad y pasión.)—¡Levantaos! Tenéis mi palabra real... ¡Levantaos! ¡Expresaos sin temor!

El Duque. (Levantándose.)—V. M. recordará acaso aquella escena en los jardines de Aranjuez. Encontrasteis á S. M. la Reina, abandonada de todas sus damas... con la mirada inquieta... sola en una calle extraviada.

El Rey.—¡Ah! ¿Qué voy á escuchar? ¡Adelante!

El Duque.—La Marquesa de Mondéjar salió desterrada del Reino, porque tuvo bastante grandeza de alma para sacrificarse por su señora... Ya ahora lo sabemos... La Marquesa no había hecho sino obedecer las órdenes recibidas. El Príncipe había estado allí.

El Rey. (Con furor.)—¿Había estado allí? Luego...

El Duque.—Las huellas de un pié de hombre, impresas en la arena, que, desde la entrada izquierda de esta calle de árboles, se dirigían hacia una gruta, en donde se halló también un pañuelo del Infante, despertaron las sospechas. Un jardinero había visto allí al Príncipe, casi al mismo tiempo que V. M. se presentaba en la misma calle.

El Rey. (Saliendo de una distracción profunda.)—¡Y ella lloraba cuando yo le manifesté mi extrañeza! ¡Me hizo ruborizarme ante toda la Corte! ¡Avergonzarme á mis propios ojos!... ¡Por todos los santos! Yo parecía un criminal ante su virtud... (Larga pausa; se sienta, y se oculta el rostro.) Sí, Duque de Alba... tenéis razón... todo esto podría llevarme á algún castigo terrible... Dejadme un momento solo.

El Duque.—Señor, esto no basta para formar un juicio exacto...

El Rey. (Cogiendo unos papeles.)—¿Y esto no? ¿Ni esto? ¿Ni esto tampoco? ¡Y este concurso elocuente de pruebas contrarias! ¡Oh! Es claro como la luz... Y yo debiera saberlo antes... El delito comenzó desde el momento, en que yo la

recibí de vuestras manos en Madrid... Viendo estoy ahora su mirada de horror, su mortal palidez, al fijarse en mis cabellos blancos. Entonces comenzó esa comedia indigna.

El Duque.—El Príncipe perdía á su prometida, y la encontraba en una madre joven. Ya entónces ambos habían suspirado uno por otro, habían sentido iguales deseos fogosos, á los cuales se opuso el nuevo estado de la amada. El miedo, que en otros casos parece inseparable de la primera declaración, ese miedo había desaparecido ya, y la seducción, más atrevida, tenía á su servicio imágenes familiares á la memoria. Unidos por la armonía, que resulta de sus sentimientos y de sus años, irritados por los obstáculos, cedieron más pronto y rápidamente á las exigencias de su pasión. La política contrarió su inclinación mutua. ¿Es de creer, señor, que hayan aceptado el acuerdo pleno del Consejo de Estado? ¿Que se hayan opuesto á la tentación de examinar más concienzudamente la consulta del Gabinete? Contaba con el amor, y recibió... una corona.

El Rey. (Ofendido y con amargura.)—Analizáis bien... Duque; muy sabiamente... Admiro vuestra elocuencia, y os doy las gracias. (Levantándose con orgullo y frialdad.) Tenéis razón. La Reina ha cometido una falta grave, ocultándome el texto de estas cartas... y la culpable presentación del Infante en los jardines. Ha incurrido en ella por su generosidad mal entendida. Yo sabré castigarla. (Tira de la campanilla.) ¿Quién más hay en la antesala? Ya no os necesito para nada, Duque de Alba. Idos.

El Duque.—Arrastrado por mi celo, ¿habré ofendido á V. M. por segunda vez?

El Rey. (A un paje, que entra.)—¡Que venga el Padre Domingo! (Vase el paje.) Os perdono, que, por espacio de dos minutos largos, me hayáis hecho temer la perpetración de un delito que puede volverse contra vos. (Vase el Duque.)

ESCENA IV.

EL REY Y EL PADRE DOMINGO.

EL PADRE DOMINGO. (Que entra algunos minutos después de haber salido el Duque, se acerca al Rey, que se ha paseado para reprimir su emoción, y lo contempla luego en silencio.)—¡Cuánto me sorprende y cuánto me regocija, oh señor, encontrar á V. M. tan sosegado y tan sereno!

EL REY.—¿Os sorprende?

EL PADRE DOMINGO.—Gracias sean dadas á la Providencia, de que no fueran fundados mis temores. Ahora se acrecienta mi esperanza.

EL REY.—¿Vuestros temores? ¿Qué temíais, pues?

EL PADRE DOMINGO.—No me atrevo á callar á V. M. que sé ya un secreto...

EL REY. (Más sombrío.)—¿Os he expresado ya mi deseo de saberlo también? ¿Quién viene junto á mí sin ser llamado? Mucha osadía es ésta sin duda.

EL PADRE DOMINGO.—El lugar, la ocasión, en que lo he sabido, el sello, que le acompañaba, me excusan, por lo menos ahora, de esa falta. Confiáronmelo en el confesonario... confiáronmelo como un peso, que oprimía la conciencia escrupulosa de la penitente, y cuya absolución imploraba del cielo. La Princesa deplora tardíamente una acción, á la cual atribuye bastante importancia para presumir que suscitará graves disgustos á su Reina.

EL REY.—¿Verdaderamente? Su buen corazón... Bien habéis adivinado el motivo que me ha hecho llamaros. Habéis de sacarme de este confuso laberinto, en que me ha enredado un celo oficioso. De vos espero oir la verdad. Hablad conmigo claramente. ¿Qué debo creer?

¿Cuál ha de ser mi resolución? Exijo de vuestro cargo la confesión de la verdad.

El Padre Domingo.—Señor; aun cuando el carácter conciliador de mi ministerio no me obligase á practicar el deber agradable de la moderación, yo conjuraría á V. M. por su misma tranquilidad, yo lo conjuraría que no se empeñase en hacer tales descubrimientos... que renunciara para siempre á la explicación de un misterio, que no puede acarrear nada lisonjero. Lo que hasta ahora se sabe es perdonable. Una palabra del Rey... y la Reina no ha faltado en nada. La voluntad del Monarca da la virtud como la dicha... y sólo el sosiego perenne de mi Rey puede desvanecer los rumores que ha propalado la calumnia.

El Rey.—¿Rumores? ¿Alusiones á mí y de mis súbditos?

El Padre Domingo.—¡Mentiras! ¡Mentiras censurables! yo lo juro. Aunque haya ocasiones, sin embargo, en que la voz del pueblo, aun no probada, suele ser la voz de la verdad.

El Rey.—¡Por el cielo! y esta sería justamente...

El Padre Domingo.—Su buena fama es el más precioso. el único bien que una reina puede disputar á la mujer de cualquier plebeyo.

El Rey. Por la cual, según espero, nada hay que temer... (Mira al Padre Domingo con desconfianza; pausa.) Capellán, algo desagradable debo oir de vuestros labios. No lo dilatéis. Lo leo ya hace tiempo en vuestras lúgubres facciones. ¡Hablad! Sea lo que fuere. No me atormentéis ya más. ¿Qué dice el pueblo?

El Padre Domingo.—Repito, señor, que el pueblo puede engañarse. Lo que sostiene no debe conmover al Rey... Sólo... es deplorable que se haya llegado hasta el extremo de asegurar...

El Rey.—¿Qué? ¿Tanto cuesta pediros una sola gota de veneno?

El Padre Domingo.—El pueblo recuerda todavía aquel mes, en que V. R. M. estuvo próximo á la muerte... treinta semanas más tarde supo el feliz desenlace... (El Rey se levanta y llama; el Duque de Alba entra, y el Padre Domingo se queda estupefacto.) ¡Me sorprende, señor!...

El Rey. (Saliendo al encuentro del Duque.)—¡Toledo! ¡Sois un valiente! ¡Protegedme contra este sacerdote!

El Padre Domingo. (Él y el Duque de Alba se miran confusos; pausa.)—Si hubiésemos podido comprender que esta noticia había de ser funesta á su portador...

El Rey.—¿Bastardo decís? Apenas había yo escapado de la muerte, cuando ella se sintió madre... ¿Cómo? Entonces justamente, si no me equivoco, dabais gracias á Santo Domingo en todas las iglesias, por el insigne milagro que había hecho en mi persona... Lo que era entonces milagro ¿no lo es ya? Pues, ó en esa ocasión, ó ahora, habéis mentido. ¿Qué deseáis, pues, que crea yo en este momento? ¡Oh! ya lo entiendo; si la trama hubiese estado perfecta, entonces... sí; adiós la fama de vuestro Santo.

El Duque.—¿La trama?

El Rey.—¿Os encontráis ahora en tan insólito acuerdo, y sin embargo no os entendéis? ¿Y queréis que yo lo crea? ¿Yo? ¿No debiera haber observado acaso el ansia y el ardor, con que os habéis precipitado sobre vuestra presa? ¿Ni tampoco el deleite, con que presenciáis la expresión de mi dolor y los extremos de mi cólera? ¿Ni he de notar tampoco el celo que muestra el Duque en apropiarse el favor destinado para mi hijo? ¿Cómo este santo varón intentaba llamar en auxilio de su malquerencia al brazo poderoso de mi ira? ¿Soy yo el arco que aflojáis ó estiráis á vuestra voluntad? Yo tengo también iniciativa... y cuando haya de dudar, dejadme siquiera comenzar por vosotros...

El Duque.—No esperaba nuestra fidelidad observación semejante.

El Rey.—¿Fidelidad? La fidelidad avisa el crimen antes de cometerse, y la venganza habla del ya cometido. ¡Oid! ¿Qué he ganado yo con vuestro celo?... Si es verdad lo que afirmáis, ¿qué me resta sino el dolor de una separación, ó el triste triunfo de la venganza?... Pero no, sólo abrigáis ciertos temores, y sólo me indicáis sospechas infundadas... me dejáis en la orilla del abismo, y os salváis huyendo.

El Padre Domingo.—¿Son posibles otras pruebas, cuando no es dado presenciarlas nosotros mismos?

El Rey. (Después de una larga pausa, seria y formalmente, dirigiéndose al Padre Domingo.)—Me propongo convocar á los Grandes de mi Reino, y presidir yo en persona el tribunal. Acudid á él entonces... si tenéis valor... y acusadla de adúltera... Ella ha de morir... sin remedio... ella y el Infante han de morir... pero... cuidado... si se justifican... ¡vos moriréis! ¿Queréis sacrificaros de este modo en aras de la verdad? ¿No queréis? ¿Enmudecéis? ¿No queréis?... ¡Ese es el celo de la mentira!

El Duque. (Que, en silencio, se ha mantenido lejos, fría y tranquilamente.)—Yo lo haré.

El Rey. (Que, atónito, examina al Duque largo rato.)—¡Osadía es! Se me ocurre, sin embargo, que en necias batallas habéis expuesto vuestra vida por motivos mucho más insignificantes... la habéis expuesto con la ligereza de un jugador de dados por la nada de la gloria... ¿Qué es la vida para vos?... Yo no venderé la sangre real á un insensato, que sólo espera elevarse más de lo que debiera pretender su poca importancia... No acepto, pues, vuestro sacrificio... alejáos de aquí, y aguardad mis órdenes en la sala de audiencia. (Vanse los dos.)

ESCENA V.

EL REY solo.

Dáme ahora un hombre, pródiga Providencia... tú, que me diste tantos; dáme ahora un hombre... tú... tú eres sola, porque tu mirada sondea todo misterio, y yo te pido un amigo, porque no lo sé todo, como tú. Tú sabes lo que son los auxiliares, que has puesto á mis órdenes. Lo que podían hacer por mí, lo han hecho: Sus aviesas pasiones, bajo mi freno, sirven á mis fines, como tú purificas á la tierra con tus tempestades. Necesito conocer la verdad... averiguar entre las espesuras del error en dónde brota su callada fuente; no es patrimonio de los Reyes. Ofréceme un hombre raro, de corazón leal y puro, imparcial y de clara inteligencia, que me ayude á descubrirlos... Apelemos al azar; entre los millares, que voltejean alrededor del sol del trono, dáme uno solo. (Abre una cajita y saca de ella un registro, que hojea largo tiempo.) Nombres... sólo nombres, y ni siquiera mención de las causas loables, que les ha proporcionado su inserción aquí... ¿Qué hay más olvidadizo en este mundo que la ingratitud? Sin embargo, en este otro cuadro están sus faltas anotadas con esmero. ¿Cómo? ¿Para qué me sirve esto? ¿El pensamiento de la venganza exige acaso esta ayuda? (Sigue leyendo.) El Conde de Egmont ¿qué hace aquí?... La victoria de San Quintín produjo efecto á su tiempo. Lo condeno con los muertos. (Borra este nombre, y lo escribe en otro registro, después de leer más.) ¿El Marqués de Posa?... ¿Posa?... ¿Posa? Apenas puedo acordarme de este hombre; y señalado dos veces... prueba de que yo lo destinaba á algo importante. Pero ¿es posible

que se haya sustraído á mis miradas hasta ahora, y que haya evitado los ojos de su real deudor? El único hombre, Dios lo sabe, que en la vasta extensión de mis dominios no necesita de mí. Si fuese ávido de riquezas ó de honores, largo tiempo hace que hubiera parecido ante mi trono. ¿Me debo exponer con este sér extraño? Quien no me necesita para nada, bien podrá decirme la verdad. (Vase.)

ESCENA VI.

La sala de Audiencia.

DON CARLOS, en conversación con el PRÍNCIPE DE PARMA. LOS DUQUES DE ALBA, DE FERIA y DE MEDINA-SIDONIA. EL CONDE DE LERMA y otros GRANDES, con papeles en la mano. Todos esperan al Rey.

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA. (De quien huyen todos los demás, que se dirige al Duque de Alba; éste se pasea solo y pensativo.)—Habéis hablado ya con el Rey, Duque... ¿En qué disposición lo encontráis?

EL DUQUE DE ALBA.—En la peor para vos y para vuestras noticias.

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—Más me agradaría verme bajo el fuego de los cañones ingleses, que aquí en este pavimento. (Carlos, que lo ha observado con interés en silencio, se acerca entonces á él, y le estrecha la mano.) Mis gracias más cordiales, oh Príncipe, por esas lágrimas magnánimas. ¿Veis cómo me huyen todos? Mi perdición es segura.

CARLOS.—Fiaos, amigo, de la bondad de mi padre, y de vuestra inocencia.

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—Le he destruído una armada, como la mar no ha visto ninguna... ¿Qué significa mi cabeza, comparada con setenta galeones perdidos?... Pero Príncipe... cinco hijas, de las más lisonjeras esperanzas, como V. M., me parten el corazón...

ESCENA VII.

LOS MISMOS, y el REY revestido de sus atributos soberanos. Todos se descubren y se colocan á los lados, formando un semicírculo. Silencio.

EL REY. (Que los examina con rapidez.)—¡Cubríos! (D. Carlos y el Príncipe de Parma se acercan primero, y besan al Rey la mano. Felipe se vuelve con cierta afabilidad hacia el último, sin aparentar que se interesa en nada por su hijo.) Vuestra madre, oh sobrino, desea saber si estamos contentos en Madrid con su hijo.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—Que no lo pregunte hasta no saber el éxito de mi primera batalla.

EL REY.—No os impacientéis. Ya os llegará el día, cuando se rompan estos viejos troncos. (Al Duque de Feria.) ¿Qué me traéis?

EL DUQUE DE FERIA. (Doblando ante él una rodilla.)—El gran comendador de la orden de Calatrava ha muerto esta mañana. Devuelvo su cruz á V. M.

EL REY. (Que toma la insignia, y mira á todos los demás.)—¿Quién la llevará más dignamente? (Hace señal al Duque de Alba, que se arrodilla ante él, y á cuyo cuello pone la cruz.) Sois, oh Duque, mi primer general... no seáis nunca otra cosa, y no os abandonará jamás mi gracia. (Fíjase en el Duque de Medina-Sidonia.) ¿Estáis ahí, mi Almirante?

El Duque de Medina-Sidonia. (Que se acerca á él, y se arrodilla, con la cabeza baja.)—Esto es todo lo que traigo de los marinos españoles y de la armada, oh gran Rey.

El Rey. (Después de un profundo silencio.)—Dios es más que yo... Os envié contra los hombres, no contra los escollos y las tempestades... Sed bienvenido á Madrid. (Le da la mano para que la bese.) Y gracias le sean dadas, porque en vos me ha conservado un digno servidor. Por tal lo declaro, oh grandes de mi reino, y por tal quiero que lo tengan los demás. (Le hace señal de levantarse y cubrirse, y se vuelve después hacia los otros.) ¿Qué más hay? (A D. Carlos, y al Príncipe de Parma.) ¡Os doy las gracias, Príncipes míos! (Estos se retiran; los demás Grandes se aproximan, y le presentan sus papeles de rodillas; él los mira con rapidez, y los entrega al Duque de Alba.) Dejadlos en mi gabinete... ¿Nada más hay? (Nadie contesta.) ¿Cómo se explica que no se encuentre jamás entre mis Grandes el Marqués de Posa? Me consta perfectamente que este Marqués de Posa me ha servido bien. ¿Acaso ha muerto? ¿Por qué no se presenta aquí?

El Conde.—Ese caballero ha llegado hace poco de un viaje por toda Europa. Hállase ahora mismo en Madrid, y sólo espera que se le señale un día de audiencia, para ponerse á los pies de su Soberano.

El Duque de Alba.—¿El Marqués de Posa?... Sí; es ese valiente caballero de Malta, de quien cuenta la fama una acción señalada. Cuando, por orden del gran Maestre, se juntaron en su isla todos los caballeros, sitiándola Solimán, el Marqués, joven entonces de diez y ocho años, desapareció de la Universidad de Alcalá, en donde seguía sus estudios. Presentóse en la Valette, sin ser llamado. «Compráronme la cruz,» dijo, «y yo quiero ganarla.» Fué uno de los cuarenta caballeros, que, en medio del día, resistieron tres asaltos de Piali, Uluchali y Assen, en el Castillo de San Telmo. Al tomarlo los Sarracenos, y muertos los demás

caballeros, se arrojó á la mar, y alcanzó solo la Valette. Dos meses después, el enemigo abandonó la isla, y el caballero volvió á proseguir sus estudios.

El Duque de Feria.—Y ese mismo Marqués de Posa fué el que descubrió también la famosa conjuración de Cataluña, y con su habilidad conservó para la corona esa provincia, la más importante del Reino.

El Rey.—Me admira... ¿Y cómo ese hombre, con tales merecimientos, no suscita la envidia de ninguno de los tres, á quienes yo he preguntado?... ¡No hay duda! O el carácter de este sujeto es de los más extraños, ó no tiene ninguno... Quiero verlo, por lo raro. (Al Duque de Alba.) Llevadlo á mi gabinete, después que oigamos misa. (Vase el Duque de Alba, y el Rey llama al de Feria.) Y vos ocupad mi puesto en el Consejo privado. (Vase.)

El Duque de Feria.—Muy afable está hoy S. M.

El Duque de Medina-Sidonia.—Decid más bien que es un Dios... lo ha sido para mí.

El Duque de Feria.—¿Cuántos no son vuestros méritos para experimentar esa dicha? Me alegro sobremanera, señor Almirante.

Uno de los Grandes.—Yo también.

Otro.—Yo también con toda mi alma.

Un Tercero.—¡Cuánto me latía el corazón! ¡Un marino tan distinguido!...

El Primero.—El Rey no ha sido clemente con vos... ha sido justo.

El Conde. (Al despedirse del Duque de Medina-Sidonia.)—Dos palabras solas: ¡cómo os han enriquecido de repente!

ESCENA VIII.

El gabinete del Rey.

EL MARQUÉS DE POSA Y EL DUQUE DE ALBA.

El Marqués. (Al entrar.)—¿Desea verme? ¿A mí?... No puede ser. Os habéis engañado en el nombre... Y ¿qué pretende de mí?

El Duque.—Conoceros.

El Marqués.—Sólo por curiosidad... ¡Oh! Es lástima perder así el tiempo... la vida es tan prodigiosamente breve...

El Duque.—Os abandono á vuestra buena estrella. El Rey está en vuestras manos. Utilizaos como podáis de este momento, y si no lo hacéis, culpad á vos, no á otro. (Vase.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS, solo.

¡Muy bien dicho, Duque! Es preciso aprovechar el instante, que sólo una vez se presenta. Este cortesano me da una lección útil... si no como él la entiende, como la comprendo yo. (Después de pasearse un poco.) Pero ¿cómo estoy aquí?... ¿He de atribuir á un raro capricho de la suerte, que se refleje mi imagen en ese espejo? Es lo más inverosímil que, entre un millón de hombres, se acuerde de mí, y me haga revivir en la memoria del Rey. ¿Unicamente la casua-

lidad? Quizás algo más... Y ¿qué otra cosa es la casualidad que tosca piedra, animada por obra del artista? La Providencia es la madre del azar... que el hombre ha de acomodar á sus propósitos... ¿Qué se propondrá hacer conmigo el Rey? Me es indiferente... pero sé lo que yo debo hacer con el Rey... y aunque sólo un átomo de verdad penetre osado en la mente del déspota, ¿qué frutos no puede producir en manos de la Providencia? Tal es el modo, en virtud del cual se convierta en utilísimo y razonable lo que tan extraño pareciera al principio. Sea ó no... ¡es igual! Mi conducta se arreglará á este plan. (Da algunos pasos por la habitación, y se detiene en silencio delante de un cuadro. El Rey aparece en un aposento contiguo, en donde da algunas órdenes. Al entrar, se para junto á la puerta, y observa al Marqués largo tiempo, sin que éste lo note.)

ESCENA X.

EL REY y EL MARQUÉS DE POSA.

Este se acerca al Rey; al verlo, dobla una rodilla, y se levanta, sin dar señal alguna de confusión.

El Rey. (Que lo examina admirado.)—¿Me habéis hablado alguna vez?

El Marqués.—No, señor.

El Rey.—Habéis prestado servicios á mi trono: ¿por qué esquivar mi gratitud? ¡Hay tantos hombres en mi memoria! Uno solo lo sabe todo. A vos tocaba ofreceros á la vista del Rey. ¿Por qué no lo habéis hecho?

El Marqués.—Dos días ha no más que estoy de vuelta en España.

El Rey.—No quiero nunca deber á quien me sirve... Pedid una gracia.

El Marqués.—Las leyes me protegen.

El Rey.—El asesino disfruta también de igual derecho.

El Marqués.—¡Y cuánto mejor el ciudadano honrado!... Señor, yo estoy contento.

El Rey. (Aparte.) — Mucha dignidad y mucha osadía, ¡Vive Dios! Pero era de esperar... Quiero que el español sea orgulloso. Lo tolero de buen grado, aunque la copa rebose... (Alto.) Dejasteis mi servicio, según tengo entendido...

El Marqués.—Me retiré, para que ocupase otro mejor mi puesto.

El Rey.—Afligeme esa conducta. Cuando hombres así están ociosos, sufren su falta mis Estados... Quizás temierais no alcanzar á las esferas que estimabais á vuestra altura.

El Marqués.—¡Oh, no! Estoy seguro que el conocedor inteligente, el que sabe penetrar en el fondo del alma humana y estimar su valor, hubiera sabido á primera vista si yo podía ó no servirlo. Aprecio y agradezco profunda, aunque humildemente, el favor que me dispensa V. M., expresando acerca de mi persona opinión tan benévola. Sin embargo... (Se detiene.)

El Rey.—¿Pensáis?...

El Marqués.—No estoy... he de confesarlo, señor... preparado á revestir de repente con el lenguaje de uno de vuestros súbditos, lo que yo he meditado como ciudadano del mundo... Porque cuando yo me declaré independiente para siempre de la Corona, me conceptué exento de explicarle los fundamentos de mi resolución.

El Rey.—¿Tan frívolos son? ¿Teméis exponerlos?

El Marqués.—Si tuviera tiempo para explanarlos, señor... á lo más, arriesgaría la vida. Pero diré la verdad, si

no me rehusáis esta gracia. Se me concedió la opción entre vuestro desdén y vuestra malquerencia... Y, en caso de decidirme, más quiero aparecer á vuestros ojos como criminal que como loco.

El Rey. (Con curiosidad.) — Bien; ¿y qué?

El Marqués.—No puedo ser servidor de Príncipes. (El Rey lo mira atónito.) No quiero engañar al comprador... Si os dignáis emplearme en algún servicio, ha de ser sólo en actos, calculados previamente. Sólo pedís mi brazo y mi valor en el campo de batalla, y mi cabeza en los Consejos. El fin de mis acciones no debe ser sólo la aprobacion de ellas por el Trono. Pero para mí, la virtud, por sí misma, tiene también su valor. La dicha que el Monarca labrase con mis manos, sería obra mía, y un placer, un acto libre mío, no sólo un deber. ¿Es ésta vuestra opinión? ¿Podréis sufrir otros creadores en vuestra creación? ¿He de rebajarme á ser sólo el crisol, pudiendo ser el artista?... Yo amo á la humanidad; y en las Monarquías sólo á mí mismo he de amarme.

El Rey.—Ese entusiasmo es loable. Pudierais hacer el bien. El cómo se hace, importa poco á los patriotas y á los sabios. Buscad en mis dominios un puesto que os facilite dar rienda suelta á tan nobles inclinaciones.

EL Marqués.—No encuentro ninguno.

El Rey.—¿Cómo?

El Marqués.—Lo que V. M. quiere labrar por mis manos ¿es la dicha entre los hombres? Pero ¿es ésa la misma, que yo les deseo en mi puro afecto á ellos?... Ante ella temblaría la majestad de los Reyes... ¡No! La política de los Soberanos ha inventado una nueva dicha... una dicha, para cuya distribución es bastante rica, habiendo inspirado en el corazón humano nuevos deseos que se contentan con ella. En su moneda corrriente imprime la verdad, pero sólo la verdad que tolera. Desecha todos los cuños que no se pa-

recen al señalado por el Trono... Pero lo que le satisface, ¿me satisface á mí? Mi amor fraternal á mis semejantes ¿se ha de proponer el empequeñecimiento de mi hermano? ¿Lo tengo por feliz... antes de que piense? No me destinéis, por tanto, oh señor, á derramar esta ventura que nos dais sellada con vuestro cuño. No debo conformarme en distribuir esa moneda... Yo no puedo ser servidor de Príncipes.

El Rey. (Con alguna vivacidad.) — ¡Sois protestante!

El Marqués. (Después de algunos momentos de reflexión.) Vuestra creencia, señor, es también la mía. (Después de una pausa.) Ya me figuraba yo que no se me comprendería. Veis que mis manos han levantado el velo, que ocultaba los misterios del trono. ¿Quién puede responderos de que sea para mí sagrado lo que ha dejado de asustarme? Parezco peligroso, porque pienso por mí mismo; pero no lo soy, oh rey mío. Mis deseos yacen aquí guardados. (Señalando á su pecho.) Esa ridícula rabia por novedades, hábil sólo para aumentar el peso de cadenas, que no es dado romper, jamás me llenará de entusiasmo. Este siglo no puede aplicar mis ideas, y pertenezco á otros que están por venir. Una pintura, ¿podrá turbar vuestro reposo? Vuestro sólo aliento la borra.

El Rey.—¿Soy yo el primero, á quien habéis hablado así?

El Marqués.—¡El primero, seguramente!

El Rey. (Que se levanta, da algunos pasos, y se para delante del Marqués; aparte.)—Por lo menos este lenguaje es nuevo. La lisonja se apura. La imitación rebaja al hombre de mérito... Se ensaya alguna vez el método contrario... ¿Por qué no? Lo inesperado place... (Alto.) Si lo entendéis así, ¡bien! yo crearé un oficio nuevo de la Corona... el de libre pensador...

El Marqués.—Ya observo, Señor, qué idea tan pequeña y tan baja tenéis de la dignidad humana, cuando confundís

con el arte de la adulación el lenguaje del hombre independiente. Y creo saber quién os autoriza para hacerlo. Los mismos hombres os obligan á ello. Han renunciado voluntariamente á su nobleza, y voluntariamente también han descendido hasta ese abismo. Huyen asustados del fantasma de su propia grandeza, se regocijan con sus miserias, y con cobarde habilidad adornan sus cadenas, y llaman virtud el llevarlas con decencia. Así habéis encontrado al mundo, y así os lo legó el gran padre de V. M. ¿Cómo era posible, que, con esta deplorable mutilación, honrarais al hombre?

El Rey.—Algo de verdad encuentro en vuestras palabras.

El Marqués.—Pero es lastima que con vuestras manos hayáis modificado la obra del Creador, trocándoos en otro, para esta criatura nuevamente modelada... pero os habéis engañado en una parte de vuestros cálculos, porque seguís siendo hombre... hechura asimismo del Creador. Continuáis sufriendo y deseando como mortal, y tenéis necesidad de simpatías... y á un Dios sólo se puede ofrecer en sacrificio el temor... y la adoración. ¡Mudanza lastimosa! ¡Desdichado extravío de la naturaleza! ¿Quién armonizará con V. M.?

El Rey. (Aparte.)—¡Vive Dios, que llega hasta el fondo de mi alma!

El Marqués.—Este sacrificio nada importa á V. M. Sois único, en cambio... vuestra propia especie... Y de este modo sois también un Dios... Y parecería horrible que no sucediera así... que, á ese precio, por la ventura perdida de millones de hombres, nada hubieseis ganado... si la libertad, que habéis aniquilado, fuese lo único que pudiera satisfacer vuestros deseos. Os suplico, Señor, que me deis licencia de retirarme. El objeto que me guía me arrastra consigo lejos. Mi corazón rebosa ya... la tentación es de-

masiado grande, puesto que me veo delante de la única persona, á quien puedo revelar mis sentimientos. (El Conde de Lerma entra y habla en voz baja con el Rey. Este le hace señal de que se vaya, y continúa sentado como antes.)

El Rey. (Al Marqués, después de irse el Conde de Lerma.)— ¡Acabad!

El Marqués. (Después de algunos instantes de silencio.) — Conozco, Señor... todo el valor de...

El Rey.—¡Proseguid! Tenéis que decirme algo más.

El Marqués.—Vengo ahora de Flandes y del Brabante, provincias tan ricas como florecientes: un pueblo activo y grande... y también bondadoso... Ser padre de este pueblo, me decía yo, debe ser placer divino... Y tropecé con huesos humanos calcinados... (Se detiene y calla; sus ojos se fijan en el Rey, que intenta evitarlos, bajando los suyos conmovido y turbado.) Tenéis razón, y debéis tenerla. Que hayáis podido hacer lo que estimabais conveniente, me llena de triste admiración. ¡Oh! ¡Es de deplorar que quien se revuelca en su sangre, no entone un himno de alabanza á su sacrificador, y que la historia se escriba por hombres... no por séres de naturaleza superior!... Siglos más plácidos reemplazarán al de Felipe, y traerán más dulce sabiduría; la dicha de los ciudadanos se enlazará entonces con la grandeza de los Reyes, y el Estado será avaro de sus hijos, y hasta humana la necesidad.

El Rey.—¿Y creéis que vendrían alguna vez esos tiempos, si yo hubiese retrocedido ante la maldición del presente? Mirad á vuestro rededor en mi España. La ventura de los ciudadanos florece en paz, sin nube alguna, y me propongo concederla también á los Flamencos.

El Marqués. (Con prontitud.)—¡El descanso de un cementerio! ¿Y esperáis acabar lo que habéis empezado? ¿Esperáis refrenar la trasformación de la cristiandad, cuando ha llegado su hora, y detener la primavera universal, que ha

de mejorar la faz del mundo? Solo en toda Europa, ¿intentáis oponeros al giro de esa rueda del orbe, que sigue su curso incesante? ¿El brazo de un hombre ha de lograrlo? No será posible. Millares de seres han huído ya de vuestros Estados, pobres y contentos. Los que habéis perdido por cuestiones de religión, eran los más nobles. En sus brazos maternales abiertos los recibe Isabel, é Inglaterra se hace temible con las artes de nuestra patria. Abandonada del diligente trabajo de los nuevos cristianos, yace Granada desierta, y Europa se alboroza, al contemplar á su enemigo destilando sangre de las heridas que él mismo se ha hecho. (El Rey parece conmovido: el Marqués lo observa, y se acerca más á él.) ¿Queréis sembrar para la eternidad, y sembráis para la muerte? Un trabajo tan violento no sobrevivirá al que lo ha acometido. Habéis edificado para ingratos... vanamente emprendéis una lucha con la naturaleza, vanamente habéis sacrificado vuestra vida de Rey y vuestra grandeza en realizar proyectos destructores. El hombre vale más de lo que pensáis. Romperá el yugo de su prolongado sueño, y reclamará sus sagrados derechos. Confundirá vuestro nombre con los de Nerón y Busiris, y... esto me aflige porque erais bueno.

El Rey.—¿Quién os lo ha demostrado con evidencia?

El Marqués. (Con calor.)—Sí, ¡por Dios Todopoderoso! Sí... sí... yo lo repito. Dadnos lo que nos habéis tomado. Generoso, como el fuerte, que la dicha de los hombres salga de vuestras manos... Que los espíritus prosperen en vuestro inmenso edificio. Devolvednos lo que os habéis apropiado. Sed el rey de millones de reyes... (Se aproxima al Monarca con osadía, y lo mira con firmeza y con ardor.) ¡Ojalá que la elocuencia de tantos miles de seres brillase también en mis labios, y que yo pudiese transformar en rayo la llama que arde en vuestros ojos!... Renunciad á esa apoteosis artificial que os aniquila. Sed para nosotros el mo-

delo de todo lo eterno y de todo lo verdadero. Jamás... jamás hubo mortal que pudiera emplearlo tan útilmente. Todos los reyes de Europa rinden homenaje al nombre español. Poneos al frente de todos los reyes de Europa. Una plumada de vuestra mano, y una nueva creación resplandecerá sobre la tierra... (Se arroja á sus pies.)

El Rey. (Que, sorprendido, vuelve su rostro á otro lado, y mira luego al Marqués.) ¡Singular visionario!... Sin embargo, ¡levantaos!... yo...

El Marqués.—Contemplad á vuestro rededor cuán grande es la naturaleza, sólo por la libertad... y cuán rica también por ella. Él, el Supremo Criador, arroja al gusanillo en una gota de rocío, y lo deja revolverse con holgura en medio de la muerte y la destrucción... Vuestras obras ¡cuán mezquinas son y cuán miserables! El ruido de una hoja asusta al Señor de la cristiandad. Habéis de temblar ante cada virtud. Él... por no perturbar el espectáculo encantador de la libertad... deja que el triste cortejo de los males recorra con estrépito el Universo... y al que todo lo ha hecho, no se ve, y se oculta modestamente en las leyes eternas, á las cuales, no á él, contempla el espíritu libre. «¿Para qué sirve un Dios?» dice él: «el mundo basta.» Y ninguna devoción humana lo ensalza más que esta blasfemia del espíritu de la libertad.

El Rey.—¿Y os proponéis formar en mis Estados ese sublime modelo, superior á todo lo mortal?

El Marqués.—V. M., V. M. lo puede hacer. ¿Qué otro pudiera hacerlo? Consagrad á la ventura del Pueblo ese poder que... ¡ay de mí!... sólo ha servido para engrandecer el Trono... devolved á la humanidad su perdida nobleza; que el ciudadano sea lo que era antes, el objeto de los cuidados del Monarca... que no lo obligue otro deber que el derecho sagrado de sus hermanos. Cuando el hombre, reanimado, sienta nacer en él el sentimiento de su digni-

dad... cuando las sublimes y orgullosas virtudes, hijas de la libertad, florezcan en su pecho... cuando, oh Señor, hayáis hecho á vuestro propio Reino el más feliz del mundo... entonces será vuestro deber subyugar á los demás.

El Rey. (Después de un largo silencio.)—Os he dejado hablar hasta el fin... Bien comprendo que la sociedad se pinta en vuestra imaginación muy diversa de la idea que tienen de ella los otros hombres... y por eso no intento mediros como á ellos. Yo soy el primero, á quien habéis declarado vuestro pensamiento más íntimo. Lo creo, porque lo conozco. A causa de la misma reserva, que os ha obligado á ocultar vuestras opiniones, con tanto calor sentidas, hasta el día de hoy; á causa de la modesta prudencia que revela, quiero, oh joven, olvidar que yo las he sabido, y en qué ocasión han llegado á mi noticia. ¡Levantaos! Voy á responder á vuestra inexperta precipitación, no como rey, sino como anciano. Y quiero hacerlo, porque tal es mi voluntad... El mismo veneno, según creo, puede trocarse en más noble sustancia cuando obra en sanas naturalezas... Pero esquivad mi inquisición... Sentiría...

El Marqués.—¿Verdaderamente? ¿Lo sentiríais?

El Rey. (Aparte.)—Nunca he visto otro hombre como este. (Alto.) No, ¡no, Marqués! Me tratáis sin miramientos. No quiero ser un Nerón. No quiero serlo. No quiero serlo para vos. Toda ventura no ha de desaparecer bajo mi mando. Vos mismo, á mi vista, continuaréis siendo un hombre.

El Marqués. (Con viveza.) —¿Y mis conciudadanos, Señor?... ¡Oh! No se trataba de mí; no de mi causa. ¿Y vuestros súbditos, Señor?

El Rey.—Ya que sabéis tan bien cómo me ha de juzgar la posteridad, que sepa asimismo cómo trato yo á los hombres, cuando encuentro uno.

El Marqués.—¡Que el más justo de los reyes no sea al mismo tiempo el más injusto!... en vuestra Flandes hay

millares de hombres mejores que yo. V. M... ¿puedo decirlo libremente, gran Rey? V. M. ve hoy la libertad por vez primera, bajo un aspecto más agradable.

El Rey. (Con gravedad más afable.)—No hablemos más de esto, joven... Estoy seguro de que pensaríais muy de otra manera, si antes conocierais bien el corazón humano, como yo lo conozco... Sin embargo, no quisiera veros hoy por última vez. ¿Qué traza me daré yo para agregaros á mi servicio?

El Marqués.—Dejadme ser lo que soy. ¿Qué sería yo para V. M., si también me seducíais?

El Rey.—No puedo sufrir tanto orgullo. Desde este momento estáis á mis órdenes... ¡Nada repliquéis!... Tal es mi voluntad. (Después de una pausa.) Pero ¿cómo? ¿Qué intentaba yo? ¿No era verdad que yo lo quería? Y ahora encuentro algo más... Me habéis contemplado en mi trono, no en mi casa. (El Marqués se queda pensativo.) Ya os comprendo. No obstante... aunque fuese yo el más infeliz de los padres, ¿no podría ser un esposo envidiable?

El Marqués.—Si un hijo de grandes esperanzas, si la posesión de una esposa adorable pueden dar á un mortal derecho á ese dictado, sois, oh señor, el más dichoso en ambos conceptos.

El Rey. (Con aire sombrío.)—No, no lo soy; y que no lo soy lo conozco ahora como nunca... (Mirando al Marqués con melancolía.)

El Marqués.—El Príncipe piensa bien y noblemente. Nunca ha pensado de otro modo.

El Rey.—Pero yo... Lo que me ha robado, no hay corona que lo compense... ¡una Reina tan virtuosa!

El Marqués.—¿Quién se atrevería, señor?...

El Rey.—¡El mundo! ¡La calumnia! ¡Yo mismo!... Hay aquí testigos, que la condenan sin apelación; hay otros, también preparados, que me hacen temer lo más doloro-

so... Pero, Marqués... difícil, difícil de creer se me hace que uno solo de ellos merezca crédito. ¿Quién la acusa?... Si ella... si fuese capaz de caer tan bajamente en el abismo de la deshonra... ¡oh! ¿cuánto más he de acariciar la idea de que una Éboli la calumnie? ¿El fraile no la aborrece, como á mi hijo? ¿Ignoro yo acaso que el Duque de Alba ansía vengarse? Mi esposa vale más que todos ellos.

El Marqués.—Hay algo, señor, en el alma de la mujer, que la eleva sobre todas las apariencias y sobre todas las calumnias... y se llama la virtud de su sexo.

El Rey.—Sí; es lo mismo que yo digo. Cuesta mucho caer tan bajo como dicen que la Reina ha caído. Los sagrados vínculos del honor no se rompen tan fácilmente, como intentan persuadírmelo. Conocéis el corazón humano, Marqués. Me hace falta hace tiempo un hombre de vuestra condicion; sois bueno, cándido, y conocéis la naturaleza humana; sin embargo... por esto os he elegido.

El Marqués. (Sorprendido y asustado.)—¿A mí, señor?

El Rey.—Os habéis visto ante vuestro Soberano, y nada habéis pedido para vos... nada... Esto es nuevo para mí... Seréis juez... La pasión no os extraviará. Acercaos á mi hijo; sondead el corazón de la Reina. Os daré plenos poderes, para que habléis con ella en secreto. ¡Y ahora dejadme! (Llama.)

El Marqués.—Si puedo llevar conmigo una esperanza colmada... este es el día más feliz de mi vida.

El Rey. (Que le da á besar su mano.)—No es tampoco día perdido para mí. (El Marqués se levanta, y se va; el Conde de Lerma llega.) Ese caballero entrará aquí en adelante, sin necesidad de ser anunciado.

ACTO IV.

ESCENA PRIMERA.

Salón de la Reina.

LA REINA, LA DUQUESA DE OLIVARES, LA PRINCESA DE ÉBOLI, LA CONDESA DE FUENTES y otras damas.

La Reina. (Al levantarse, á la camarista mayor.)—¿No se ha encontrado la llave?... Entonces es menester romper la cajita, y al instante. (A la Princesa de Éboli, que se acerca á ella, y le besa la mano.) Bien venida seais, querida Princesa. Me alegro de veros mejor... aunque todavía muy pálida.

La Condesa de Fuentes. (Con malicia.)—La culpa la tiene esa fiebre maligna, que ataca tan extremadamente á los nervios. ¿No es verdad, Princesa?

La Reina.—Mucho he deseado visitaros, amada mía, pero... no me he atrevido.

La Duquesa de Olivares.—Compañía, por lo menos, no ha faltado á la Princesa de Éboli...

La Reina.—Lo creo, lo creo. ¿Qué tenéis? ¿Tembláis?

La Princesa de Éboli.—Nada... nada enteramente, Reina mía. Os pido permiso para retirarme.

La Reina.—¿Nos ocultáis acaso, que os halláis peor de lo que aparentáis? Os sentará mal estar de pie. Ayudadla, Condesa, á sentarse en este taburete.

La Princesa de de Éboli.—Mejor me sentará el aire libre. (Vase.)

La Reina.—Seguidla, Condesa... ¡Qué mudanza! (Entra un paje, que habla con la Duquesa, la cual se vuelve en seguida hacia la Reina.)

La Duquesa de Olivares.—El Marqués de Posa, señora... viene de parte de S. M. el Rey.

La Reina.—Que entre. (Vase el paje, que abre la puerta para que entre el Marqués.)

ESCENA II.

Los mismos, y EL MARQUÉS DE POSA. El Marqués dobla una rodilla ante la Reina, que le hace señal de levantarse.

La Reina.—¿Qué manda mi Rey? ¿Puedo yo públicamente...?

El Marqués.—Mi orden se dirige á V. M. sola. (Aléjanse las damas á una señal de la Reina.)

ESCENA III.

LA REINA y EL MARQUÉS DE POSA.

La Reina. (Muy admirada.)—¿Cómo? ¿Me fiaré yo de mis ojos, Marqués? ¿Venís de parte del Rey?

El Marqués.—¿Tan extraño parece á V. M.? A mí no.

La Reina.—El mundo, pues, ha variado en su carrera. Vos y él... debo confesar...

El Marqués.—¿Que parece raro? Es posible... Los tiem-

pos actuales han de ser testigos de mayores portentos.

La Reina.—¿Mayores? Lo dudo.

El Marqués.—Supongamos que me he dejado seducir al cabo... cansado quizás de representar en la corte de don Felipe un papel original. ¿Original? ¿Qué significa esto? El que desea ser útil á los demás hombres, ha de procurar ante todo asemejarse á ellos. ¿Para qué sirve el disfraz orgulloso del sectario? ¿Supondremos... que haya alguien tan libre de vanidad, que no aspire á ganar prosélitos de su creencia? ¿Y si admitimos que yo intento elevar á la mía sobre el trono?

La Reina.—¡No!... ¡No, Marqués! No quisiera, ni aun en broma, atribuiros un propósito tan poco meditado. No sois un visionario, capaz de acometer empresas de éxito funesto.

El Marqués.—Esa sería la cuestión precisamente.

La Reina.—Lo que yo pudiera sospechar, á lo más, Marqués... lo que en vos casi me extrañaría... es... es...

El Marqués.—¿Duplicidad? Es posible.

La Reina.—Disimulo, á lo menos. El Rey, probablemente, no querrá que me digáis lo que os proponéis decir.

El Marqués.—No.

La Reina.—¿Y la buena causa podrá justificar todos los medios? ¿Será loable... ¡perdonadme esta duda!... que vuestro noble orgullo lo consienta? Apenas lo creo.

El Marqués.—Ni yo tampoco lo creería, si se tratase sólo de engañar al Rey. Pero no es ése mi propósito. Intento servirlo más honradamente de lo que él mismo desea.

La Reina.—Ya os reconozco, y basta de este asunto. ¿Qué hace?

El Marqués.—¿El Rey?... Según parece, pronto seré vengado de vuestra severa censura. Lo que yo no me apresuro á contar á V. M., á lo que juzgo, V. M. tiene menos...

menos afán en saberlo... Es menester, sin embargo, que lo sepáis. El Monarca os suplica que no deis hoy audiencia al Embajador de Francia. He aquí mi comisión. Ya está hecha.

La Reina.—¿Y esto es todo lo que me teníais que decir de su parte, Marqués?

El Marqués.—Sobre poco más ó menos, lo que justifica mi presencia aquí.

La Reina.—Me decido al fin á ignorar de buen grado lo que debe ser un secreto para mí...

El Marqués.—Y así debe ser, señora... A la verdad, si no fuerais lo que sois, me apresuraría á rogaros que os guardaseis de ciertas cosas, y que os precavieses de ciertas personas... Pero con V. M. no es necesario. El peligro puede cercaros á cualquiera hora, sin que lo notéis. Todo ello no merece turbar el sueño angelical de nadie. No es esto, pues, lo que me trae. El Príncipe Carlos...

La Reina.—¿Cómo lo dejasteis?

El Marqués.—Como al solo sabio de su tiempo, á quien está prohibido adorar la verdad; y tan decidido á morir por el objeto de su amor, como el sabio por el suyo. Poco tengo que deciros de su parte... pero aquí... aquí habla él mismo. (Da una carta á la Reina.)

La Reina. (Después de leerla.)—Es preciso que me hable, según dice.

El Marqués.—Yo también lo digo.

La Reina.—¿Podrá deleitarle saber por sí mismo que yo no soy feliz?

El Marqués.—No... pero se hará más activo y más resuelto.

La Reina.—¿Cómo?

El Marqués.—El Duque de Alba ha sido nombrado gobernador de Flandes.

La Reina.—Así me lo han dicho.

EL MARQUÉS.—El Rey no se retracta jamás. Conocemos bien á S. M. Pero es verdad también que el Príncipe no puede permanecer aquí... Aquí no... de ninguna manera... y Flandes no ha de ser sacrificada.

LA REINA.—¿Sabéis algún medio de impedirlo?

EL MARQUÉS—Sí... quizás... El remedio es casi tan peligroso como la enfermedad. Es temerario como la desesperación... Sin embargo, no se me ocurre otro.

LA REINA.—¡Decídmelo!

EL MARQUÉS.—A V. M., sólo á V. M. oso yo revelarlo. Sólo de vuestros labios puede oirlo Carlos sin horrorizarse. El nombre que ha de llevar, sin duda... es un poco repugnante...

LA REINA.—Rebelión...

EL MARQUÉS.—Es preciso que desobedezca al Rey, y que vaya en secreto á Bruselas, en donde le esperan los flamencos con los brazos abiertos. Todos los Países Bajos se levantarán al saberlo. El hijo del Rey aumentará la fuerza de la buena causa, y con sus armas hará temblar el Trono español. Lo que su padre le niega en Madrid, habrá de concedérselo en Bruselas.

LA REINA.—¿Le habéis hablado hoy, y es eso lo que deseais?

EL MARQUÉS.—Porque hoy mismo le he hablado.

LA REINA. (Después de una pausa.)—El plan, que proponéis, asusta... aunque al mismo tiempo me encante... Paréceme que tenéis razón... La idea es atrevida, y creo que por eso me agrada. Lo meditaré. ¿Lo sabe el Príncipe?

EL MARQUÉS.—Con arreglo á mi plan, ha de saberlo primero por vuestro conducto.

LA REINA.—¡Sin disputa! La idea es grandiosa... Aunque la juventud del Príncipe...

EL MARQUÉS.—No importa. Allí le ayudarán un Egmont y un Orange, los bravos generales del Emperador Carlos, tan

prudentes en el consejo como temibles en el campo de batalla.

LA REINA. (Con animación.)—¡No! ¡La idea es bella y grande!... El Príncipe ha de trabajar. Lo conozco bien. El papel, que se le hace representar en Madrid, me disgusta porque lo rebaja... Yo prometo que Francia le ayudará, y Saboya también. Soy de vuestro mismo parecer, Marqués; he de contribuir á la buena obra. Pero esta empresa exige dinero...

EL MARQUÉS.—Ya está preparado...

LA REINA.—Hay además un medio...

EL MARQUÉS.—¿Puedo, pues, darle esperanzas de una entrevista con V. M.?

LA REINA.—Quisiera pensarlo más despacio.

EL MARQUÉS.—Carlos espera la respuesta, Señora... le he prometido llevársela. (Presentándola un velador con avíos de escribir.)—Dos líneas bastan ahora.

LA REINA. (Después de haber escrito.)—¿Os volveré á ver?

EL MARQUÉS.—Siempre que V. M. lo mande.

LA REINA.—¿Siempre?... ¿Siempre que yo lo ordene?... Marqués, ¿cómo podré explicarme esa libertad?

EL MARQUÉS. — Tan sencillamente como sea posible á V. M. Disfrutamos de ese permiso... y basta... basta esto solo á mi Reina.

LA REINA. (Interrumpiéndole.)— ¡Cuánto me regocijaría, Marqués, que la libertad en toda Europa hubiese encontrado aquí ese refugio! ¡Si por él se conservase!... ¡Contad con mi aprobación secreta!

EL MARQUÉS. (Con entusiasmo.)— ¡Oh! Ya sabía yo... ya sabía que aquí sería comprendido...(La Duquesa de Olivares se presenta en la puerta.)

LA REINA. (Con frialdad al Marqués.)—Cuanto provenga del Rey, mi señor, se respetará por mí como una ley. Encargáos de manifestarle mi sumisión. (Le hace una señal, y el Marqués se va.)

ESCENA IV.

Una galería.

CARLOS Y EL CONDE DELERMA.

CARLOS.—Aquí no nos molestan. ¿Qué tenéis que participarme?

EL CONDE.—V. A. contaba en la Corte con un amigo.

CARLOS. (Con sorpresa.)—Al cual no conocía... Y bien, ¿qué queréis dar á entender?

EL CONDE.—Entonces he de pediros perdón, por saber yo más de lo que debiera. Sin embargo, tranquilícese V. A., porque ha llegado á mi noticia por conducto seguro; en una palabra, lo he averiguado por mí mismo.

CARLOS.—¿De quién se trata?

EL CONDE.—Del Marqués de Posa...

CARLOS.—¿Y qué?

EL CONDE.—Si por acaso sabe más de V. A. de lo que sería lícito saber, como yo temo...

CARLOS.—¿Como teméis?

EL CONDE.—Estuvo con el Rey.

CARLOS.—¿Es verdad?

EL CONDE.—Dos horas largas, en conversación muy misteriosa.

CARLOS.—¿Es posible?

EL CONDE.—No se trataba de cosas insignificantes.

CARLOS.—Lo creo.

EL CONDE.—Oí pronunciar con frecuencia el nombre de V. A.

CARLOS.—No sería mala señal, sin duda.

El Conde.—Hoy también, en el dormitorio de S. M. el Rey, se ha hablado de la Reina de un modo muy enigmático.

Carlos. (Retrocediendo asustado.)—¡Conde de Lerma!

El Conde.—Cuando salió el Marqués, recibí la orden de dejarlo entrar en adelante sin obstáculo.

Carlos.—Grave es esto, sin disputa.

El Conde.—Cosa nunca vista, señor, desde que sirvo al Rey.

Carlos.—¡Grave, sí, grave verdaderamente!... ¿Y cómo? ¿Cómo decís que hablaron de la Reina?

El Conde. (Retrocediendo.)—¡No, Príncipe, no! Eso es contrario á mi deber.

Carlos.—¡Es singular! Me decís una cosa, y me ocultáis otra.

El Conde.—Debía deciros la primera; la segunda corresponde al Rey.

Carlos.—Tenéis razón.

El Conde.—Siempre he considerado al Marqués como un hombre de honor.

Carlos.—Entonces lo habéis juzgado bien.

El Conde.—Inmaculada es toda virtud... hasta el momento de la prueba.

Carlos.—La suya siempre.

El Conde.—El favor de un gran Monarca es para mí muy incierto. Virtudes muy rígidas han mordido este anzuelo de oro.

Carlos.—¡Oh! Sí.

El Conde.—En ocasiones es prudente declarar lo que no puede quedar oculto.

Carlos.—¡Sí, prudente! Sin embargo, según decís, siempre habéis tenido al Marqués por hombre de honor.

El Conde.—Si lo es todavía, en nada le ofende mi duda, y V. A. gana doble en este juego. (Hace ademán de irse.)

CARLOS. (Que le sigue conmovido y le estrecha la mano.)—Gano triple, noble y digno caballero... Soy más rico, porque, sin perder á un antiguo amigo, adquiero otro nuevo. (Vase Lerma.)

ESCENA V.

CARLOS Y EL MARQUÉS DE POSA, que entra por la galería.

EL MARQUÉS.—¡Carlos, Carlos!

CARLOS.—¿Quién me llama? ¡Ah! ¿Eres tú? En la mejor ocasión. Voy corriendo al convento. Sígueme pronto. (Quiere irse.)

EL MARQUÉS.—Sólo dos minutos... No te vayas.

CARLOS.—Si nos sorprenden...

EL MARQUÉS. — No; terminaré en un momento... La Reina...

CARLOS.—¿Has visto á mi padre?

EL MARQUÉS.—Sí; me mandó llamar.

CARLOS. (Con curiosidad.)—¿Y qué?

EL MARQUÉS.—A pedir de boca. Hablarás con ella.

CARLOS.—¿Y el Rey? ¿Qué pretende el Rey?

EL MARQUÉS.—¿El Rey? No mucho... Deseo de saber quién soy yo... efecto del celo indiscreto de algunos buenos amigos. ¿Qué sé yo? Me ha ofrecido colocarme á su servicio.

CARLOS.—Y tú lo has rehusado.

EL MARQUÉS.—Por supuesto...

CARLOS.—¿Y cómo os separasteis?

EL MARQUÉS.—Bastante bien.

CARLOS.—¿No se habló de mí?

El Marqués.—¿De tí? Sí, en general (Entrega al Príncipe un papel, que saca del bolsillo.) He aquí dos palabras, escritas por la Reina. Mañana sabré cuándo y en dónde...

Carlos. (Que las lee, se guarda el papel, y hace ademán de irse.) —En casa del Prior me encontrarás.

El Marqués.—¡Espera! ¿Qué prisa tienes? Nadie llega.

Carlos. (Con afectada sonrisa.)—¿Hemos trocado hoy los papeles? Observo que tu tranquilidad es sorprendente.

El Marqués.—¿Hoy? ¿Por qué hoy?

Carlos.—¿Y qué me escribe la Reina?

El Marqués.—¿No acabas de leerlo ahora mismo?

Carlos.—¿Yo? ¡Ah! Sí.

El Marqués.—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

Carlos. (Que lee de nuevo el papel; con fuego y entusiasmo.) ¡Angel del cielo! Sí; yo quiero... yo quiero ser digno de tí... El amor aumenta la grandeza de las almas. Sea lo que fuere, yo obedezco, si tú mandas... Escribe que he de estar preparado á tomar una resolución importante. ¿A qué podrá aludir? ¿Lo ignoras?

El Marqués.—Y aunque lo supiera, ¿estarás tú dispuesto á oirlo?

Carlos.—¿Te he ofendido acaso? Mi distracción... Perdóname, Rodrigo.

El Marqués.—¿Distraído? ¿Por qué?

Carlos.—Por... yo mismo no lo sé. ¿Este papel es para mí?

El Marqués.—Enteramente, no... Al contrario, yo he venido para pedirte algún recuerdo tuyo.

Carlos.—¿Mío? ¿Para qué?

El Marqués.—Y todas las bagatelas, que poseas y puedan caer en otras manos; cartas, retazos de papel escritos... en una palabra, cuanto tengas, tu cartera...

Carlos.—Pero ¿con qué objeto?

El Marqués.—Para lo que pueda ocurrir. ¿Quién no está

expuesto á una sorpresa? Nadie los buscará en mí, si yo los tengo. ¡Dámelos!

CARLOS. (Muy inquieto.)—¡Es singular! ¿Por qué ahora, de repente, esta pretensión?

EL MARQUÉS.—Tranquilízate por completo. No me guía propósito alguno malévolo, no por cierto. Sólo es una precaución contra el peligro. Nunca creí, pues; nunca, en verdad, creí que esto pudiera asustarte.

CARLOS. (Dándole su cartera.)—Guárdala bien.

EL MARQUÉS.—Así lo haré.

CARLOS. (Con expresión.)—¡Mucho te doy, Rodrigo!

EL MARQUÉS.—No tanto como yo he recibido antes de tí... Suceda lo mismo con los demás, y ahora, adiós... ¡adiós! (Quiere irse.)

CARLOS. (Luchando consigo mismo, y llamándolo al fin.)—Dáme esas cartas por un momento. Hay una, entre ellas, que me escribió cuando estuve gravemente enfermo en Alcalá. Siempre la he llevado sobre mi corazón. Siento mucho separarme de ella. Déjamela... sólo esa... y llévate las demás. (La toma, y le devuelve la cartera.)

EL MARQUÉS.—Accedo contra mi voluntad, oh Carlos. Justamente era la carta que más necesitaba.

CARLOS.—¡Adiós! (Se aleja con lentitud; se detiene junto á la puerta, vuelve, y le da la carta.) Ahí la tienes. (Su mano tiembla; sus ojos se llenan de lágrimas; se abraza al Marqués, y oprime su pecho con el rostro.) Mi padre no será capaz de hacer esto. ¿No es verdad, querido Rodrigo, que esto no puede ser? (Vase corriendo.)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, que asombrado lo sigue con los ojos.

¿Es posible? ¿Lo es? Así, ¿yo no lo conocía bien aún? ¿No del todo? ¿Este rincón de su pecho había escapado á mis pesquisas? ¿Desconfiado con su amigo? ¡No! ¡es una calumnia!... ¿Qué ha hecho para que lo acuse de debilidad, siendo yo más débil? Lo que le imputo, lo soy yo mismo... ¡Extrañeza! Sí, debe ser eso. ¿Cómo esperar de un amigo tan insólita resolución?... ¡Y afligirte! ¡No puedo menos de hacerlo, oh Carlos! Y he de atormentar más todavía tu alma bondadosa. El Rey se ha fiado de mí, confiándome su secreto más precioso, y esa confianza exige agradecimiento por mi parte. ¿Cuál será la utilidad de mi indiscreción, si mi silencio no ha de causarte pena alguna, y quizás te la ahorre? ¿A qué fin mostrar á quien duerme la nube tempestuosa que lo amenaza?... Basta que yo la aleje de tí poco á poco, y que, al despertar, esté sereno el cielo. (Vase.)

ESCENA VII.

El gabinete del Rey.

EL REY, sentado en un sillón, y á su lado LA INFANTA CLARA EUGENIA.

EL REY. (Después de un profundo silencio.)—¡No! Es, sin duda, mi hija... ¿Cómo ha de mentir la naturaleza con tanta verdad? Estos ojos azules son los míos. ¿No me veo retra-

tado en todas sus facciones? ¡Sí, tú eres la hija de mi amor! Yo te estrecho contra mi corazón... tú eres mi sangre. (Se detiene de improviso.) ¡Mi sangre! ¿Qué cosa peor puedo temer? ¿No son también las suyas mis facciones? (Toma el retrato en sus manos, y mira alternativamente á su imagen y al espejo de enfrente; al cabo lo tira en tierra, se levanta con rapidez, y rechaza á la Infanta.) ¡Lejos, lejos! ¡En este abismo sucumbo!

ESCENA VIII.

EL CONDE DE LERMA Y EL REY.

El Conde.—S. M. la Reina, Señor, acaba de entrar en la antesala.

El Rey.—¿Ahora?

El Conde.—Y pide la gracia de ser oída.

El Rey.—Pero ¿ahora? ¿ahora? ¿En esta ocasión intempestiva?... ¡No!... Ahora no puedo hablarle.

El Conde.—Aquí está ya S. M. en persona. (Vase.)

ESCENA IX.

EL REY.—LA REINA, que entra.—LA INFANTA. Esta corre al encuentro de su madre, y no se separa de ella. La Reina se arrodilla delante del Rey, que permanece mudo y atónito.

La Reina.—Esposo y dueño mío... me veo... me veo obligada á la fuerza á pedir justicia á los pies del trono.

El Rey.—¿Justicia?

La Reina.—Trátaseme de un modo indigno en esta Corte. Mi secreter ha sido abierto con violencia...

El Rey.—¿Cómo?

La Reina.—Y objetos de gran valor para mí han sido robados...

El Rey.—¿De gran valor para vos?

La Reina.—Por la interpretación que la temeridad de una persona ignorante podría hacer acaso...

El Rey.—Temeridad... interpretación... sin embargo, levantaos.

La Reina.—No antes que vos, esposo mío, me hayáis prometido emplear vuestro poder real en darme la satisfacción debida; porque si no, he de alejarme de una Corte que ofrece asilo á un ladrón.

El Rey.—¡Pero levantaos!... esa actitud... ¡levantaos!

La Reina. (Que se levanta.) — Que el criminal es de un rango elevado, lo sé... porque había también en la cajita más de un millon en perlas y diamantes, y sólo ha robado las cartas...

El Rey.—Que yo, sin embargo...

La Reina.—Con toda mi voluntad, esposo mío. Eran cartas y un retrato del Infante...

El Rey.—Del...

La Reina.—Del Infante, vuestro hijo.

El Rey.—¿En vuestro poder?

La Reina.—En el mío.

El Rey.—¿Del Infante? ¿Y me lo decís así?

La Reina.—¿Y por qué no á vos, esposo mío?

El Rey.—¿Con ese aplomo?

La Reina.—¿Y os sorprende? Creo que os acordaréis de las cartas, que me escribió Carlos á San Germán, con anuencia de ambas Cortes. Si el retrato, que las acompañaba, estaba comprendido también en ese permiso, ó si la vehemencia de sus deseos lo impulsaron á dar ese paso

atrevido... no podré decidirlo... Si mostró en ello indiscreción, de seguro era muy perdonable... yo lo garantizo. Nunca podía presumir entonces que yo hubiese de ser su madre... (El Rey hace un movimiento, que ella nota.) ¿Qué es esto? ¿Qué tenéis?

La Infanta. (Que ha encontrado el retrato en el suelo, y después de jugar con él, lo entrega á su madre.)—¡Ah! ¡Mira, mamá! ¡Qué bonito retrato!

La Reina.—¿Cómo, pues? Mi... (Conoce el retrato, y se queda muda. Ambos se miran fijamente, después de una larga pausa. En verdad, señor. Este medio de probar á vuestra esposa me parece muy noble y elevado... Sin embargo, ¿me es lícito hacer una pregunta?

El Rey.—A mí es á quien corresponde interrogar.

La Reina.—Mis sospechas, no obstante, no deben ofender al inocente... Si ese robo se ha cometido por vuestra orden...

El Rey.—Sí.

La Reina.—Entonces á nadie debo acusar ya, ni compadecerme de nadie... de nadie, más que de vos, cuya esposa no merecía que se empleasen con ella tales medios.

El Rey.—Conozco ese lenguaje... Pero, señora, no se me engaña dos veces, como me engañasteis ya en Aranjuez. A esa Reina, pura como un ángel, que se defendía con tanta dignidad... la conozco mejor ahora.

La Reina.—¿Qué significa esto?

El Rey.—¡En pocas palabras, y sin reticencia alguna, señora! ¿Es verdad, lo es que no hablasteis allí con nadie? ¿Es realmente verdad?

La Reina.—Hablé allí con el Infante. ¡Sí, hablé!

El Rey.—Entonces, es claro, es manifiesto. ¡Tanta osadía, tan poco recato, tratándose de mi honor!

La Reina.—¿De vuestro honor? Si éste se hallaba en pe-

ligro, era, según creo, más sagrado el que se arriesgaba, que el que me dió Castilla en dote.

El Rey.—¿Y por qué me lo negasteis?

La Reina.—Porque no estoy acostumbrada, señor, á que se me interrogue como á un criminal delante de la Corte. Jamás negaré la verdad, cuando se me pregunte con bondad y cortesía... ¿Fué así el tono empleado por V. M. en Aranjuez? La grandeza de España reunida, ¿es por ventura el tribunal, ante quien la Reina ha de dar cuenta de sus actos? Yo accedí á esa entrevista con el Príncipe, por pedírmela él con instancia. Y lo hice porque quise... porque nunca toleraré que el uso sea el juez, que condene cosas inocentes... y lo callé á V. M., porque no me agradaba disputar con mi Rey sobre esto ante las personas de su séquito.

El Rey.—Habláis con mucho atrevimiento, señora...

La Reina.—Y añadiré además, porque el Infante encuentra á duras penas en el corazón de su padre la estimación que merece...

El Rey.—¿Que merece?

La Reina.—¿Por qué ocultároslo, señor?... Yo le aprecio mucho, y le amo como á mi más caro pariente, como el que fué considerado digno un día de llevar el nombre, que más me interesaba... Aun no he podido acostumbrarme á considerarlo como á un sér más extraño que los demás para mí, por lo mismo que antes me había sido más simpático que otro cualquiera. Si vuestras máximas políticas pueden formar lazos cuando lo juzgáis útil, es aún más difícil para V. M. el romperlos después de formados. No quiero odiar á quien debo... Y ya que se me obliga á hablar... no quiero... que mi inclinación sea refrenada por más tiempo...

El Rey.—¡Isabel! Me habéis visto en momentos de debilidad y humana flaqueza, y este recuerdo os inspira atrevimiento. Os fiáis del poder absoluto, que habéis ejercido

alguna vez en mi firmeza... Pero temed más por lo mismo. La causa de mi debilidad puede llevarme á la locura.

La Reina.—Pero ¿qué he hecho yo?

El Rey. (Que coge su mano.)—Si es que... entonces.. ¿pero no lo es ya?... Si la medida de vuestras culpas está llena; si rebosa, y el más ligero soplo la vierte... si soy yo engañado... (Suelta su mano.) Puedo dominar aún esta última flaqueza... Puedo y quiero hacerlo... ¡Ay de tí y de mí en ese caso, Isabel!

La Reina.—Pero ¿cuál es mi delito?

El Rey.—La sangre correrá entonces...

La Reina.—¡Tan lejos estamos ya, Dios mío!

El Rey.—No me conozco á mí mismo... no respeto ninguna ley, ninguna voz de la naturaleza, ningún pacto internacional...

La Reina.—¡Cuánto compadezco á V. M.!

El Rey. (Fuera de sí.)—¡Compasión! ¡Lástima de una mujer impúdica!...

La Infanta. (Que se agarra asustada á su madre.)—El Rey se enfada, y mi querida madre llora. (El Rey la separa violentamente de la Reina.)

La Reina. (Con dulzura y dignidad, pero con acento trémulo.) —Sin embargo, yo debo preservar esta niña de malos tratamientos. Ven conmigo, hija mía. (La toma en sus brazos.) Si el Rey no quiere ya conocerte, me veré en la necesidad de llamar allende el Pirineo á quienes nos protejan. (Intenta irse.)

El Rey. (Turbado.)—¡Señora!

La Reina.—No puedo más... esto es demasiado. (Al abrir la puerta, cae en tierra con la niña.)

El Rey. (Corriendo, lleno de confusión.)—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

La Infanta. (Muy asustada.)—¡Ay de mí! ¡Mi madre tiene sangre! (Vase apresuradamente.)

El Rey. (Con ansiedad, junto á la Reina.)—¡Qué terrible accidente! ¡Sangre! ¿He merecido que me castiguéis con tanta crueldad? ¡Levantaos!... ¡Que viene gente! ¡Van á sorprendernos!... ¡Levantaos! ¿Toda mi corte ha de disfrutar de este espectáculo? ¿Es menester suplicaros que os levantéis? (Levántase la Reina, apoyada en el Rey.)

ESCENA X.

Los mismos; EL DUQUE DE ALBA y EL PADRE DOMINGO, que entran inquietos, en compañía de algunas damas.

El Rey.—Que se lleven á la Reina á su aposento. Está mala. (Desaparece la Reina con las damas. El Duque de Alba y el Padre Domingo se acercan al Rey.)

El Duque.—¿La Reina llorando, y el rostro ensangrentado?...

El Rey.—¿Admira esto á los demonios que me han extraviado hasta ese extremo?

El Duque de Alba y el Padre Domingo.—¿Nosotros?

El Rey. ¿Que me han dicho lo bastante para hacerme perder la razón, y nada para convencerme?

El Duque.—Dimos cuanto teníamos.

El Rey.—¡Que el infierno os lo pague! Me arrepiento de lo que he hecho. ¿Era ése el lenguaje de una conciencia culpable?

El Marqués de Posa. (Desde fuera.)—¿Se puede hablar al Rey?

ESCENA XI.

Los mismos y EL MARQUÉS DE POSA.

El Rey. (Conmovido al oirlo, y dando algunos pasos para salirle al encuentro.)—¡Ah! ¡Es él! ¡Bien venido seáis, Marqués!... No os necesito ahora, Duque. Dejadnos. (El Duque y el padre Domingo se miran atónitos en silencio, y se van.)

ESCENA XII.

EL REY y EL MARQUÉS DE POSA.

El Marqués.—Duro es despedir de ese modo, oh señor, al anciano que en veinte batallas se ha expuesto á la muerte por V. M.

El Rey. — Os conviene pensar como lo hacéis, y á mí obrar á mi manera. Lo que en pocas horas habéis hecho por mí, no lo ha hecho él en toda su vida. No quiero disimular mi benevolencia. El sello de mi favor real ha de brillar claro y á lo lejos en vuestra frente. Deseo que sea envidiado el hombre elegido para amigo mío.

El Marqués.—Y es lo que sucederá, cuando sólo el velo de la oscuridad podría hacerlo digno de ese nombre.

El Rey.—¿Qué me traéis?

El Marqués. — Al atravesar yo la antecámara, oí un rumor terrible, al cual no quise dar crédito... Un vivo altercado... Sangre... la Reina.

El Rey.—¿Venís de allí?

El Marqués.—Deploraría en el alma que ese rumor fuese fundado, que VV. MM. hubiesen tenido algún disgusto... Descubrimientos importantes, que he hecho, cambian por completo la faz de las cosas.

El Rey.—¡Oigamos!

El Marqués.—He tenido ocasión de sustraer la cartera del Príncipe con algunos papeles, los cuales, según creo, podrán dar alguna luz... (Da al Rey la cartera de Carlos.)

El Rey. (Que los examina con curiosidad.)—Un escrito del Emperador, mi padre... ¿Cómo? No me acuerdo de haber oído hablar nunca de él. (Lo lee, lo pone aparte, y continúa con los demás papeles.) Plan de una fortificación... Pesamientos escogidos de Tácito... ¿y qué más es esto?... ¡Paréceme que conozco esta letra! Es de una dama. (Lee atentamente, primero en voz alta y luego en voz baja.) «Esta llave... la del pa»bellón de la Reina, y su último gabinete...» ¡Ah! ¿Qué es esto? «Aquí habrá libertad para el amor... Votos cum»plidos... Grata recompensa...» ¡Traición infernal! ¡Ahora conozco la letra! ¡Ella es!

El Marqués.—¿De la Reina? Imposible...

El Rey.—De la Princesa de Éboli...

El Marqués.—Entonces era verdad lo que me confesó no ha mucho el paje Henares, portador de la carta y de la llave.

El Rey. (Cogiendo la mano del Marqués, muy conmovido.)—Me veo, Marqués, en una situación terrible. Esta mujer... quiero confesarlo... Marqués, esta mujer ha abierto con violencia la cajita de joyas de la Reina. Suyo fué el primer aviso... ¿Quién dirá cuánto sabe el monje sobre el asunto?... ¡He sido engañado por una trama infame!

El Marqués.—Entonces sería feliz casualidad...

El Rey.—¡Marqués, Marqués! Comienzo á temer que he ido más allá de lo debido con la Reina...

El Marqués.—Si entre la Reina y el Príncipe ha habido

algo secreto, era seguramente de muy diversa... de muy diversa índole de lo que se les imputa. Tengo noticia de que el deseo del Príncipe de ir á Flandes surgió antes en la mente de la Reina.

El Rey.—Siempre lo he creído.

El Marqués.—La Reina tiene ambición... ¿Diré más?... Con sentimiento ve que ha sido defraudada en sus esperanzas orgullosas, y excluída de toda participación en el gobierno. La fogosa juventud del Príncipe se ha ofrecido á sus grandes proyectos... su corazón... Dudo que ella pueda amar.

El Rey.—Sus planes políticos no me hacen temblar.

El Marqués.—¿Si es amada?... ¿Si nada peor se puede temer del Infante? Esta cuestión, á mi juicio, es digna de examen. Aquí, creo yo, es preciso ejercer una atenta vigilancia.

El Rey.—Si me respondéis de él...

El Marqués.—Si V. M. me conceptúa capaz de desempeñar ese cargo, le ruego que incondicionalmente y por entero lo deje á mi cuidado.

El Rey.—¡Así será!

El Marqués.—Por lo menos, que ningún auxiliar, sea el que fuere, venga después á interrumpirme en mi tarea....

El Rey.—Ninguno. Os lo prometo. Sois mi buen ángel. ¡Cuanto os agradezco esta indicación! (Al Conde de Lerma, que ha entrado mientras tanto.) ¿Cómo habéis dejado á la Reina?

El Conde.—Muy fatigada todavía de su desmayo. (Mira con desconfianza al Marqués, y se va.)

El Marqués. (Al Rey, después de una pausa.)—Una precaución estimo necesaria. Es posible que lo digan al Príncipe. Tiene muchos buenos amigos... quizás relaciones con los rebeldes de Gante. El miedo es consejero ordinario de resoluciones extremas. Mi parecer es, por tanto, preve-

nir esta eventualidad probable con un remedio rápido.

El Rey.—Tenéis razón sobrada. Pero cómo...

El Marqués.—Un mandamiento secreto de prisión que ponga V. M. en mis manos, para utilizarlo en el momento del peligro... y... (El Rey se detiene, como reflexionando.) Y sería desde luego un secreto de estado, hasta que...

El Rey. (Dirigiéndose á su escritorio, y escribiendo la orden de arresto.)—El Imperio está en peligro... Lo inminente del riesgo exige medidas extraordinarias... He aquí, Marqués... Excuso recomendaros los miramientos debidos...

El Marqués. (Tomándo la orden escrita.)—Sólo para un caso extremo, señor.

El Rey. (Poniéndole su mano en el hombro.)—¡Andad, andad, querido Marqués!... Proporcionad descanso á mi espíritu, y sueño á mi cuerpo. (Vanse ambos en opuestas direcciones.)

ESCENA XIII.

Galería.

CARLOS, que llega muy agitado, y EL CONDE DE LERMA, que sale á su encuentro.

Carlos.—Os busco ahora mismo.

El Conde.—Y yo á V. A.

Carlos.—¿Es verdad? ¡Por Dios! ¿Es verdad...

El Conde.—¿Qué?

Carlos.—...que ha esgrimido su puñal contra ella? ¿Que ha salido llena de sangre de su aposento? Respondedme ¡por todos los santos! ¿Qué he de creer? ¿Qué hay de verdad en esto?

El Conde. — Que se desmayó, y se hirió al caer. Nada más hay.

Carlos.—¿No hay peligro ninguno para ella? ¿No lo hay? Por vuestro honor, ¿no corre peligro?

El Conde.—La Reina, no... pero V. A. está gravemente amenazado.

Carlos.—¿Está mi madre en salvo? Entonces, ¡gracias sean dadas á Dios! Había llegado á mis oídos un rumor horrible; decíase que el Rey se había encolerizado con su esposa y su hija por haberse descubierto un secreto.

El Conde.—Pudiera ser cierta la última parte...

Carlos. —¿Cierta? ¿Qué decís?

El Conde.—Hoy, oh Príncipe, reitero á V. A. un aviso, que antes despreciasteis. Aprovechad mejor el segundo.

Carlos.—¿Cómo?

El Conde.—Si yo no me equivoco, hace pocos días ví en las manos de V. A. una cartera de terciopelo azul, bordada de oro...

Carlos. (Algo sorprendido.) — Sí, la mía es semejante á esa... Bueno, ¿y qué?

El Conde.—En la tapa, según creo, tiene un retrato con un cerco de perlas...

Carlos.—Justamente.

El Conde.—Al entrar yo inesperadamente hace poco en la habitación de S. M. el Rey, he creído ver en sus manos esa misma cartera, y al Marqués de Posa á su lado.

Carlos. (Después de un momento de ansiedad, sorprendido.)—Eso no es verdad.

El Conde. (Ofendido.)—O lo que es lo mismo, que yo miento.

Carlos. (Mirándolo con fijeza.)—¡Sí, mentís!

El Conde.—¡Ah! Yo perdono á V. A.

Carlos. (Que se pasea muy inquieto, y al fin se para frente al Conde.) ¿Qué mal te ha hecho? Nuestra unión inocente ¿qué

es para que tú, con actividad infernal, trabajes sin descanso en desbaratarla?

El Conde.—Respeto, oh Príncipe, el dolor que os hace injusto.

Carlos.— ¡Dios mío, Dios mío! ¡Líbrame de esta sospecha!

El Conde.—Recuerdo también ahora las palabras que pronunciaba el Rey al entrar yo: «¡Cuánto os agradezco la noticia que me traéis!»

Carlos.—¡Callad, callad!

El Conde. — El Duque de Alba ha perdido el favor de S. M....; se ha despojado del sello real al Príncipe Ruy-Gómez, y se encomienda al Marqués...

Carlos. (Absorbido en sus cavilaciones.)—¿Y nada me dijo? ¿Por qué no me lo declaró?

El Conde.—Toda la Corte lo mira ya como á ministro todopoderoso; como á favorito absoluto...

Carlos.—Me ha amado, me ha amado mucho. Me quería como á las niñas de sus ojos. Bien lo sé... me lo ha demostrado con pruebas innumerables. Sin embargo, ¿no han de serle más caros que uno solo millones de hombres y su patria? Su corazón es demasiado grande para un amigo único, y la dicha de Carlos harto insignificante para su amistad. Me ha sacrificado en aras de su virtud. ¿Me es lícito censurarlo?... ¡Sí, es cierto! ¡Ahora es cierto! Ahora ya lo he perdido. (Se va aparte, y se cubre el rostro.)

El Conde. (Después de una pausa.)—Príncipe bondadoso, ¿qué puedo hacer en obsequió de V. A?

Carlos. (Sin mirarlo.) — Presentaros al Rey, y hacerme también traición. Nada tengo que dar.

El Conde.—¿Os proponéis esperar lo que ha de suceder?

Carlos.—(Que se apoya en la barandilla y mira fijamente al suelo.) —¡Lo he perdido! ¡Oh! ¡Ahora sé que me ha abandonado para siempre!

El Conde. (Que se acerca á él con visible interés.) —¿Y no pensáis en salvaros?

Carlos.—¿En salvarme? ¡Excelente hombre!

El Conde.—¿Y no hay nadie... nadie por quien no debáis temblar tampoco?

Carlos. (Con exaltación.) — ¡Dios mio! ¿Por qué me la recordáis?... ¡Mi madre! ¡La carta que yo le entregué!... Y no quería dejársela, y al cabo se la dí. (Se pasea muy conmovido, retorciéndose las manos.) ¿Por qué ha de ser tratada así por él? ¡A ella debiera haberla eximido de este peligro! ¿No es verdad, Conde de Lerma? (De repente, con resolución.) Menester es que yo la vea... y advertirla, y prepararla... ¡Conde, querido Conde! ¿De quién me valgo? No hay nadie que lo haga. ¡Loado sea Dios! Ni un amigo... ¡y no hay tiempo que perder! (Vase.)

El Conde. (Que lo sigue y lo llama.)— Príncipe, ¿adónde vais? (Vase.)

ESCENA XIV.

LA REINA, EL DUQUE DE ALBA y EL PADRE DOMINGO.

El Duque.—Si nos es permitido, oh gran Reina...

La Reina.—¿En qué puedo serviros?

El Padre Domingo.—Nuestro honrado afecto á la augusta persona de V. M. no nos consiente callar un hecho que amenaza á vuestra seguridad.

El Duque. — Nuestro objeto, al apresurarnos de este modo, es desbaratar con un aviso oportuno una trama urdida contra V. M.

El Padre Domingo.—Y ofrecer á los pies de V. M... nuestro celo y nuestros servicios.

La Reina. (Mirándolos sorprendida.) — Ambos me dejáis atónita, oh padre reverendo y noble Duque. No esperaba, en verdad, tanta abnegación por parte del Padre Domingo y del Duque de Alba. Sé cómo debo apreciarla... Habláis de una trama que me amenaza. ¿Puedo averiguar quién...?

El Duque.—Suplicamos á V. M. que se guarde de cierto Marqués de Posa, encargado de los negocios reservados de S. M. el Rey.

La Reina.—Veo con placer que el Rey ha hecho tan buena elección. Ha tiempo que oigo hablar del Marqués como de hombre recto y de gran capacidad intelectual. Nunca el favor del Monarca fué tan merecido.

El Padre Domingo.—¿Tan merecido? Mejor nos consta á nosotros.

El Duque —Mucho tiempo hace ya que se sabe perfectamente en lo que se ocupa ese personaje.

La Reina.—¿Cómo? ¿Qué podrá ser? Excitáis en sumo grado mi curiosidad.

El Padre Domingo.—¿Ha ya muchos días que V. M. no examina su secreter?...

La Reina.—¿Qué decís?

El Padre Domingo.—... y que no echa V. M. de menos ningún objeto precioso?

La Reina.—¿Qué oigo? ¿Sabe ya toda la Corte que me falta algo? ¿Pero el Marqués de Posa?... ¿Qué relación tiene con esto el Marqués de Posa?

El Duque.—Muy estrecha, señora... porque faltan también al Príncipe papeles importantes, que se han visto esta mañana en manos del Rey... cuando ese caballero estuvo en audiencia secreta con S. M.

La Reina. (Después de reflexionar un momento.)—Es singular ¡vive Dios! singular hasta el extremo... Encuentro aquí un enemigo, en el cual ni soñar pudiera, y en cambio dos amigos, que jamás pensé que lo fueran... Porque con toda

sinceridad (Mirándolos con intención.) debo confesar que ya estába yo inclinada á perdonaros el flaco servicio... que me habéis hecho con S. M. el Rey.

El Duque.—¿Nosotros?

La Reina.—¡Vosotros!

El Padre Domingo.—¿Nosotros, Duque de Alba?

La Reina. (Mirándolos siempre lo mismo.)—¡Cuánto me place haber advertido á tiempo mi ligereza!... Porque casi había resuelto rogar hoy á S. M. que hiciese comparecer á mi presencia á mis acusadores. Ahora, tanto mejor. Así puedo apelar al testimonio del Duque de Alba.

El Duque.—¿A mi testimonio? ¿Lo dice V. M. formalmente?

La Reina.—Por qué no?

El Padre Domingo.—Renunciar así á todos los leales servicios que pudiéramos prestar en secreto...

La Reina.—¿En secreto? (Con orgullo y solemnidad.) Quisiera yo saber cuáles son los secretos, ocultos á su esposo, que comparte con vos, oh Duque de Alba, ó con vos, reverendo Padre, la esposa de vuestro Rey... ¿Soy inocente ó culpable?

El Padre Domingo.—¿Qué pregunta?

El Duque.—¿Y si el Rey no fuera justo? ¿Y si, por lo menos, no lo fuese ahora?

La Reina.—Entonces debo tener paciencia hasta que lo sea... ¡Dichoso quien sólo ha de ganar, cuando llegue ese momento! (Los saluda y se va, y ellos desaparecen por otro lado.)

ESCENA XV.

Habitación de la Princesa de Éboli.

LA PRINCESA, y poco después CARLOS.

LA PRINCESA.—¿Es cierta, pues, esa nueva extraña, que preocupa ya á toda la Corte?

CARLOS. (Al entrar.)—¡No os asustéis, Princesa! Seré inofensivo como un niño.]

LA PRINCESA.—¡Príncipe!... Esta sorpresa...

CARLOS.—¿Os consideráis ultrajada todavía?

LA PRINCESA.—¡Príncipe!

CARLOS. (Instándole.)—¿Estáis resentida? Decídmelo, os lo ruego.

LA PRINCESA.—¿Qué pretendéis? Parece que olvidáis, oh Príncipe... ¿Qué os proponéis ahora?

CARLOS. (Estrechando su mano con ardor.)—¿Será eterno tu odio, joven?... ¿Jamás perdonará el amor ofendido?

LA PRINCESA. (Queriendo retirar su mano.)—¿Qué me recordáis, Príncipe?

CARLOS.—Tu bondad y mi ingratitud... ¡Ah! Bien lo sé. Te he injuriado gravemente, he desgarrado tu corazón, he hecho llorar á tus ojos divinos... ¡Ay de mí! Y no vengo ahora á expresar mi arrepentimiento.

LA PRINCESA.—Dejadme, Príncipe... yo...

CARLOS.—He venido, porque eres para mí una doncella cándida, porque conozco la bondad y la sencillez de tu alma. Mira; no tengo ya otro amigo en este mundo que tú. Fuiste un tiempo tan buena para mí... Tú no odiarás eternamente, ni serás implacable.

La Princesa. (Volviendo el rostro.)—¡Oh, callad! ¡Nada más, por Dios, oh Príncipe!

Carlos.—Déjame recordarte esos días felices... los de tu amor á mí, los de tu amor, á los cuales correspondí tan indignamente. Deja que haga yo valer ahora lo que he sido para tí, lo que me habían dado tus sueños de amor... Sólo una vez no más... sólo una vez mírame ante tu alma como yo era entonces para tí, y sacrifica á ese fantasma lo que ya nunca podré sacrificar á mí mismo.

La Princesa.—¡Oh Carlos! ¡Cuán cruelmente os burláis de mí!

Carlos.—¡Sé más grande que todo tu sexo; olvida las ofensas! Haz lo que ninguna otra mujer ha hecho... lo que ninguna otra hará jamás. ¿Te pido algo extraordinario? Deja que yo... ¡de rodillas te lo suplico!... haz que yo pueda hablar sólo dos palabras á mi madre. (Arrojándose á sus pies.)

ESCENA XVI.

Los mismos y EL MARQUÉS DE POSA, que entra de repente, acompañado de dos oficiales de Guardias de Corps.

El Marqués. (Sin aliento, interponiéndose entre ambos.)—¿Qué ha confesado? No lo creáis.

Carlos. (De rodillas todavía, y alzando la voz.)—Por lo más sagrado del mundo...

El Marqués. (Interrumpiéndolo con violencia.)—Delira. No deis crédito á un insensato.

Carlos. (En voz más alta, y con un tono más suplicante.)—Es asunto de vida ó muerte. Llevadme á verla.

El Marqués. (Separándolo á la fuerza de la Princesa.)—¡Mori-

réis por mi mano, si lo escucháis! (A uno de los oficiales.) ¡Conde de Córdoba, en nombre del Rey!... (Mostrando la orden de arresto.) El Príncipe es prisionero vuestro. (Carlos se queda inmóvil, como herido del rayo. La Princesa da un grito de horror é intenta huir; los oficiales parecen sorprendidos. Larga y profunda pausa. El Marqués tiembla sin poderse dominar; al Príncipe.) ¡Vuestra espada!... ¡Princesa de Éboli, quedaos aquí! (Al oficial.) Me responderéis con vuestra cabeza de que el Príncipe no hable á nadie... ni á vos mismo. (Dice algo al oficial en voz baja, y después se vuelve á los demás.) Voy en persona á arrojarme á los pies del Rey, y á darle cuenta... (A Carlos.) y también á V. A... Esperadme, oh Príncipe, dentro de una hora. (Carlos se deja llevar maquinalmente. Sólo al pasar mira al Marqués con ojos apagados y lánguidos; el Marqués se oculta el rostro. La Princesa intenta huir de nuevo, pero el Marqués la sujeta por el brazo.)

ESCENA XVII.

LA PRINCESA DE ÉBOLI Y EL MARQUÉS DE POSA.

La Princesa.—¡Por todos los santos del cielo! ¡Dejadme que me vaya!

El Marqués. (Con aire solemne y terrible.)—¿Qué te ha dicho, desdichada?...

La Princesa.—Nada... dejadme... nada.

El Marqués. (Deteniéndola á la fuerza.)—¿Qué has sabido? No hay ahora medio de escapar. A nadie en el mundo lo contarás.

La Princesa. (Mirándolo horrorizada.)—¡Gran Dios! ¿Qué pensáis hacer conmigo? No me querréis matar.

El Marqués. (Sacando un puñal.)—En efecto, es en lo que más pienso. ¡Acaba!

La Princesa.—¿A mí? ¿A mí? ¡Misericordia divina! ¿Qué delito he cometido?

El Marqués. (Mirando al cielo, y poniendo en su pecho el puñal.)—¡Todavía es tiempo! El veneno no ha brotado aún de esos labios. Rompo el vaso, y todo se queda como antes... ¡El destino de España y la vida de una mujer! (Permanece en esta actitud, como si dudara.)

La Princesa. (Cayendo á sus pies, y mirándolo fijamente.)—¡Sea, pues! ¿Por qué vaciláis? No pido perdón... ¡No! Merezco y quiero morir.

El Marqués. (Dejando caer la mano poco á poco, después de reflexionar un momento.)—Esto sería tan cobarde como bárbaro... ¡No, no! ¡Loado sea Dios! Hay otro medio. (Deja caer el puñal, y se va corriendo; la Princesa sale huyendo por otra puerta.)

ESCENA XVIII.

Un aposento de la Reina.

LA REINA y LA CONDESA DE FUENTES.

La Reina (A la Condesa de Fuentes.)—¡Qué tumulto en el Palacio! Todo ruido, oh Condesa, me asusta hoy. Andad, pues, á informaros, y decidme qué significa esto. (Al salir la Condesa, entra precipitadamente la Princesa de Éboli.)

ESCENA XIX.

LA REINA Y LA PRINCESA DE ÉBOLI.

LA PRINCESA DE ÉBOLI. (Cayendo á los pies de la Reina, pálida, sin poder respirar, y desfigurada.)—¡Socorro, señora! ¡Está preso!

LA REINA.—¿Quién?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—El Marqués de Posa lo ha preso de orden del Rey.

LA REINA—Pero ¿á quién? ¿á quién?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Al Príncipe.

LA REINA —¿Estás loca?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Ahora mismo se lo han llevado.

LA REINA—¿Y quién lo ha preso?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—El Marqués de Posa.

LA REINA.—Entonces ¡loado sea Dios! es el Marqués de Posa quien lo ha preso.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¿Y lo decís, señora, tan tranquila? ¿con tanta frialdad? ¡Oh Dios! No adivináis... No sabéis...

LA REINA.—¿Por qué lo han preso?... Presumo que por una falta, muy de acuerdo con el carácter impetuoso del Príncipe.

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡No, no!... Yo lo sé mejor... No... ¡Oh señora!... ¡Acción odiosa é infernal!... ¡No hay salvación para él!... ¡Morirá!

LA REINA.—¿Que morirá?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Y yo soy la causa de su muerte.

LA REINA.—¿Que morirá? Insensata, ¿en qué piensas?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Y el motivo... el motivo de su

muerte... ¡Oh! Si yo lo hubiese sabido... ¿cómo hubiesen llegado las cosas á ese extremo?

LA REINA. (Estrechando su mano con bondad.)—¡Princesa! Aun no sabéis lo que decís. Reanimaos y serenaos antes, para que, con más calma, me contéis esos detalles, que llenan de horror mi pecho. ¿Qué sabéis? ¿Qué ha sucedido?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡Oh! No tengáis conmigo ese abandono sublime, esa bondad. Las llamas del infierno abrasan ya mi conciencia. Yo no soy digna de manchar vuestra gloria con mis miradas profanas. Aplastad á la miserable, que se arrastra á vuestros pies, destrozada por el remordimiento, por la vergüenza y por su propio desprecio.

LA REINA.—¡Infeliz! ¿Qué tenéis que confesarme?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡Angel de la luz! ¡Alma pura! No conocéis, no imagináis siquiera que yo sea el espíritu infernal, á quien sonreís tan benévola... ¡Aprended hoy á conocerlo! Yo... yo he sido el ladrón que os ha robado...

LA REINA.—¿Vos?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Y que entregó al Rey aquella carta.

LA REINA.—¿Vos?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Que he osado acusaros...

LA REINA.—Vos... vos podíais...

LA PRINCESA DE ÉBOLI.— Vergüenza... amor... locura... Os aborrecía y amaba al Infante...

LA REINA.—Y porque lo amabais...

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Porque se lo confesé, y no fuí correspondida.

LA REINA. (Después de una pausa.)—¡Oh! ¡Ahora lo entiendo todo!... ¡Levantaos!... Lo amabais... ya he perdonado... todo se olvidó... ¡Levantaos! (Le da la mano.)

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—¡No, no! ¡Queda todavía una confesión horrible! No antes, gran Reina, que...

La Reina. (Con atención.)—¿Qué más viene? ¡Hablad!...

La Princesa de Éboli.—El Rey... una seducción... ¡Oh! ¡apartáis los ojos...! leo la reprobación en vuestras facciones... el crimen, de que yo os acusaba... lo he cometido yo misma. (Aprieta contra el suelo su rostro inflamado. La Reina se va. Silencio duradero. La Duquesa de Olivares sale del gabinete, en donde ha entrado la Reina, después de algunos minutos, y encuentra á la Princesa en la misma postura. Aproxímase á ella callada; al ruido de sus pascs levanta la cabeza, se pone en pie y parece que pierde la razón, no viendo á la Reina.)

ESCENA XX.

LA PRINCESA DE ÉBOLI y LA DUQUESA DE OLIVARES.

La Princesa de Éboli.—¡Me ha abandonado, Dios mío! ¡Todo se acabó!

La Duquesa de Olivares. (Acercándose á ella.) — ¡Princesa de Éboli!...

La Princesa de Éboli.—Ya sé á lo que venís, Duquesa. La Reina os envía para que me anunciéis mi sentencia... ¡Pronto!

La Duquesa de Olivares.—Su Majestad me ha ordenado que me entreguéis vuestra llave y vuestra cruz...

La Princesa de Éboli. (Quitándose del pecho una cruz de oro, y entregándola á la Duquesa.)—¿Me será permitido besar una sola vez la mano de la mejor de las Reinas?

La Duquesa de Olivares.—Os dirán en el convento de Santa María lo que se resuelva acerca de vuestra suerte.

La Princesa de Éboli. (Llorando.)—¿No veré más á la Reina?

La Duquesa de Olivares. (Que la abraza, apartando su rostro.)—¡Que seáis feliz! (Vase apresuradamente. La Princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra al pasar la Duquesa. Quédase algunos minutos muda é inmóvil, arrodillada delante de la puerta; despues se levanta y desaparece rápidamente, velado el rostro.)

ESCENA XXI.

LA REINA y EL MARQUÉS DE POSA.

La Reina.—¿Al fin, Marqués? ¡Fortuna que llegáis!

El Marqués. (Pálido, con las facciones descompuestas, su voz trémula, y profundamente conmovido durante toda esta escena.)—¿Está sola V. M.? ¿Nadie podrá escucharnos desde la habitación inmediata?

La Reina.—Nadie... ¿Por qué? ¿A qué venís? (Mirándolo más atentamente y retrocediendo asustada.)—¿Y cómo tan demudado? ¿Qué significa esto? Me hacéis temblar, Marqués... vuestro rostro parece el de un difunto.

El Marqués.—Probablemente sabéis ya...

La Reina.—Que Carlos ha sido preso... y por vos, según se añade... ¿Es, pues, verdad? A nadie quería dar crédito sino á vos.

El Marqués.—¡Es verdad!

La Reina.—¿Por vos?

El Marqués.—¡Por mí!

La Reina. (Contemplándolo con aire de duda.) — Respeto vuestra conducta, aunque no la comprendo... Esta vez, sin embargo, perdonaréis á la ansiedad de la mujer... Temo que vuestro juego sea expuesto.

El Marqués.—Ahora he perdido.

La Reina.—¡Dios del cielo!

El Marqués.—Estad tranquila por completo, señora. De él se ha cuidado; pero yo me he perdido.

La Reina.—¿Qué será lo que voy á saber, Dios mío?

El Marqués.—¿Quién, quién me ordenaba arriesgarlo todo á una sola jugada? ¿Quién aventurarlo todo? ¿Quién jugar con el cielo tan temeraria, tan confiadamente? ¿Quién es el hombre que osa dirigir el difícil timón del azar, á no saberlo todo? ¡Oh! ¡Es justo!... Pero ¿por qué hablar ahora de mí? El momento es precioso, como la vida de un hombre. ¿Quién sabe si la mano avara del Juez Supremo no cuenta en este instante los últimos momentos de mi existencia?

La Reina.—¿La mano del Juez?... ¡Qué tono tan solemne! Aunque no comprendo lo que esas frases significan, sin embargo, no me horrorizan menos.

El Marqués.—¡Él está en salvo! El precio ¿qué importa? No obstante, sólo por hoy. Pocos minutos le quedan. Que sepa aprovecharlos. Ha de abandonar á Madrid esta misma noche.

La Reina.—¿Esta misma noche?

El Marqués.—Todo está preparado para ello. Los caballos de posta le aguardan en el mismo claustro de Cartujos, en donde largo tiempo ha encontrado un asilo nuestra amistad. Aquí, en letras de cambio, existe cuanto me ha dado la fortuna en este mundo. Añadid algo á ello, si algo falta. A la verdad, todavía quedan en mi corazón ciertas cosas para mi amigo Carlos, ciertas cosas que debiera saber; pero no dispondré de tiempo bastante para dárselas á conocer personalmente. V. M. le hablará esta noche, y he aquí el objeto de mi visita...

La Reina.—Por mi propia tranquilidad, oh Marqués, explicáos con más claridad... no con enigmas tan temerosos... ¿Qué ha sucedido?

El Marqués.—Todavía he de hacer una confesión importante, y depositarla en V. M. He gozado un placer, permitido á pocos hombres; he sido el amigo del hijo de un Rey... Mi amistad, consagrada á uno solo, abrazaba al mundo entero... En el alma de mi amigo Carlos creaba yo un paraíso para millones de hombres... ¡Oh! ¡Dorados eran mis sueños!... Pero ha dispuesto la Providencia arrebatarme antes de tiempo de mis paisajes encantados. Pronto habrá perdido á su Rodrigo, y al amigo sustituirá otro objeto amado. Aquí, aquí... aquí... en esta ara sacrosanta, en el corazón de su Reina, deposito yo mi último y más rico legado, y aquí encontrará cuando yo no exista... (Se vuelve, y las lágrimas ahogan su voz.)

La Reina.—Ese es el lenguaje de un moribundo. Espero todavía que sea sólo efecto de vuestra pasión del momento... Si no, ¿qué significan esas palabras?

El Marqués. (Que intenta serenarse, y prosigue con más firmeza.)—Decid al Príncipe que recuerde el juramento heho por nosotros sobre la hostia consagrada, en nuestros tiempos de entusiasmo. Yo he sido fiel al mismo, he sido fiel hasta la muerte... ahora le toca serlo también como yo.

La Reina.—¿Hasta la muerte?

El Marqués.—¡Que lo cumpla!... ¡Oh! ¡Decídselo así! Ese sueño es una verdad; ese sueño atrevido de un estado nuevo, esa creación divina de la amistad. Que ponga la primera mano en esta piedra tosca; que la lleve á cabo, ó perezca en la demanda ¡es lo mismo! que ponga en ella su mano. Los siglos pasarán, y la Providencia reproducirá otro hijo de Rey como él, y lo sentará sobre el trono, é inspirará iguales deseos en un nuevo favorito. Decidle que, cuando sea hombre, acaricie también los sueños de su juventud, y que no abra el cáliz de esa flor divina al gusano roedor de la razón, tan alabada... y que no se deje extraviar, cuando la supuesta sabiduría, hija del polvo, ca-

lumnie á la inspiración, hija del cielo. Antes se lo he dicho...

La Reina.—¿Cómo, Marqués? ¿Con qué objeto?...

El Marqués.—Y añadidle que yo deposito en su corazón el germen de la felicidad humana; que, moribundo, lo exijo de él... ¡lo exijo! y con sobrados títulos para hacerlo. Hubiera dependido de mí el traer nuevos días á este Imperio. El Rey me confiaba su corazón. Llamábame su hijo... Yo estoy encargado de su sello, y su Duque de Alba no existe ya para él. (Se detiene, y mira á la Reina en silencio algunos instantes.) ¿Llora V. M.? ¡Conozco lo que significan esas lágrimas, alma noble! La alegría las hace correr. Sin embargo, ya eso pasó... ya pasó. O Carlos, ó yo. La elección había de ser rápida y terrible. Uno de los dos había de sucumbir, y yo he preferido ser ese uno... lo he acordado así... y no me pregunteis más.

La Reina.—Ahora, ahora al fin comienzo á comprenderos... Desdichado, ¿qué habéis hecho?

El Marqués.—He dado dos horas escasas de la noche por ganar un día sereno del estío. Abandono al Rey. ¿En qué puedo servirlo?... Ninguna rosa florece para mí en esta tierra helada. Los destinos de Europa prosperan en el pecho de mi noble amigo. Le lego España... Que hasta entonces destile sangre bajo el cetro de Felipe... Pero ¡ay de él y ay de mí, si yo debiera arrepentirme, si yo hubiera elegido lo peor!... ¡No, no! yo conozco á mi amigo Carlos... esto nunca sucederá... y V. M., oh Reina mía, sois mi fiadora. (Después de una pausa.) Yo he sido testigo, sí; yo he sido testigo de ese amor, de esa pasión desdichada, que ha echado raíces en su corazón. Entonces podía yo combatirla. Yo fomenté ese amor, no funesto entonces, á mi juicio. El mundo puede pensar de otra manera. No me arrepiento. Mi conciencia no me acusa. Ví la vida en donde el mundo veía la muerte... en esa llama sin esperanza sor-

prendí desde el principio el rayo brillante de lo porvenir. Yo quería llevarlo á la perfección, sublimarlo hasta el goce de lo bello y de lo grande; la humanidad me rehusaba una imagen, la lengua palabras... impulsélo hacia este lado... y todo mi afán era hacerle comprender su amor.

La Reina.—Vuestro amigo, oh Marqués, os llenaba tanto, que por él me olvidáis. ¿Creíais, en verdad, que me veía tan al abrigo de las debilidades de mi sexo, que intentabais convertirme en ángel de su guarda, y dar armas á su virtud? No reflexionabais, sin duda, lo arriesgado que es para nuestro corazón ennoblecer un afecto, atribuyéndole nombre tan ilustre.

El Marqués.—Para todas las mujeres, excepto para una. Sólo para una, yo lo juro. ¿Os avergonzaríais acaso de sentir el deseo generoso de inspirar virtudes heroicas? ¿Qué importa al Rey D. Felipe que su Transfiguración en el Escorial inflame con magnánimo entusiasmo al pintor que la contempla? La suave armonía, que duerme en las cuerdas de la lira, ¿pertenece á quien la ha comprado y la conserva, siendo sordo? Ha adquirido el derecho de hacerla pedazos, no el arte de evocar de ella sonidos argentinos, y acompañar al deleitoso canto. La verdad existe para el sabio, y la belleza para el corazón capaz de percibirla. Ambas son hermanas, y viven una para otra. Ninguna preocupación cobarde desvanecerá mi fe en esta materia. Prometedme amarlo eternamente, no dejaros arrastrar á una abnegación pueril por miedo á los hombres, por un falso heroísmo; amarlo siempre invariablemente. ¿Me lo prometéis?... ¿Me lo prometéis, señora, dándome vuestra mano?

La Reina.—Os prometo que mi corazón será siempre solo y perpetuo juez de mi amor.

El Marqués. (Retirando su mano. — Ahora muero ya

tranquilo... mi tarea ha terminado. (Saluda á la Reina y hace ademán de irse.)

LA REINA. (Que lo sigue en silencio con los ojos.)— Os vais, Marqués, sin decirme... si nosotros... nos volveremos á ver... pronto.

EL MARQUÉS. (Que se vuelve sin mirarla.)— ¡Ciertamente! Nos veremos otra vez.

LA REINA.—Os entiendo... Os entiendo bien... ¿Por qué habéis obrado así conmigo?

EL MARQUÉS.—¡O él, ó yo!

LA REINA.—¡No, no! Os habéis decidido precipitadamente á esa acción, que llamáis sublime. No lo neguéis. Os conozco; largo tiempo hace era vuestro único deseo... Que corazones á millares se desgarren ¿qué os importa, si queda satisfecho vuestro orgullo?... ¡Oh! Ahora, ahora es cuando aprendo á conoceros... ¡Vuestro afán era ser admirado!

EL MARQUÉS. (Sorprendido y aparte.) No; no esperaba oir estas palabras...

LA REINA. (Después de una pausa.) —¿No hay medio alguno de salvación?

EL MARQUÉS.—Ninguno.

LA REINA.—¿Ninguno? Reflexionadlo bien. ¿Ninguno es posible? ¿Ni aun por mi parte?

EL MARQUÉS.—Ni por intervención de V. M.

LA REINA.—Sólo á medias me conocéis... Yo tengo valor.

EL MARQUÉS.—Lo sé.

LA REINA.—¿Y no hay esperanza de salvación?

EL MARQUÉS.—Ninguna.

LA REINA. (Que lo deja ocultándose el rostro.)—¡Andad con Dios! A ningún otro hombre estimaré.

EL MARQUÉS. (De rodillas ante ella muy conmovido.) — ¡Oh Reina! ¡Oh Dios! La vida, sin embargo, es algo bello. (Se levanta y se va apresuradamente, y la Reina entra en su gabinete.)

ESCENA XXII.

La antecámara del Rey.

EL DUQUE DE ALBA y EL PADRE DOMINGO van y vienen en silencio. EL CONDE DE LERMA sale del gabinete del REY, y en seguida entra DON RAIMUNDO DE TAXIS.

El Conde.—¿No se ha visto aún al Marqués?

El Duque.—Todavía no. (El Conde hace ademán de irse.)

Don Raimundo. (Adelantándose.) —Anunciad mi llegada, Conde de Lerma.

El Conde.—El Rey no recibe á nadie.

Don Raimundo. —Decidle que necesito hablarle... Importa mucho á S. M. Daos prisa. No conviene perder un instante. (El Conde entra en el gabinete.)

El Duque. (Acercándose á D. Raimundo.)—Aprended á tener paciencia, querido Taxis. No hablareis al Rey...

Don Raimundo.—¿Que no? ¿Por qué?

El Duque—Hubierais debido antes pedir permiso al caballero de Posa, que tiene prisioneros al padre y al hijo.

Don Raimundo.—¿Posa? ¿Cómo? ¡El mismo! Es el mismo, de cuya mano he recibido esta carta...

El Duque.—¿Una carta? ¿Qué carta?

Don Raimundo.—Que debía yo remitir á Bruselas...

El Duque. (Con mucha atención.)—¿A Bruselas?

Don Raimundo.—Y que traigo al Rey...

El Duque.—¿A Bruselas? ¿Habeis oído, padre Capellán? ¿A Bruselas?

El Padre Domingo. (Aproximándose.)—Esto es muy sospechoso.

Don Raimundo.—¡Y con cuánto ahinco, con cuánta confusión me la ha recomendado!

El Padre Domingo.—¿Con ahinco, decís?

El Duque.—¿Para quién es el sobrescrito?

Don Raimundo. — Para los Príncipes de Nasau y de Orange.

El Duque.—¿Para Guillermo? Padre Capellán, una traición.

El Padre Domingo.—¿Y qué otra cosa puede ser?... Sí, hay que entregar al Rey esa carta. ¡Cuánto es vuestro mérito, digno caballero, en mostraros tan severo en el ejercicio de vuestro cargo!

Don Raimundo. — ¡Reverendo Padre! ¡Sólo cumplo mi deber!

El Conde. (Saliendo del gabinete, al superintendente de correos.) El Rey quiere hablaros. (Entra Don Raimundo en el gabinete.) ¿Aun no ha parecido el Marqués?

El Padre Domingo.—Por todas partes se le busca.

El Duque.—¡Cosa extraña y rara! El Príncipe prisionero de Estado, y el mismo Rey no sabe por qué.

El Padre Domingo. — ¿Todavía no ha venido á darle cuenta?

El Duque.—¿Cómo ha tomado el Rey la cosa?

El Conde.—No ha dicho una sola palabra. (Óyese ruido en el gabinete.)

El Duque.—¿Qué es eso? ¡Callaos!

Don Raimundo. (Desde el gabinete.) — ¡Conde de Lerma! (Entran ambos.)

El Duque. (Al Padre Domingo.) —¿Qué sucede?

El Padre Domingo.—Este acento de horror... esa carta detenida... nada bueno indican, Duque.

El Duque.—¡Manda llamar á Lerma! Y sin embargo, debe saber que vos y yo estamos en la antecámara.

El Padre Domingo.— ¿No soy yo acaso el mismo, ante

quien se abrían todas las puertas? ¡Qué mudanza tan radical en todo!... ¡qué vuelta tan...

EL PADRE DOMINGO. (Que se acerca de puntillas á la puerta, y se queda en acecho.) ¡Escuchemos!

EL DUQUE. (Después de una pausa.)—¡Reina mortal silencio! Se os oye respirar.

EL PADRE DOMINGO.—Los tapices dobles amortiguan el sonido.

EL DUQUE.—¡Fuera, que vienen!

EL PADRE DOMINGO. (Separándose de la puerta.) — Sufro una emoción solemne, inquieta, como si de este momento dependiera un acuerdo importantísimo de la suerte.

ESCENA XXIII.

LOS MISMOS Y EL PRÍNCIPE DE PARMA, EL DUQUE DE FERIA Y EL DE MEDINA-SIDONIA, con algunos otros Grandes.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Se puede hablar al Rey?

EL DUQUE DE ALBA.—No.

EL PRÍNCIPE DE PARMA—¿Que no? ¿Quién está con él?

EL DUQUE DE FERIA.—Sin duda el Marqués de Posa.

EL DUQUE DE ALBA.—Se le aguarda en este momento.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—Llegamos ahora mismo de Zaragoza. Todo Madrid está horrorizado... ¿Es verdad...?

EL PADRE DOMINGO.—Sí lo es, desgraciadamente.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Es positivo que lo ha preso el caballero de Malta?

EL DUQUE DE ALBA.—Lo es.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

EL DUQUE DE ALBA.—Todos ignoran la causa, excepto S. M. y el Marqués de Posa.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.—¿Sin convocar las Cortes del Reino?

EL DUQUE DE FERIA.—¡Ay del que ha tomado parte en este crimen de estado!

EL DUQUE DE ALBA.—¡Ay de él! Lo mismo digo yo.

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—Y yo también.

LOS DEMÁS GRANDES.—Y todos nosotros.

EL DUQUE DE ALBA.—¿Quién me sigue al gabinete?... Voy á echarme á los pies del Rey.

EL CONDE DE LERMA. (Saliendo del gabinete.)—¡Duque de Alba!

EL PADRE DOMINGO.—Al fin... ¡Alabado sea Dios! (El Duque de Alba entra apresuradamente.)

EL CONDE DE LERMA. (Sin aliento, muy agitado.)—Si viene el caballero de Malta, el Rey no está solo ahora, y lo llamará...

EL PADRE DOMINGO. (A Lerma, mientras los demás se reunen alrededor, llenos de la más viva curiosidad.)—Conde, ¿qué ha sucedido? Estáis pálido como un cadáver.

EL CONDE DE LERMA. (Haciendo ademán de irse.)—Es una trama infernal.

EL PRÍNCIPE DE PARMA Y EL DUQUE DE FERIA.—¿Qué, pues? ¿Qué hay?

EL DUQUE DE MEDINA-SIDONIA.—¿Qué hace el Rey?

EL PADRE DOMINGO.—¿Diabólico? ¿Qué, pues?

EL CONDE DE LERMA.—El Rey ha llorado.

EL PADRE DOMINGO.—¿Llorado?

TODOS. (Estupefactos.)—¿Que el Rey ha llorado? (Se oye llamar en el gabinete. El Conde de Lerma entra.)

EL PADRE DOMINGO. (Queriendo detenerle.)—Conde, una palabra... Perdonad... ¡Se fué! El horror nos tiene paralizados.

ESCENA XXIV.

LA PRINCESA DE ÉBOLI; FERIA, MEDINA-SIDONIA, EL PADRE DOMINGO y los demás Grandes.

La Princesa de Éboli. (Fuera de sí, con la mayor ansiedad.)—¿En dónde está el Rey? ¿En dónde? Necesito hablarle. (A Feria.) Llevadme á ver al Rey, Duque.

El Duque de Feria.—El Rey está ocupado en gravísimos negocios. Nadie puede verlo.

La Princesa de Éboli.—¿Ha firmado ya la terrible sentencia? Está engañado. Yo le probaré que se equivoca.

El Padre Domingo. (Que le hace desde lejos una señal expresiva.)—¡Princesa de Éboli!

La Princesa de Éboli. (Acercándose á él.)—¿Aquí vos también, reverendo Padre? ¡Bien! Necesito justamente de vuestra ayuda. ¡Me apoyaréis! (Coge su mano y quiere llevárselo al gabinete.)

El Padre Domingo. —¿Yo?... ¿Estáis en vuestro juicio, Princesa?

El Duque de Feria.—¡Quedaos! El Rey no os oirá ahora.

La Princesa de Éboli.—Es menester que me oiga. ¿Es cierto que debe oirme?... ¿No es verdad? Aunque fuese Dios diez veces.

El Padre Domingo.—¡Fuera, fuera! Todo lo arriesgáis. Quedaos aquí.

La Princesa de Éboli.—Tiembla, hombre, ante la cólera de tu ídolo. Yo nada tengo que perder. (En el momento de entrar en el gabinete, sale de él el Duque de Alba.)

El Duque de Alba. (Con los ojos brillantes y el aire triunfal.

Corre hacia el Padre Domingo y lo abraza.) Que canten un Te-Deum en todas las iglesias. La victoria es nuestra.

El Padre Domingo.—¿Nuestra?

El Duque de Alba. (Al Padre Domingo y á los demás Grandes.)—Entrad ahora á ver al Rey; ya os lo contaré todo.

ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Un aposento en el Palacio real, separado por una verja de hierro de un patio grande, en donde se pasean varios centinelas.

CARLOS sentado delante de una mesa con la cabeza apoyada en un brazo, como si durmiera. En el fondo hay algunos oficiales encerrados con él. El Marqués de Posa entra, sin ser visto por Carlos, y habla en voz baja con los oficiales, que se retiran en seguida. Él se acerca á Carlos y lo observa algunos instantes, en silencio y con tristeza. Al fin hace un movimiento, que lo obliga á volver en sí; se levanta, mira al Marqués, y se queda horrorizado. Después lo mira de nuevo fijamente, y se pasa la mano por los ojos, como si quisiera recordar alguna cosa.

El Marqués.—Yo soy, Carlos.

Carlos. (Que le da la mano.)—¿Vienes á buscarme todavía? Esto te honra.

El Marqués.—Creía que acaso pudieras necesitar á tu amigo.

Carlos.—¿Verdaderamente? En realidad, ¿opinas así? ¡Mira! Esto me regocija... me regocija más allá de toda ponderación. ¡Ay de mí! Bien sabía yo que tú serías siempre bueno para mí.

El Marqués.—He merecido que pensaras de este modo.

Carlos.—¿No es cierto? ¡Oh! Todavía nos comprendemos á maravilla. Esto me complace. Tales consideraciones, tanta afabilidad convienen á dos almas generosas, como la tuya y la mía. Aun en la hipótesis de que alguna de mis pretensiones haya sido censurable y temeraria, ¿has de negarme lo que fuere justo? La virtud puede ser severa, pero nunca cruel, nunca inhumana... ¡Mucho te ha costado! ¡Oh! Sí; me lo parece. Sé bien que tu corazón bondadoso habrá destilado sangre, cuando engalanabas á tu víctima para llevarla al altar.

El Marqués.—¡Carlos! ¿Qué piensas, pues?

Carlos.—Tú mismo terminarás ahora lo que debí y no pude... Tú darás á los españoles los días de gloria, que han esperado en vano de mí. De mí no hay ya que hablar, no... Tú mismo lo has visto... ¡Oh! Este amor desastroso ha secado sin remedio todas las flores precoces de mi espíritu. Yo he muerto para tus grandiosos proyectos. La Providencia ó la casualidad te han acercado al Rey... me ha arrebatado mi secreto, tuyo ahora... Tú puedes ser su ángel de la Guarda. Para mí no hay ya salvación... ni quizás para España... ¡Ah! Nada punible hay en esto; nada, nada, sino mi ciega insensatez, el obstáculo, que me ha impedido hasta ahora ver que... eres tan magnánimo como cariñoso.

El Marqués.—¡No! Yo no había previsto esto... no había previsto, que la generosidad de un amigo podía ser más ingeniosa que mis sabias previsiones. Mi edificio se derrumba... yo había olvidado tu corazón.

Carlos.—A la verdad, si hubieses podido ahorrarle esa pena... mira, te lo hubiera agradecido de un modo indecible. ¿No podía yo haberlo sufrido sólo? ¿Debía ser ella la segunda víctima?... Pero no hablemos de eso. No quiero molestarte con reconvención alguna. ¿Qué te importa la Reina? ¿La amas acaso? Tu austera virtud ¿se ocupará en

los cuidados insignificantes de mi amor? Perdóname... he sido injusto.

El Marqués.—Tú lo eres. Sin embargo... no por esa reconvención. Si yo mereciera una, las merecería todas... y entonces no estaría yo ahora en tu presencia. (Saca su cartera.) Aquí tienes algunas cartas, de las que me entregaste para que las guardara. ¡Tómalas!

Carlos. (Que mira alternativamente á las cartas y al Marqués.)—¿Cómo?

El Marqués.—Te las devuelvo, porque ahora estarán más seguras en tus manos que en las mías.

Carlos.—¿Qué significa esto? ¿No las ha leído el Rey? ¿No las ha visto?

El Marqués.—¿Estas cartas?

Carlos.—¿No se las enseñaste todas?

El Marqués.—¿Quién te ha dicho que yo le había enseñado una?

Carlos. (Muy sorprendido.) — ¿Es posible? El Conde de Lerma.

El Marqués.—¿Te lo ha dicho?... Sí; entonces todo está claro. ¿Quién podía prever esto?... ¿Lerma, pues...? No; ese hombre no ha mentido nunca. Es muy justo. Las demás cartas están, por tanto, en poder del Rey.

Carlos. (Contemplándolo en silencio, muy admirado.) — ¿Por qué, pues, estoy yo aquí?

El Marqués.—Por precaución; por si se te ocurre, por segunda vez, elegir por confidente tuyo á la Princesa de Éboli.

Carlos. (Como si despertara de un sueño.)—¡Ah! Ahora al fin; ahora veo... todo es evidente para mí.

El Marqués. (Encaminándose á la puerta.)—¿Quién viene?

ESCENA II.

Los mismos y EL DUQUE DE ALBA.

El Duque. (Que se acerca al Príncipe respetuosamente, volviendo la espalda al Marqués durante toda la escena.)—Príncipe, sois libre. Vengo á anunciároslo de parte del Rey. (Carlos mira atónito al Marqués; pausa.) Grande es mi alegría, oh Príncipe, en ser el primero, que...

Carlos. (Examinando á los dos estupefacto, después de un momento de silencio; al Duque.)—¿Se me ha preso, y se me pone en libertad sin saber yo la causa?

El Duque.—Por un engaño, Príncipe, si he de atenerme á lo que ha llegado á mi noticia... en cuya virtud el Rey ha dado este paso.

Carlos.—¿Pero estoy yo aquí por orden del Rey?

El Duque.—Ciertamente, por un error de S. M.

Carlos.—Lo deploro en verdad... Pero si el Rey se equivoca, en persona debe deshacer su error. (Mira al Marqués, y nota la expresión de su altivez respecto al Duque.) Se me llama aquí el hijo de D. Felipe. Las miradas de la calumnia y de la curiosidad están fijas en mí. Lo que hace S. M. cumpliendo con un deber, no he de considerarlo como efecto de su clemencia. Pronto estoy á presentarme ante el tribunal de las Cortes... yo no recibo mi espada de tal mano.

El Duque.—El Rey no se opondrá á este deseo tan razonable de V. A. Si me es permitido acompañaros...

Carlos.—Me quedo aquí, hasta que el Rey ó Madrid me saquen de esta prisión. Decídselo así de mi parte. (El Duque se va; se le ve detenerse largo tiempo en el patio, y dar órdenes.)

ESCENA III.

CARLOS Y EL MARQUÉS DE POSA.

CARLOS. (Después que ha salido el Duque, inquieto y átonito, al Marqués.)—¿Qué significa esto? ¡Explícamelo! ¿No eres tú ministro?

EL MARQUÉS.—Lo he sido, como ves. (Acercándose á él muy conmovido.) ¡Oh Carlos! ¡Ya se tocan los resultados! Todo ha salido como esperaba. Ahora, todo terminó... ¡Bendito sea Aquel, que lo ha permitido!

CARLOS.—¿Qué sucede? ¿Qué? No comprendo tus palabras.

EL MARQUÉS.— (Tomando su mano.)—Estás en salvo, Carlos... eres libre... y yo... (Se detiene.)

CARLOS. —¿Y tú?

EL MARQUÉS.—Y yo... te oprimo contra mi pecho por vez primera con pleno y justo derecho; lo he adquirido á costa de todo, de todo lo que me es caro... ¡Oh Carlos! ¡Cuán grato, cuán grande es este momento! Estoy contento conmigo mismo.

CARLOS.—¡Qué mudanza tan repentina en tu fisonomía! Jamás te he visto así. Tu corazon late con orgullo, y brillan extrañamente tus ojos.

EL MARQUÉS.—Es preciso despedirnos, Carlos. No te asustes. Muéstrate hombre. Oigas lo que oyeres, prométeme no acibarar nuestra separación, afligiéndote con exceso... No me verás más, Carlos... por muchos años... los insensatos dicen que por siempre. (Carlos retira su mano, lo mira fijamente, y nada contesta.) Sé hombre. Mucho espero de tu valor, y no he rehuído pasar á tu lado esas horas de zozo-

bra, que se llaman de un modo horrible las últimas... Sí ¡he de confesártelo, Carlos!... me he regocijado de ello... Ven, sentémonos, porque estoy cansado y sin aliento. (Se acerca á Carlos, que prosigue como anonadado, y lo obedece maquinalmente.) ¿En qué piensas? ¿Nada me respondes?... Seré laconico. Al día siguiente de aquel, en que nos vimos en el convento de los Cartujos, me mandó llamar el Rey. El resultado lo conoces tú, como todo Madrid. Pero lo que tú ignoras es que tu secreto le había sido ya revelado, que te acusaban cartas, encontradas en el secreter de la Reina, según he sabido de su misma boca, y que yo... era su confidente. (Cállase, aguardando la respuesta de Carlos, que continua silencioso.) Sí, Carlos; con mis labios falté á mi fidelidad. Yo mismo urdí la trama, que había de causar tu ruina. Los hechos hablaban ya demasiado alto, y era tarde para disculparte. Asegurarme de que había de vengarse, era mi único remedio... y así me transformé en enemigo tuyo, para servirte mejor.. ¿No me oyes?

Carlos.—Te escucho. ¡Sigue, sigue!

El Marqués.—Hasta aquí era yo inocente. Pero pronto me fascinaron los rayos del favor real, á que no estaba acostumbrado; y, como yo presumía, hasta tí llegaron los rumores, que lo anunciaban. Seducido, sin embargo, por una falsa ternura; deslumbrado por una demencia orgullosa, á fin de llevar á término sin tu concurso mi temeraria empresa, sustraje mi peligroso secreto á la amistad. ¡Y fué gran imprudencia! Mi falta fué muy censurable. Lo sé. Mi confianza era insensata. Perdóname... se apoyaba en lo indisoluble de nuestro afecto. (Cállase, y Carlos pasa de repente, de su estado de estupefacción, al de una conmoción violenta.) Sucedió lo que temía. Te hicieron temblar ante imaginarios peligros. La Reina, llena de sangre... el terror, expresado á gritos en palacio... la funesta oficiosidad de Lerma... por último, mi inexplicable silencio, todo esto

invade á un tiempo de improviso tu corazón... Vacilas... me crees perdido... Sin embargo, demasiado noble para dudar de la lealtad de tu amigo, calificas de heroica su caída; sólo osas llamarlo infiel, cuando puedes ensalzarlo en su infidelidad. Abandonado de tu único amigo, te refugias en los brazos de la Princesa de Éboli... ¡Desdichado! en los brazos del demonio, porque ella ha sido la que te vendió. (Carlos se levanta.) Te veo correr allá. Triste presentimiento agita mi corazón; te sigo. Ya era demasiado tarde. Yacías á sus pies. La confesión de tu secreto asomaba ya á tus labios, y no había salvación para tí...

Carlos.—¡No, no! Se había conmovido. Te equivocas. Su emoción era verdadera.

El Marqués.—Sólo la noche envuelve ya á mis sentidos. Nada... nada... ninguna salida... ningún socorro... en toda la naturaleza. La desesperación me transforma en una furia, en una bestia feroz... mi puñal amenaza el pecho de esa mujer... Sin embargo, entonces... entonces ilumina mi alma un rayo de luz. «Si engañase al Rey... si llegara á pasar yo por culpable... Sea ó no verosimil... basta para él, porque para el Rey Felipe, sólo el mal es verosimil. ¡Sea, pues! Aventurémonos... Quizás el trueno, oído cuando no lo esperaba, conmoverá al tirano... ¿Qué más puedo desear? Se refrenará, y Carlos tendrá tiempo para huir á Brabante.»

Carlos.—¿Y lo habrás... lo habrás hecho así?

El Marqués.—Escribo entonces á Guillermo de Orange que amo á la Reina, que he logrado disipar la desconfianza del Rey, haciendo que se fije en tí equivocadamente, y que por obra del mismo Rey, he encontrado medio de acercarme á su esposa con libertad. Añado que temo ser descubierto, porque tú, sabedor de mi pasión, has recurrido á la Princesa de Éboli, para ponerlo en noticia de la Reina... que te he reducido á prisión, y que, siendo cierta

mi ruina, me propongo huir á Bruselas... Esta carta...

CARLOS. (Interrumpiéndolo asustado.)—No la habrás llevado al correo... Sabes que todas las dirigidas á Flandes y el Brabante...

EL MARQUÉS.—Se entregan al Rey... Por lo que veo, Taxis ha cumplido ya su deber.

CARLOS.—¡Dios mío! ¡Mi perdición es segura!

EL MARQUÉS.—¿Tú? ¿Por qué tú?

CARLOS.—¡Desventurado! ¡Y tú también! Jamás te perdonará mi padre impostura tan enorme. No perdona jamás.

EL MARQUÉS.—¿Impostura? Te distráes. Piensa en ello bien. ¿Quién le dirá que es una impostura?

CARLOS. (Mirándolo fijamente.) — ¿Quién, preguntas? Yo mismo. (Hace ademán de irse.)

EL MARQUES.—Deliras... ¡quédate aquí!

CARLOS.—¡Véte, véte! ¡No me detengas por Dios! Mientras tanto, paga ya á los asesinos.

EL MARQUÉS.—Tanto más precioso es el tiempo. Todavía hemos de hablar mucho.

CARLOS.—¿Cómo? ¿Antes que él lo sepa todo...? (El Marqués lo coge por el brazo, y lo mira de un modo significativo.)

EL MARQUÉS.—Escucha, Carlos... ¡Era tanta mi precipitación, tan vehemente mi ahinco, cuanto tu sangre corrió en vez de la mía... en nuestra infancia!

CARLOS. (Que se detiene, admirado y conmovido.)—¡Oh, divina Providencia!

EL MARQUÉS.—¡Sálvate por la causa de Flandes! Reinar es tu vocación, y la mía, morir por tí.

CARLOS. (Estrechando su mano, profundamente afectado.)—¡No, no! ¡No podrá... no podrá sufrir tanta elevación! Quiero llevarte á su presencia; del brazo conmigo voy á llevarte hasta él. «Padre, le diré, he aquí lo que un amigo ha hecho por su amigo.» Se conmoverá. Créeme, mi padre no es del todo inhumano. Sí, ciertamente, se conmoverá. Sus ojos

llorarán de ternura; nos perdonará á ambos... (Suena un tiro detrás de la verja, y Carlos se sobresalta.) ¡Ah! ¿Contra quién será?

El Marqués.—Creo... que para mí. (Cae.)

Carlos. (Que cae también á su lado, dando un grito de dolor.)—¡Misericordia divina!

El Marqués. (Con voz apagada.)—Es activo... el Rey... esperaba... más largo tiempo... Cuida de salvarte... ¿Oyes?... de tu salvación... tu madre lo sabe todo... no puedo más... (Carlos se queda como muerto junto al cadáver. Después aparece el Rey, acompañado de muchos Grandes, y retrocede al verlos. Pausa larga. Los Grandes se forman en círculo á su rededor, y miran alternativamente al Rey y á su hijo, que yace en tierra sin dar señal alguna de vida. El Rey lo contempla mudo y pensativo.)

ESCENA IV.

EL REY; CARLOS: LOS DUQUES DE ALBA, FERIA y MEDINA-SIDONIA; EL PRÍNCIPE DE PARMA; EL CONDE DE LERMA; EL PADRE DOMINGO y muchos grandes.

El Rey. (Con acento bondadoso.)—Tu súplica ha sido ensalzada, hijo mío. Aquí estoy yo; aquí estoy yo, en persona, con todos los Grandes de mi Reino, para anunciarte tu libertad. (Carlos mira á una y otra parte, como si despertara de un sueño. Sus ojos se fijan ya en el Rey, ya en el muerto; nada responde.) Recibe otra vez tu espada. Nuestra conducta ha sido irreflexiva. (Se acerca á él, le da la mano, y le ayuda á levantarse.) Mi hijo no está en el puesto que le corresponde. Levántate, ven á los brazos de tu padre.

CARLOS. (Que se deja abrazar del Rey sin saber lo que hace, pero de repente vuelve en sí, se detiene y lo mira sin pestañear.) ¡Mánchate el asesinato! Yo no puedo abrazarte. (Lo rechaza, y los Grandes se conmueven.) ¡No! ¡No os alarméis así! ¿Qué monstruosidad he cometido yo? ¿He tocado al ungido del Señor? No temáis; mi mano no se levantará contra él. ¿No veis la señal del fuego en su frente? Dios la puso ahí.

EL REY. (Que se vuelve precipitadamente.) — Seguidme, Grandes de España.

CARLOS.—¿A dónde, señor? No os moveréis de aquí... (Lo retiene con fuerza con ambos manos, y consigue apoderarse con una de la espada, que ha traido el Rey. La saca de la vaina.)

EL REY.—¿Desenvainas la espada contra tu padre?

TODOS LOS GRANDES PRESENTES. (Sacando sus espadas.)—¡Regicidio!

CARLOS. (Sujetando al Rey con una mano, y con la espada desnuda en la otra.)—¡Envainad vuestras espadas! ¿Qué pretendéis? ¿Creéis que deliro? No, no deliro. Y si delirase, no obraríais cuerdamente advirtiéndome que su vida pende de la punta de mi espada. Os ruego que os alejéis. La situación, en que me encuentro, exige ciertas consideraciones... así, ¡alejaos! Lo que he de hacer aquí con el Rey, nada tiene que ver con vuestros deberes de súbditos. Mirad tan solo la sangre, que destilan sus manos. ¡Miradlo bien! ¿Lo veis? ¡Mirad también aquí!... ¡Contemplad la obra de este consumado maestro.

EL REY. (A los Grandes, que se aproximan inquietos á él.)—Retiraos todos. ¿Por qué tembláis?... ¿No somos padre é hijo? Espero alguna acción vergonzosa, que afrente á la naturaleza...

CARLOS.—¿La naturaleza? No la conozco. El asesinato rompe sus vínculos, y también los que ligan al hombre. Tú mismo los has hollado en tu reino. ¿He de respetar yo aquello mismo de que te burlas?... ¡Oh! ¡Mirad, mirad aquí!

Hasta ahora no se había cometido asesinato alguno... ¿No hay Dios? ¿Cómo? ¿Hay reyes, que han de devorar sus criaturas? ¿Hay Dios? pregunto yo. Desde que las madres dan hijos á luz, ninguno... ninguno ha muerto tan injustamente... ¿Sabes tú, pues, lo que has hecho?... No, no lo sabe; no sabe que ha borrado del mundo una vida más importante, más noble, más preciosa que la suya y las de todos sus contemporáneos.

El Rey. (Con afabilidad.)—Si por tí he obrado con ligereza, ¿cómo me exiges la responsabilidad de lo hecho, si tú sólo eres la causa?

Carlos.—¿Cómo? ¿Es posible? No adivináis quién era el muerto para mí... ¡Oh! Decídselo... Ayudad á su omnisciencia, para que explique este oscuro enigma. El muerto era mi amigo... ¿Y queréis saber por qué ha sucumbido? ¡Por mí!

El Rey.—¡Ah! Me lo temía.

Carlos.—¡Perdona, oh cadáver ensangrentado, si yo cometo una profanación ante semejantes auditores! Pero que este profundo conocedor del corazón humano expíe su oprobio, al considerar que su sabiduría de anciano ha sido superada por un joven. Sí, señor, éramos hermanos. Hermanos en virtud de un vínculo más noble que los de la naturaleza. El amor ha llenado su vida envidiable; su muerte, grande y digna, amistad hacia mí. Era mío cuando su atención os ensalzaba, cuando su elocuencia juguetona retozaba con vuestro espíritu, lleno de hinchazón y de orgullo... Creíais dominarle... y erais dóciles instrumentos de sus planes sublimes. Si yo he estado preso, obra ha sido de su afecto previsor. Por salvarme, escribió una carta al Príncipe de Orange... ¡Oh Dios! Era la primera mentira de su vida. Por salvarme, se precipitó al encuentro de la muerte, y la padeció. Le concedíais vuestro favor... y murió por mí. Vuestro corazón y vuestra amistad lo hon-

raban, y vuestro cetro era un juguete en sus manos; lo menospreció, y murió por mí. (El Rey se queda inmóvil, y mira al suelo fijamente. Todos los Grandes lo contemplan con sorpresa y horror.) ¿Y era esto posible? ¿Cómo dar crédito á tan grosera impostura? ¡Cuán poco valdríais en su opinión, cuando se propuso tenderos tan tosco lazo! ¿Y osasteis solicitar su estimación, y sucumbisteis á prueba tan leve? ¡Oh! no... no; nada había allí para vosotros. No era hombre para vosotros. Bien lo sabía él, cuando os ha rechazado con todas vuestras coronas. Esta lira delicada se ha hecho pedazos en vuestras manos de hierro. Sólo asesinarlo podiais.

El Duque de Alba. (Que no ha separado sus ojos del Rey, y ha notado con visible inquietud las pasiones, que se pintaban en su rostro, acércase á él con timidez.) —Señor... no guardéis tan mortal silencio. ¡Mirad á vuestro rededor! ¡Hablad con nosotros!

Carlos.—V. M. no le era indiferente, sino que se interesaba ha largo tiempo por su Soberano. Quizás os hubiera dado la felicidad. Su corazón era bastante rico para satisfaceros con sus sobras. Dios hubierais sido con un átomo de su espíritu. Os habéis robado á vos mismo... ¿Cuánto no daríais por encontrar otra alma como la suya? (Profundo silencio; muchos Grandes vuelven á otra parte los ojos, ó se cubren el rostro con sus capas.) ¡Oh! vosotros los que estáis aquí reunidos y enmudecéis de sorpresa y de horror... no me condenéis por usar este lenguaje con mi Rey y con mi padre... ¡Mirad hacia aquí! ¡Ha muerto por mí! Si tenéis lágrimas; si sangre, no plomo derretido, circula por vuestras venas... contemplad este espectáculo, y no reprobéis mi conducta. (Dirígese al Rey con más calma y moderación.) ¿Esperáis acaso el término de esta aventura monstruosa?... Aquí está mi espada. Otra vez sois mi Rey. ¿Pensáis que me hace temblar la idea de vuestra venganza? Asesi-

nadme, como habéis asesinado á otro más noble. Nada vale mi vida, ya lo sé. Ahora renuncio á todas mis esperanzas mundanas. Buscad otro hijo entre los extraños... Mis dominios yacen aquí. (Cae junto al cadáver, y no toma parte en nada durante el resto de la escena. Óyese mientras tanto á lo lejos ruido confuso de voces, y como tumulto de muchos hombres. En torno del Rey hay profundo silencio. Sus ojos recorren todo el círculo que lo rodea, pero sus miradas no encuentran las de ningún otro.)

El Rey.—¡Bien! ¿Nadie quiere responder?... Todos con los ojos en tierra... todos con el rostro cubierto... Mi sentencia se ha pronunciado. Clara la leo en estas figuras calladas. Mis súbditos me han juzgado. (El mismo silencio. El tumulto se aproxima y se acrecienta. Un murmullo circula entre los Grandes, y se hacen unos á otros señas confusas. El Conde de Lerma se llega con lentitud al Duque de Alba.)

El Conde de Lerma.—¡Cierto! Tocan á rebato.

El Duque de Alba. (En voz baja.)—Me lo temía.

El Conde de Lerma.—Alguien se acerca... alguien viene.

ESCENA V.

Los mismos, y UN OFICIAL DE GUARDIAS DE CORPS.

El Oficial. (Adelantándose.)—¡Rebelión! ¿En dónde está el Rey? (Atraviesa entre todos, y se aproxima al Rey.) ¡Todo Madrid está sobre las armas! Soldados y paisanos, furiosos y por miles, rodean el Palacio. Dicen que el Príncipe D. Carlos está preso, y en peligro su vida. El pueblo quiere verlo vivo, ó, en caso contrario, incendiará á toda la población.

Todos los Grandes. (En movimiento.)—¡Salvad, salvad al Rey!

EL DUQUE DE ALBA. (Al Rey, que permanece tranquilo y sereno.) ¡Huid, señor!... Amenaza el peligro... Aun ignoramos quién arma al pueblo...

EL REY. (Que despierta de su letargo, levanta la cabeza, y se adelanta hacia ellos con majestad.)—¿Subsiste mi trono todavía?... ¿Aun soy Rey de este país?... No; no lo soy ya. Estos cobardes lloran, enternecidos por un niño. Sólo aguardan una señal para abandonarme. Los rebeldes me venden.

EL DUQUE DE ALBA.—¡Qué terrible sospecha, señor!

EL REY.—¡Id allá; prosternaos allí ante ese mancebo joven y floreciente!... Nada soy ya... un anciano desvalido.

EL DUQUE DE ALBA.—¿A tal extremo hemos llegado?... ¡Españoles! (Todos rodean al Rey, sacan sus espadas, y se arrodillan á su rededor. Carlos continúa solo y abandonado, junto al cadáver.)

EL REY. (Que se despoja de su manto, y lo arroja lejos de sí.)—¡Ornadlo con las insignias reales!... ¡llevadlo sobre mi hollado cadáver! (Cae sin conocimiento en brazos del Duque de Alba y del Conde de Lerma.)

EL CONDE DE LERMA.—¡Dios mío! ¡Socorro!

EL DUQUE DE FERIA.—¡Qué desdicha, santo cielo!

EL CONDE DE LERMA.—¡Vuelve en sí!

EL DUQUE DE ALBA. (Que deja al Rey en brazos del Conde de Lerma y del Duque de Feria.) Llevadlo á su lecho. Mientras tanto yo devolveré la paz á Madrid. (Vase: se llevan al Rey, y desaparecen con él todos los Grandes.)

ESCENA VI.

CARLOS se queda solo junto al cadáver. Después de algunos instantes se presenta LUIS MERCADO: mira á todas partes con precaución, y permanece callado detrás del Príncipe, que no advierte su presencia.

MERCADO.—Vengo de parte de S. M. la Reina. (Carlos vuelve los ojos, y no responde.)—Mi apellido es Mercado... Soy médico de cámara de S. M... he aquí mi credencial. (Enseña al Príncipe una sortija. Carlos persiste en su silencio.) La Reina desea vivamente hablaros hoy... negocios importantes...

CARLOS.—Nada me importa ahora en el mundo.

MERCADO.—Un encargo, me dijo S. M., que le ha hecho el Marqués de Posa...

CARLOS (Levantándose con rapidez.)—¿Cómo? ¡Al instante! (Hace ademán de irse.)

MERCADO.—No; ahora no, Serenísimo señor. Vuestra Alteza aguardará á la noche. Todas las salidas están ocupadas, y hay en ellas centinelas dobles. Es imposible atravesar esta parte del Palacio sin ser visto. Sería arriesgarlo todo...

CARLOS.—Pero...

MERCADO.—A lo más hay un solo medio de lograrlo... La Reina ha pensado en él, y os lo propongo de su orden. Pero es atrevido, extraño y expuesto.

CARLOS.—¿Cuál es?

MERCADO.—Se dice, largo tiempo hace, como V. A. sabe bien, que el alma del Emperador vaga á la media noche por la galería abovedada del palacio. El pueblo lo cree así,

y los centinelas hacen esta guardia con horror. Si V. A. se resuelve á tomar ese disfraz, podrá pasar libremente entre los centinelas, y llegar sin ser conocido hasta el cuarto de la Reina, que se abre con esta llave. El traje religioso os preservará de todo peligro. Pero es menester que ahora mismo os decidáis. En la habitación de V. A. encontraréis el traje y la máscara. Yo me voy inmediatamente á llevar á S. M. la respuesta.

CARLOS.—¿A qué hora?

MERCADO.—La hora, la de la media noche.

CARLOS.—Dedidle que me espere. (Vase Mercado.)

ESCENA VII.

DON CARLOS Y EL CONDE DE LERMA.

EL CONDE.—Poneos en salvo, Príncipe. El Rey está furioso contra V. A. Un atentado contra vuestra libertad... ya que no contra vuestra vida. Nada me preguntéis. He venido aquí con misterio, para advertir á V. A. Huid sin tardanza.

CARLOS.—Estoy en las manos del Todopoderoso.

EL CONDE.—Según me ha indicado la Reina, hoy habéis de dejar á Madrid, y partir para Bruselas. ¡No lo dilatéis, no! La rebelión favorece vuestra huída. Con este objeto me envía aquí S. M. la Reina. Nadie osará ahora emplear la violencia contra V. A. Caballos de posta os esperan en la Cartuja, y aquí hay armas para el caso de que las necesitéis. (Dale un puñal y una tercerola.)

CARLOS.—¡Gracias, graeias, Conde de Lerma!

EL CONDE.—Lo sucedido hoy á V. A. me ha llegado al corazón. No hay amigos tan heroicos. Todos los patriotas lloran por V. A. Nada más me atrevo á decir.

Carlos.—¡Conde de Lerma! Este muerto, cuando vivía, os llamó alma noble.

El Conde.—¡Por última vez, Príncipe! Que vuestro viaje sea feliz. Vendrán tiempos mejores, aunque ya entonces no existiré. Recibid ahora mi homenaje de adhesión. (Arrodíllase ante él.)

Carlos. (Queriendo levantarlo, muy conmovido.) — No así, Conde, no así... Me enternecéis... No quisiera ser débil...

El Conde. (Besando su mano con fervor.)—¡Rey de mis hijos! ¡Oh! A mis hijos será dado morir por V. A. A mí no. Que ellos os recuerden á su padre... Regresad en paz á España. Que os mostréis humano, al ocupar el trono del Rey Felipe. Sabéis ya por experiencia lo que son las penas. No forméis proyecto alguno criminal contra vuestro padre. ¡No; nada sangriento, Príncipe mío! Felipe II obligó á vuestro abuelo á dejar el trono... Este mismo Felipe tiembla hoy ante su hijo. Pensad en ello, Príncipe... y que Dios os acompañe. (Vase corriendo. Carlos, á punto de irse en otra dirección, se vuelve de repente, y se arroja sobre el cuerpo del Marqués, y lo abraza de nuevo; después abandona la escena.)

ESCENA VIII.

La antecámara del Rey.

LOS DUQUES DE ALBA y DE FERIA, que vienen hablando.

El Duque de Alba.—La ciudad está tranquila. ¿Cómo dejáis al Rey?

El Duque de Feria.—En la peor disposición del mundo.

Suceda lo que quiera, á nadie ve. La traición del Marqués lo ha trastornado por completo. Nosotros mismos no lo conocemos.

EL DUQUE DE ALBA.—Es menester que yo le hable. Ahora no me es posible tener contemplaciones. Un descubrimiento importante, que se acaba de hacer...

EL DUQUE DE FERIA.—¿Un nuevo descubrimiento?

EL DUQUE DE ALBA.—Un fraile cartujo, que se había deslizado sigilosamente en la habitación del Príncipe, y que se hacía contar la muerte del Marqués de Posa con una curiosidad sospechosa, ha caído en poder de mis centinelas. Se le detiene, se le interroga. El miedo á la muerte le arranca la confesión deseada, y dice que es portador de documentos muy importantes, entregados á él por el muerto, para que los confíe al Príncipe... si el Marqués no se le presenta antes de la puesta del sol.

EL DUQUE DE FERIA —¿Y qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Las cartas anuncian que el Príncipe ha de dejar á Madrid después de la media noche.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Cómo?

EL DUQUE DE ALBA.—Que en Cádiz le espera un buque para trasportarlo á Flesinga... que las provincias de los Países Bajos sólo aguardan su llegada para sacudir el yugo de España.

EL DUQUE DE FERIA.—¡Ah! ¿Qué es esto?

EL DUQUE DE ALBA.—Otras cartas indican que la armada de Solimán ha salido ya de Rodas... para atacar, á consecuencia de un pacto, el poder de España en el Mediterráneo.

EL DUQUE DE FERIA.—¿Es posible?

EL DUQUE DE ALBA.—También me explican el reciente viaje por Europa de ese caballero de Malta. Nada menos se trataba que armar á las potencias del Norte para defender la libertad de los flamencos.

El Duque de Feria.—Bien se comprende que era suya esa obra.

El Duque de Alba.—Finalmente, acompaña á estas cartas un plan detallado de toda la guerra, que había de separar de España para siempre á los Países Bajos. Nada, nada se ha olvidado. Están calculadas las fuerzas y las resistencias; enumerados con puntualidad los recursos y los medios de defensa del país; las reglas, que se han de observar; las alianzas, que se han de contraer. El plan es diabólico, pero verdaderamente... superior.

El Duque de Feria.—¡Qué traidor tan impenetrable!

El Duque de Alba.—Háblase también en estas cartas de una entrevista secreta, que esta noche, antes de su huída, ha de celebrar el Príncipe con su madre.

El Duque de Feria.—¿Cómo? ¿Hoy mismo?

El Duque de Alba.—A la media noche. He dado mis órdenes. Ya veis que el asunto es urgente. No hay que perder un instante... Abrid el aposento del Rey.

El Duque de Feria.—¡No! Está prohibida la entrada.

El Duque de Alba.—Entonces abro yo mismo... El peligro, que nos amenaza, justifica mi audacia. (Al dirigirse hacia la puerta, ábrese ésta y se presenta el Rey.)

El Duque de Feria.—¡Ah! ¡Él, en persona!

ESCENA IX.

Los mismos y EL REY. Quédanse helados todos á su aspecto; se separan, y lo dejan pasar respetuosamente. Parece preocupado con un sueño, como un sonámbulo. Su traza y su fisonomía manifiestan el desorden, producido por su desmayo. Se adelanta pausadamente hacia los Grandes; los mira con insistencia, aunque sin fijarse en ninguno. Al fin, se detiene pensativo, con los ojos en tierra, hasta que su agitación se aumenta más y más.

El Rey.—Devolvedme ese muerto. Lo quiero.

El Padre Domingo. (Bajo, al Duque de Alba.) —Habladle.

El Rey.—Me despreciaba, y murió. Quiero verle de nuevo. Es menester que me juzgue más favorablemente.

El Duque de Alba. (Acercándose á él.) — Señor...

El Rey.—¿Quién habla aquí? (Mira largo tiempo á su rededor.) ¿Se ha olvidado quién soy yo? ¿Por qué no te arrodillas ante mí, criatura humana? Todavía soy Rey. La sumisión es lo que más me agrada. ¿Todos han de menospreciarme, porque me ha despreciado uno solo?

El Duque de Alba.—No habléis más de él, señor. Un nuevo enemigo, más importante que ése, hay ahora en el riñón de vuestros dominios...

El Duque de Feria.—El Príncipe Carlos...

El Rey.—Tenía un amigo, que ha muerto por él... ¡por él! Conmigo hubiese participado de un reino... ¡Con qué orgullo me miraba! Con tanta altivez, ni en el mismo trono se piensa. ¿No aparecía evidente en cuánto estimaba su conquista? Su dolor prueba el valor de su pérdida. No se lora así un bien transitorio... Si viviese aún... la India da-

ría yo por lograrlo. ¡Poder inconsolable, que no puede alargar su brazo hasta el sepulcro, y reparar la ligereza, que ha costado la vida á un hombre! Los muertos no resucitan. ¿Quién osará decirme que soy feliz? Hay un difunto, que en vida me negó su estimación. Los vivos, ¿qué me importan? Un espíritu, un hombre libre ha surgido en todo este siglo... uno solo... y me desprecia y muere.

El Duque de Alba.—¿En vano, pues, vivimos?... ¡A la tumba, españoles! Hasta después de muerto nos roba ese hombre el corazón del Rey.

El Rey. (Que se sienta, y apoya en la mano la cabeza.)—¿Ha muerto también para mí? Lo he estimado, sí, lo he estimado mucho. Lo quería como á un hijo. Ese joven era para mí signo de una nueva y más bella aurora. ¿Quién sabe lo que yo le reservaba? Ha sido mi única amistad. ¡Que toda Europa me maldiga! Ha agradecido mis favores.

El Padre Domingo.—¿En virtud de qué hechizo...?

El Rey.—Y ¿por quién ha hecho ese sacrificio? ¡Por un jovenzuelo, por mi hijo! No; jamás lo creeré. Por un niño no muere un Marqués de Posa. La pobre llama de la amistad no llena un alma como la suya. Su corazón no podía latir sino por la humanidad entera. Su cariño, el mundo con todas las generaciones futuras. Para satisfacerlo, encontró un trono... Y pasa por él. ¿Se lo hubiera perdonado Posa? ¿Habría perdonado ese crimen de alta traición contra la humanidad? ¡No! Lo conozco mejor. No ha sacrificado Felipe á Carlos, sino el anciano al joven, su discípulo. El astro, en su ocaso, del padre no era capaz de premiar su trabajo, y se reservaba para la salida del de su hijo... ¡Oh! ¡Claro está! Se aguardaba mi desaparición.

El Duque de Alba.—Ved la prueba en estas cartas.

El Rey. (Que se levanta.)—Podía haberse engañado. Todavía, todavía vivo. Te doy las gracias, naturaleza. Siento en mis nervios el vigor de la juventud. Lo haré pasto del

ridículo. Su virtud pasará por fantasma de cerebro enfermizo, y su muerte será la de un insensato. Que en su caida arrastre á su amigo y á su siglo. Veremos si pueden prescindir de mí. El mundo, por el espacio de una noche, es mío. Y la aprovecharé de suerte que, detrás de mí, no habrá labrador, que, durante diez generaciones, pueda recoger cosecha alguna de esta tierra abrasada. Intentaba sacrificarse á la humanidad, su ídolo; que la humanidad pague por él... Y ahora... comenzaré por su juguete. (Al Duque de Alba.) ¿Qué me decíais del Infante? Repetídmelo! ¿De qué tratan esas cartas?

El Duque de Alba.—Esas cartas, señor, contienen las últimas voluntades del Marqués de Posa al Príncipe Don Carlos.

El Rey. (Que recorre los papeles, mientras que todos los presentes lo observan con interés: después de haberlos leído, los deja á un lado, y se pasea en silencio por la habitación.)—Que llamen al Cardenal Inquisidor. Le ruego que me conceda una hora, para arreglar ciertos asuntos. (Vase uno de los grandes. El Rey toma de nuevo los papeles, prosigue leyendo, y los deja otra vez.) ¿Esta noche, pues?

Taxis.—Al dar las dos, los caballos de posta han de estar junto al convento de la Cartuja.

El Duque de Alba. — Y espías, que yo he enviado, han visto llevar allí varios objetos de viaje, cuya procedencia era conocida por las armas de la corona.

El Duque de Feria.—Sumas considerables de dinero, en nombre de la Reina, han sido confiadas á banqueros moros, para ser cobradas en Bruselas.

El Rey.—¿En donde quedó el Infante?

El Duque de Alba.—Junto al cadáver del caballero de Malta.

El Rey.—¿Hay luz todavía en la habitación de la Reina?

El Duque de Alba.—Allí todo está tranquilo. Ha despe-

dido á sus camaristas algo más temprano de lo acostumbrado. La Duquesa de Arcos, la última que abandonó su habitación, la dejó profundamente dormida. (Un oficial de guardias entra, llama aparte al Duque de Feria, y le habla en voz baja. El Duque se vuelve sorprendido al de Alba: acércanse otros, y se levantan entre ellos vagos murmullos.)

FERIA, TAXIS Y EL PADRE DOMINGO. (A un tiempo.)—¡Cosa extraña!

EL REY.—¿Qué hay?

EL DUQUE DE FERIA.—Una noticia, señor, apenas creible...

EL PADRE DOMINGO.—Dos soldados suizos, que han sido relevados ahora, dicen... es ridículo repetirlo.

EL REY.—¿Qué?

EL DUQUE DE ALBA.—Que el alma en pena del Emperador se ha visto en el ala izquierda del Palacio, y que ha pasado delante de ellos con paso firme y solemne. Todos los centinelas, situados á lo largo del pabellón, lo confirman, y añaden que el espectro ha desaparecido en la habitación de la Reina.

EL REY.—¿Bajo qué forma se le ha visto?

EL OFICIAL.—En traje de Jerónimo, el mismo, que vistió antes de morir en el monasterio de Yuste.

EL REY.—¿De fraile? ¿Y los centinelas le conocieron acaso en vida? Si no, ¿cómo han de saber que es el Emperador?

EL OFICIAL.—El cetro, que llevaba en la mano, indicaba que debía serlo.

EL PADRE DOMINGO.—Dicen que ya se le ha visto antes con frecuencia, bajo la misma forma.

EL REY.—¿Nadie le habló?

EL OFICIAL.—Nadie lo ha intentado. Los centinelas se encomendaron á Dios, y le dejaron pasar con el mayor respeto.

EL REY.—¿Y el espectro desapareció en la habitación de la Reina?

El Oficial.—En la antecámara de la Reina. (Silencio general.)

El Rey. (Volviéndose con rapidez.)—¿Qué decís?

El Duque de Alba.—Señor, estamos callados.

El Rey. (Al oficial, después de reflexionar un instante.)—Que mis guardias se pongan sobre las armas, y que nadie entre en ese ala del Palacio. (Vase el oficial, y entra un paje.)

El Paje.—¡Señor, el Inquisidor general!

El Rey. (A todos los circunstantes.)—Dejadnos solos. (El Inquisidor general, anciano nonagenario y ciego, apoyado en una muleta, en compañía de dos frailes dominicos, que le traen. Al pasar entre los Grandes, todos se arrodillan, y tocan el extremo de su vestido. Él los bendice, y todos se van.)

ESCENA X.

EL REY y EL INQUISIDOR GENERAL.

(Largo silencio.)

El Inquisidor.—¿Estoy delante del Rey?

El Rey.—Sí.

El Inquisidor.—No lo esperaba ya.

El Rey.—Renuevo una escena del tiempo pasado. El Infante D. Felipe pide consejo á su preceptor.

El Inquisidor.—Mi discípulo Carlos, padre ilustre de V. M., nunca necesitó de mis consejos.

El Rey.—Tanto mejor para él. He cometido un asesinato, Cardenal, y no hay sosiego...

El Inquisidor.—¿Por qué lo habéis cometido?

El Rey.—Una traición sin ejemplo...

El Inquisidor.—Lo sé.

El Rey.—¿Qué sabéis? ¿Por quién? ¿Desde cuándo?

El Inquisidor.—Yo sé años hace, lo que V. M. desde la puesta del sol.

El Rey. (Con extrañeza.)—¿Conocíais ya á ese hombre?

El Inquisidor.—Su vida, desde el principio hasta el fin, está registrada en libros de nuestra Santa Casa.

El Rey.—¿Y vivía, sin embargo, libremente?

El Inquisidor.—La cuerda, á cuyo extremo volaba, era larga, pero indestructible.

El Rey.—Estaba fuera de los límites de mi Imperio.

El Inquisidor.—En donde estaba él, estaba también yo.

El Rey. (Paseándose descontento.—Si se sabía en unión de quién me hallaba, ¿cómo no se me dijo nada?

El Inquisidor.—Os constestaré haciendo la misma pregunta... ¿Por qué no lo averiguasteis, cuando poníais vuestra confianza en ese hombre? ¿Lo conocíais? Al mirarlo sólo descubristeis que era un hereje... ¿Con qué objeto arrebatabais esa víctima al Santo Oficio? ¿Así se juega con nosotros? Cuando la majestad del Soberano se rebaja hasta convertirse en encubridora... si, á nuestras espaldas, se pone de acuerdo con nuestros peores enemigos, ¿qué ha de suceder por necesidad? Si uno solo puede encontrar favor, ¿con qué derecho se han de sacrificar tantos miles de hombres?

El Rey.—Él ha sido también sacrificado.

El Inquisidor.—No, ha sido asesinado... baja, criminalmente... La sangre, que debía correr con gloria y en vuestro honor, ha sido derramada por mano de un asesino. Ese hombre era nuestro... ¿Quién autorizaba á V. M. á atentar á los sagrados derechos de nuestra Orden? Por nosotros había de morir. Dios lo enviaba, teniendo en cuenta las necesidades de nuestra época, para manifestar, en el castigo solemne del pecador, los excesos, á que puede llegar la miserable razón humana. Tal era mi plan, muy meditado.

Y ahora, el trabajo de tantos años ha sido inútil. Nos lo habéis robado, y sólo queda sangre en vuestras manos reales.

El Rey.—La pasión me cegó. Perdonadme.

El Inquisidor.—¿La pasión? ¿Así me responde el Infante D. Felipe? ¿Yo sólo he envejecido? ¿La pasión? (Sacudiendo la cabeza con desagrado.) Concede la libertad de conciencia á tus reinos, si tú has de vivir encadenado.

El Rey.—Soy novicio en tales asuntos. Perdonadme.

El Inquisidor.—No... no estoy contento con V. M.... ¡Faltar así á cuanto habéis hecho hasta ahora desde que reináis! ¿En dónde estaba, pues, ese Felipe, cuya alma enérgica, como las estrellas fijas del cielo, giraba siempre inmutable en su órbita propia? ¿Toda vuestra historia se había sepultado en el abismo? ¿No era ya el mismo el mundo, en el momento, en que le tendíais vuestra mano? El veneno ¿no era ya veneno? ¿Había desaparecido la diferencia entre el bien y el mal, entre la verdad y el error? ¿Qué significan la previsión, la pureza y la lealtad humana, si la conducta seguida por espacio de sesenta años se anula en un instante por la contradicción, como el capricho de una mujer?

El Rey.—Yo leía en sus ojos... Dispensadme, si vuelvo ahora á la humanidad. El mundo carece de una entrada hasta vuestro corazón.

El Inquisidor.—¿Para qué destinabais ese hombre? ¿Qué podría ofreceros de nuevo, para lo cual no estuvieseis ya preparado? ¿Tan poco conocéis el afán de innovaciones y los sueños de los visionarios? ¿Tan poco habituados están vuestros oídos al lenguaje ostentoso de esos reformadores? Si el alcázar de vuestras creencias se derrumba al impulso de palabras, vacías de sentido, ¿con qué frente, pregunto yo, habéis firmado la sentencia de muerte de pobres almas á millares, que nada peor habían hecho para subir á la hoguera?

El Rey.—Deseaba encontrar un hombre. Ese Padre Domingo...

El Inquisidor.—¿Para qué deseabais ese hombre? Los hombres son míseros, y nada más. El arte elemental de reinar ¿lo enseñaremos ahora á un Monarca de cabellos grises? Que el Dios de la tierra aprenda á carecer de aquello, cuya posesión le está vedada. Si ansiais simpatías, ¿no tendréis seres en el mundo, iguales á vos? Quisiera yo saber entonces, con qué derecho aspirabais á elevaros sobre todos.

El Rey. (Dejándose caer en un sillón.)—¡Soy un pobre hombre, lo conozco!... Exigís de una criatura, lo que sólo hace el que la creó.

El Inquisidor.—No, no se me engaña así. Leo lo que pasa en vuestra alma... intentabais escapar de nosotros. Os agobian las pesadas cadenas de nuestra Orden. Queréis sacudirlas, y vivir solo y libre. (Se detiene: el Rey calla.) Nos han vengado... Dad gracias á la Iglesia, que se contenta castigándoos como una madre á su hijo. La elección, que se os ha dejado hacer á ciegas, ha sido vuestro castigo. Recibisteis una lección. Ahora volved á nuestro seno... Si yo no hubiera comparecido ahora ante V. M.., ¡por Dios vivo!... ¡mañana hubiera comparecido V. M. ante mí!

El Rey.—¡No habléis así! ¡Modérate, reverendo Padre! No lo consiento. Con ese tono no puedo hablar contigo.

El Inquisidor.—¿Por qué, pues, evocáis la sombra de Samuel? Dos reyes he dado yo al Trono de España, y esperaba legarle sólido edificio. Veo perdido el fruto de los trabajos de mi vida, y el mismo D. Felipe es quien conmueve la obra mía, y ahora, señor, ¿para qué me llamáis?... ¿Qué he de hacer aquí?... No deseo, por cierto, repetir esta visita.

El Rey.—Un trabajo queda, el último... y después puedes retirarte en paz... Olvidemos lo pasado, y reine la

concordia entre nosotros... ¿Estamos ya reconciliados?

El Inquisidor.—Si D. Felipe se inclina con humildad...

El Rey. (Después de un momento de silencio.)—Mi hijo proyecta una sedición...

El Inquisidor.—¿Y qué resuelve V. M.?

El Rey.—Nada ó todo.

El Inquisidor.—Ese todo ¿qué significa?

El Rey.—Que lo dejaré huir, si no puedo hacerlo morir.

El Inquisidor.—¡Y bien, señor...

El Rey.—¿Podrás tú infundirme una nueva creencia, que justifique la muerte de un hijo?

El Inquisidor.—Por satisfacer á la justicia eterna murió en la cruz el hijo de Dios.

El Rey.—¿Quieres implantar esa opinión en toda Europa?

El Inquisidor.—En todas partes, en donde la Cruz sea reverenciada.

El Rey.—Yo atento á las leyes de la naturaleza... ¿podrás imponer silencio á esta voz poderosa?

El Inquisidor.—Ante la fe calla siempre esa voz.

El Rey.—Delego en tí mi cargo de juez... ¿puedo librarme de él por completo?

El Inquisidor.—Entregádmelo.

El Rey.—Es mi único hijo... para quien tanto he trabajado.

El Inquisidor.—Por la destrucción más bien que por la libertad.

El Rey. (Levantándose.)—Estamos de acuerdo. Venid.

El Inquisidor.—¿A dónde?

El Rey.—A recibir de mis manos la víctima. (Llévaselo.)

ESCENA ÚLTIMA.

Habitación de la Reina.

CARLOS; LA REINA, y después EL REY y su séquito.

CARLOS. (Disfrazado de fraile, con una máscara, que se quita al entrar, y una espada desnuda bajo el brazo. Hay una oscuridad completa. Acércase á la puerta, que se abre. La Reina sale á la *negligée*, con una luz en la mano. Carlos se arrodilla delante de ella.)—¡Isabel!

LA REINA. (Mirándolo con tristeza.)—¿Así nos vemos otra vez?

CARLOS.—Así nos vemos de nuevo. (Pausa.)

LA REINA. (Haciendo esfuerzos para tranquilizarse.)—¡Levantaos! No debemos perder ánimo, Carlos. Lágrimas de dolor y de quebranto no pide ese muerto generoso. Las lágrimas han de correr por dolores vulgares... Se ha sacrificado por vos. Su preciosa vida ha rescatado la vuestra... Y esa sangre ¿habrá corrido por una irrealizable quimera?... ¡Carlos! Yo he salido fiadora de vos. Por mí ha muerto alegre. ¿Queréis hacer inútil mi empeño?

CARLOS. (Con entusiasmo.)—Yo le erigiré un mausoleo, superior al de todos los reyes... Un paraiso florecerá sobre sus restos.

LA REINA.—¡Tal es también mi deseo! He aquí el generoso pensamiento, que ha presidido á su muerte. Me eligió para ejecutar su última voluntad. ¡Tenedlo presente! Yo cuidaré de que se cumpla este juramento... Otro legado encomendó al morir á mi diligencia... Le dí mi palabra... y... ¿por qué ocultarlo?... Me confió también su amigo Carlos... Yo desafío la maledicencia... no temblaré por miedo á los

hombres, y seré atrevida, como un amigo. Mi corazón ha de hablar ahora. ¿No llamaba virtud á nuestro amor? Lo creo así, y mi corazón no será ya...

CARLOS.—No acabad la frase, señora... Yo he tenido un sueño largo y penoso. Yo amaba... He despertado ahora. ¡Olvidad lo de ayer! Aquí tenéis vuestras cartas. Romped las mías. Nada temáis ya de mí. Todo pasó. Un fuego mejor ha purificado mi sér. Mi pasión yace en la tumba con los muertos. Ningún deseo mundano habita ya en mi pecho. (Tomando su mano, después de una pausa.) Vengo á despedirme... Comprendo al fin, madre, que hay algún bien más apetecible y sublime que poseerte... El breve espacio de una noche ha dado alas al curso perezoso de mis años, y me ha convertido precozmente en hombre adulto. El único objeto de mi vida es acordarme de él. Todas mis alegrías pasaron ya... (Se acerca á la Reina, que se oculta el rostro.) ¿Nada me decís, madre mía?

LA REINA.—No hagáis caso alguno de mis lágrimas, Carlos... No puedo remediarlo... Pero creedme, yo os admiro.

CARLOS.—Fuisteis la única confidente de nuestra unión... y con este nombre quedaréis para mí el objeto más querido, que haya en el mundo. Mi amistad no puedo dárosla hoy, como ayer no podía dar mi amor á otra mujer... Sagrada será para mí la viuda del Rey, si la Providencia me coloca en el trono algún día. (El Rey, acompañado del Inquisidor general y de los Grandes, aparece, sin ser visto, en el fondo.) Ahora dejaré á España sin ver á mi padre... y no lo veré más. Los lazos de la naturaleza no existen en mi pecho... Sed otra vez su esposa. Ha perdido un hijo. Cumplid de nuevo vuestros deberes... Corro á libertar de la tiranía á un pueblo oprimido. O Madrid me saluda Rey, ó no me saludará más. Y ahora el último adiós. (La besa.)

LA REINA.—¡Oh, Carlos! ¿Qué hacéis de mí? No oso ele-

varme hasta esa grandeza varonil, pero puedo comprenderos y admiraros.

CARLOS.—¿No soy fuerte, Isabel? Os tengo en mis brazos, y no vacilo. Ayer todavía, los horrores de la muerte no hubieran podido moverme de aquí. (La deja.) Pero todo pasó. Ahora desafío todos los terrores humanos. Os tenía en mis brazos, y no dudaba... ¡Silencio! ¿Nada oís? (Suena la una.)

LA REINA.—Sólo oigo la campana terrible, que nos manda separarnos.

CARLOS.—¡Buenas noches, pues, madre! Fechada en Gante recibiréis la primera carta mía, que explicará el misterio de nuestras relaciones. Ahora mi conducta con D. Felipe será franca y abierta. Desde entonces ningún secreto habrá ya entre nosotros. No tendréis motivo alguno para temer al mundo... Que esta sea mi última mentira. (Hace ademán de coger su máscara; el Rey se interpone entre ambos.)

EL REY.—¡Sí, tu última mentira! (La Reina se desmaya.)

CARLOS. (Que se acerca á ella, y la recibe en sus brazos.)—¿Ha muerto? ¡Oh cielos y tierra!

EL REY (Frío y sereno, al Inquisidor general.)—Cardenal, yo he cumplido mi deber. Cumplid el vuestro. (Vase.)

FIN DE D. CARLOS.

ÍNDICE.

	Págs.
La conjuración de Fiesco	7
Intriga y amor	157
D. Carlos, Infante de España	289



